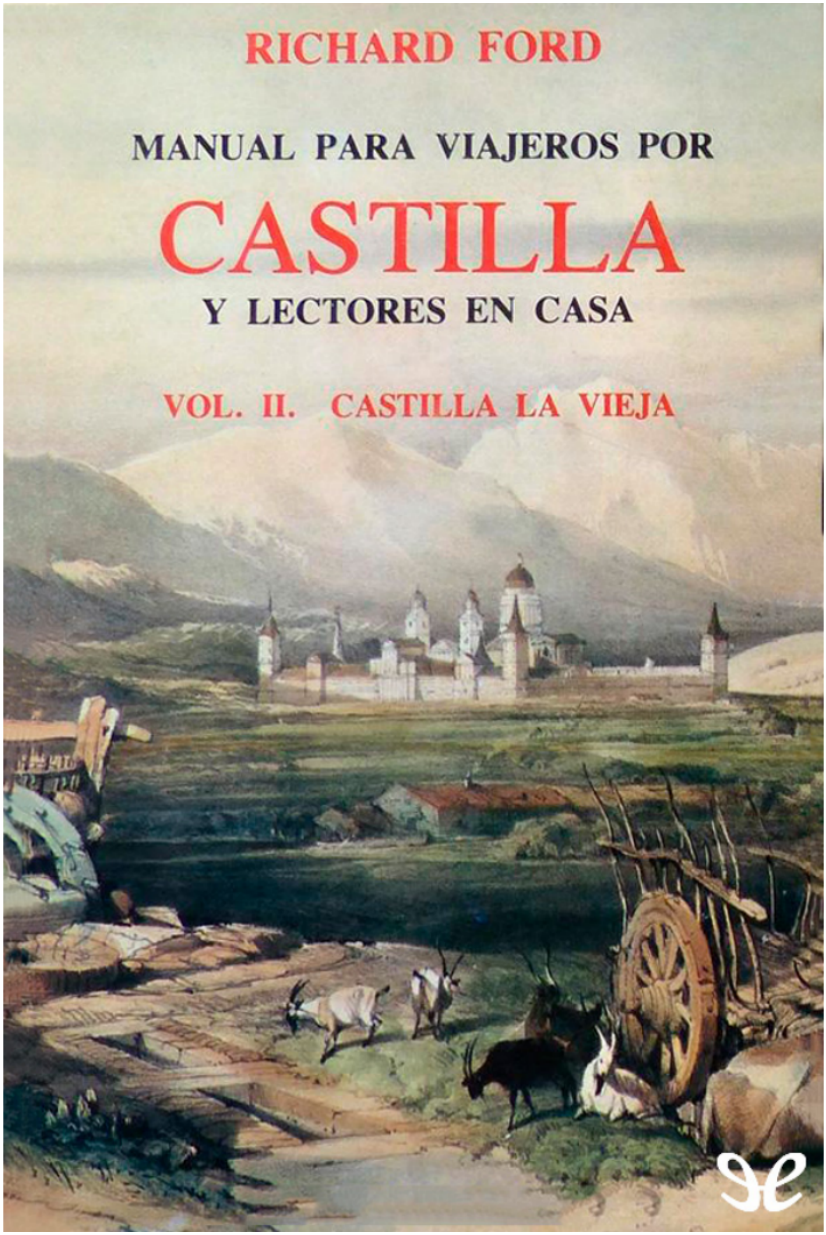
RICHARD FORD

MANUAL PARA VIAJEROS POR CASTILLA

Y LECTORES EN CASA

VOL. II. CASTILLA LA VIEJA



Existe una abundante bibliografía de libros de viajes por España. Pero ninguno ha alcanzado el prestigio y la justa fama que con los años ha ido ganando el que ofrecemos ahora, por primera vez en castellano, al público español. El «Manual para viajeros por Castilla y lectores en casa» constituye la segunda entrega de lo que será la edición completa del famoso manual de Ford («Manual para viajeros por España y lectores en casa»), publicado por primera vez en Londres en 1845.

Bajo el discreto título de «Manual» se esconde el más completo, más original, más profundo y mejor escrito entre los numerosos libros producidos por los viajeros románticos.

Richard Ford, hombre de cultura extraordinaria y estupendo escritor, además de dibujante, vino a vivir a Sevilla en 1831 para cuidar la salud de su mujer. Instalado en Sevilla y en la Alhambra, recorrió a caballo miles de kilómetros por zonas de España completamente apartadas de las rutas habituales de los viajeros románticos. Su presente obra es más que un libro de viajes y más que un fresco impresionante y vivísimo de la España romántica: por sus extraordinarias dotes de escritor ha pasado a ocupar un sitio en la historia de la literatura inglesa.

La presente edición se acompaña de numerosas reproducciones de dibujos del propio Richard Ford y de grabados de David Roberts.

Richard Ford

Manual para viajeros por Castilla y lectores en casa. Castilla la Vieja

Manual para viajeros por España y lectores en casa - 4

ePub r1.0
Titivillus 08.02.2019

Título original: *A Handbook for Travellers in Castile and Readers at Home*
Richard Ford, 1845
Traducción: Jesús Pardo
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0

Comunicaciones desde Madrid

Antes de salir de la capital recuérdese que hay que poner el pasaporte *en regle* y que no hay que dejar todos los *visés* necesarios para el último momento. Los funcionarios subalternos de la «única corte» no son más fáciles de apresurar en sus gestiones que los de nuestros tribunales, y enseguida se pierde un día en hacer antesalas, que es donde realmente el asunto *festinat lente* avanza *con pies de plomo*.

Madrid, que es un lugar situado como una araña, en el centro de la tela de araña peninsular, podría ser calificado también como el corazón en que se centran las principales arterias circulatorias. En este preciso momento se habla mucho de *ferrocarriles* y se publican magníficos documentos oficiales y de otros tipos, por medio de los cuales «el país entero quedará surcado [en el papel] por una red de comunicaciones rápidas», las cuales crearán una «perfecta homogeneidad entre los españoles», y es que, por grandes que hayan sido los trabajos del Hércules llamado vapor, esta amalgama que es la península Ibérica ha sido reservada con razón como número fuerte.

Las siguientes son las principales líneas ferroviarias que se piensan trazar: de Madrid a Bilbao, de Madrid a Avilés por Valladolid y León, que construirá una empresa inglesa; de Madrid a Barcelona por Zaragoza y Lérida, también obra de una empresa inglesa; de Madrid a Alicante, por una empresa española; de Madrid a Badajoz, por una empresa inglesa. Se plantean también líneas menores y secundarias, que irán de Mérida a Lisboa y Sevilla, de Barcelona a Tortosa y Mataró, de Reinosa a Santander y de Madrid a Aranjuez; la mayor parte de estas obras serán efectuadas gracias al hierro y al oro de Inglaterra, ese aliado entrañable y tonto que lucha por todos y lo paga todo. Como esta *Guía* tiene únicamente por objeto ser usada por ingleses, nuestros especuladores harían bien en meditar que España es un país que nunca ha sido capaz de construir o mantener siquiera un número suficiente de carreteras o canales comunes para sus pobres y pasivos comercio y circulación.

Las distancias son, con mucho, demasiado grandes y el tráfico demasiado débil todavía para justificar el ferrocarril, mientras que la formación geológica del país presenta dificultades que, incluso en Inglaterra, plantearían problemas hasta a la colosal ciencia y los grandes recursos de nuestros principales ingenieros. España es una tierra de montañas, que se levantan por todas partes a manera de barreras alpinas, separando a unas provincias de otras y a unos distritos de otros. Estas grandes *sierras* coronadas de nieve son masas de pura piedra dura, y cualesquiera túneles que jamás lleguen a perforar sus entrañas dejarían reducido, por comparación, al de Box a la pequeña madriguera de un pobre topo. Sería igual que cubrir Suiza y el Tirol con una red de líneas de *superficie*, y todos los tontos cogidos en la red ferroviaria arriba mencionada no tardarán en descubrir esto a sus expensas. La inversión irá en proporción inversa a la remuneración, porque la primera será enorme y la segunda exigua. Las montañas parturientas parirán sin duda poco más que un interés ratonil.

España, como dijimos, es tierra de *dehesas* y *despoblados* y en estas extensiones silvestres y desiertas lo más escaso, después de los viajeros, es sin duda el dinero, mientras que, incluso Madrid, la capital, es ciudad sin industria ni recursos propios y más pobre que muchas de nuestras ciudades industriales. El español, que es persona de rutinas y enemigo de las innovaciones, no es animal locomotor; por ser local y sedentario por naturaleza odia los viajes como un turco y tiene un horror particular a que le metan prisa; durante largo tiempo, por lo tanto, la mula pachorrenta ha bastado para sus necesidades de transporte al hombre y a sus mercancías. Y, repetimos, ¿quién hará el trabajo, aunque Inglaterra pague los jornales? Lo que más odia el nativo, después de su propio trabajo es ver trabajar al extranjero, aunque sea a su servicio, y desperdiciar su oro y su músculo en la ingrata tarea. Los campesinos, como han hecho siempre, se levantarán contra el extranjero y el hereje que venga a «chupar la riqueza de España»; supongamos, a pesar de todo, que, con ayuda de Santiago y de Brunel, acabase esa obra, llegando a ser posible terminarse: el problema entonces sería cómo protegerla de la fiera batida al sol y de la más fiera violencia de la ignorancia popular. La primera epidemia de cólera que caiga sobre España pasará por ser un pasajero llegado por ferrocarril a ojos del

desposeído mulero, que ahora hace el papel de vagón y locomotora. Él, el *arriero*, constituye una de las clases más numerosas y selectas de España. Es el instrumento legítimo del semioriental sistema de caravanas y nunca permitirá que su pan le sea quitado de la boca por esta locomotora luterana; privado de su medio de vida, el arriero, como un contrabandista, se lanzará a la carretera en otra dirección, y ambos se convertirán en ladrones o patriotas. Muchas, largas y solitarias son las leguas que separan a una ciudad de otra en los vastos desiertos de la poco poblada España, y ningún servicio preventivo bastará para guardar el raíl contra la *guerrilla* que se organizará sin duda. Un puñado de enemigos en cualquier páramo crecido de cistos bastará, en todo momento, para cortar en cinco minutos la carretera, parar el tren, secuestrar al fogonero, quemar las máquinas en su propio fuego y, sobre todo, hacer pedazos el tren de mercancías. Y, repetimos, ¿cuál ha sido la recompensa que ha recibido siempre el extranjero en España, aparte de promesas incumplidas e ingratitud? Será utilizado, como en Oriente, hasta que el indígena piense que ha aprendido sus artes, y entonces será arrojado del país y pisoteado, y ¿quién mantendrá y reparará entonces la costosa obra?; ciertamente, no el español, en cuyo pericráneo no se han desarrollado todavía las protuberancias de la eficacia y la construcción mecánica.

Las líneas que menos seguras estarán de fracasar serán las más cortas y que pasen por una comarca llana y con productos naturales, tales como la de Cádiz a Sevilla, o las zonas de vino y aceite, o bien de Barcelona a Mataró, de Reinosa a Santander y de Oviedo a Avilés, cruzando la comarca carbonífera; ciertamente, si el ferrocarril puede acabar siendo instalado en España gracias al oro y la ciencia de Inglaterra, este don, como el del vapor, será digno de la reina del océano y del verdadero campeón mundial de la paz, el orden, la libertad, la buena fe, el comercio y la civilización, y ¡qué cambio se efectuará entonces en el espíritu de la península!, ¡cómo se verá turbada la siesta de esa entorpecida vegetación humana por el agudo silbido y el jadeante resoplido de la monstruosa máquina!, ¡cómo se romperán los sellos de esta tierra, durante tan largo tiempo herméticamente cerradas!, ¡cómo se iluminarán las oscuridades claustrales y los sueños de tesoros celestiales gracias a este relampagueante demonio del fuego del despierto adorador del

dinero!, ¡y qué lechuzas se sentirán irritadas, qué murciélagos desposeídos, qué moscones, *Maragatos*, mulas, *Hojalateros* y asnos se sentirán asustados, atropellados y aniquilados! Los que amen a España y recen, como el autor, todos los días por su prosperidad tienen, ciertamente, que abrigar la esperanza de ver esta «red de raíles» terminada, pero deberán también tener un cuidado especial al mismo tiempo en no invertir un *Cuarto* en la impresionante especulación.

Entre tanto, como, hasta que se instalen esos maravillosos raíles, los que hacen por ahora el trabajo por las carreteras son las diligencias, los *coches de colleras* y los cuadrúpedos y como a veces las realizaciones españolas no están a la altura de las promesas, ofreceremos aquí, como hasta ahora hemos hecho, las siguientes comunicaciones desde Madrid para información del viajero:

De Madrid a Andalucía, por Bailén, ruta VIII.
De Madrid a Murcia, por Albacete, ruta XXX.
De Madrid a Valencia, por Almansa, ruta CIII.
De Madrid a Valencia, por Cuenca, ruta CIV.
De Madrid a Teruel, por Calatayud, ruta CX.
De Madrid a Burgos, por Lerma, ruta CXIII.
De Madrid a Valladolid, por Segovia, ruta XCIX.
De Madrid a Salamanca, por Ávila, rutas XCVII y LXVI.
De Madrid a Lisboa, por Badajoz, rutas LV y LIV.
De Madrid a Toledo, ruta CI.

Una palabra más antes de seguir adelante. Váyase a toda prisa por las Castillas y las provincias centrales, tanto de día como de noche, en coches rápidos, sirviéndose de la posta y de los correos hasta que los raíles le transporten a uno más rápidamente, pero, sobre todo, cuidado con ir a pie o a caballo, especialmente en invierno y verano, aunque son con mucho preferibles el barro, la humedad y el frío del invierno a los calores calcinantes del verano, que cuecen la arcilla mortal hasta dejarla más frágil que una *olla* y más combustible que un cigarro puro. Esos «rayos», como dice Howell, «que en Inglaterra apenas hacen otra cosa que calentarle a uno, aquí le dejan a uno medio asado; esos dardos que no hacen sino iluminar y dorar los campos de madreselvas de nuestra tierra,

aquí despellejan y resecan el suelo agrietado y dejan demasiadas arrugas en la faz de nuestra madre común». Y luego, una vez que los cielos y la tierra están encendidos y que el sol se bebe los ríos de un solo trago, cuando todo el terreno está teñido de un uniforme de color siena y parduzco y la hierba verde queda reducida a briznas negras como de té oscuro, y los raros olivos cenicientos y pálidos se ven blanqueados a modo de librea del desierto, cuando el calor y la aspereza del ambiente inducen incluso a los muleros, duros como salamandras, a jurar el doble que de costumbre, yendo por la ruta a duras penas, como demonios en medio de un polvo incandescente y salitroso, entonces, ciertamente, descubrirá el viajero inglés que está hecho de la misma materia, sólo que más seca, y aprenderá de paso a apreciar el agua en su verdadero valor, pero una buena sed es un mal demasiado serio en España para que hagamos de ella, como si fuera simplemente un buen apetito, asunto de bromas, porque cuando todos los líquidos se evaporan y la sangre se condensa hasta convertirse en mermelada y los nervios se tensan hasta estar como las cuerdas de un violín demasiado tenso, adaptándose a la irritabilidad de puercoespín de la tensión mental, ¡cómo añora el alma calcinada la agradable frescura de una niebla escocesa, qué gratamente vuelve el recuerdo a la humedad relajante del condado de Devon!, es entonces, en medio de la sed, como la de Hagar, de esos páramos, cuando cualquier vieja momificada que salga corriendo de una choza de cañas con una taza porosa de agua salada se convierte a nuestros ojos en una Hebe portadora del néctar de los inmortales; y entonces, ¡cómo suspira uno por la más miserable *Venta*, que el calor y la sed convertirán en el Hotel Clarendon, ya que allí, por lo menos, se encontrarán agua y sombra y se hallará un refugio contra el dios del fuego! Bien pueden jactarse los historiadores españoles de que el sol, en el día de la creación, lució primero sobre Toledo y nunca desde entonces se ha puesto en los dominios del gran rey que, como nos asegura Berni, *tiene el sol por su sombrero*, pero los mortales de laña más humilde, que no somos los grandes de este sistema solar y para quienes un *coup de soleil* no es ni una broma ni una metáfora, debieran plegar hojas de papel de estraza en forma de corona sobre sus sombreros. *Sic nos servait Apollo*. ¡Ah!, y vosotras, mis bellas lectoras, que apreciáis vuestro cutis en lo que vale, acordaos, por

Dios bendito, de llevar sombrilla.

Excursiones por los alrededores de Madrid

Todo el mundo, naturalmente, querrá visitar *Los sitios reales* de El Escorial, San Ildefonso y Aranjuez: con el fin de ahorrar tiempo pueden incluirse en otras rutas, y de esta manera los que estén a punto de salir de Madrid con rumbo al sur o al este podrán visitar de paso Toledo y Aranjuez y luego seguir, si es a Valencia a donde van, por Cuenca, y si a Andalucía, por Sierra Morena. Los que vayan de Madrid a Francia pueden pasar por Ávila, El Escorial y San Ildefonso, a Segovia y de allí a Valladolid y Burgos. Los que vayan de Madrid a Vigo pueden seguir por Segovia y San Ildefonso, El Escorial, Ávila y Salamanca.

Ruta XCVII. De Madrid a Ávila

Localidad	Leguas	Total
Boadilla	2 ¾	
Brunete	2 ¼	5
Chapinería	3	8
Val de Iglesias	2	10
Guisando	1	11
Tiemblo	1	12
Berraco	2	14
Ávila	2	16 ½

Hay algo parecido a un *coche*, que va a Ávila y sale del *Mesón de los Huevos*, calle de la Concepción Jerónima. Ávila, por la carretera directa de Villacastín, está a cosa de 20 leguas de Madrid: el camino más corto es por El Escorial, a 16 leguas (véanse rutas XCVIII y XCIX), pero el amante de las antigüedades, dispuesto a todo, puede alquilar caballos y un guía que le lleve a *Guisando*.

Saliendo de la capital, después de cruzar el Manzanares el camino pasa por una comarca semejante a un desierto. Atravesando los ríos Guadarrama y Alberche entramos en Castilla la Vieja y no tardamos en vernos en *Val de Iglesias*, famoso en otros tiempos por sus tallas. El Escorial se encuentra a la derecha, a cosa de unas dos leguas de distancia; por el camino está la granja del *Quexijar*, que produce un vino muy espeso llamado *el vino santo*, muy del agrado de los santos monjes de El Escorial, que eran οινοβιοι más bien que κοινοβιοι. Antiguamente todas las ventanas de ese convento que daban al sol estaban cubiertas de gruesas botellas, expuestas a los rayos maduradores del astro, siguiendo la máxima horaciana: *Massica si coelo*, etc. Tal era el vino de los sacerdotes griegos, el *Vinum Dominicum* de los romanos.

En la parroquia de *Robledo de Chavela* hay, o quizá fuera mejor decir ahora que *hubo*, un *retablo* con 17 cuadros de la vida de la Virgen, obra de Rincón, pintor de corte de Fernando e Isabel; aunque, pensándolo mejor, por estar tan *arrinconados*, o sea, relegados a un rincón tan lejano, quizá existan todavía. Al llegar al

convento jerónimo de *Guisando* obsérvense en la viña algunos de los extraños animales de granito llamados *Toros* por los españoles taurómacos, que debieran darse cuenta de cómo son los toros y de que estos animales no lo son; a nosotros nos parecieron más bien de la familia del hipopótamo o del rinoceronte. Estas esculturas han sido dañadas tanto por el hombre como por el tiempo y las inscripciones que se ven en uno de los plintos no son de la misma época que el animal. Algunos piensan que se refieren a victorias de César contra los hijos de Pompeyo. Estos *Toros* fueron en otros tiempos muy numerosos en las regiones centrales de España, y así vemos que Gil de Ávila, escribiendo en 1598, menciona 63 de ellos, mientras que Somorrostro, en 1820, ya no conoce más que 37, tan rápidamente fueron desapareciendo estos inexplicados restos de la antigüedad. Tan interesantes como nuestros druídicos Cromlechs, son utilizados por los bárbaros para remendar carreteras y reparar pocilgas. Mucha tinta ha corrido en indagar su origen y su objeto, y algunos dicen que fueron puestos por Hércules, lo que es lo mismo que decir los fenicios, en conmemoración del buey Apis; pero Tiro nunca habría elegido a un símbolo egipcio, aun suponiendo que sus mercaderes llegaran a penetrar en el interior de España, cosa que no hicieron. Otros mantienen que fue Aníbal quien puso estos *mojones* en forma de elefantes, y aun otros, y quizá acertadamente, sostienen que son los toscos ídolos de los aborígenes, cuyo dios, *Neton*, o sea Marte, era el sol adorado en Heliópolis bajo la forma de un toro, el «becerro dorado» de los israelitas. Todo esto, sin embargo es mera conjetura, ante lo cual Cervantes, en broma, hace a su caballero del bosque pesar uno de estos *Toros*. Ahora, la Joven España se cuida muy poco de cualquier cosa que no sea el presente, y un toro vivo en la *plaza* vale a sus ojos por una hecatombe de estos brutos de granito. Consúltense «*Declaraciones del Toro*», Gil de Ávila, cuarto, Salamanca, 1597; «*Viage Artístico*», Bosarte, 32; *Noticias*, de Flórez, 133.

Fue en Guisando donde, el 9 de septiembre de 1468, tuvo lugar el memorable encuentro entre Enrique IV e Isabel: el impotente rey declaró a su hermana heredera suya, pero mientras firmaba este documento con una mano, conspiraba con la otra para que no se cumpliese; *Cosas de España*, véase Prescott, «Ferdinand and

Isabella», capítulo III.

Siguiendo el Alberche, un excelente arroyo truchero, lo cruzamos para llegar a *Berraco*, entre colinas cubiertas de pinos. Obsérvese el vestido de las mujeres. No tarda el camino en llegar a la áspera comarca de Ávila, y, pasando el *Puerto*, vemos abrirse la agradable *vega*, regada por el Adaja, con la línea de las murallas y las torres de la ciudad montañera. Su aspecto desde lejos es imponente, la ciudad tiene un aire fortificado y feudal al que coopera el color del granito con que está edificada; dentro, las calles son estrechas y sombrías; sin embargo, hay en los suburbios algunas gratas *alamedas*. Las murallas tienen casi dos millas de circunferencia y en otros tiempos tuvieron 88 torres. Fueron construidas entre los años de 1090 y 1098 por los arquitectos Casandro y Florín de Pituenga para Don Ramón, yerno de Alonso, VI, que fue el repoblador de Ávila.

Ávila es la capital de su fría y montañosa provincia, pero las *parameras* o llanuras son fértiles y las laderas de sus colinas bordean muchos gratos valles regados por arroyos trucheros. Hay también buena caza en los *Montes y dehesas*. Los campesinos son muy pobres y hay todavía mucha tierra sin cultivar. Las leyes de la amortización y los derechos feudales y solariegos han sido aquí particularmente opresivos (consúltese Miñano, I, 328, y también «*Estadística, etc., de Ávila*», Bernardo de Borjas y Tarrius, Madrid, 1804, y finalmente, por lo que se refiere a la ciudad misma, «*Grandezas de Ávila*», Luis Ariz, folio, Alcalá de Henares, 1607). Este libro contiene numerosos árboles genealógicos; ciertamente, debido al número de familias nobles que contenía, la ciudad se llamó *Ávila de los Caballeros*. Ávila, según dicen los españoles, tuvo en un principio el nombre de *Abula*, en honor de la madre de Hércules, que fue fundador de la plaza, pero la palabra significa en hebreo «fructífero».

Las posadas son muy malas: las menos malas son *La Mingoriana*, en la *plaza*, y *La del Empecinado, Puerta del rastro*. Las *galeras* de *Madrid* paran en el *Mesón del Huevo*. Ávila es sede de un obispo, sufragáneo del de Santiago, y tiene universidad. Su población es de menos de cinco mil almas. Es lugar aburrido y decaído y nunca se repuso de la hostil ocupación del general Hugo.

La catedral gótica fue construida en el año 1107 por Alvar García de Estrella: la entrada principal está enriquecida con obras de un período anterior. Examínese primero el interior, con sus matacanes encastillados, mitad iglesia y mitad fortaleza; una cruz indica el lugar donde los leales ciudadanos hicieron rey a Alonso VIII cuando sólo tenía cuatro años, por lo cual recibió el apodo de *El Rey Niño*. Le defendieron contra su tío usurpador, Fernando II de León, que quería aprovechar las rencillas civiles entre los Laras y los Castros, ya que estos últimos se sentían ofendidos porque el padre del niño, muerto en 1158, había nombrado tutores a sus rivales. Ávila defendió a Alonso hasta que cumplió los once años, y por ello recibió el título de *Ávila del Rey*, y por armas, una torre con la figura real en la ventana. Pero también es cierto que si los ciudadanos leales sabían sostener reyes, sabían igualmente degradarlos: fue aquí donde, el 5 de junio de 1465, la efigie del débil Enrique IV fue puesta en un trono, envuelta en ropas reales; el cetro, la corona y los demás atributos le fueron quitados uno a uno por los grandes, con Alonso Carrillo, arzobispo de Toledo, a su cabeza, y la estatua, una vez desnuda, echada a patadas del trono, siendo proclamado en su lugar su hermano Alonso (véase Prescott, «Ferdinand and Isabella», capítulo III).

El interior de la catedral es sencillo. Obsérvese el ábside circular, detrás del altar mayor. El *Retablo* es del tiempo de Fernando e Isabel y los cuadros son de Santos Cruz, Pedro Berruguete y Juan de Borgoña; pintados en 1508, cuentan entre los ejemplares más antiguos de España. El crucero fue terminado en 1350 por el obispo Sancho de Ávila; las vidrieras son muy bellas, y buena parte de ellas fueron realizadas en 1498 por Juan de Santillana. Obsérvense el San Juan Bautista, las *Santas* Inés, Cristina y Cecilia y también las de la *Capilla del Cardenal*, cuyas ventanas fueron pintadas en 1520 por Alberto de Holanda. La *Sillería del Coro* fue tallada entre 1536 y 1547 por Cornelis, con una infinidad de santos y figuritas. Los respaldos están taraceados con una madera oscura llamada *Texo*, que crece en las colinas vecinas de *Las Naves*. En el *trascoro* obsérvense, entre algunas buenas tallas, una Adoración de los Reyes, una Huida a Egipto, un San Joaquín y una Santa Ana.

Obsérvese sobre todo la tumba del erudito *Alfonso Tostado de*

Madrigal, obispo de Ávila en 1449, y por ello mismo llamado *El Abulense*. Envuelto en sus *pontificalibus*, le vemos en el acto de escribir, que fue la alegría y la ocupación de su vida: murió en 1455, a la edad de cincuenta y cinco años. Fue el Salomón de su época y escribió *de rebus cunctis et quisbusdum aliis*, o, como dice su epitafio, «Hic stupor est mundi, que scibile discutit omne». La inscripción, además de proporcionarnos otros datos necrológicos, afirma que vivió y murió virgen y que «escribió de seguro tres hojas al día todos los días de su vida, y que sus luminosas doctrinas hacían ver a los ciegos». Ponz (*Viage*, XII, 306) calcula que su pluma cubrió
60 225
páginas de «*Sana, católica y verdadera doctrina*». Tostado, *este burro cargado de letras*, fue, en realidad, un comentarista pesadote, pedante y polemista que «nunca supo combinar la teología con el ingenio». Sus libros, si consideramos la cantidad en relación con la calidad, prosa amazacotada y disertaciones sobre las cosas más abstrusas, son ahora, afortunadamente, alimento o, más bien, veneno de gusanos. Por lo que se refiere a su vida, puede consultarse su biografía escrita por Gil de Ávila, cuarto, Salamanca, 1611. Véanse también los antiguos *retablos* que hay en la capilla de San Antolín: el de *San Segundo*, uno de los patronos de Ávila y agregado a la catedral, fue construido en 1595 por Francisco de Mora, uno de los mejores discípulos de Herrera; la piedra, que es buena, procede de las canteras de Cardenosa. Los claustros son sencillos pero merecen ser examinados. En la ciudad está la iglesia de *San Salvador*, que es de la misma época que la catedral.

La gran gloria de Ávila es, sin embargo, una mujer, superior en erudición y santidad al mismo Tostado y como él virgen, cuyo nombre exacto es *Nuestra Seráfica Madre Santa Teresa de Jesús*; nacida aquí, el 28 de marzo de 1515, de nobles padres, Alonso de Cepeda y Beatriz de Ahumada; cuando sólo contaba siete años ansiaba ya ir a África a sufrir martirio a manos de los moros. A los veinte años tomó el velo y poco después fue llevada al cielo, y allí le mostraron un proyecto de conventos reformados, que realizó una vez vuelta a la tierra, fundando diecisiete conventos de carmelitas descalzas. No tardó en serle revelado que la conversación con seres

humanos corrientes era pecado, en vista de lo cual pasó veinte años, de conversación íntima con ángeles, que la visitaban, probablemente asumiendo la forma de monjes. Finalmente se convirtió en la «esposa del Salvador» y adoptó su nombre; como su temperamento entero tendía al amor, su desarrollo religioso, naturalmente, se vio modificado por esta dulce tendencia. Según ella misma, los dolores de los condenados en el infierno consistían en su incapacidad de amar y ser amados. Teresa es una gran favorita de los pintores españoles, que suelen representarla echada, muriéndose, mientras un ángel le toca el corazón con una flecha con punta de fuego. El día 27 de agosto es fiesta en la península entera por ser el día de *La transverberación del corazón de Santa Teresa de Jesús*; esta palabra es más larga incluso que *transustanciación*. Los monjes españoles, sin embargo, eran así de combustibles; de esta manera vemos que a *San Luis de Gonzaga* se le pinta siempre tan inflamado de amor que el fuego le sale del pecho. Otras veces se representa a Teresa escribiendo en su mesa, mientras una paloma le susurra al oído «noticias de su esposo».

Fue prolífica escritora: la mejor edición de sus revelaciones es la de Madrid, de 1793, *Obras y Cartas*, en seis volúmenes. Felipe II coleccionó sus manuscritos como libros sibilinos, que se conservan en El Escorial y eran mostrados como joyas por los mismos monjes que consideraban basura los manuscritos árabes: su escritura era tan difícil y dispersa como la del mismo Felipe. Para detalles de sus composiciones, véase Antonio (Bib. Nov., II, 295), en cuya obra, publicada en Madrid en 1783, son examinados como «escritos inspirados»; pero Teresa, en realidad, fue un mero instrumento de los jesuitas, y especialmente de Francisco de Borja, mientras que sus escritos fueron preparados para la imprenta por dos astutos dominicos, llamados Ibáñez y García, quienes, sabedores de lo fuerte que es la tendencia humana a creer en alguna revelación, pergeñaron estos fraudes, que sus víctimas se tragaron sin la menor dificultad. «Cosa maravillosa y terrible está ocurriendo en el país: los profetas profetizan falsamente y los *sacerdotes gobiernan* gracias a sus medios, y al *pueblo le gusta que sea así*» (Jeremías, V, 31); compárese también con Isaías, VIII, 19, con Hechos de los Apóstoles, XVI, 16, y la damisela, que estaba también dotada de espíritu profético, consiguió para sus jefes *muchos beneficios*

vaticinando. Felipe II apoyó a Teresa, y ésta, a su vez, estaba siempre lista a ες το Φιλιππιζειν, y a defender su fanatismo, de la misma manera que la pitonisa antigua actuaba de acuerdo con su tocayo de Macedonia.

Santa Teresa murió en Ávila el 4 de octubre de 1582, y diez mil mártires estuvieron junto a su cama, bajando el Salvador mismo a llevarse a su desposada a los cielos. Esta especie de «*sana* y *verdadera* doctrina católica» llena 18 páginas de Ribadeneyra (III, 252). Consúltese también la obra de Diego de Yepes, Madrid, 1599, y la obra en cuarto de Francisco de Ribera (su confesor y adiestrador), Madrid, 1602. Este volumen, a causa de su autenticidad, ha sido traducido. Léase también el poema, en octavo, de Pablo Verdugo, Madrid, 1615, y *La Amazona Cristiana*, Bartolomé de Segovia, octavo, Madrid, 1619, y también su vida, por Miguel Bautista de Lanuza (gran biógrafo de santos españoles), folio, Zaragoza, 1657.

Santa Teresa ha reemplazado ya a las diosas medievales, las Eulalias, Leocadias, etc., porque fue proclamada por el bobo de Felipe III patrona de España, de la misma manera que Juno lo era de Cartago, y Minerva, de Atenas; Santiago, sin embargo, siguió siendo el Hércules masculino. El 12 de marzo de 1622, Gregorio XV, sobornado por el oro de Felipe IV, puso a esta monja enferma de amor en el calendario de las santas romanas en lugar de en el manicomio, y ahora Ávila es llamada «preciosa concha, que contiene una perla de gran precio», a saber: su cuerpo fragante, incorrupto y milagroso, e incluso en nuestros días, las Cortes de Cádiz, o sea la prudencia colectiva de España, se volvieron en la hora de la verdad a ella, y, habiendo negado el mando al Duque, la nombraron a ella *Generalísima* de los ejércitos españoles, *Dux Foemina facti*, y el primer acto del ministro de la Guerra, en 1844, fue ascender a la reina Cristina a coronel de Cazadores, cuyo uniforme, como delicado cumplido a su virtud, era blanco y azul, los colores mismos de la *Inmaculada* Concepción.

Santa Teresa está enterrada en San José, que ella misma fundó. Visítese el convento: su estatua santifica el portal. La capilla es lugar muy santo y frecuentado por peregrinos en pequeño número, sin embargo, en comparación con otros tiempos. Las monjas nunca se atreven a sentarse en las sillas del *Coro*, sino solamente en los

escalones, porque las sillas eran ocupadas por ángeles siempre que Santa Teresa asistía a la misa, y las tallas, en cualquier caso, son verdaderamente dignas de tales ocupantes. Las monjas muestran, además de la tumba, muchas e inestimables reliquias de su fundadora que realmente no merecen la pena ver. Entre otras tumbas obsérvese la de su hermano, Lorenzo de Cepeda, muerto en 1580, y la de un prelado arrodillado, Álvaro de Mendoza, muerto en 1586. Igualmente dos soberbios sepulcros en nichos, con columnas corintias y estatuas arrodilladas, obra de Francisco Velázquez, 1630. De los árboles de *La Encarnación* se dice que fueron plantados por Santa Teresa misma.

Los sacerdotes y los monjes españoles nunca dieron prueba de gran inventividad en sus leyendas y milagros, que siempre importaron ya hechos de otros países o bien recurrieron al paganismo para materia prima. Santa Teresa es una imitación de Santa Brígida de Suecia, que también fue «esposa de Cristo» y reveladora de sus deseos y *Embajatrix del Cielo*, fundadora también de conventos, instrumento de sus astutos confesores, Peter y Mattias, y canonizada.

Como ya hemos dicho, estas santas Teresa y Catalina de Siena, etc., no fueron más que las pitonisas y sibilas de los tiempos antiguos, sólo que presentadas con nombres nuevos. Las Circes y las sirenas transformaban a los hombres en bestias, de la misma manera que estas *santas* hicieron tontos de ellos, pero así ha ocurrido siempre, desde que el padre de toda mentira eligió a la mujer como engañadora del primer hombre, padre de todos los hombres, porque cuando interviene una dama en el asunto, nunca falta liga con que atrapar almas masculinas. Su persuasiva elocuencia, que apenas necesita el combustible de los hechos, añadida a la influencia sexual, es irresistible, y no se me diga que la falta de sentido común pueda ser obstáculo. Los dichos de Santa Teresa, como los del San Tiresias antiguo, pudieron resultar verdad o no, pero las solemnes tonterías siempre cautivan a la gente, que considera magnífico todo lo que no comprende, y de esta manera, la Teresa de la *Eneida*, movida por el espíritu, habló en un idioma desconocido, «nec mortale sonans», y su influencia, naturalmente, fue ilimitada; ciertamente, los cuerdos paganos hicieron derivar, razonablemente, la palabra μαντεις απο τον de los evidentes

síntomas de pérdida de inteligencia. La falta de sentido común nunca ha sido en España obstáculo cuando el que la sufría era un gobernante o un santo, ya fuera hembra o varón; más aún, algunos de los más venerables santos españoles fueron elegidos entre los más ignorantes monjes y monjas. De esta manera, Ribadeneyra, la gran autoridad hagiográfica, cita copiosamente de los escritos de *el Sapientísimo Idiota*, que escribió cosas dignas de este apelativo. Así respetan también los moros a sus idiotas, llamándolos *Santons* y pensando que, porque son tontos en la tierra, sus santificadas mentes deambulan por el cielo: «Haec et alia generis ejusdem, ita defenditis, ut ii qui ista finxerunt, non modo non insani, sed etiam fuisse *sapientes* videantur». Los filósofos paganos atribuyeron mucho de todo esto a ventosidad y flatulencia, y cuando se eructaban estos desvaríos, «afflata est numine quando», sus autores eran calificados de εγγαστριμυθαι o ventrílocuos. A éstos los sacerdotes de Delfos los ponían en un trípode, y los españoles los coronaban con un halo, cuando en Inglaterra lo único que habrían conseguido es que les pusieran una camisa de fuerza, excepto en casos de verdadera inspiración, como el de Johanna Southcot. Y, como siempre, es notable lo orientales que son todos estos detalles menores de Santa Teresa. Mahoma alimentaba a una paloma mansa en su oreja, donde le ponía la comida, persuadiendo a los fieles creyentes de que le estaba comunicando el Corán; mucho antes, sin embargo, Herodoto se había dado cuenta de que las palomas de Dodona y la palabra πελεια, en lengua tesaliana, significaban vieja y también paloma. Por lo que se refiere a desposorios con la deidad, a la pitonisa Dione le estaba permitido cohabitar con Júpiter, el cual, según una *beata* romana, estaba también enamorado de ella; y San Agustín, justamente indignado de estas blasfemias, observa: «Si *verum* attendamus, deteriora sunt templa ubi haec *aguntur,* quam theatra ubi *finguntur*». En España, donde las pasiones son violentas, los monjes, víctimas de un celibato antinatural, se enamoraban de las pinturas y las imágenes de la Virgen, de la misma manera que los paganos de las de Venus (compárese con Plinio, *«N. H.»,* XXXVI, 5, o con Palomino, «*Museo Pictórico*», II, 139, y con Carducho, «*Diálogos*», 121). Las monjas novias reacias del cielo, adoraban abundantemente a los bellos santos machos, y especialmente a San

Sebastian, el Apolo románico; pero, como observa Plinio, las alianzas con el Panteón nunca fueron prolíficas. Cupido y Psique, Baco y Ariadna, etc., son todos ellos tipos de estos «desposados» (véanse también el artículo de Bayle sobre Santa Catalina de Siena y el *Hierozoincon*, II, capítulo 49).

El más bello monumento de Ávila es el que se ve en el convento dominicano, erigido al príncipe Juan, hijo único de los Reyes Católicos, que murió en Salamanca en 1497, a la edad de sólo diecinueve años, porque el joven novio, como Rafael, fue víctima de ignorantes *sangrados*, que interpretaron mal las causas de su agotamiento temporal. Su muerte fue causa de duelo nacional, como la de nuestra princesa Carlota. Era un príncipe del que se esperaba todo y su muerte trajo consigo la ruina de España, que sus padres habían elevado a su más alta situación. La corona pasó al *extranjero*, porque Carlos V era flamenco de nacimiento y austríaco de corazón y desperdició en política alemana la sangre y el oro de España. Esta bella tumba, la obra maestra de Micer Domenico, de Florencia, fue erigida por el tesorero del príncipe, Juan Velázquez, quien añadió un breve pero patético epitafio. Está situada bajo un arco elíptico y guarda parecido con los exquisitos sepulcros reales de Granada. En la *Capilla de San Luis Beltrán* hay otro buen monumento a Juan Dávila y Juana Velázquez, servidores del príncipe. La *Sillería del Coro* es de un trabajo exquisito. Algunos han atribuido las pinturas del *Retablo* a Fernando Gallegos.

A continuación visítense *San Vicente*, que es una iglesia de extramuros construida en 1313 y, según la inscripción, por un judío converso que está enterrado aquí. Obsérvense las entradas principales y laterales, muy decoradas. Este San Vicente, como su tocayo del Cabo, fue martirizado por Daciano; nacido en Évora o Talavera, cuando le llevaron ante una imagen de Júpiter dio una patada al altar, el cual, instantáneamente, recibió la impresión de su pie. Fue ejecutado el 27 de octubre del año 303, y su cuerpo, arrojado a los perros, pero una serpiente lo defendió; ésta es una idea tomada del *draco*, que defendía la tumba de Escipión el Africano. El reptil se lanzó contra un judío *rico* que quería mofarse del cadáver y que, lleno de espanto, hizo voto, si escapaba de aquel peligro, de construir y dotar una iglesia, cosa que hizo. La posesión

del cuerpo de San Vicente, según se dice, *«garantiza» a Ávila gracia y ventura para hacerse entre todas más dichosa*, y, sin embargo, y a pesar de los de Tostado y Santa Teresa, como si no bastase con uno solo, pocos lugares son tan miserables como éste. El agujero de donde salió la serpiente, *El Bujo* (mal llamado *El Herrojo de San Vicente*), era uno de los tres lugares de impetración (compárese con Santa Gadea de Burgos y San Isidoro de León). El prelado que sucedió a Tostado, un cierto Martín Vilches, deseó, hacia el año 1458, averiguar si el cuerpo del santo estaba realmente debajo de la piedra. Metió la mano en el agujero y la sacó rápidamente y sangrando, mordido sin duda por la serpiente. Durante mucho tiempo, se mostró a los visitantes una tabla manchada de sangre como prueba y también a modo de reliquia para edificación de las almas piadosas. El obispo, a fin de mostrar su arrepentimiento y dar cumplida satisfacción, erigió la tumba actual, a cuyo costo contribuyeron muchos devotos, poniéndose en ella las armas de éstos. Después de esto, el populacho y todos los que desearan realizar una impetración solemne metían los dedos en el agujero, de la misma manera que el populacho romano los metía en el de la *Bocca de la Veritá*, hasta que la ceremonia fue prohibida por Isabel. «Tango aras et numina testor». La religión primitiva estaba relacionada con la ley y el gobierno: las piedras, lugares duraderos de juicio, eran el símbolo de Bethel, Gilgal y Mispech; lo mismo puede decirse de los cromlechs druídicos, tales como la «piedra negra» de Iona, ante la cual se dirimían todas las disputas, como ante la piedra negra de la Caaba, en la Meca. Las supersticiones óficas aparecen en todas las leyendas de la antigüedad. Compárese con la serpiente de Esculapio, con las serpientes vengadoras de Lacoonte y con las del templo de Júpiter.

El artista y el arquitecto encontrarán muchas cosas que estudiar en Ávila. Entre las mansiones antiguas conviene observar la de los *Condes de Polentinos*, cuyo portal está decorado con figuras de hombres armados y un *patio* elegante, pero muy deteriorado; la *Casa de Colmenares* y el noble patio de la casa del *Marqués de Velada*. En Ávila se pueden ver algunos *Toros* como los de Guisante. Por lo que se refiere a comunicaciones con Salamanca, véase la ruta LXVI.

Ruta XCVIII. De Ávila a El Escorial y Segovia

Localidad	Leguas	Total
Urraca	2 ½	
Las Navas del Marqués	3	5 ½
El Escorial	3	8 ½
Guadarrama	2	10 ½
Venta de Cercedilla	2	12 ½
Castrejones	2	14 ½
San Ildefonso	2	16 ½
Segovia	2	18 ½

Este áspero trayecto de montaña está con frecuencia cubierto de nieve desde noviembre hasta abril. Desde la cima se pueden ver las *parameras* de Ávila y el valle del Alberche, con los sombríos alrededores de Madrid, que se extienden hasta el horizonte. En las frías eminencias que hay cerca de *Las Navas* crece el *texo, amantes frigora taxi*, cuya madera oscura parece caoba. La crema o cuajada, *la nata*, es famosa en Madrid, pero no podría imponerse en el condado de Devon. *Nata*, en árabe, significa «cualquier cosa que suba a la superficie»; «*Manteca*» es también palabra árabe y quiere decir «la médula o el meollo». *Las Navas* tiene tres mil habitantes; está situada en una hondonada húmeda rodeada de montañas. Después de cruzar un afluente del Alberche y bajando por una ladera de la sierra se levanta ante nosotros la basta mole gris de El Escorial.

Ruta XCIX. De Madrid a El Escorial y Segovia

Localidad	Leguas	Total
A las Rosas	3	
Puente del Retamar	2	5
Galapagar	1 ½	6 ½
A El Escorial	2	8 ½
Segovia	8	16 ½

Hay una diligencia, cuyas oficinas están en el número 26 de la calle de Alcalá. La carretera es innecesariamente magnífica, pero los españoles siempre que terminan algo lo rematan al estilo romano y, en consecuencia, no se escatimó gasto alguno en este *Camino Real*, que, aunque de poca utilidad para el comercio o el público, conducía al refugio y monasterio del rey, ya fuese monje, guardabosques o ambas cosas, como eran en general los Austrias y los Borbones. Saliendo de Madrid por las orillas plantadas del Manzanares, que son agradables cuando el río lleva algo de agua, se ve a la derecha la *Moncloa*. Pasada la *Puerta de Hierro*, la oficina de portazgos y el gran puente, no tardamos en vernos en el desierto de los alrededores de Madrid. En el verano, cuando los cielos vomitan fuego y la tierra está parda y tostada, no falta aquí nada, excepto la plaga, para que el retrato oriental sea perfecto. El contraste de dejar una ciudad populosa aumenta la sensación de abandono, soledad y ruina que, como en Oriente, es parte del carácter de España, donde los pueblos están en decadencia, las tierras faltas de cultivo y los mortales vivos andan o velados o cubiertos por la capa. No hay nada *riant* o verde; pocas son las sonrisas que florecen en el rostro del hombre o la naturaleza; aquí todo es áspero, falto de ternura y agrado por muy lleno que esté de fuego y pasión; el silencio y la desnudez prevalecen y, sin embargo, carece de la grandeza melancólica de la soledad perfecta del desierto; aquí hay justo la población necesaria para hacer ver al viajero lo despoblado que está y, al tiempo, para despojar al paisaje de la poesía de la completa soledad y el abandono total. Y además las características propias del desierto son molestas aquí por estar

fuera de lugar, hallándose tan cerca de una corte real, mientras que el cultivo parcial y chapucero que priva a esta *Campagna* de flores silvestres sirve, ciertamente, para destruir su sentimiento, sin bastar, al mismo tiempo, para alegrar la vista con sus ricos productos y sus campos rientes de grano y vino; aquí el trigo lucha con el cardo y la mala hierba para sobrevivir.

Todo el camino que conduce a El Escorial continúa así, desnudo, desolado y sin grandeza; el terreno es pobre y el campesino que lo araña es prácticamente un salvaje, y, sin embargo, este desierto que desfigura a Madrid constituye un acceso apropiado para esta mole sombría que en la quinta legua se ve bajo la *Sierra* hosca y dentada. La fascinación de este espectáculo parece ir aumentando en tamaño e interés a medida que nos acercamos; acaba volviéndose tan grande que ni siquiera entre las montañas se pierde. El extremo oriental de la capilla y el mango de la reja, que sobresale, estropean la elevación, pero, en conjunto se levanta impresionantemente entre jardines y terrazas rodeado de plantaciones que bordean el desierto; todo a su alrededor, a ambos lados, desde *Las Rosas*, que no tiene rosas, hasta *Galapagar* todo es *dehesa y despoblado*. Acá y allá vemos largas líneas de paredes que cercan los refugios, ahora desiertos, de *El Pardo, La Zarzuela* y otros refugios propios de la realeza teriomaníaca. Al pasar junto a una enorme piedra de granito vemos una cruz que indica antiguos dominios clericales; desde aquí, por entre álamos y olmos descopados, la carretera sube hasta la aldehuela batida por los vientos, que parece miserable en comparación con este edificio aislado, cuyo tamaño aumenta ante la insignificancia de tantas construcciones menores.

El Escorial está, según algunos geógrafos, en Castilla la Vieja, pero la línea divisoria de las provincias está en la cima misma de la *Sierra* que se levanta detrás de él. Las mejores *Posadas* son *La Fontana, La de los Milaneses* y *La del Correo*. El mejor guía es Cornelio, ciego que guía a los ciegos, pero que ve claramente «con los ojos de su mente» y que conoce todos los rincones, indicando en particular las mejores vistas. Como el monasterio es de estricta clausura, solía hacer falta permiso del nuncio papal en Madrid para las mujeres que quisieran pasar el dintel de esta *penetralia monastica*. El Escorial es ahora mera sombra del pasado porque ha

perdido a sus monjes vivos y también las rentas de que éstos vivían. La enorme mole, expuesta al huracán y a las nieves de la montaña, era costosísima de mantener en buen estado de conservación. En los cinco años que siguieron a la amortización de los bienes eclesiásticos por Mendizábal sufrió más daños que en los dos siglos anteriores. Las lluvias penetraron por el tejado estropeado y la humedad, tenaz y triste destructora, se infiltró por las habitaciones vacías de gente. La octava maravilla del mundo, que costó millones, estaba pereciendo por falta de unos pocos cientos, hasta que Argüelles, en 1842, asignó una pequeña cantidad, tomada del peculio privado de la reina, para su reparación, frenando de esta manera la ruina inmediata del edificio; estos gastos de conservación han continuado desde que la realeza ha recuperado sus derechos y no tienen por qué sorprenderse los que conozcan a España al ver reaparecer a los monjes, una vez más, reclamando sus antiguos cotos, y lo cierto es que son casi necesarios como el primer término de este cuadro, ya que esta mole fue construida para ellos y, sin su vuelta, su ruina será segura tarde o temprano. Vasto e inútil como las pirámides, El Escorial sería demasiado grande para ser trasladado, incluso con ayuda de los esclavos de la lámpara, si hubiera trasgos en España. Hallándose apartado no sirve más que para monasterio, aunque podría, ciertamente, si fuera tres veces más grande, servir de asilo general para los pobres de la península. Los invasores lo despojaron de su oro y recientemente también ha sido despojado de sus objetos artísticos, ya que más de cien de sus mejores cuadros fueron llevados a Madrid en julio de 1837, cuando los carlistas, a las órdenes de Zariátegui, avanzaban sobre Segovia.

Los que quieran saber cómo era El Escorial en otros tiempos deben consultar la excelente «*Historia de la Orden de San Gerónymo*», de José de Sigüenza, folio, cuatro volúmenes, Madrid, 1600-1605.

Este erudito, testigo presencial de su construcción, fue también su primer prior: «*Descripción… de El Escorial*», xxx, de Francisco de los Santos, folio, Madrid, 1657; de esta obra hay una corta traducción en cuarto, Londres, 1671, hecha por un criado de Lord Sandwich, que en la primera página nos dice que «recientemente El Escorial ha sido consumido por el fuego». «*Le reali grandezze del Escariale*», de Hilario Mazzolari de Cremona, cuarto, Bologna,

1648. «*Descripción*», etc., por Andrés Ximénez, folio, Madrid, 1764. Estas obras describen la espléndida condición del edificio antes de la invasión francesa. La mejor guía posterior a estos libros es la «*Descripción Artística*», de Damián Bermejo, duodécimo, Madrid, 1820, que se puede comprar en el pueblo. Hay un juego de vistas bien hechas por Tomás Lope Enguidanos, que se vende en Madrid, *Imprenta real*. Herrera mismo publicó una lista de sus plantas y alzadas originales, «*Sumario de los diseños*», duodécimo, Madrid, 1589.

El título exacto del edificio es *El real sitio de San Lorenzo el real del Escorial*. Este último nombre se deriva según algunos de *Escoriae*, o sea, lo que sobra de las minas, que aquí no existen, y que es una etimología semejante a la que hace derivar las *Tuileries* de *tejas*. Casiri afirma que el nombre, en árabe, significa «lugar rocoso»; otros prefieren «Aesculetum», o sea, lugar de robles enanos, *Quercus Quejigo*, que son la mala hierba de la localidad. El edificio es una mezcla de palacio, monasterio y tumba, y éstos fueron los objetos para los que lo hizo construir Felipe II, a quien los monjes llaman «el santo fundador» y otros «*El Escorialense*». Su objetivo, ostensiblemente, fue realizar la voluntad de su padre construyendo un panteón y cumplir de paso un voto, inspirado por el pánico, hecho durante la batalla de San Quintín, cuando imploró la ayuda de San Lorenzo, en cuyo día tuvo lugar. De esta manera, en dudoso conflicto, el pagano Fulvius Flaccus sobornó a Júpiter, prometiéndole un templo, y de idéntico modo, afirma el mismo autor, se comportó Appius Claudius; César mismo, antes de la batalla de Farsalia, prometió un santuario a Venus Victrix.

San Lorenzo, el Hércules de este catolicísimo Felipe, era oriundo de Huesca y, como verdadero aragonés, resistía el fuego mejor que su santo fundador. Fue asado a la parrilla por Valentianus, el 10 de agosto del año 261, a fuego lento y no rápidamente à *la bifstec*. Resistió la operación con mucha sangre fría, porque Prudentius cuenta que iba aconsejando a los cocineros la mejor manera de darle la vuelta cuando el otro lado estaba ya quemado, «converte partem corporis satis crematum»; luego, «ludibundus», les invitó jocosamente a que se lo comieran y vieran cómo sabía mejor, si bien pasado o vuelta y vuelta.

«Tune ille: coctum est, devora
et experimentum cape
sit crudelum an assum suavis».

San Justino dice de un ibero, «qui inter tormenta risu exultavit, serenaque laetitia crudelitatem torquentium vicit»: compárese con los asados de San Cucufat.

La batalla de San Quintín fue librada el 10 de agosto de 1557. Toda su gloria, como en el caso de Pavía, Lepanto, Bailén, la guerra de la Independencia, etc., se la arrogan ahora los españoles como propia, pero, como en muchos otros casos, la batalla fue ganada por un jefe *extranjero*, Filiberto de Savoya, capazmente secundado por D'Egmont,
con infantería flamenca y caballería alemana y, mejor aún, con 8000 ingleses a las órdenes de Lord Pembroke. Los franceses fueron completamente derrotados y perdieron 3000 hombres, más 4000 prisioneros, banderas, bagaje y artillería. Si Felipe II hubiera decidido seguir adelante, habría podido tomar París con la misma facilidad que el Duque después de Waterloo [1], pero le faltaban medios de transporte, como a Castaños, y, como éste (véase Bailén), no estaba siquiera presente en el campo de su victoria. Pasaba el tiempo entre dos confesores, haciendo votos de construir conventos y jurando, una vez segura la victoria, no tentar la suerte por segunda vez. Y esta mole colosal está en proporción a su piedad y sus temores, porque «celui qui faisait un si grand voeu», como dice el duque de Braganza, «doit avoir eu grand peur», y, verdaderamente, es el único *beneficio* que sacó España de tan importante victoria. Felipe, cansado de la guerra y sus alarmas, reposó sobre sus laureles prestados y se dedicó a edificar, para lo que estaba verdaderamente dotado por ser hombre de gusto y verdadero protector de artistas. Como era de temperamento tímido y flemático, Felipe, al igual que Tiberio, buscó en la dedicación de este templo la excusa para huir de la publicidad de Madrid, «certus procul ab urbe degere». La primera piedra fue puesta el 23 de abril de 1563 por Juan Bautista de Toledo, cuyo gran discípulo, Juan de Herrera, terminó la mole el 13 de septiembre de 1584, y, sin embargo, ahora en la séptima edición de la «*Encyclopaedia Britannica*», entre los crasos errores de la mayor parte de sus

artículos sobre temas españoles (véase, por ejemplo, Gijón, pág. 1049), se afirma con toda gravedad «que los españoles, menos patriotas que los franceses, han empleado para sus obras principales arquitectos de Francia e Italia, de manera que, *naturalmente*, el país no puede jactarse de ninguna peculiaridad de estilo que redunde en su propia honra, ya que el palacio de El Escorial fue hecho por un *arquitecto francés*, y abunda en deformidades propias de las escuelas francesa e italiana, por lo cual no puede ser citado como ejemplo de arquitectura española». Este error proviene de la audaz afirmación de un albañil francés de lo más corriente, un cierto Louis Foix, de que, habiendo llevado un capacho en las obras, dijo a su vuelta a Francia que él «había construido El Escorial». Esto, que quizá fuera una broma, fue creído por Colmenar y Voltaire, porque no hay nada que la vanidad no se trague o la mala fe no tergiverse, y de esta manera, *La Tour de Corduan*, un faro con una cúpula semejante a una caja de bombones, levantada en la boca del Gironde en 1611, es achacada también a este Foix, «el arquitecto de El Escorial». Pero el apellido *Foy*, a pesar de su significado aparente, no implica necesariamente la autoridad absoluta de la buena fe en las versiones francesas de los sucesos y las cosas de España, «tali fronti nulla fides».

El mismo día 13 de septiembre, pero del año de 1598, murió aquí Felipe II, habiendo vivido en este vasto monasterio catorce años, medio rey, medio monje y jactándose de que desde los pies de una montaña gobernaba la mitad del mundo, tanto antiguo como nuevo, con dos pulgadas de papel. El santo fundador es comparado con Salomón, que edificó el templo, cosa no permitida a hombres de temperamento, como David o Carlos V. Pero el yugo de los reyes constructores es penoso y, de la misma manera que Judea e Israel se dividieron bajo Jeroboam, se fue Portugal de España bajo Felipe IV. El Escorial, bien mirado, fue un error, porque la elección de un lugar desde el que llevar los asuntos del estado fue mal hecha, mientras que elevar un monasterio cuando ya los monjes habían cumplido su labor de sembradores de la civilización resultaba un anacronismo, y además el tremendo gasto se llevó sumas que habrían podido cubrir la península con una red carreteras y canales, que realmente escaseaban tanto como sobraban los monasterios. El Escorial tendió también a fijar la residencia de la corte en Madrid,

la maldición de España. De esta manera, perjudicial desde el principio hasta el fin, esta colosal mole, al borde de su derrumbamiento, expone una moraleja y adorna una fábula: «Non in alia re *damnosior quam aedificando*»; tal fue la justa observación de Suetonio al reflexionar sobre tristes consecuencias del Palacio Dorado de Nerón.

El Escorial decepcionará a primera vista, porque las esperanzas del viajero habrán sido avivadas en exceso, pero éste es el castigo de las crédulas esperanzas de los viajeros, que seguirán esperando demasiado, a pesar de su experiencia de que la realidad suele disipar las ilusiones. Y, sin embargo, feliz aquel que siempre espera y desdichado el viajero que llega a Castilla desprovisto de poesía, de ilusiones románticas, con las que dorar la aspereza y las incomodidades que, en este país, caracterizan con excesiva frecuencia a la realidad.

El edificio no tiene nada en su forma y su color que sea real, religioso o antiguo. El granito limpio, las pizarras azules y los tejados plomizos parecen nuevos, como si hubieran sido construidos ayer. Tiene el aire de un cuartel o una fábrica que hubiesen crecido demasiado. La multitud de ventanas desnudas (se dice que tiene
11 000
en honor de las vírgenes de Colonia) y las contraventanas verdes son irritantes; las ventanas de los entresuelos parecen portillas y, a juzgar por el grosor de las paredes, podrían muy bien convertirse en troneras. Las ventanas son demasiado pequeñas, pero si hubiesen sido diseñadas en proporción a las fachadas las habitaciones iluminadas por ellas serían demasiado altas, de manera que las apariencias externas fueron sacrificadas en aras de la comodidad interna: sin embargo, hay puntos del edificio que reducen la anchura y hacen perder la sensación de solidez. Fanático, ciertamente, tuvo que ser Felipe cuando sacrificó la oportunidad de construir un palacio perfecto en aras de la vana leyenda de una parrilla; y el pobre Herrera, forzado a rebajar su genio al nivel de un plano digno del Beefsteak Club, fue ciertamente un verdadero mártir. Las cualidades que redimen este edificio son el tamaño, la simplicidad y la situación. Se levanta a unos 2700 pies sobre el nivel del mar y forma parte integrante de la montaña, con cuyos materiales fue construido: es tan grande que, en lugar de parecer

una verruga sobre el monte Olimpo, su grandeza destaca incluso entre los enormes contrafuertes de la naturaleza, que forma aquí un telón de fondo adecuado a tan severa mole cenicienta, elevándose como el palacio de la Muerte, que desde aquí lanza sus ráfagas letales, las cuales bajan por estas calvas *Sierras*, dispuestas a barrer la vida humana y vegetal del desierto madrileño. Frío como los ojos grises y el corazón de granito de su fundador, este monumento al miedo y a la superstición habría estado fuera de lugar entre las flores y los rayos del sol de un valle feliz.

El edificio es un paralelogramo rectangular, que mide 744 pies de norte a sur y 580 de este a oeste, pero no debemos medirlo, porque la sensación de vastedad es independiente del verdadero tamaño; está construido principalmente en el orden dórico. El interior está dividido en patios, que representan las intersecciones de las barras de una parrilla, mientras que el mango forma la residencia real; las patas son las cuatro torres que hay en las esquinas. Los lados norte y oeste, que dan al valle y a las montañas, tienen una bella *Lonja* o plataforma, y al este y al sur las terrazas dan a pensiles bien diseñados y a estanques. Las laderas a los pies del edificio están bien plantas, sobre todo *La Herrería* y *La Fresneda*. Los olmos, según Evelyn, fueron traídos por Felipe II de Inglaterra. La fachada principal, que es la occidental, da a la Sierra, y nosotros tardamos en dar con ella, porque el monasterio da las espaldas a Madrid, como para mostrar que sus habitantes debieran renunciar a las intrigas y los hechos mundanos. En la *Lonja* del norte hay una galería subterránea de 180 pies de longitud, 10 de altura y 7 de anchura, abierta en 1770 por el monje Pontones con el fin de conseguir una comunicación durante los huracanes de invierno, los cuales, según los guías, levantaron en cierta ocasión a un embajador, con carroza y todo, por el aire por no hablar de las faldas de monjes y damas, levantadas como globos, y de las docenas de caballeros levantados en el aire y dando vueltas como hojas muertas. Por este pasaje, si las malas leguas no difaman a los santos célibes, muchas bellas visitantes fueron introducidas sin pasaporte para tales circunstancias. El monasterio, a causa de los vientos, no está situado según «los puntos cardinales»; su violencia es desarmada por estar emplazado fuera del cuadrado convencional.

Los guías saben de memoria todas las proporciones y repiten que

el cuadrado del edificio cubre 3002 pies, que el centro está en la capilla, rematada por una cúpula; que hay 63 fuentes, 12 claustros, 80 escaleras, 16 patios y 3000 pies de pintura al fresco. Era, al mismo tiempo, templo, palacio, tesorería, tumba y museo además «de extremada magnificencia, de fama y gloria en el mundo entero». Pero, en diciembre de 1808, los franceses, a las órdenes de La Houssaye, llegaron y saquearon un edificio que a ellos les recordaba su antigua derrota de San Quintín. Véanse los deplorables detalles en Miñano. El Escorial nunca se repuso de lo que él, justamente, califica de «feroz vandalismo de una guerra maldita, unida a la avaricia saqueadora». Fernando VII, sin embargo, hizo lo que pudo por reparar el lugar de su nacimiento, razón por la cual ha sido llamado su *segundo* fundador.

La *Portería* o entrada principal está en la fachada norte, pero es poco usada, de manera que, después de buscar inútilmente la entrada, el viajero acabará descubriéndola la oeste, una ruin puerta de cocina sobre la que ha sido prudentemente puesto un San Lorenzo, de 15 pies de altura, con una parrilla proporcionada a sus dimensiones, «pour encourager les bifstecs». Dos quijadas de una ballena cogida en Valencia en 1574 completan este *bodegón* o *tableau de cuisine*. Este monstruo de las profundidades del océano habría podido tragarse a San Lorenzo entero, cocido o sin cocer, y estas reliquias son buenos emblemas de los estómagos y los poderes monacales de digestión. Pero ahora, ¡ay!, los monjes han desaparecido y el cuadro queda incompleto. Estos monjes jerónimos, como suele ocurrir con esta orden, eran grandes agricultores o, mejor dicho, administradores, porque se limitaban a supervisar el trabajo de los jornaleros, que, como los bueyes de Job, «*araban* mientras los asnos se *cebaban* junto a ellos». Las numerosas ventanas del monasterio estaban adornadas con gruesas botellas de *vino santo*, y cuando llegaban los extranjeros, los anacoretas, fumando sus *cigarritos*, los observaban, mirando por entre ellas al vano mundo al que habían renunciado, mientras sus negras cabezas y lanudos ropones parecían elegantes gusanos en frutas maduras, porque pocos miembros de las órdenes monásticas estaban más gordos, y un monje jerónimo escuálido era más raro de ver que un soldado español gordo, pero también es verdad que las bestias de presa nunca llegan a tener el buen aspecto de los

animales farináceamente alimentados. Aquí se intentaron experimentos sobre la elasticidad de la piel humana para ver hasta qué punto puede estirarse sin llegar a reventar. Los más gordos de los monjes vivían encantados de su gordura, como los cerdos de dientes blancos de Homero, θαλεθον τες αλοιΦη; ahora que las vacas flacas de los reformadores han acabado con ellos, ¡descansen en paz sus huesos!

El portal dórico y jónico de la entrada no se abre nunca, excepto para dejar paso a los reyes, vivos o muertos. El primer *Patio* se llama *de los Reyes*, a causa de las estatuas de «los Reyes» de Judea, relacionados con el templo de Jerusalén. Son de 17 pies de altura y fueron todas ellas talladas por Juan Bautista Monegro de un solo bloque de granito, del que aún queda suficiente materia para completar la docena. Las manos y las cabezas son de mármol y las coronas de bronce dorado, pero las figuras resultan alargadas y sin mérito, siendo la menos mala de todas ellas la de Salomón. El patio tiene 320 pies de profundidad por 230 de anchura y está demasiado congestionado, parece ser todo tejado, con no menos de 275 ventanas, y, de nuevo, las figuras que hay sobre la entrada de la iglesia son demasiado altas y pesadas. Este patio fue el último terminado. En el lado sur está la biblioteca, y enfrente, el colegio de los estudiantes.

De aquí, por un pasillo oscuro, se va a la capilla principal, *El Templo*, que fue comenzado en 1563 y terminado en 1586: obsérvese la construcción del techo plano, sobre el que está el *coro alto*. El interior de la capilla, visto desde abajo de este sombrío arco, semejante a una gruta, es el triunfo de la arquitectura, porque quita el aliento del que mira por lo majestuoso de su sencillez. Todo es silencio y solemnidad, sin adornos; no hay estatuas de oropel o dorados baratos que estropeen las perfectas proporciones de este casto templo; los sentimientos religiosos llenan todo el interior de esta casa de Dios, donde se olvida todo lo ruin y trivial. Un espanto, *der schauer des erhaben*, se cierne sobre el mortal, que se siente dominado por el *Sancta Sanctorum*.

La capilla es una cruz griega, con tres naves, de 320 pies de longitud, 230 de anchura y 320 de altura hasta la cima de la cúpula, pero el secreto de su grandiosidad es el diseño y la

proporción. El pavimento negro y blanco es serio y decoroso. Ocho de los compartimentos del tejado abovedado están pintados al fresco (predomina el color azul) por Luca Giordano. El *Retablo* del altar mayor es soberbio y se sube hasta él por un tramo de escalones de mármol veteado de rojo. La pantalla, de 93 pies de alto por 43 de ancho, llevó al pintor Giacomo Trezzo, de Milán, siete años y se compone de cuatro órdenes. Las columnas que los dividen son de jaspe, con plintos y capiteles de bronce, y el techo está pintado al fresco por Luca Cangiagi. Las pinturas del *Retablo*, de la Adoración de los Reyes y la Natividad, de Pelegrino Tibaldi, son muy frías, mientras que su San Lorenzo, «non satis crematus», cohíbe al mismo fuego de la parrilla por su misma crudeza. Y el mártir, además, es tan grande que podría haberse comido vivos a los desproporcionados romanos con la misma facilidad con que el capitán Gulliver derrotó a los liliputienses. El Salvador, atado a la columna y con la cruz a cuestas, y la Asunción de la Virgen son obra de Francisco Zuccaro. Los medallones de bronce, la santa cruz y las quince estatuas doradas son obra de Pompeio Leoni y su hijo. Un tabernáculo de madera reemplaza al de espléndido bronce dorado, que fue diseñado por Herrera y ejecutado por Trezzo y era una de las más bellas obras de arte de toda España y, más aún, ciertamente, del mundo entero; los escritores antiguos hablan de él como de un «ejemplo de ornamentos de altar caído del cielo». Esta espléndida obra de arte, que se tardó siete años en hacer, fue destruida en cinco minutos por los barbudos seguidores de La Houssaye, que lo rompió pensando que era plata sobredorada y, viéndose decepcionado, lo tiró como *Nehustan*, o sea, latón *sin valor*, aunque bien es verdad que él no era un Ezequías.

A cada lado del altar mayor hay cámaras bajas u oratorios para la familia real, mientras que, encima, hay efigies arrodilladas de bronce sobredorado y pintado. *Al lado del Evangelio* están Carlos V, su esposa Isabel, su hija María y sus hermanas Eleonora y María. El epitafio reta a futuros reyes a superarla y, mientras consiguen esto, a hacerse a un lado y dejarle a él el puesto de honor. Enfrente se arrodillan Felipe II, Ana, su cuarta esposa, madre de Felipe III; Isabel, su tercera esposa, y María, la primera, a cuyo lado está su hijo, Don Carlos. Esas estatuas son retratos y los vestidos y decoraciones heráldicas son muy notables. Felipe II

murió en una pequeña cámara situada cerca del oratorio, debajo de su figura. Los altares menores son más de cuarenta en número y algunos de ellos, así como las columnas, están adornados con magníficas pinturas, obra de Juan Fernández Navarrete, *el Mudo*, pero que sabía hablar con el pincel con todo el ímpetu de un Rubens, sin la dureza de éste y con una riqueza de colorido que con frecuencia rivaliza con la del mismo Tiziano. La luz es mala para ver estos cuadros, pero los monjes, bajo el espléndido sol de Castilla, se sentían indiferentes al *arte*, no buscando en él otra cosa que un instrumento de su *oscurantismo*. Son figuras de tamaño natural de santos y apóstoles, y entre los mejores de ellos están San Felipe y Santiago. Obsérvese la manera en que están pintados los ropajes y las colgaduras. San Juan y San Mateo son dignos del Tintoretto; Santo Tomás, San Bernabé y San Andrés son realmente espléndidos. Otros altares son obra de los Zuccaro, Luca Cangiagi, Alonso Sánchez, Luis de Carbajal, ambos imitadores de *el Mudo*, y Pellegrino Tibaldi.

El *relicario* está a la derecha del altar mayor, en el crucero, y cuando se abren las puertas su contenido aparece dispuesto en baldas, como un museo anatómico, aunque pocas salas quirúrgicas españolas poseen tan copioso inventario. Felipe II era un *relicomaníaco* y coleccionaba huesos, etc., con más ahínco aún que Tiziano; en consecuencia, todos los que deseaban conseguir su favor le enviaban algún diente o dedo bien documentado, que él enseguida montaba en oro y plata, «cumulatque altaria donis». Había 7421 reliquias conservadas en 515 relicarios de plata dignos de Cellini, pero La Houssaye se quedó con todo el metal precioso, dejando las reliquias en el santo suelo. Cuando se fue La Houssaye, los monjes las recogieron en cestos, pero en la confusión muchas de las etiquetas se desprendieron, de manera que ahora es imposible clasificar todas las reliquias con la escrupulosa exactitud y cuidado de la verdad que, como todo el mundo sabe, se observa en todos los *Relicarios*; y, sin embargo, por lo que se refiere a la adoración y al beneficio públicos, el efecto *cumulativo* sigue siendo el mismo. Los franceses se llevaron también más de cien vasijas sagradas de plata y oro, además de la *custodia* de oro y piedras preciosas, la imagen femenina de plata llamada *La Mecina* y la imagen de plata de

tamaño natural de San Lorenzo, que pesaba cuatro quintales y medio y tenía en la mano una de las barras verdaderas de su parrilla, montada en oro, dejando el hierro para consuelo de los monjes, de la misma manera que el aurívoro Dionisos dejó la estatua del Esculapio Epidauro, limitándose a llevarse la barba, que estaba hecha de oro. Esta barra inestimable fue hallada en la tumba de San Lorenzo, en Tívoli, por el mismo San Gregorio, y es aquí tan apreciada como en Corcira lo era la hoz con que Saturno mutiló a su padre. En este momento se aprecian más las barandillas de hierro, pero las reliquias tuvieron su momento, y los huesos secos de los santos monjes ya no satisfacen los problemas estomacales, o de cuchillo y tenedor, de hoy en día, pero, a pesar de todo, antes de que las «*Armadas*» comenzaran a hacer milagros y a mover montañas, la catedral de Exeter tenía la dicha de poseer algunos de los verdaderos carbones con que fue asado San Lorenzo y hasta un poco de su cuerpo. La Houssaye se llevó también las magníficas lámparas de plata, que Fernando VII sustituyó por otras de metal más bajo, de la misma manera que hizo Rehoboán después de haber sido saqueado el templo por Shishak; también son obra suya esos púlpitos de relumbrón que rompen la sencillez de la capilla.

A continuación bajamos al *Panteón*, ya que este término *pagano* se aplica a un lugar cristiano de enterramiento. Éste está situado debajo del altar mayor, con el fin de que el celebrante, al elevar la hostia, pueda hacerlo exactamente sobre los muertos. Felipe, aunque construyó El Escorial a modo de casa tumbal para su padre, no preparó otra cosa que una simple estancia abovedada, la cual, como la de Federico el Grande en Potsdam, se vuelve tanto más impresionante por su misma falta de oropel, siendo también instructiva por la moral que sugiere tal cambio en tal monarca. Felipe III, su hijo bobo, comenzó la actual y lujosa cámara, que fue terminada por Felipe IV en 1654, siendo puestos en ella los reales cadáveres el 17 de marzo. La entrada, con sus adornos dorados y sus mármoles de varios colores, no tiene nada que ver con el sentimiento sepulcral. Al bajar debe observarse el retrato del monje Nicolás, que remedió una gotera cuya fuente se oye fluir detrás de la mampostería. Obsérvese a continuación el portal y léase la inscripción, *Natural Occidit*, etc. Se sigue bajando por una escalera cubierta de jaspe hasta el fondo, donde está el *Panteón*, que es un

octógono de 36 pies de diámetro por 38 de altura. Los materiales son los mármoles más ricos y el bronce dorado; los ángeles son obra de Antonio Ceroni, de Milán; el mediocre candelabro, de Virgilio Francli, de Génova, y el crucifico de Pedro Tacca. Hay 26 nichos abiertos en los ocho lados, con urnas de mármol negro; los que han sido utilizados tienen inscripciones con el nombre del ocupante. Aquí sólo están enterrados los reyes y las madres de los reyes; en España, la etiqueta y las preeminencias sobreviven a la tumba y, para guardar la decencia, los varones están reunidos aparte y enfrente de las hembras. Los cadáveres reales están realmente depositados en sus *Urnas*, ya que Felipe IV, en 1654, abrió la de Carlos V, que fue hallado en perfecto estado de conservación, y Fernando VII, al ser restaurado en el trono, hizo examinar las otras, temiendo que el republicano invasor las hubiese despojado, como ocurrió en otras partes, ya fuere para insultar a los reyes muertos o bien para sacar plomo con que matar a los vivos.

Fernando VII, igual que su digna madre, tenía una pasión morbosa por bajar a este lugar de muerte y observar las urnas idénticas, porque todas ellas son ocupadas en riguroso orden, y las entonces vacías abrían hambrientas sus fauces, pero ninguno de los dos sacó muchas consecuencias morales de este *memento mori*, ni lección de cómo la historia trata a la realeza difunta. La divinidad que protege a los reyes no llega hasta aquí y todos ellos reposan en sus lechos llenos de gusanos: la ambición de Carlos V, el fanatismo de Felipe II, la imbecilidad de Carlos II, los adulterios de María Luisa, la ingratitud de Fernando. Polvo entre polvo, *expende Hannibalem!* Bien poco queda de aquéllos para quienes el mundo era demasiado pequeño. Y ahora todas las distinciones han terminado y la obra, tragedia o farsa, ha llegado al fin de la representación. *Shiek mat*, «el rey ha muerto», y las piezas están todas juntas unas con otras, de cualquier manera, en una caja, y ¿quién es capaz de distinguir, como dijo Diógenes, el cráneo de Felipe del de un campesino cualquiera?

Hablando en términos generales, cuando el grupo de visitantes es numeroso, cada uno lleva un velón, el cual, iluminando esta cámara de la muerte, reduce la impresión que ésta produce. Y entonces se convierte en una simple exposición, donde el desperdicio y el relumbrón encajan mal con la lección que debiera

sugerir al visitante este final de todas las pompas y todo el poder. El indígena, que tiene poco sentido de la ternura y del pasado, se embebe de esta magnificencia, que es como una burla a los muertos: el oro cautiva su mente y le hace pensar que los reyes tienen que desear la muerte a fin de poder descansar en una tumba como ésta.

Es mejor visitar este sepulcro solo, y cuando ruja fuera la tempestad y los pasillos se vuelvan fríos como la muerte, cuando retumben las puertas cerradas de golpe y se oigan los sonidos distantes del órgano y los cánticos y el gotear melancólico del agua entre el estampido de los truenos, cuando el silencioso monje se hunda más y más en su cogulla y la vela vacilante apenas haga visible la oscuridad, entonces, cuando la viveza del dorado se desvanece, surge el verdadero sentimiento hasta desbordar al corazón. La realeza lucha incluso con la nada, y el emperador muerto, pero aún con su cetro, domina nuestro espíritu desde su tumba; ahora conviene apagar la efímera vela e irse; la puerta de hierro chirría sobre sus goznes antes de cerrarse de nuevo y los muertos quedan de nuevo en su soledad, en fría apatía. Los que como nosotros han bajado frecuentemente a esta morada de los muertos después de largos intervalos tienen que sentirse impresionados por su estado, siempre incambiado e incambiable. Por mucho que hayan cambiado los que lo vuelven a visitar, ellos siguen igual, sin sentir los cambios que se producen en los vivos; duermen profundamente, terminada ya para siempre la agitada fiebre de la vida, donde los malvados han dejado de molestar y los fatigados descansan por fin.

Subiendo desde el *Panteón*, en el primer descanso de la escalera hay una puerta que conduce a un lugar llamado *El Panteón de los Infantes*, una especie de catacumba donde descansan juntos «los demás de la familia real», como en nuestras fosas comunes: suele llamarse *El Podridero* y es exactamente lo mismo que el *Puticolus* de los paganos, *Puteus*, más o menos lo mismo que *ab putescere*. Bermejo da una lista de los muertos, la cortedad de cuyas vidas es notable. Entre ellos yace el cadáver de Don Carlos [2], hijo de Felipe II, y el cuerpo existe realmente, según Monsieur Bory, que examinó el ataúd inducido a ello por el espíritu de la pura investigación *histórica*, como él mismo dice. Pocos extranjeros han

visitado jamás este *Podridero* y tampoco puede decirse que su contenido o su nombre mismo sean muy apetecibles.

A continuación debe visitarse la *Ante-sacristía*, con buenos techos de arabesco, y seguir de allí a la *Sacristía*, noble habitación de 108 pies de longitud por 23 de anchura. Los techos están pintados por Granelo y Fabricio. Sobre los arcones, donde se guardaban las vestiduras del clero, solían colgar antes la Perla, de Rafael, y algunos de los mejores cuadros del mundo. En el extremo sur está el *Retablo de la Sagrada Forma*, llamado así porque en él se guarda la hostia milagrosa que sangró en Gorcum en 1525, cuando la pisotearon herejes seguidores de Zuinglio. Rodolfo II de Alemania se la dio a Felipe II, acontecimiento que está representado en un bajorrelieve. Carlos II, en 1684, erigió el espléndido altar en el que está inscrito: «En magni operis miraculum, intra miraculim mundi, coeli miraculum consecratum». Cuando los soldados franceses entraron en El Escorial, los monjes escondieron la hostia en el sótano, y los invasores, ocupados en vaciar barriles, la pasaron por alto y Fernando VII la volvió a poner en su sitio con gran pompa el 28 de octubre de 1814. La *Forma* se exhibe para la adoración pública o, como se dice, es «*manifestada*» todos los días 29 de septiembre y 28 de octubre, días en los que el cuadro, que suele estar colgado delante de ella a manera de cortina, se baja de su sitio, y por esta causa está bastante estropeado. Este cuadro, que es la obra maestra de Claudio Coello, el último de los buenos pintores españoles, es la verdadera reliquia y está lleno de maravillosa realidad. La escena en él representada es la apoteosis de esta hostia en esta misma *Sacristía*. El astuto sacerdote contempla la glorificación de la *Forma* y el triunfo de su treta; en pie, mira hacia abajo, con una seca expresión satírica, al imbécil de Carlos II, arrodillado, y a sus condignos camareros de honor. La pintura de los sacerdotes, los monjes y las vestiduras es admirable. Esta *Forma* no se manifiesta nunca a los herejes. Sobre esta cuestiones, véase Daroca.

Detrás del altar está el *Camarín*, erigido en 1692 por José del Olmo y Francisco Rici. Es una gema de mármoles preciosos. La Houssaye se llevó las lámparas, los servicios sacramentales y el magnífico *viril sobredorado*, regalo de Leopoldo II, y, en resumen,

todo lo que contenía oro o plata.

Ahora se pasa a visitar los claustros o patios, y en primer lugar los dos grandes: el superior y el inferior. El *claustro principal bajo* es un cuadrado de 212 pies por lado. Las paredes están pintadas al fresco, con figuras algo desgarbadas, por L. Carbajal, Miguel Barroso, L. Cangiari y P. Tibaldi: algunas están borrosas por llevar largo tiempo expuestas al aire húmedo y otras fueron desfiguradas por los franceses. El central *Patio de los Evangelistas*, un cuadrado de 166 pies, con sus estanques y jardines bordeados de boj, se llama así por las estatuas de los apóstoles, hechas por Juan Bautista Monegro. De aquí pasamos a estancias que en otros tiempos estuvieron llenas de cuadros. *Las Salas de los capítulos* son dos en número: una, llamada *El Vicarial*, situada a la derecha, y otra, *El Prioral*, a la izquierda. Aquí colgaban el San Jerónimo de Tiziano y el Jacobo de Velázquez; lo único que queda ahora son los bellos paisajes de la naturaleza, cuyas vistas desde las ventanas nadie puede quitar de allí. De aquí pasamos a la *Iglesia vieja*, que se usó como capilla mientras se construía el *templo*. Aquí colgó el Tobías de Rafael, mientras en el refectorio contiguo se agita en su marco la Ultima Cena de Tiziano, abandonada para que perezca en la estancia de piedra, como los trofeos heráldicos en nuestras húmedas iglesias campesinas.

La escalera principal, ese elemento en el que la arquitectura moderna triunfa sobre los antiguos, conduce a un *claustro* superior que fue diseñado por Juan Bautista Castelló y está situado al oeste. Fue pintado al fresco por L. Cangiari, L. Giordano y P. Pelegrino. Aquí están la batalla de San Quintín y la captura del condestable Montmorency. En el techo está *La Gloria*, la apoteosis o ascensión al cielo de San Lorenzo, con los santos y los bienaventurados, y entre éstos, Carlos V y Felipe II. Todo este espacio fue cubierto así en siete meses por Giordano, haciendo demasiada justicia a su apodo de *Luca fa presto*; su fatal facilidad y falta de reflexión asestaron el golpe de gracia al decadente arte italiano.

En el claustro superior había antes 50 cuadros. Al nordeste está el *Aula del Moral*; aquí estaba la Gloria de Tiziano. Contiguo está el *Camarín*, lleno en otros tiempos de cuadros y de las más preciosas reliquias, como, por ejemplo, el altar portátil, negro y oro, de

Carlos V, un cofrecillo nupcial de Caná, el esqueleto de uno de los inocentes matados por Herodes, una barra de la parrilla de San Lorenzo, muchos manuscritos de Santa Teresa junto con sus plumas. El señor Beckford describe otra «pluma del ala de Gabriel, gloriosísimo espécimen de plumaje celestial, de tres pies de longitud, de un tono rosado, más suave y delicado que la más bella de las rosas». La verdad, a pesar de todo, que es tan esencial en estos asuntos, nos obliga a afirmar que, en nuestro tiempo, esta reliquia no se mostraba.

La *celda prioral*, dotada de buena marquetería, da a los estanques con peces y a los jardines. Aquí estaba en otros tiempos el buen retrato de José de Sigüenza, el primer prior, obra de Alonso Sánchez Coello. Los ocho claustros o patios menores se parecen todos unos a otros. Ahora que están desiertos, estos largos corredores parecen no conducir a ninguna parte y echamos de menos al monje, digno inquilino de la fría mole de granito, que iba silenciosa y furtivamente, con su paso apagado y su aire de conspirador. España, sin embargo, es la tierra de lo inesperado y nada nos sorprendería menos que la vuelta de la ensotanada hermandad a El Escorial; ciertamente, el edificio sin ellos es como un cuadro sin su marco.

Pasando al *Coro alto*, los techos de los *antecoros* están pintados por L. Giordano. Aquí se guardan *Los libros de Coro*, que son magníficos volúmenes de gigantescas hojas de pergamino, iluminados por Andrés de León: había en total 218. El coro domina la capilla. Al norte está el asiento real, sobre el que se deslizaba Felipe II en compañía de sus hermanos monjes, como su padre y tantos de sus antepasados; y aquí arriba estaba arrodillado [3] cuando recibió la noticia de la victoria de Lepanto, que salvó a Europa de los turcos. Su júbilo se vio aguado por la envidia de su hermano natural, Don Juan de Austria, que mandaba la flota cristiana aliada. Los españoles se arrogaron toda la gloria, pero, como en el caso de los triunfos de Almería y Tortosa, el verdadero peso de esa batalla fue soportado por los genoveses, a las órdenes de Doria, y los venecianos, a las de Barbarigo.

Los asientos oscuros y ricamentes adornados del *Coro* están tallados en el orden corintio y son de siete clases distintas de madera; obsérvese el enorme *Facistol*, que, a pesar de su peso, gira

con sólo tocarlo. Los frescos laterales, pintados por Rómulo Cincinato, representan el martirio de San Lorenzo, el santo patrono del monasterio, y la historia de San Jerónimo, el fundador de la orden; los otros son obra de L. Cangiagi y no tienen mérito alguno. Los invasores destruyeron la magnífica araña original, y la actual, con pájaros, etc., no merece realmente más que desprecio. El crucifijo está hecho con fragmentos de otro mejor, que los franceses también rompieron en pedazos: la madera se llama *angélico*, por estar marcada con las cinco heridas del Salvador, y de ella ordenó Felipe II que se hiciera su ataúd. Los espléndidos órganos están tallados en pino de Cuenca y detrás del asiento del prior está el famoso Cristo de mármol blanco que fue dado a Felipe II por el Gran Duque Cosme, traído de Barcelona a hombros humanos; la anatomía es buena, pero la expresión del rostro no pasa de corriente y el espacio entre la nariz y los labios es demasiado grande, destruyendo la belleza clásica: tiene la inscripción: «Benvenutus Cellini, Civis Florent: faciebat 1562», y Cellini mismo lo describe en su autobiografía. La figura originariamente estaba completamente desnuda, pero Felipe II cubrió la cintura con su pañuelo, que durante largo tiempo conservó como reliquia.

La gran biblioteca está situada sobre la entrada del *Patio de los Reyes*; sobre la portada campea la excomunión papal general a todos los que roben los libros y a la que los invasores no prestaron atención alguna. La estancia, abovedada, va de norte a sur y tiene 194 pies de longitud, 32 de anchura y 36 de altura; el pavimento es de mármol y las librerías fueron ejecutadas por José Flecha sobre diseños dóricos de Herrera. Hay amplias mesas de mármol y pórfido para uso de los lectores, si los hubiera; los techos están pintados al fresco y predominan en ellos los azules y amarillos, y los colores son demasiado brillantes y variados para los sobrios libros, mientras que las figuras resultan demasiado colosales, por lo cual estropean las proporciones, pero estos errores llenan las ambiciosas obras de Tibaldi, que vencen en violencia a las de M. Angelo, sin poseer una pequeña parte siquiera de su grandiosidad u originalidad. Otros de los frescos son obra de B. Carducho sobre temas adecuados a una biblioteca y personificaciones de las mismas ciencias liberales que Felipe II y su Inquisición extinguieron casi prácticamente; debajo está la escuela de Atenas y a continuación siguen la confusión de las

lenguas, Nabucodonosor instituyendo el primer instituto de segunda enseñanza, la retórica rodeada por Cicerón, Demóstenes y otros, y luego, más allá, vemos la dialéctica, la aritmética, la música, la astronomía, la geometría y la teología, con grupos y atributos adecuados, pero nada resulta tan pesado como la alegoría. En las paredes cuelgan retrato de Herrera, el arquitecto de El Escorial, y de Arias Montano, su bibliotecario, y el aún más impresionante de su dueño, Felipe II, viejo: es un retrato lleno de identidad e individualidad, aquí le vemos en carne y en espíritu, con su expresión desesperanzada y triste, marcada con la huella melancólica de su abuela, y sus ojos fanáticos y grises, fríos y como gotas congeladas de rocío matinal: el fanático receloso y asustado parece salirse del marco de su retrato y bajar a su propia biblioteca. Los libros muestran sus bordes, no sus lomos, al espectador, por ser ésta la manera en que fueron dispuestos originariamente por Montano, y en España las cosas cambian despacio, aunque también es verdad que los monjes no se molestaron mucho en turbar el reposo de los volúmenes. La biblioteca, en 1808, antes de la invasión, contenía
30 000
libros impresos y 4300 volúmenes manuscritos. José los hizo llevar todos a Madrid, pero Fernando VII los devolvió de nuevo a su lugar de origen, menos unos
10 000,
y entre éstos el catálogo, que fue muy juiciosamente sustraído. De esta manera no se sabrá nunca lo que se ha perdido y, ciertamente, nadie lo echará tampoco de menos. Las rarezas que se suelen mostrar son normalmente un buen Alcorán, un Nuevo Testamento del emperador Conrado, del año 1039, etc.; pero los libros han sido hechos para ser leídos, no mirados. La biblioteca superior, que no es pública, contiene códices, misales y manuscritos árabes, de los que publicó un catálogo Miguel Casiri, sirio, *Biblioteca Arabica-Hispana Escurialensis*, folio, en dos tomos, Madrid,
1760-70,
obra que, sin embargo está llena de inexactitudes porque Casiri era descuidado y audaz y completamente ignorante de la edad de oro de la literatura árabe de Córdoba. Pero la literatura árabe ha sido muy abandonada en España, donde se podría pensar que

precisamente debería haber sido mejor cultivada porque los españoles no son filólogos y sigue latiendo en ellos un rescoldo de odio contra el moro, hasta el punto de que el clero mandaba quemar libros moros por sospechar que fueran todos Coranes; véase el prefacio de Conde a Xerif Aledris (Madrid, 1799). De esta manera, miles de preciosos volúmenes de arte y ciencia árabe se perdieron irreparablemente, al igual que los de la antigüedad, a causa de los holocaustos de Ornar y Gregorio VII. Los actuales manuscritos árabes fueron adquiridos por *casualidad*, ya que el principal fundador de los *Museos españoles*, un cierto Pedro de Lara, capitán de Felipe III, capturó cerca de Sallee un barco moro que llevaba 3000 volúmenes, la biblioteca del rey Zidan, que ofreció
60 000
ducados por su rescate; pero tuvo lugar en el intervalo una guerra civil en Marruecos y Felipe III decidió llevarse los libros a El Escorial; pero de lo que se ganó por *casualidad*, la *casualidad* se volvió a llevar buena parte, ya que muchos se incendiaron en 1791 por un fuego también casual; y también es verdad que nadie ha mirado estos manuscritos, excepto Conde, que hizo inexactamente muchos de sus extractos. Como era *Afrancesado*, los invasores le encargaron que hiciese una selección de lo mejor para llevarlo a París, y también él sacó tajada personalmente de este trabajo, porque cuando se vendió su biblioteca, en Londres, en 1824, el manuscrito del *Cancionero de Johan de Baena*, escrito para Juan II y joya desaparecida de El Escorial, reapareció entre sus libros. Monsieur Heber lo compró por 131 libras esterlinas, y ahora forma parte de la Bibliothèque du Roi, en París. El bibliotecario de El Escorial se dice ignorante de la lengua árabe, pero éstas son cosas que también se dan en otros museos y universidades. España posee actualmente un arabista de primera fuerza en nuestro gran amigo don Pascual Gayangos, que debiera explorar El Escorial. La soberbia colección de medallas formada por Antonio Agustín, arzobispo de Tarragona, y muy aumentada ulteriormente, fue barrida por el enemigo, que raras veces dejaba de quedarse con cualquier cosa que se pareciera, siquiera fuese lejanamente, a una moneda.

La cocina principal de El Escorial bien merece la inspección del gastrónomo, que se dolerá de las parrillas sin fuego sobre las que

San Lorenzo podría muy bien haber sido asado, pero ¡ay!, ya no sale ningún humo de sus chimeneas. Este departamento, en otros tiempos, era digno de 200 monjes, sin otra cosa casi que hacer que comer. En el dispensario médico o *La Botica* había una buena cisterna rafaelesca, adornada con una representación del juicio de Salomón. El *Colegio* no merece una visita, aunque hay una galería de susurros que sirve para divertir a la gente con sus ecos, igual que la que hay debajo de la Alhambra. Desde la cocina hasta la residencia real, el camino es fácil, sobre todo porque está situado en el *mango de la parrilla*. Aquí los católicos reyes, cuya vida era una monótona rutina, pasaban seis semanas todos los años después de dejar su residencia de verano de San Ildefonso. Los cortesanos, sin embargo, incluso en tiempos de Felipe II, no pensaban en otra cosa que en festejos e intrigas, tanto amatorias como políticas, mezclando de esta manera las frivolidades de una corte sumamente libertina con las apariencias externas de las austeridades monásticas. Dé el visitante un paseo por las habitaciones reales, que están muy parcamente amuebladas y decoradas. En la *Sala de las Batallas* conviene observar el fresco de Granelo y Fabricio sobre la batalla de Higueruela, donde Juan II y Álvaro de Luna derrotaron a los moros: los trajes son curiosísimos, y este cuadro fue copiado para Felipe II de un rollo pintado de 150 pies de longitud que se encontró en el Alcázar de Segovia: entre las ventanas están la batalla de San Quintín y otras de Flandes; los techos están decorados con arabescos.

Fernando VII nació en una habitación contigua el 14 de octubre de 1784, y también aquí, el 29 de octubre de 1807, fue casi sacrificado por su propia madre y el favorito de ésta, Godoy; Carlos, su padre, consintió en su propia vergüenza y en los delitos de aquéllos. El príncipe fue detenido por alta traición, a pesar de que, como un cobarde, había traicionado a sus asesores, y este acto, que hubiera debido ser la causa de su ruina y la de ellos, les salvó a todos, porque el temido nombre de *Buonaparte* resultó estar mezclado con otros en la correspondencia secreta y la pusilánime corte decidió entonces silenciar el asunto.

Visítense los humildes apartamentos en que vivía Felipe II, como medio monje que era, reservando la magnificencia para el templo, y luego se puede bajar a la pequeña habitación en que murió,

habiendo sido así cumplida su orden de que su última mirada fuese dirigida al altar; su prolongado final fue aterrador, porque, entonces, se sintió obsesionado por dudas sobre si su sanguinario fanatismo, el mérito de su vida, no habría sido en realidad un crimen digno de la condenación. Su ambición había terminado ya y un rayo de sentido común le hacía dudar de la eficacia de las reliquias cuando se trata de conseguir la salvación y sospechar, con temor, que una persecución digna de Moloch fuese muy poco propia del verdadero espíritu del cristiano. Pero era un tipo muy propio de la España del siglo XVI, un déspota en política y en polémica, la personificación misma del poder de Roma, entonces amenazado por la Reforma; su religión estaba modificada por su genio y el de su país y, de esta manera, su idiosincrasia era fría, flemática, recelosa, apocada y arbitraria, mientras que la de los españoles respiraba la fiera intolerancia y el propagandismo bélico del musulmán; creyente sincero, Felipe consideraba que era más bien un favor que hacía a sus víctimas si, torturando o quemando sus cuerpos mortales, conseguía salvar sus almas; era indiferente a las consecuencias prácticas y prefería no tener ningún súbdito antes que gobernar sobre millones de herejes.

Felipe era de constitución delicada e indolente por naturaleza, sin ninguna inclinación por el ejercicio corporal o los hechos de armas: le faltaban las grandes cualidades de rey que poseía su padre. Débil de cuerpo y apocado y tímido de mente, flamenco por su aspecto externo, pero español por lo altivo de sus maneras, sus recelos y su desagrado de ser visto crecieron en él a medida que iba envejeciendo y entonces se volvió más y más silencioso, enorgulleciéndose de saber ocultar sus pensamientos; reía raras veces y nunca rió tanto como cuando recibió la noticia de la matanza de San Bartolomé; era muy diligente y le gustaba hacer las cosas por sí mismo, pero raras veces sacaba verdaderamente adelante los asuntos, ya que evitaba tomar decisiones y pensaba que ganando tiempo lo ganaba todo, y, sin embargo, su gran jactancia era que, al pie de una montaña y con un pedazo de papel, podía hacerse obedecer del viejo mundo y del nuevo. Como personaje político fue un fracaso; bajo su cetro España perdió su armada invencible y los Países Bajos y, sin embargo, ¡qué posición la suya si hubiese sabido sentirse y estar a la altura del momento! Los Reyes

Católicos habían derrotado finalmente al moro en el país, mientras que Carlos V había humillado a Francia y era el amo de Lombardía; en sólida posesión de la paz y el poder, Felipe habría podido ser un legislador y un benefactor de su país, habría podido dar a España un código de leyes, cubrirla con una red de carreteras y canales y fijar su capital en Lisboa. Todo esto lo sacrificó por librar las batallas del Vaticano y construir un monasterio, pero fueran sus errores los que fuesen, y en parte eran resultado de su situación política y del espíritu de la época, supo por lo menos ser un verdadero protector de las artes y los artistas y descubrir o crear talento para realizar sus grandes obras; no de otra manera protegió Augusto a Horacio y a Virgilio. Se ha arrojado mucha luz sobre su vida privada gracias a Raumur, que publicó documentos contemporáneos auténticos, pero, a pesar de todo, su biografía, que Watson intentó escribir, está todavía realmente por hacer, y en estos momentos tiene ocupada la pluma míster Prescott, que, indudablemente, hará justicia a tan grandioso tema.

Antes de dejar El Escorial subamos a la *Silla del Rey*, la eminencia desde la que Felipe II solía contemplar el avance de sus edificios. Visitemos también los parques y los plantíos, que contrastan agradablemente con el desierto que se extiende al otro lado de ellos. Entremos en la *Casa del Campo*, una casa de campo en miniatura, demasiado pequeña ciertamente para vivir en ella y al mismo tiempo demasiado grande para llevar colgando de la cadena del reloj: fue construida por Juan de Villanueva para Carlos IV siendo éste príncipe y, como la de Aranjuez, es el juguete de un infante mimado. Está costosamente decorada con mármol, marquetería y arabescos y con mediocres retratos de los Borbones españoles, de innoble aspecto. Fernando VII la redecoró con muebles modernos traídos de París; los jardines son bonitos y tienen agua abundante. La colección de cuadros es de segunda categoría y fue formada para el incipiente Mecenas por sus camareros italiano y francés y, ciertamente, «tel maître tel valet».

Una noble carretera sale de El Escorial y va dando vueltas por la sierra del Guadarrama entre los inmemoriales pinos y abetos de *San Ildefonso*. Fue tendida con grandes dispendios para uso personal del rey y a veces está bloqueada por las nieves del invierno. Después de pasar el *puerto* bajamos al pueblo, que tiene unos 3500 habitantes,

los cuales han sufrido mucho desde que la corte dejó de visitarlo, ya que siempre pasaba los meses calurosos de junio y julio, y también septiembre, en estas frescas alturas. Este verdadero castillo en el aire es, como dicen los castellanos, digno *château* del rey de España, ya que ese rey es el más alto de todos los soberanos de la tierra y, por lo tanto, su morada se eleva la más cerca de todas al cielo, del que Madrid es el equivalente terrenal; en cualquier caso, lo cierto es que la elevación no puede ser puesta en duda, y como el palacio está situado en la parte noroeste de la sierra, a 3840 pies por encima del nivel del mar y, por lo tanto, en la misma latitud que Nápoles, se encuentra a más altura que el cráter del monte Vesubio. La localidad es verdaderamente alpina y en torno a ella, por todas partes, no se ve otra cosa que rocas, bosques y arroyos cristalinos, y por encima de todo se cierne *La Peñalera*, levantándose, según algunos, a 8500 pies. Mientras que la *naturaleza* es verdaderamente española, el *arte* es enteramente francés, porque Felipe V, el fundador, de ideas fijas, no era capaz de concebir más excelencias que las de Marly y Versalles. En cuanto a la reserva y el fanatismo, un nuevo Felipe II, su timidez hipocondríaca le indujo al retiro, no queriendo otra cosa que su misal y su mujer y convirtiéndose, de esta manera, en un muñeco en manos de ésta y de su confesor. En cuanto se vio consolidado sobre el trono español comenzó a pensar en la abdicación, siempre abrigando, como Enrique II en Polonia, el deseo secreto de volver a Francia a reinar; ocurrió que, una vez, estando de caza en Valsaín, en 1722, vio esta *granja*, que lo era entonces de los monjes segovianos de *El Parral*, a quienes compró este terreno, aquí murió, el 9 de julio de 1746, y aquí está enterrado, llevándose a la misma tumba su odio a los recuerdos austríacos. No quería asociar su nombre al de éstos ni siquiera yendo a reposar al *Panteón* de El Escorial, edificio al que, como a todas las cosas españolas, él desdeñaba. Su reino fue el reino fatal en el que el nacionalismo se vio borrado por opiniones, lenguaje, costumbres y alianzas franceses. Nunca, como justamente observa Foy, se vio España tan aislada como durante el reinado de Felipe V; en los días de sus soberanos indígenas se mezclaba con Europa y traía de ella el arte y la civilización, pero ahora se convirtió en un vasto monasterio y sus habitantes en monjes y en los reclusos del mundo, con la

Inquisición apostada a modo de centinela para impedir la entrada de la verdad en el país.

Lo primero que visitaremos será la *Colegiata*, construida sobre proyecto de Teodore Artemans en forma de cruz latina. A cada lado están los bancos o *tribunas* reales, protegidas por cristal. La cúpula está pintada al fresco por esos dos gemelos del lugar común, Bayeu y Maella: el estuco blanco está realzado con dorado; el *Retablo* se compone de jaspe fino, con columnas rojas de Cabra. El altar lo hizo en Nápoles Solimena. El tabernáculo es de rico *Lapis Lazuli*. Obsérvese la tumba de Felipe V y su mujer, Isabella Farnese, con sus medallones, y la Fama, la Caridad y otros ornamentos en el peor gusto que imaginar cabe, obra de los señores Pitué y Dumandré; «horribles en su sencillez», sin embargo, a juicio de Monsieur Bourgoin. *Joseph Buonaparte*, a pesar de todo, cerró la *Colegiata* el 14 de julio de 1810. El palacio, que es cosa extranjera, parece como si los esclavos de la lámpara maravillosa lo hubieran transportado de las desnudas orillas del Sena a una silvestre *sierra* española; es un *château* francés, sensual, teatral, y la antítesis del sombrío y altivo Escorial, al que da la espalda. Una parte de la antigua *Granja* se conserva todavía cerca de la *Fuente*, porque el edificio está hecho a base de chapuzas y remiendos y, en ese sentido, es una cosa española. Una larga barandilla, como la del *Carrousel de París*, divide tres lados de la plaza. El cuerpo central está destinado a la familia real y las alas a sus séquitos. La fachada da al jardín y es animada, aunque tenga demasiadas ventanas y parezca un largo conservatorio corintio. Los salones, tanto arriba como abajo, estuvieron llenos en otro tiempo de pinturas y antigüedades, entre las que se contaban los mármoles de Cristina de Suecia, comprados para España por Camillo Rusconi. Después de haber estado abandonados durante largo tiempo, fueron transportados a Madrid por Fernando VII, cuando redecoró el palacio con su oropel moderno, y entonces, como es natural, desaparecieron muchas de las mejores cosas. Los apartamentos reales son ligeros, aireados y agradables, sin llegar a ser magníficos, y en ellos han tenido lugar extraños sucesos. En enero de 1725 abdicó Felipe V la corona, que hubo de tomar de nuevo en agosto del año siguiente, a la muerte de su hijo, por haber insistido mucho su mujer en que volviera a ser

rey, ya que se cansó enseguida de la vida privada; aquí, en 1783, Carlos III recibió al conde Artois (Carlos X), que iba *a tomar* Gibraltar, cosa que *no* hizo.

Aquí, Fernando VII, el 18 de septiembre de 1832, revocó el decreto por el que se abolía la ley sálica y declaró a su hija Isabel, nacida el 10 de octubre de 1830, heredera de la corona. Hecho éste que fue una maldición al ocasionar a su siempre desafortunado país guerras civiles y una sucesión reñida. La historia secreta es como sigue: *Don Carlos*, su hermano y heredero presunto, estaba casado con una princesa portuguesa. Contra ésta y contra su hermana, Carlota la Beira, esposa de *Don Francisco de Paula*, un hermano menor del rey, hombre de mejor naturaleza que sentido y completamente dominado por su intrigantes consorte, llevaba a cabo una mortal guerra palaciega. Cuando Fernando se casó con Cristina, la facción napolitana ganó tanto terreno a la portuguesa que, al declararse el embarazo de la reina, la hermana de ésta indujo a Tadeo Calomarde, el ministro de Justicia, a sugerir este cambio al rey, que estaba dominado por su esposa, y el decreto fue sacado a hurtadillas de la cámara real, sin que lo supieran los otros ministros: de esta manera Fernando privó de su derecho al trono a su hermano Carlos, el hermano que había sido su amigo de juventud y su compañero de la cautividad francesa y que había rehusado, en 1827, cooperar a su destronamiento.

En el otoño de 1832 Fernando cayó gravemente enfermo en el mismo palacio y se llegó a anunciar su muerte, estando aletargado, al emperador de Rusia por el plenipotenciario de éste, Monsieur D'Oubril;
la sucesión de Carlos era entonces completamente segura y su reino habría podido, ciertamente, ser mortal y semejante al del Rey Leño; pero habría sido también un reino de mejoras lentas, pero seguras, porque todas las tonterías que se dicen de que habría restablecido la Inquisición, etc., no eran sino propaganda partidista y carente de escrúpulos. Carlos, aunque desprovisto del talento más elemental y más idóneo para perder una corona que para ganarla, era, por lo menos, hombre de honor y principios, cualidades raras en una corte española. Cristina, en esta crisis, no tenía partido alguno de su lado y ella misma llegó a redactar una revocación del decreto que había sido firmado el 18 de septiembre por la mano guiada del testador,

que había perdido la consciencia; este segundo acto fue organizado por el confesor real y Alcudia, siendo Calomarde el principal artífice, que, de esta manera, deshacía su anterior obra llevado del terror que le infundía la certidumbre de la cierta *venganza* que se tomaría la facción portuguesa; y Antonini, el embajador napolitano, confirmó esto, insistiendo a Cristina en que se salvase. Fernando, dos días después, se restableció como por milagro, porque Carlos no había hecho que lo sofocaran con la almohada, como hicieron con Tiberio. Carlota, que estaba en Sevilla, al enterarse de la revocación, volvió a Madrid a toda prisa, viajando de día y de noche, y recibió a Calomarde con golpes e insultos dignos de Billingsgate. A medida que el rey recobraba las energías, la reina recobraba también el valor perdido, hasta que el 31 de octubre se revocó la revocación. Cristina, echando a Calomarde toda la culpa de lo que había pasado, consiguió que éste fuera expulsado no sólo de su cargo, sino también de España. El rey, todavía débil, delegó ahora su autoridad en su esposa, que le había cuidado con la mayor ternura, y ella, inmediatamente, formó un partido, desplazando a todos los realistas ultras y Carlistas y situando a hombres favorables a reformas moderadas. Fernando murió el 29 de septiembre de 1833 y a su muerte comenzaron las terribles guerras civiles que han dividido y empobrecido a España.

Este mismo palacio, como por justicia poética, fue luego teatro de otra tragedia, por la cual Cristina, a su vez, fue privada de sus derechos reales: aquí, el 12 de agosto de 1836, intimidada por la ruda soldadesca, dirigida por un cierto García, un sargento, se vio obligada a proclamar la constitución democrática de 1812. La trama secreta de esta intriga era conseguir un cambio en el ministerio conservador, poniendo en su lugar uno ultrarradical, y el resultado final, como cabía esperar, fue la caída y exilio de la reina regente y la actual restauración de las cosas tales y como estaban antes.

Los jardines del palacio cuentan entre los mejores de España; el paseo triunfal delantero, llamado el *parterre* porque todo, tanto en nombre como en estilo es francés, domina un panorama de flores, agua y montañas; aquí los frutos de la primavera maduran en el otoño: como todo es artificial, su costo fue enorme, llegando a los 45 millones de piastras, la misma suma que debía Felipe V al morir; de esta manera, los palacios españoles que los reyes austríacos

comenzaron siguen sin terminar, mientras que los levantados por sus sucesores Borbones se han quedado sin pagar. Para formar estos jardines hubo que allanar y ahuecar rocas, a fin de meter por ellas las tuberías de las fuentes y las raíces de los árboles, cuya tierra había sido traída de las llanuras. Es preciso renovarla constantemente, y aun así la vegetación parece enana; pero el deleite de los déspotas es enriquecer a favoritos sin mérito, y sus gastos contrastan con la miseria del hombre. Él yugo de los reyes constructores es pesado y sobre todo cuando, como dijo Saint Simon de Luis XIV y su Versalles: «Il se plut à tyranniser la nature». De esta manera, Nerón, como dice Tácito, *usus et patriae ruinis*, empleaba arquitectos, «quibus ingenium et audacia erat, etiam quae natura denegavisset per artem tentare».

San Ildefonso, después de todo, no fue sino una imitación, y Delille, al alabar sus jardines, observó con justicia: «Philippe défiait son aieul et retracait la France». Aunque más pequeños, estos jardines son mucho más reales que su modelo; el agua es su encanto, y aquí no es un charco turbio, forzado a subir por medio de una instalación hidráulica de madera, sino puro cristal destilado y fresco, recién llegado de montañés alambique; la *Cascada* es una gran hoja de agua que cae y que, bajo el sol de Castilla, reluce como plata fundida; procede de un depósito situado arriba y que, como en Aranjuez, recibe el modesto nombre de *El Mar*, como si dijéramos el océano; pero es que los españoles nunca se quedan cortos en cuestión de grandes palabras, y este estanque es puro y simplemente el de Nerón, «stagnum *maris* instar». En la honrada y vieja Inglaterra, donde la gente tiene una idea bastante clara de lo que es el mar y tiende a llamar las cosas por sus verdaderos nombres, este estanque, todo lo más, podría llegar a recibir el nombre de lago.

Los jardines, en los que el arte rivaliza con la naturaleza, se dividen en superior e inferior; están dispuestos en estilo regular, divididos en avenidas bordeadas de árboles y cubiertos de estatuas de mármol; hay veintiséis fuentes, y las mejores de ellas se llaman *Los Baños, La Latona* o *Ranas, El Canastillo, Los Vientos, La Andrómeda, La Pomona* y *El Neptuno*, en donde, como dice Monsieur Bourgoin, preside el genio y donde él leyó a Virgilio y citó «Quos ego». *La Fama* es la más famosa y lanza agua a 130 pies de

altura. Las fuentes funcionan en los primeros domingos de junio, julio, agosto y septiembre, días éstos en los que el viajero debiera tratar de visitar este lugar. Las principales estatuas son de Apolo y Dafne, Lucrecia, Baco, América, Ceres y Milón; son más admiradas por los españoles, que tienen muy poca buena escultura de mármol de lo que en realidad merecen, quizá por ser obra de extranjeros, como, por ejemplo, los señores Carlier, Pitué, Dumandré, Bousseau y otros que no merecen ser mencionados. Consúltese, para los detalles, la guía de Santos Martínez Sedeño, Madrid, 1825. Este palacio y sus jardines, como los otros sitios reales, sufrió mucho durante las guerras civiles; se llevaron a cabo algunas reparaciones, sin embargo, en 1842, por orden de Argüelles, que luego han continuado.

Carlos III venía todos los años a *La Granja* a pescar y cazar y, como su segundo pasatiempo era instalar manufacturas a la fuerza, instaló aquí *La Calandria*, para hacer género de lino, y *La Fábrica de Cristales*, para hacer cristal y cerámica: estas plantas exóticas, como los mismos árboles de los jardines, nunca florecieron en terreno artificial y tanto menos cuanto que todo ello se llevó a cabo a un ritmo de pérdidas digno de un rey (compárese con Guadalajara). Era un pasatiempo borbónico, un centro de compadreo y desfalco, en el que los directores se *hicieron* ricos a costa del erario público. Este establecimiento se fundó, sencillamente, porque un cierto Thevart, en 1688, había fundado otro parecido en Versalles, y entretanto aquí hasta la arena hubo de ser traída de Segovia, y solamente los gastos de transporte y espejos rotos acabaron con toda posibilidad de beneficio.

Se pueden hacer excursiones a los plantíos de *Robledo* y *Colmenar* y a la *Quinta de quita pesares*, el *Sans Souci* de Cristina, un calmante de *duelos* que la elaboración de mantequilla contribuyó a *desterrar*. Visítese también *Valsaín*, Val Sabin, el valle de Savins, que dista una legua. Este antiguo lugar de caza de la corona fue habitado por Felipe V mientras se construía *La Granja*, pero ahora es casi una ruina por haber sido dejado sin reparaciones desde que sufrió un incendio. Las truchas del Eresma son excelentes; a dos leguas de distancia camino adelante está *Río Frío*, donde Isabel, viuda de Felipe V, comenzó a construir un palacio que

ni terminó ni pagó. Es una bonita concha arquitectónica, con una noble escalinata y columnas de granito.

Los que vuelvan a Madrid a caballo debieran, después de ver Segovia, hacer una excursión a *El Paular*, el monasterio carmelita, rico en otros tiempos, situado al otro lado del Guadarrama. Está a dos leguas de *La Granja* por *El Reventón*, o sea, "la hendidura", un paso que cruza directamente la espléndida sierra, con la alta *Peñalara* elevándose a la derecha hasta casi 8500 pies: cuando esta ruta está cubierta por la nieve hay otra, tortuosa, que va al monasterio, el cual domina el agradable valle por donde transcurre el arroyo truchero Lozoya. El edificio fue levantado por Juan I en cumplimiento de un voto hecho por su padre, Enrique II, mientras estaba en guerra con Francia. La *Capilla de los Reyes* fue construida en 1390 por Alonso Rodrigo, y la iglesia, entre 1433 y 1440 por un moro segoviano llamado Abderrahman; cuando su supresión, los cuadros de Carducho fueron trasladados al *Museo* de Madrid. El exquisito *Retablo* fue ejecutado en Génova, y del mismo período es la *Sillería del Coro*. Hay un buen sepulcro de un miembro de la familia Frías, y un *trasparente* churrigueresco horrible, erigido en 1724. Los techos fueron pintados por el flojo Palomino. El Paular ya no es lo que era (véase Ponz, X, 69); cuando los monjes, señores de todo cuanto les rodeaba, eran fabricantes de papel y ganaderos de ovejas en gran escala y su hospitalidad estaba en relación con ello ya que todos los forasteros eran alojados, alimentados y bien recibidos; ahora el fuego de la cocina está apagado y los huertos de frutos y flores cubiertos de malas hierbas. Desde aquí hay que seguir el río y volver al camino real en *Buitrago* (véase ruta CXIII).

Bajando desde La Granja a las llanuras no tardamos en llegar a la antigua ciudad de Segovia: la menos mala de la malas posadas es *El mesón grande*, en la plaza, y *El café nuevo*, en la calle Real.

SEGOVIA es de nombre y origen iberos, ya que *seca* y *sego* son prefijos comunes, mientras que *Briga*, «ciudad», es terminación más común todavía: consultense, para los detalles históricos, *El glorioso San Frutos* (el santo patrono de la ciudad), Lorenzo Calvete, Valladolid, 1610; «*Historia*», etc., Diego Colmenares, folio, Madrid, 1640; «*Viaje artístico*», Isidoro Bosarte, octavo, Madrid, 1804; «*El*

Acueducto», Andrés Gómez de Somorrostro, folio, Madrid, 1820; «*España Sagrada*», VIII, y Ponz, «*Viage*», X.

La larga ciudad, con sus calles estrechas e irregulares, sobre un roquedo, que se levanta al este y la oeste, en un valle, con el Alcázar encaramado en el extremo occidental, está cercada al norte por el arroyo truchero Eresma, que se junta debajo del Alcázar con el ruidoso arroyuelo *El Clamores*; las orillas de estos arroyos están arboladas, son bonitas y contrastan con las colinas sombrías y desnudas. La fuerte ciudad está cercada por murallas con torres redondas, construidas por Alonso VI, que se ven muy bien desde la colina del Calvario; es, en general, un buen ejemplo de una ciudad castellana antigua, con curiosas casas y balcones y una *plaza* llena de interés. Está tristemente decaída y decadente, y la población, que antes pasaba de
30 000
almas, ha quedado reducida a menos de 9000. Sigue siendo, sin embargo, sede de un obispo, sufragáneo del de Toledo. El clima es muy frío y los alrededores sombríos y carentes de interés.

Según Colmenares, Túbal fue el primer poblador de España, luego Hércules fundó Segovia, para la que Hispán hizo tender el *puente*, como se llama al acueducto, aunque traiga agua por encima de las cabezas humanas, no seres humanos por encima del agua. La ciudad lleva «*El Puente*» en su escudo, con una de las cabezas de los hijos de Pompeyo mirando sobre él. Esta obra romana, por su parecido con la mampostería de Alcántara y Mérida, fue probablemente levantada por Trajano, pero ni Segovia ni su acueducto son mencionados por los antiguos, para quienes estas obras monumentales parecen haber sido cosa de todos los días. Por lo que se refiere a los ríos de empinadas orillas que hay abajo, son de difícil acceso y sus aguas no muy sanas, por lo que el puro arroyo de *Río Frío* fue traído desde *Sierra Fonfría*, a tres leguas de distancia. El acueducto comienza cerca de San Gabriel y da muchas vueltas a lo largo de su trayecto, pero, como es natural, los viajeros seguirán a pie toda su longitud. Tiene 216 pies hasta su primer ángulo, después otros 462 pies hasta el segundo, en *La Concepción*, y después 928 pies hasta el tercero en *San Francisco*, y 937 pies más hasta los muros de la ciudad. Algunas de sus partes son

relativamente modernas, aunque hayan sido tan admirablemente reparadas que no resulta fácil distinguir la obra nueva de la antigua. Este acueducto fue respetado por los godos, pero destrozado en el año 1071 por los moros de Toledo, que saquearon Segovia y destruyeron 35 de sus arcos. Quedó hecho una ruina hasta el 26 de agosto de 1483, cuando la reina Isabel encargó su reparación a un monje del monasterio del Parral, un cierto *Juan Escovedo*, quien, nacido en Asturias hacia 1457 e hijo de un simple carpintero, tuvo el buen gusto de imitar el modelo mismo que tenía delante y, por lo tanto, fue el primero en imitar el estilo grecorromano en España; cuando fue a Sevilla a informar a la reina del fin de sus trabajos, Isabel le dio como recompensa toda la madera de los andamios; véase, por lo que se refiere a los curiosos detalles, la «*Historia de la Orden de San Gerónymo*», José de Sigüenza, IV, 40.

La obra nueva está mezclada con la antigua y se percibe sobre todo cerca de los ángulos de *La Concepción* y *San Francisco*. *Escovedo* construyó también los puentes sobre el Eresma.

El acueducto comienza con arcos solos, que se levantan más y más altos a medida que se va hundiendo el terreno hasta hacerse dobles. Los del orden superior son de altura uniforme; los tres centrales son los más altos, llegando a 102 pies. Esta noble obra está construida de granito, sin cemento ni mortero, y, como otras obras semejantes de los romanos, reúne la sencillez, la proporción, la solidez y la utilidad y su grandiosidad es más bien el resultado de estas cualidades que de la intención del arquitecto (véase Mérida y Alcántara). Antiguamente había una inscripción que iba entre los órdenes de los arcos centrales, y los eruditos se esfuerzan en vano por entender lo que querían decir sus palabras, adivinando su sentido por los agujeros que quedan al haber sido arrancadas las letras de bronce. La hornacina, situada en lo alto y que, según se piensa, contenía una estatua de Trajano, es ahora repositorio de una decaída imagen de un santo que parece más bien un cadáver putrescente. Según algunos estudiosos de las cosas antiguas, el acueducto fue construido por un cierto *Licinius*, pero la gente ignorante lo llama *El Puente del Diablo*, debido a que su satánica majestad estaba enamorado de una *Segoviana* y le ofreció sus servicios a cambio de sus favores; cuando ella, cansada de subir y bajar por la montaña a buscar agua, prometió consentir si él

construía un acueducto en una sola noche, cosa que hizo. Pero resultó que faltaba una piedra, y entonces la Iglesia decidió que el contrato era nulo, de manera que el industrioso diablo quedó burlado, como suele ocurrir con los extranjeros y herejes que trabajan en vano en esta ortodoxa tierra de ingratitud. Los españoles, sin embargo, piensan que el diablo es muy listo, y *Sabe mucho, un punto más del diablo* es un delicado cumplido. Es en vano hablarles de Trajano, etcétera, porque ellos prefieren al diablo y, sobre todo, lo prefieren en el papel de Pontifex Maximus (véase Tarragona). Pero cualquier cosa que sobrepase a los limitados medio y conocimientos del vulgo es atribuida aquí a los poderes sobrenaturales y calificada de milagro: compárese con *Los Milagros* de Mérida; de la misma manera los árabes piensan que las pirámides son obras de genios, de los *jin* (*Ionios*); y también en Inglaterra el padre de todo mal se lleva la gloria de la construcción de obras de utilidad pública, como puentes, diques, poncheras y boleras, pero lo cierto es que, si hay que creer lo que dice la historia, los eclesiásticos han sido siempre verdugos pontificios, y este puente podría llamarse también *El puente del monje (Juan Escovedo),* de la misma manera que el de Cardigan recibe el nombre de *Pont y Monach*. De esta manera se da a los viajeros la posibilidad de escoger entre el diablo o un monje, según sus gustos.

El acueducto, sea su autor el que fuere, se puede ver muy bien desde *San Juan* en toda su bella perspectiva, dominando completamente la pigmea ciudad. El punto más grandioso es desde la esquina de la *calle de Gascos*, pero las piedras han sufrido por haberse construido casas contra los arcos y han sido descoloridas por el humo de las chimeneas y el agua que cae de *Cerbatanas*, o sea, tuberías y cunetas. Se propuso en vano un plan en 1803 a Carlos IV, para quitar de allí todas esas feas causas de tanto perjuicio, pero, en septiembre de 1806, como el coche de la embarazada embajadora de Suecia se había volcado a causa de estas invasiones y ella tuvo un mal parto, el rey dio orden de que se despejasen los arcos (compárese con los parecidos buenos resultados de un *accidente*, que es lo que hace moverse a las cosas en España y que le ocurrió al Nuncio en Aranjuez). Se tenía intención de abrir toda la *Plaza del Azoguejo* y, de esta manera,

hacer una gran plaza con el acueducto a un lado, expuesto a la vista en toda su desnuda majestad. La invasión francesa desplazó el proyecto, de dudosa mejora artificial, porque la irregularidad y ruindad mismas de los edificios que tiene a su alrededor convierten al acueducto en la principal atracción, haciéndole levantarse más grande y más noble por las fuerzas mismas del contraste.

Más antigua que el acueducto es una tosca estatua, de Hércules o de un lunático con cabeza de jabalí, que está empotrada en la pared de la escalera de una torre en *Santo Domingo el real*. Este convento, llamado en otros tiempos la *Casa de Hércules*, fue dado a las monjas en 1513. La antigüedad ha sido enjalbegada y nadie se fija en ella. Sobre su origen no se sabe ni más ni menos que sobre el de los *Toros* de la raza *de Guisando*, que han seguido expuestos a los daños callejeros. El más grande se llamaba *El Marrano de Piedra*; el más pequeño, *La Marrana*, habiéndoseles atribuido sexo, como se ve. *Marrano* es corrupción del árabe *Barraní*, que significa un cerdito.

A continuación visítese la catedral, una noble mole de estilo gótico florido que se ve mejor desde la *plaza*. La torre de la plaza, rematada por una cúpula, se levanta a 330 pies de altura, habiéndole sido rebajados 22 pies por miedo a los rayos. Conviene subir a ella, ya que el panorama de la ciudad, con los jardines, los conventos, el gigantesco acueducto y las distantes montañas, es soberbio. Esta catedral fue la última que se construyó en España en estilo gótico, y la anterior fue casi destruida por los reformadores o *Comuneros* en mayo de 1520. Estos *Comuneros* comenzaron sus actividades echando abajo iglesias, ahorcando a las autoridades, saqueando a los ricos y quemando casas en aras del bien público. Se salvaron unas pocas reliquias en el *Alcázar*, que rechazó al populacho, y, después de haber sido sofocada la rebelión, se sacaron los huesos de San Frutos, ante lo cual cesó *la Morilla* o pérdida de sentido común, epidemia que había sido causada por los excesos del populacho.

La nueva catedral fue comenzada en 1525 por Juan Gil de Ontañón y su hijo Rodrigo, que escogieron su bella catedral de Salamanca como modelo, y el interior de esta copia, aunque menos decorado, es también ligero y animado. El gran *Retablo*, compuesto

con mármoles preciosos, fue puesto allí por Sabatini por encargo de Carlos III. El *trascoro* está enriquecido con mármoles color salmón, de los que también se compone parcialmente el bello pavimento en forma de diamante. Las antiguas tumbas fueron sacadas de allí y tiradas cerca de la entrada con triste falta de decencia. Entre ellas está el memorial de Rodrigo Gil, muerto en 1577. Cerca de la puerta de San Frutos hay un magnífico *Retablo*, obra de Juni, a su audaz manera, de 1571. Las figuras son de tamaño mayor que el natural, el sentimiento es profundo y terrible el dolor de la Virgen.

Los alegres claustros góticos pertenecían a la catedral anterior. Fueron desmontados y vueltos a construir por Juan Campero en 1524, siendo esto un verdadero triunfo del arte. Entre los sepulcros debe observarse el de Diego de Covarrubias, muerto en 1576. Esta bella estatua del prelado, con los ojos cerrados y las manos juntas, está ataviada *in pontificalibus*. Obsérvese también la tumba del infante Don Pedro, hijo de Enrique II. Su aya lo dejó caer de la ventana del Alcázar en 1366. A juzgar por su estatua, tuvo que haber sido un bonito niño a los nueve años, pero también es cierto que los infantes españoles a veces siguen siendo niños hasta edades muy avanzadas. «No puedo tener miedo —dijo nuestra valiente Bess — de un príncipe [Felipe III] que a los doce años todavía estaba aprendiendo el alfabeto». Aquí yace María Saltos, una frágil y bella judía, por su religión, pero cristiana de corazón; iba a ser arrojada desde una roca por adulterio, cuando pidió ayuda a la Virgen, la cual se apareció visiblemente y la hizo caer despacio. Fue entonces bautizada con el nombre de María del *Salto*, y hecha santa murió en 1237.

El Alcázar en que *fue* encerrado Gil Blas, porque Le Sage, como Cervantes, ha dado moradas históricas y locales a los productos etéreos de su imaginación, se levanta como si fuese la prosa de Segovia por encima de las aguas que se agitan a sus pies. El gran torreón está tachonado con torres cuadradas de ese tipo, tan corriente en los castillos castellanos, pero la pizarra y los tejados de pizarra, a la manera francesa, que hay en partes del edificio, estropean el efecto. El edificio es originariamente moro y fue magníficamente reparado entre los años de 1452 y 1458 por Enrique IV, que vivió y guardó sus tesoros en él. A su muerte, el gobernador, *Andrés de Cabrera*, marido de *Beatrice* de Bobadilla,

amiga de niñez de Isabel la Católica, guardó para ésta la fortaleza y el dinero, cooperando así en gran medida a su subida al trono. Desde este Alcázar, el 13 de diciembre de 1474, la reina salió con toda su pompa para ser proclamada reina de Castilla. En 1476, el populacho segoviano se levantó contra este Cabrera, y entonces la reina salió a caballo y estuvo entre ellos, sola, como nuestro Ricardo II desde la torre, intimidando inmediatamente a los levantiscos con su presencia de ánimo y su majestad. Carlos V, satisfecho por la resistencia que ofreció el Alcázar a los *Comuneros* en 1520, lo mantuvo en buen estado, y su hijo, Felipe II, restauró de nuevo los salones. La torre fue convertida en prisión de estado por Felipe V, que hizo encerrar en ella al charlatán holandés Ripperda, que se había elevado de la nada hasta primer ministro, *cosas de España*. El Alcázar fue cedido a la corona en 1764 por el *Alcaide* hereditario, el conde de Chinchón, cuyo antepasado tan hospitalariamente había recibido en él a nuestro Carlos I. Se alojó en él el 13 de septiembre de 1623 y cenó, dice la crónica, «ciertas truchas de extraordinario tamaño», más grandes que las que comiera el pobre Gil Blas en Peñaflor. El palacio acastillado fue convertido finalmente en Academia de Artillería y, como es uno de los pocos que los franceses no destruyeron en España, sigue siendo una muestra de lo que eran muchos otros antes de la invasión. El carácter general del edificio es
godo-moro;
las cornisas y los techos están magníficamente decorados, y las inscripciones en una de las habitaciones dan los nombres de muchos reyes y reinas, desde Catalina, en 1412, hasta Felipe II, en 1592, cuyo escudo tiene en un cuartel las armas de Inglaterra por derecho de su esposa, nuestra María la Sangrienta. En la *Sala de los Reyes* (desde cuya ventana dejaron caer al infante) hay algunas curiosas estatuas de reyes españoles, que fueron comenzadas por Alonso IX, continuadas en 1442 por Enrique IV y ampliadas en 1587 por Felipe II. Las inscripciones fueron preparada por Garibay, el historiador, en 1595, corrigiendo el mismo Felipe II los borradores. La *Pieza del cordón* es un curioso salón tubular, en el que Alonso *El Sabio* osó impensadamente poner en duda el que el sol se mueve ene torno a la tierra, y entonces sus estudios astronómicos se vieron interrumpidos por un relámpago, en memoria del cual, y a modo de

advertencia para el futuro, se hizo un modelo del cordón de San Francisco y se colgó de la pared. El rey lo había usado como penitencia y también como conductor, porque, al igual que el laurel pagano, desarma el relámpago eléctrico, habiendo sido puesto en torno a la tierra por San Francisco, quien, de esta manera, defendió el globo contra Satanás. La capilla contiene algunos buenos arabescos: las vistas desde las ventanas son impresionantes, aunque no tan florales y pintorescas como las representó a Gil Blas el gobernador, que las exageró un poco para salvar el honor de Castilla.

Ahora bajamos al Eresma por la *Puerta Castellana* y vemos el curioso Alcázar desde el *Fuencisla*, cerca del *Clamores*, ahora doblemente clamoroso a causa de las charlatanas lavanderas, las Náyades de este rumoroso arroyo. El roquedo que se levanta sobre el *Fuencisla*, Fons Stillana, era llamado La Peña *grajera*, porque los cuervos anidaban allí para poder picotear los cuerpos de los delincuentes arrojados desde la roca Tarpeya. Los cipreses situados enfrente de las *Carmelitas descalzas* marcan el lugar exacto en el que María Saltos cayó sin recibir daño alguno; y en la capilla está la imagen misma de la Virgen que la salvó. La imagen fue milagrosamente escondida durante el tiempo que los moros se adueñaron de Segovia, pero reapareció en este lugar al recobrar los cristianos la ciudad, en vista de lo cual se construyó el convento y fue ricamente dotado.

Volvamos ahora a la izquierda, subiendo por el valle del Eresma, hasta la *Casa de la Moneda*, o ceca, que fue fundada por Alonso VII y reconstruida por Enrique IV en 1455 y reparada y dotada de maquinaria alemana por Felipe II en 1586. Antes se acuñaban aquí todas las monedas, ya que el río facilitaba toda la fuerza hidráulica necesaria y el Alcázar contiguo servía de tesorería: en 1730, las monedas de oro y plata fueron transferidas a Madrid y ahora sólo se acuñan ya aquí las de cobre, y aun para esto Segovia está mal escogida, porque se halla muy lejos de Río Tinto, que es de donde se trae el metal. Muy cerca, en la ladera, está *La Vera Cruz*, una iglesia muy curiosa, construida en 1204 por los templarios, pero ahora en ruinas: obsérvense las formas octogonales y la torre cuadrada.

Más arriba se encuentra el *Parral*, monasterio jerónimo, en otros

tiempos rico, que se levanta entre *viñas* y *jardines* bajo una roca desnuda, de donde el nombre y el proverbio: *Las huertas del Parral, paraíso terrenal*. Los sensatos monjes, ciertamente, gustaban de proteger sus devociones contra el frío, pero ahora su paraíso está aquejado de malas hierbas y zarzas. El monasterio fue construido en 1494 por Juan Gallego: obsérvese la portada; el soberbio *Coro* fue erigido en 1494 por Juan de Ruesga; la *Sillería* de nogal fue intrincadamente tallada, en 1526, por Bartolomé Fernández; el *Retablo Mayor* fue pintado, en 1526, por Diego de Urbina para la familia Pacheco. Los soberbios sepulcros de Juan y de su esposa María, arrodillados junto con un servidor, han sido bárbaramente enjalbegados. El claustro y los techos de la biblioteca y el refectorio son dignos de observación: la torre fue elevada a 29 pies en 1529 por Juan Campero.

Si el proyectado *Museo* de Segovia llega jamás a ser realidad, será natural que el viajero lo visite y vea los restos salvados de éstas y otras devastaciones. Segovia abunda en temas artísticos. La *Santa Cruz* o monasterio dominicano fue fundado por los Reyes Católicos, como lo indica el lema *tanto monta*; la *reja* y *retablo* fueron donados en 1557 por Felipe II. En *San Juan* están las tumbas de muchos de los *Conquistadores* segovianos de Madrid, como, por ejemplo, Diego Sanz, Fernán García, etcétera. Aquí yace también el historiador de Segovia, Colmenares, muerto el 29 de enero de 1651. El portal de *San Martín* es curioso; obsérvense las tumbas de Gonzalo Herrera y su esposa: el arquitecto gustará sin duda de mirar una bonita ventana de *ajimez* en la *Casa de Segovia*, el palacio del obispo, con fachada de granito y figuras de Hércules. Obsérvese también la torre que hay en la *Plaza de San Esteban*, con sus arcos sajones, grandes capiteles y un *corredor* abierto en la iglesia en que está enterrado Juan Sánchez de Zuazo. La *Puerta de Santiago* es mora; las portadas de granito y los curiosos ornamentos toledanos en forma de bola se ven también frecuentemente en Segovia.

La desdichada ciudad nunca se recuperó del fatal día 7 de junio de 1808, cuando los invasores entraron en ella por primera vez a las órdenes del general Frere, quien, a pesar de que no se le había hecho resistencia alguna, la saqueó *à la Medellín*, y es que también

él, como su modelo, Víctor, había comenzado su vida profesional como tambor. Y aquí también esta vez, como en tiempos de los *Comuneros*, los altares fueron profanados y saqueados. La prosperidad antigua de Segovia dependía de su principal producto: la lana, pero en aquella ocasión los rebaños fueron comidos por el lobo y ahora sólo quedan unas pocas y pobres manufacturas de telas que languidecen en el suburbio de *San Lorenzo*. En 1829 se introdujo aquí alguna maquinaria más moderna, que fue destruida por los tejedores de telares a mano. Las *Cabañas* o rebaños de ovejas de Segovia daban los vellones, y el Eresma un agua muy apropiada para el lavado de la lana. El lavado y el esquilado de las ovejas, que, en otros tiempos, era causa de grandes festivales, tenían lugar de manera muy semejante a la oriental de Nabal, descrita en el libro de Samuel.

Los enormes rebaños de los monjes de El Escorial, El Paular y otros propietarios eran llevados en mayo a grandes *Esquileos*, o patios de dos pisos, dirigidos por un «*Factor*». Primero, las ovejas iban al *Sudadero*, y cuando estaban bien sudadas les ataban las patas los *Ligadores*, que se las pasaban a los esquiladores, cada uno de los cuales era capaz de esquilar hasta ocho o diez ovejas diarias. Cuando estaban esquilados, los animales, a continuación, eran llevados al *Empegadero*, donde eran embreados y marcados; después de lo cual todos ellos pasaban a ser vigilados por los *Capataces* o pastores en jefe, y entonces las ovejas más viejas e inútiles se seleccionaban para el carnicero; las que se salvaban de esto eran cuidadosamente atendidas, por estar expuestas a coger frío como consecuencia del esquilado y morir. Durante todas estas operaciones, todos los trabajadores eran abundantemente provistos de comida y bebida por cuenta de unas personas que recibían el nombre de *Echavinos*. La lana la seleccionaban los *Recibidores*, y la mala, *las Cardas*, era puesta a un lado. La *Pila*, o sea el producto, si se vende inmediatamente, es pesado sobre el terreno, pero si va a ser lavado se manda al *Lavadero*. Hay tres clases distintas de lana, que selecciona el *Apartador* o aquilatador, profesión que tiene su gremio en Segovia. El valor ha bajado desde la invasión en una proporción como de ocho a tres; entonces también fueron destruidos muchos edificios y graneros que, por falta de capital,

nunca fueron reconstruidos; la pérdida de Sudamérica, que tuvo lugar poco después, completa la ruina. La tela común que se hacía aquí era tosca, aunque fuerte; pero se hacía también una pequeña cantidad de clase más fina, llamada *Bicuña*, de una especie de cabra sudamericana, de una lanilla suave para el clero rico; ahora esos clientes han desaparecido. Sin embargo, es preciso reducir el ponderado volumen del anterior comercio (véase *Río Seco*), porque el verdadero producto principal eran toscas *Xergas* (en árabe Xercas), o sea estameñas y *Paños pardos*, los cuales, en los tiempos de Juan II, se vendían por sólo 40 maravedís la yarda, mientras que la tela de Florencia costaba 167 y la buena grana de Londres 400; de hecho, las manufacturas locales sólo las compraban los pobres y también se usaban para libreas, mientras que los ricos, como ahora, lo importaban todo de mejor calidad de fuera. Y sin embargo, la España enemiga de la industria se jacta de la Orden del Toisón o *Vellocino* de Oro, olvidando que fue fundada por el buen duque de Borgoña para subrayar su preferencia por sus ciudades ricas, manufactureras e inteligentes por encima de su nobleza pobre, orgullosa, indolente e ignorante, preferencia ésta que evidentemente es diametralmente opuesta a las auténticas ideas españolas. *Pecus*, de donde *Pecunia* era el símbolo secreto del poder de Brujas y Gante, y el *Toisón de Oro*, el símbolo de los comerciantes argonautas, se convirtió, como nuestro *Woolsack*, en símbolo del producto clave que era la lana. Y, por lo mismo, España no tenía derecho a esta orden, que pasó, con los Países Bajos, a Austria. Pero, a pesar de todo, habiendo perdido la sustancia, sigue apegada a la forma, porque ni naciones ni individuos gustan de abandonar siquiera las apariencias de títulos y poder. Hay otra carretera de Madrid a Segovia, por *San Rafael*, a 17 leguas, que deja El Escorial a la izquierda; con frecuencia es impasable durante el invierno a causa de la nieve, pero en verano hay una diligencia que va de un lado al otro, saliendo de *El Mesón de los Huevos*.

Los que quieran visitar *El Paular* pueden volver al camino real de Madrid en *Buitrago*, ciudad amurallada muy antigua que está junto al Lozoya, donde las truchas son excelentes: su población es de unas 400 almas. A cinco leguas de aquí, en el camino de *Guadalajara*, se encuentra *Uceda*, otra ciudad, también muy

antigua, pero ahora decaída, amurallada, sobre el Jarama, con 700 habitantes, donde también hay excelentes truchas. Uceda fue en otros tiempos ciudad importante, y su castillo ha sido cárcel de hombres eminentes: aquí fue encerrado Ximénez por Carrillo, arzobispo de Toledo, irritado por haber aceptado aquél el arciprestazgo de Uceda, que le había sido concedido en Roma, en 1473, por Pablo II. Ximénez se negó a ceder y, después de una resistencia que duró seis años, consiguió conservar el beneficio. Aquí también fue relegado el gran duque de Alba después de su fracaso en los Países Bajos, por orden de Felipe II, hasta que sus servicios hicieron falta de nuevo para conquistar Portugal. Cerca de *Uceda*, en un desfiladero de montaña, está el pueblo de *Patones*, donde, durante el dominio moro, vivió tranquila una población cristiana, segura a causa de su misma oscuridad. Elegían entre ellos a un soberano o, más bien, a un jeque, y el título de *Rey de los Patones* se hizo hereditario en la familia de Prieto; pero cuando llegaron a vivir en Madrid los verdaderos monarcas, los patones, inducidos a ello por lo ridículo del contraste, destronaron a su rey, llamándolo simplemente *justicia*. Cerca de Prieto hay una gruta de estalactitas, llamada *La Cueva de Requerillo*.

Ruta C. De Segovia a Aranda

Localidad	Leguas	Total
Basardilla	2 ½	
Cubillo	2 ½	5
San Pedro de Gaíllos	2	7
Sepúlveda	1	8
Boceguillas	2	10
Aranda	7	17

Esta ruta carece por completo de interés. *Sepúlveda*, una de las más antiguas ciudades de Castilla, está ahora muy en decadencia; su población es de 1600 personas. Se encuentra agradablemente situada en la confluencia del Duratón y el Castillo, a los pies de las colinas, con jardines, *alamedas* y tierra de pastos. Fue reconquistada a los moros por el conde Fernán González en el año 913, que le concedió derechos de municipio. Estos *Fueros de Sepúlveda*, a causa de las cláusulas bien meditadas y su precedencia en el tiempo, sirvieron de modelo a muchas de las cartas de privilegio de las primeras ciudades españolas.

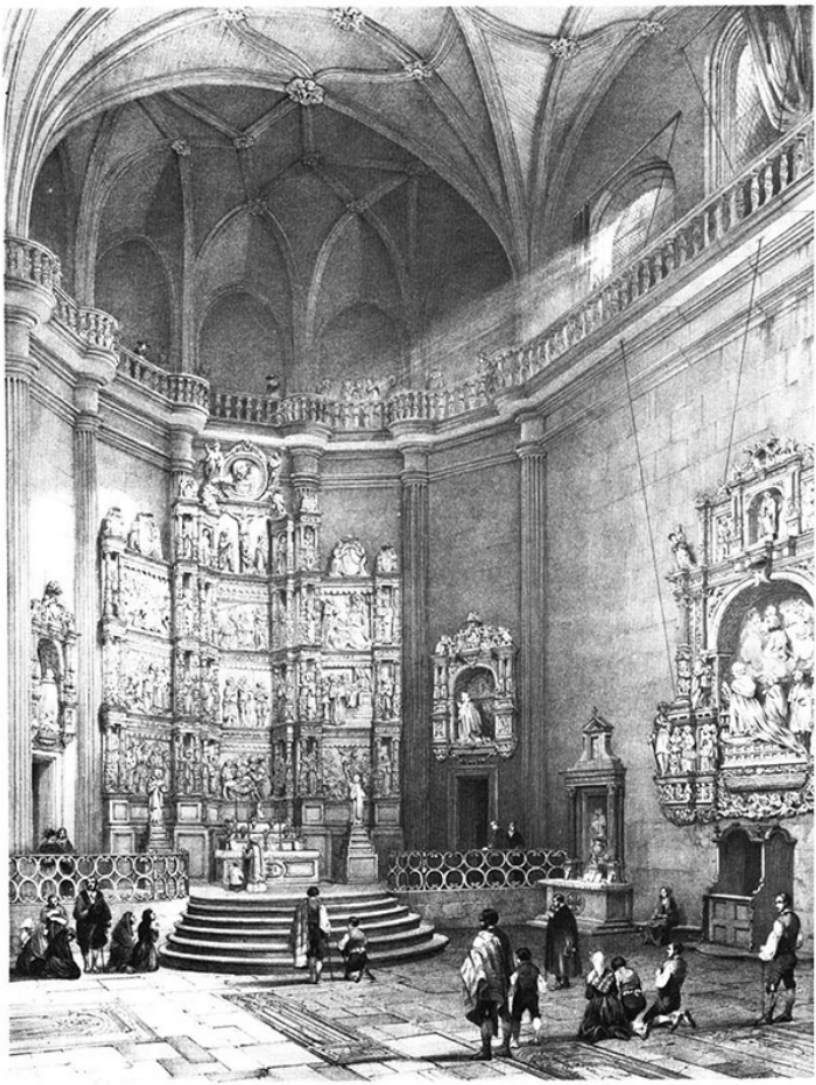
Por lo que se refiere a Aranda de Duero, véase ruta CXIII.

Los que vayan a Francia desde Madrid harían bien en tomar la ruta LXXVII.

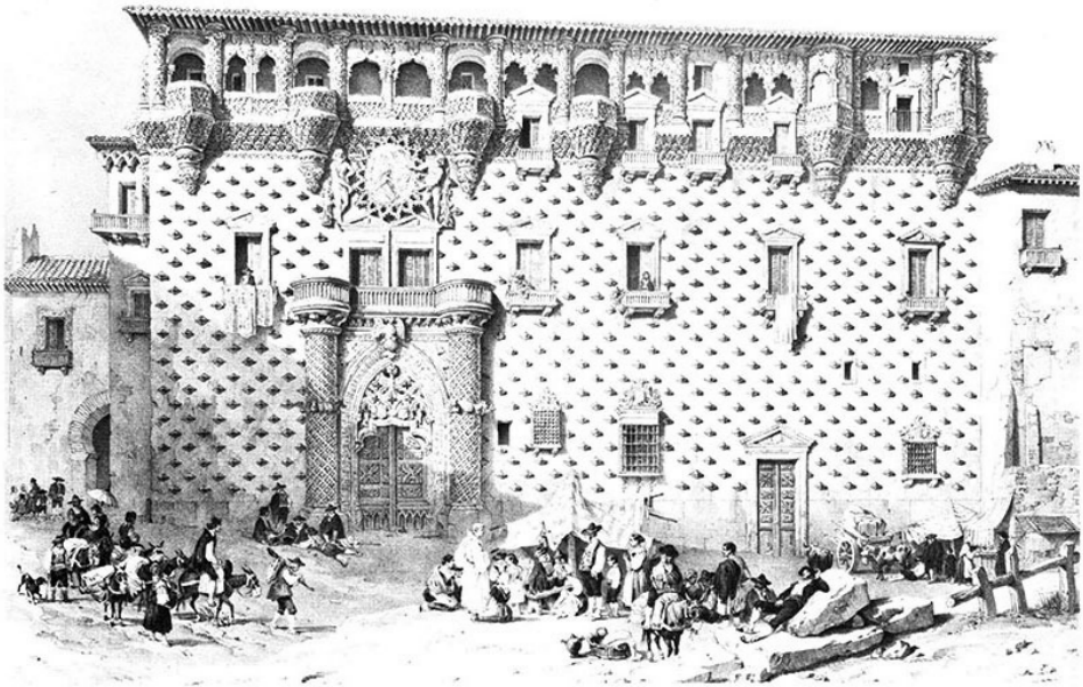
Villa-Amil, Pradera de San Isidro

David Roberts, Puente de Toledo

David Roberts, Catedral de Burgos



Villa-Amil, Sacramental de San Isidro en Madrid



Villa-Amil, Palacio del Infantado en Guadalajara

R. Freres, Una venta

R. Freres, Tipos castellanos

R. Freres, Toledo

Excursiones desde Madrid. —*Continuación*

Nadie debiera dejar de visitar *Toledo*, la imperial capital de los godos, el feliz valle de Castilla. Los que vayan a Valencia deberán seguir hasta *Cuenca* y *Albarracín*, e incluso los que vuelvan a Madrid, si tienen tiempo, debieran desviarse por *Cuenca*, Teruel, los baños de Sacedón y Guadalajara.

Ruta CI. De Madrid a Toledo

Localidad	Leguas	Total
Getafe	2	
Venta de Torrejón	2	4
Illescas	2	6
Yuncos	1	7
Cabañas	2	9
Olías	1	10
Toledo	2	12

Hay una diligencia que sale de la *Plaza del Progreso*, número 10. La carretera, si es que se le puede llamar carretera, es con frecuencia poco más que un carril que va por llanuras semejantes a un desierto, que en verano están cubiertas de nubes de polvo y en invierno hunden al viajero hasta los tobillos en barro. Toledo, a causa de no ser visitada por el rey, no fue nunca tenida en consideración por los encargados de las carreteras y los caminos en España. Se diría que en la levítica Toledo, como en Santiago, el clero estaba tan preocupado por suavizar los caminos hacia un mundo mejor que no se fijaron casi en los caminos menos importantes de este mundo.

Saliendo de Madrid por el puente de Toledo, después de pasar *Carabanchel de arriba*, llegamos a Getafe, cuya población es de 2500 almas. Esta miserable muestra de una ciudad campesina castellana tiene una grandiosa *Parroquia*, donde pueden verse algunos cuadros. *Illescas*, «illic non quiescas», como le dicen a uno los parásitos, es un lugar igual de miserable. La *Santa María* tiene un buen campanario moro, que los indígenas han desfigurado añadiéndole un tejado puntiagudo moderno. El monasterio franciscano, en otros tiempos soberbio, fue destripado por los invasores, que sin duda pensaron, al comparar la pompa de las iglesias de mampostería con las chozas de barro de que se rodeaban, que los españoles laicos sólo habían sido creados para mantener curas. Illescas posee una Virgen milagrosa, llamada *La de la Caridad*, cuya bella capilla en el hospital tiene algunos cuadros

de El Greco. *Olías* se parece a los lugares anteriores por su pobreza e incomodidad: aquí hay también un hospital para los que caigan enfermos a consecuencia de la terrible ruta.

TOLEDO. Las mejores posadas son el *Parador del Arzobispo, La Caridad, Posada del Mirador*, en la entrada del este, y en la ciudad, la *Fonda de los Caballeros*, que es una casa grande y limpia. Toledo es la capital de su distrito, cuya parte montañosa, *La Sierra* o *Los Montes de Toledo*, que divide las cuencas del Tajo y el Guadiana, se extiende sobre más de 40 leguas y estuvo en otros tiempos cubierta de árboles, que ahora han sido talados para la construcción y el combustible de Madrid y nunca vueltos a plantar. Se encontrarán detalles sobre esto en las «*Memorias*» de Eugenio Larruga, volúmenes 5 al 10.

Toledo, ahora menospreciada en beneficio de la oportunista Madrid, fue la ciudad escogida de los primeros cronistas y anticuarios. Las mejores obras a consultar sobre Toledo son «*Summi Templi Toletani Descriptio*», Blas Ortiz, duodécimo, Toledo, 1549; «*Historia y Descripción*», Pedro de Alcocer, folio, Toledo, 1554; «*Descripción de Toledo*», por Francisco de Pisa, pero compilada por *Tomás Tomaio de Vargas*, folio, Toledo, 1617; «*La Primacía de Toledo*», Diego de Castejón Fonseca, folio, dos volúmenes, Madrid, 1645; «*Los Santos de Toledo*», Antonio de Quintana Dueñas, folio, Toledo,
1654-63;
«*Los Reyes Nuevos de Toledo*», Cristóbal Lozano, cuarto, 1667, o bien la edición posterior, en cuarto, Madrid, 1764, «*España Sagrada*», V, VI, y Ponz, «Viage», I.

La imperial Toledo, el ombligo de la península, «la corona de España, la luz del mundo entero, libre desde el tiempo de los poderosos godos», como su hijo, Padilla, dice, dirigiéndose a ella, es una ciudad del pasado. Cuando se la ve desde lejos, nada resulta más impresionante, pero su meollo está podrido. Esta Durham, de una jerarquía otrora dorada, constituye el más completo contraste con una capital moderna, porque aquí todo es sólido, venerable y antiguo. Toledo no ha sido levantada de una vez por académicos interesados en satisfacer un súbito capricho real, sino que fue

construida como una roca y sobre una roca. A semejanza de Roma, se levanta sobre siete colinas y está a unos 2400 pies por encima del nivel del mar. El Tajo, que parece hervir al pasar por la hendedura o *Tajo de la montaña*, la rodea, ciñéndola, dejando solamente una vía de acceso por el lado de tierra, que está defendida por torres y murallas moras. Dentro de la ciudad, las calles o, más bien, callejas son empinadas y tortuosas, pero esto mismo las hace fáciles de defender en caso de ataque y, al mismo tiempo, frescas en el verano. Algunas, ciertamente, son tan estrechas, que el sol no puede penetrar en ellas, mientras que, mirando hacia arriba, apenas se ve otra cosa que una tira de cielo azul, como en respuesta, por los mismísimos pelos, a la pregunta de Virgilio: «Dic quibus in terris, tres pateat coeli spatium non amplius ulnas?». La aguja de callejear es aquí de difícil aprendizaje, porque de estas serpenteantes callejas, tan irregulares y súbitas como *guerrilleros*, ninguna va de manera paralela o derecha, sino, por el contrario, dando vueltas como mejor les parece, llegando a las conclusiones más ilógicas. Las casas son macizas y de aspecto moro; cada familia vive en su propio y cerrado castillo y no en pisos o apartamentos, como ocurre en Madrid. Aquí, nuevamente, encontramos el *patio* oriental, sobre el que se tienden toldos en el verano, de la misma manera que en Sevilla. Sus superficies se mantienen muy limpias, y el agua de lluvia que cae en ellas se recoge para usos domésticos. Toledo, aunque escasea en agua, es una ciudad limpia. Es muy fría en el invierno y caliente en el verano. Las colinas reflejan los rayos del sol, pero los prados que bordean el río son agradables y el Tajo es ciertamente un río y no un foso seco como el Manzanares. Los toledanos, como sus casas, son castellanos rancios e íntegros y *muy hombres de bien*. Aquí el espléndido *Castellano* se halla en toda su pureza de gramática y pronunciación.

En el corazón de la ciudad se levanta la catedral, y en torno a ella se arraciman numerosas iglesias y conventos, muchos ahora silenciosos como tumbas. Ni siquiera Salamanca, ciudad de estudios, fue peor tratada por los invasores que Toledo, la sede de los primados y la gran ciudad levítica de España. Lo comenzado por el enemigo extranjero fue rematado por el reformador nacional, ya que con la confiscación de las rentas eclesiásticas desaparecieron los recursos de que vivía esta capital sacerdotal; ahora han sido

parcialmente restablecidos, pero el dado ha sido echado y Toledo decaerá y se convertirá en una Tebas, en la que sólo seguirán en pie los templos abandonados. Antiguamente contenía, además de la catedral, 20 iglesias parroquiales y seis mozárabes, nueve capillas, tres colegios, 14 monasterios, 23 conventos, cuatro hospitales para hombres, uno para mujeres y *nueve capillas*, realmente una provisión espiritual pasable para una población que ahora se ha visto reducida de
200 000
a
15 000
habitantes, *Cosas de España*, y muy diferente de nuestra Stockport, donde tres iglesias bastan para
60 000
personas ajetreadas y cuya verdadera teología es el *capital*. Ningún algodonócrata, ningún hombre interesado solamente en el dinero o el placer debiera visitar esta ciudad sombría, silenciosa e inerte, que carece de comercio, industria, crédito o manufacturas; pero, por el contrario, para el poeta y el amante de las antigüedades, esta capital, viuda de dos dinastías, es verdaderamente interesante, ya que nos aleja del presente; es una ruina viva, una semejanza de la vida luchando con la decadencia, donde las grandiosas moles de una prosperidad pasada parecen ahora una burla y un insulto.

La fundación de Toledo se atribuye, como es natural, a Hércules, es decir, a los fenicios; otros, sin embargo, prefieren a Túbal, que la construyó ciento cuarenta y tres años exactamente después del diluvio; y tampoco se crea que sus habitantes han perdonado todavía al abate de Vayrac por decir que se jactaban de que «Adán fue el primer rey de Toledo y que, el sol, entonces recién creado, se levantó sobre ella porque era el centro y el trono del mundo». Pero, sea ello lo que fuere, lo cierto es que Toledo, cuando fue conquistada por Marius Fulvius, en el año 561 de la fundación de Roma y el 193 antes de Cristo, era «urbs parva sed loco munita» (Tito Livio, XXXV, 22). Su nombre ha sido derivado de Toledoth, en hebreo «ciudad de generaciones», por haber sido lugar de refugio cuando fue tomada Jerusalén por Nabucodonosor. Indudablemente, muchos judíos huyeron a «Tarshish», a «las partes más remotas de la tierra», a fin de escapar de las calamidades de Palestina, y,

ciertamente, cuando Toledo fue conquistada por primera vez por los moros estaba llena de judíos o, como ellos les llamaban, «amalecitas», quienes, descontentos por las persecuciones de los godos, facilitaron el avance de los berébéres, que, por otra parte, eran mitad judíos y mitad paganos. El extraordinario botín, como se detalla en «*Moh. D*.» y en Conde, demuestra lo rica que era la ciudad entonces. Entre los preciosos objetos estaba la mesa de Salomón, que *Muza* mandó buscar inmediatamente y se llevó consigo, de la misma manera que los generales franceses, sirviéndose, a manera de guías, de los libros de Ponz y Ceán, buscaron y se llevaron consigo la plata y los cuadros de las iglesias.

Conde interpreta el nombre de Toledo como Tolaitola, «altura perfectum», o *atalaya* grande, del árabe *attalah*, o sea lugar desde el que se otea, y, ciertamente, aún hoy en día el *Alcázar* domina noblemente la ciudad, siendo su faro y al tiempo su centinela. Leovigildo, con quien se consolidó la monarquía goda, trasladó la corte de Sevilla a Toledo, haciendo de esta ciudad la capital de España. Su sucesor, Recaredo, convirtió el reino entero al cristianismo, y de aquí que se celebraran en Toledo tantos de aquellos importantes concilios **[4]** que nos dan tales atisbos sobre el espíritu y las condiciones de esa época, porque, en realidad, eran convocatorias y parlamentos, ya que la aristocracia sacerdotal imitaba las maneras de la supremacía social y civil. Los godos, que han sido injustamente calificados de bárbaros destructores, repararon y mejoraron la ciudad, los puentes y las murallas romanas, partes de las cuales aún existen, porque Toledo fue una de las pocas ciudades que quedaron exentas del decreto de Witiza por el cual tantas otras fueron desmanteladas al mismo tiempo, como para hacer la conquista más fácil al invasor. Pero la historia de España está siempre repitiéndose; compárese con la misma política de Catón.

Wamba fue el benefactor de Toledo, como consta en la inscripción que campea sobre la gran puerta: «Erexit fautore Deo rex inclytus urben, Wamba». Esto ocurrió, ciertamente, «hace largo tiempo», ya que Wamba es el Japeto de España y la frase *en el tiempo del rey Wamba* denota proverbialmente una fecha que se remonta a más de lo que llega la memoria legal, como «as old as the xhills» o «au temps où la Reine Berthe filait». Wamba fue medio

envenenado en el año 687 por Ervigio, y cuando se pensó que ya estaba muerto fue vestido, como era costumbre, con ropones de monje para enterrarlo; en consecuencia, cuando se restableció no tuvo más remedio que seguir con la cogulla. Las disensiones entre el usurpado y los legítimos herederos debilitaron al gobierno godo, permitiendo a los moros, en el año 714, dominar al dividido reino, de la misma manera que, más tarde, en 1492, las disensiones de los musulmanes prepararon el camino de su derrota final a manos de los Reyes Católicos. Los judíos de Toledo, cuando sus amigos moros les quitaron el dinero, se volvieron a los cristianos vengadores, facilitándoles la conquista de la ciudad en el año 1085, siendo rey Alonso VI, quien asumió entonces el título de emperador de Toledo, presentándose «sentado en un trono imperial» para ser llevado sobre su escudo y nombrando al Cid su primer *Alcaide*. Toledo, honrada por el soberano y convertida en sede de un clero rico, fue siempre leal, y de esta manera, cuando Burgos le disputó su nueva preeminencia en las Cortes, Alonso XI exclamó: «Que hable Burgos primero, yo hablaré por Toledo, que hará lo que yo diga».

Primero se debe dar un paseo por esta ciudad, tan sumamente pintoresca, comenzando por la entrada por tierra del noroeste; bájese a la *Puerta del Sol*, una rica puerta mora de arcos de herradura de granito, con otros, superiores, en intersección, de ladrillo rojo, y sígase el viejo camino que serpentea ciudad abajo junto a la iglesia de *Santiago*; obsérvense su patio, pórtico y ábside; de allí pásese a la *Puerta de Visagra*, ahora cegada y, por lo tanto, llamada la *Puerta Lodada*. Por lo que se refiere a los muros, hay dos circunvalaciones: la interior, construida por Wamba, que sube desde el puente de Alcántara bajo el Alcázar hasta las puertas de *Santa Cruz* y Cambrón y, de allí, hasta el puente de San Martín; mientras que la otra, construida en el año 1109 por Alonso VI y que también comienza junto al puente de Alcántara, sigue por *Las Covachuelas*, por la hondonada, hasta la actual puerta nueva, continuando desde allí hasta la *Puerta Lodada* y luego juntándose con la muralla vieja cerca de *El Nuncio*, con lo que cierra en su recinto a la anterior puerta mora, cuyo nombre de *Visagra* es, según algunos, *Vía sacra*, es decir, el camino por donde entró en triunfo el rey Alonso, pero es sencillamente la expresión árabe *Bib-Sakra*, o

sea «puerta del campo», y prueba de ello es que la rica comarca cerealera y pastoril que se extiende entre Illescas y Aranjuez se llama todavía *La Sagra*, es decir, «el sustento». Otros leen la palabra hebrea *Sahar*, «reluciente», por ser la puerta oriental donde reluciría el sol naciente y por donde pasarían «los que se levantan temprano», los *Saharaim*.

La nueva puerta fue construida en 1575 por Felipe II, que la hizo decorar con el águila y el escudo de Carlos V, el patrono San Miguel y estatuas de Berruguete. Léase la inscripción que recuerda cómo Felipe restauró la «Divos patronos urbis», destruyendo las impiedades moras. Wamba, por lo menos, atribuyó sus edificios a la ayuda de Dios, «Fautore Deo»; compárese el latín cristiano de Felipe con una dedicatoria pagana auténtica encontrada aquí (Ceán, «*Sumario*»). Herculi patrono, Endoval Tol. (*Divo Toletano*), v, v, Osca deeis tutel, etc. El uso mismo del latín da un matiz pagano a esta clase de inscripciones, incluso si el motivo no fuera tan parecido. Obsérvese también la imagen de San Eugenio, uno de los *Divi* de Felipe, que fue enviado a España por San Dionisio en el año 65 de nuestra era y llegó a obispo de Toledo, pero, volviendo a Francia, fue asesinado en Saint Denis. Su cuerpo, sin embargo, fue hallado por Ramón, un francés y segundo arzobispo de Toledo, que trajo aquí su brazo derecho en 1156, y Felipe consiguió el resto de Carlos IX. De esta manera las partes pudieron ser reunidas el 18 de noviembre de 1565, al cabo de mil cuatrocientos sesenta y ocho años de separación (véase Pisa, y «*España Sagrada*», y también, como paralelo antiguo, véase León).

La *Alameda*, en extramuros, fue plantada en 1826 por el Corregidor Navarro, que construyó también los jardines y la *Plazuela de Marchán*, pero las estatuas de los reyes toledanos son malas y pesadas. En el suburbio de *Las Covachuelas* hay algunos restos romanos estropeados. Muy cerca está el *Hospital de Afuera*, construido por Bartolomé Bustamante en 1542 para el cardenal primado Juan de Tavera, cuya vida ha sido escrita por Salazar de Mendoza. La magnificencia indujo a los envidiosos a volver del revés la observación de sus prototipos en San Mateo y decir: «¿Por qué se les da tanto a los pobres?». La fachada está desnuda, porque, aunque el fundador dejó al hospital heredero suyo, no consiguió

dejar también su espíritu benéfico, y sus albaceas, cuya caridad empezaba en ellos mismos, se embolsaron el dinero. Se entra en el noble *patio* y se sigue, por una columnata, hasta la capilla, cuyo *Retablo* fue diseñado y pintado por El Grego en 1609. Aquí yace el fundador sobre una noble *Urna* cinquecentesca, guardado por las virtudes cardinales, a las que pocos cardenales tuvieron jamás tanto derecho. Los detalles del conjunto son infinitos, y ésta fue la última, aunque no la mejor, obra de Berruguete, que murió en 1561 en la habitación situada bajo el reloj.

Vuélvase ahora a la derecha y obsérvense las aspilleras para flechas que hay en la Puerta Lodada y los arcos de herradura de arriba: esta puerta fue construida por obreros moros para Alonso VI. Una bella hilera de conventos, arruinados todos por el invasor, sigue la cima de la colina, pasando junto al hospital de lunáticos *El Nuncio*, hasta la puerta de *Cambrón*, rematada por un pináculo. Debajo, a la derecha, se pueden todavía discernir los restos de un *circus*, y junto a ellos estaba el templo pretoriano, que fue convertido en iglesia por Sisebuto en el año 621 y ahora se llama *El Cristo de la Vega*. Examínese bien esta curiosa, pero muy estropeada basílica, con su ábside y sus hundidos arcos externos y redondos en su parte superior. En ella fueron enterrados los patronos de Toledo, *San Ildefonso* y *Santa Leocadia*, cuyas vidas han sido tan utilizadas como tema por los artistas y escritores españoles. Leocadia, nacida en el año 306, fue arrojada desde las rocas de arriba por Daciano y se edificó una capilla en el lugar de su caída, en la que se celebraron concilios, durante uno de los cuales, en el año 660, aparecieron ángeles y levantaron la piedra del sepulcro, levantándose entonces ella, «envuelta en una mantilla», para informar al presidente, San Ildefonso, de que «su señora vivía a través de él». San Ildefonso había escrito un tratado de mariolatría y quedó tan complacido al oír esto que tomó el cuchillo del rey *Redecivintus* y cortó una de las puntas del velo de Leocadia, que fue mostrada a Felipe II en 1587; el cadáver, según algunos historiadores, subió al cielo, mientras otros han demostrado que, cuando los moros invadieron Toledo, un flamenco se lo llevó a Flandes, lo cual, ciertamente, fue un acto de gran piedad, porque pocos *braves Belges*, cuando tienen que recorrer huyendo una

distancia de 1200 millas, elegirían un objeto tan portátil como una mujer muerta para llevárselo a hombros (véase Flórez, «*España Sagrada*», VI, 308, citando a Pisa). El cadáver fue vuelto a descubrir en Saint Gislem, en 1500, cuando Felipe I consiguió una parte de él para el capítulo de Toledo, y el resto fue traído por Felipe II por temor a que los herejes se apoderasen de los Países Bajos. Recibió en persona los restos en la catedral el 26 de abril de 1587. Todo este traslado, cuyo costo fue altísimo, fue organizado por un avispado jesuíta, un cierto Miguel Hernández, que publicó una vida de Leocadia en octavo, Toledo, 1591. Consúltese también su biografía en Pisa y la «*España Sagrada*», en la que se encuentra impreso el relato de la escena conciliar, escrito en el año 775 por Cixila, arzobispo de Toledo. El 26 de abril es todavía una gran fiesta en honor de esta santa.

Más arriba, a la izquierda y surgiendo, en cierto modo, de la roca misma, se levantan los restos del castillo palacio construido por Wamba en el año 674 a fin de dominar el acceso occidental a la ciudad: la mampostería es verdaderamente ciclópea. Abajo, a la orilla del río, hay una *alcoba* mora con arcos y con una inscripción en árabe, que es llamada por el vulgo *Los Baños de Florinda* o *de Cava*, la cual, según se dice, estaba bañándose aquí cuando don Rodrigo, muy orientalmente, contempló desde su terraza, arriba, los encantos de esta goda Betsabé. Los tristes resultados son ahora historia. El puente de San Martín, abajo, une una roca a otra y completa la escena. Ahora se debe volver a la *Puerta del Cambrón* y entrar en Toledo; en la hornacina que tiene esta puerta en su parte interior hay una estatua de Leocadia por Berruguete, florentina de estilo, tierna y hermosa de forma y dulce, suave y seria de expresión.

Siguiendo adelante se ven los restos del convento franciscano, antes magnífico, llamado *San Juan de los Reyes*, por estar dedicado a su santo patrono por Fernando e Isabel, que lo hicieron construir en conmemoración de la victoria decisiva de Toro. El lugar está bien elegido, por ser verdaderamente real, y su posición es dominante. Obsérvense las insignias y emblemas, así como también las cadenas votivas que fueron colgadas fuera por los cautivos liberados del infiel gracias a la intervención de la Virgen: «Catenam ex voto Laribus». La portada es una exquisita joya y fue terminada

por Alonso de Covarrubias para Felipe II. Este convento, que fuera una de las mejores muestras del arte gótico que hay en el mundo entero, fue prácticamente demolido por los invasores, que destriparon e incendiaron completamente la parte donde vivían los monjes. La magnífica capilla salió algo mejor parada, por haber sido usada como establo para los caballos de los soldados, pero éstos pasaron el tiempo destrozando el cristal pintado e historiado y mutilando los ornamento religiosos y heráldicos, cuya riqueza sobrepasaba toda descripción, como lo demuestran aún las partes que quedaron fuera de su alcance. Obsérvense los escudos, las águilas, los emblemas, las cifras, las coronas y la inscripción al margen, tan corriente en este período. Los claustros, con bellos arcos góticos de ojiva, merecen ser observados; se han realizado algunas pésimas reparaciones, que resultan peores que el anterior vandalismo, y el espacio, que antes era bonito jardín, está ahora invadido por las malas hierbas, adecuadas compañeras de la ruina de que están rodeadas. Enfrente de este convento estaba el magnífico palacio del gran cardenal Ximénez, que los invasores saquearon primero y destruyeron después.

Vuélvase ahora a la izquierda y bájese por angostas callejas a la antigua *Judería*, o barrio de los judíos, en el que quedan aún dos curiosísimas sinagogas. La primera, llamada ahora *La Santa María la Blanca*, fue construida en el siglo IX, pero en 1405, cuando San Vicente Ferrer incitaba al populacho contra los judíos, fue convertida en iglesia y así quedó hasta que los franceses la degradaron a la categoría de almacén. La arquitectura merece ser observada con detenimiento; fíjese el visitante en las tres naves, divididas por columnas poligonales que sustentan arcos de herradura salientes de capiteles góticos híbridos; también conviene fijarse en los patronos circulares de las enjutas, las estrellas, los cuadrados y los arcos moros angrelados. El edificio es un poco demasiado alto en proporción a la anchura, y del techo se dice que fue hecho con vigas de cedros del Líbano.

La otra sinagoga, aunque menos antigua, es más bella y está mejor conservada; se llama *El Tránsito*, a causa de una pintura de la muerte de la Virgen, que desapareció en el transcurso de las recientes reformas. Fue construida por Leví, tesorero de don Pedro el Cruel, porque los españoles estaban entonces regidos por el

inteligente pero despreciado judío, de la misma manera que el caíd moro de Tetuán,
Hash-Hash,
estaba gobernado, cuando nosotros visitamos esta ciudad, por su ministro judío de Hacienda, Leví. Los hijos de Israel han tenido siempre un curioso talento para las cuestiones de dinero, sobre todo cuando se hallan en país extraño. De esta manera vemos que José se convirtió en tesorero del Faraón; Daniel, de Nabucodonosor, y Morteci, de Artajerjes. Don Pedro, sin embargo, en el año 1300, se hallaba necesitado de dinero contante, y, conociendo a los judíos, hizo torturar y matar al pobre Leví, confiscando luego su dinero (véase una curiosa descripción de las maneras hispano-orientales en los capítulos 7, 15 y 30 de la «*Chronica de Don Pedro*»). Antes, don Pedro había protegido a los judíos, que no tardaron en ser tan numerosos y ricos que la antigua sinagoga resultó enseguida demasiado pequeña y hubo que construir este magnífico «lugar de congregación», συναγογη, la *Jama* o mezquita de los moros, en una mezcla de estilo gótico, moro y hebreo, que tuvo que haber sido, ciertamente, maravilloso a la vista pero los españoles han desfigurado el extremo oriental con un *retablo* de oropel que oculta el bordado, semejante a encaje; las partes superiores, por estar fuera de su alcance, han salido mejor paradas, de manera que obsérvense la cornisa de aspecto de colmena, las hileras de arcos moros angrelados y el soberbio techo de *artesonado*. Una amplia cinta de follaje contiene las armas de León y Castilla y está bordeada por una inscripción en hebreo, que ha sido traducida por Juan José Haydeck en las «*Memorias de la Academia de la Historia*». Isabel la Católica, en 1494, dio el edificio a la Orden de Calatrava, cuando el *sancta sanctorum* fue convertido en archivo y las galerías de las judías en morada de ese animal que recibe el nombre de *El custodio* o *conserje*.

Hay una historia de los *Sephardim* o judíos españoles, por James Finn, 1841, que no agota, ni mucho menos, el tema. Eran de casta muy alta y, aunque perseguidos por godos, moros y españoles, esto es, por seguidores de credos de dos hijas del Nuevo Testamento, se aferraron tenazmente a su fe. Extraños religiosos éstos que, cuando eran los únicos poseedores de la verdadera palabra de Dios,

abrazaron todas las idolatrías, adorando un becerro de oro (y, probablemente, por ser de oro), incluso bajo los truenos del monte Sinaí, y, sin embargo, cuando llegó el verdadero Mesías, para renovar la antigua ley, se aferraron apasionada y tenazmente a lo mismo que antes habían abandonado. España (Tarshish) fue siempre el lugar favorito de los judíos cuando se vieron expulsados de Palestina. Como eran gente de paz y de dinero, siempre fueron perseguidos por los hombres de guerra, que raras veces pueden vivir de su soldada. No otra cosa fue el *Judaicas Fiscus* de Domiciano (Suetonio); tal la decisión de Tiberio de expulsar de Italia a todos los judíos que no abjurasen de su fe (Tácito, «*Anales*»), y es que la purificación de la religión fue siempre convertida en pretexto de la avaricia confiscadora. Los godos cristianos, a quienes el dinero gustaba tanto como a los romanos, hallaron la acusación extra de la culpa de la crucifixión. En el año 694, por el XVII Concilio de Toledo, se ordenó que los judíos fueran segados «con la guadaña de la venganza» por estar en correspondencia con los «filisteos» de Bereberia. Fue entonces cuando, hostigados por las persecuciones, llamaron a los moros vengadores y les abrieron las puertas de *Toledo*, según se dice, un Domingo de Ramos, cuando la guarnición cristiana estaba ocupada en adorar la tumba de Santa Leocadia. Por este servicio fueron favorecidos en un principio por los musulmanes y, como se les dejaba en paz, no tardaron en volverse de nuevo tan ricos que sus herejías comenzaron a apestar en las narices mahometanas, y entonces fueron estrangulados o robados. En este dilema, los judíos recurrieron a los cristianos vengadores y dejaron entrar a Alonso VI, quien también, durante algún tiempo, los animó y protegió. Como se pusieron del lado de don Pedro (porque le prestaban dinero) en las guerras civiles de 1369, fueron tratados como traidores por el vencedor, Enrique II, quien confiscó su dinero. Luego comenzaron las feroces cruzadas de San Vicente Ferrer, que incitó a la muchedumbre fanática a robar y a asesinar, presentándoles estos atroces delitos como meritorios actos de religión. El gran maestro moderno de la persecución judía fue el pérfido *Philippe le Bel*, de Francia, hijo de San Luis y asesino de dos papas. Los judíos españoles, que llevaban largo tiempo siendo hostigados como bestias y empobrecidos, fueron finalmente expulsados de España

por Isabel en 1492, y ellos, a partir de entonces, la llamaron *Jezabel* en sus crónicas. Grandes números de judíos se afincaron en las orillas mahometanas del Mediterráneo, donde sus descendientes hablan todavía el español. Muchos, sin embargo, se quedaron en España, fingiéndose cristianos, pero continuando en secreto la práctica de su propia religión y adorando al mismo tiempo a Mammón. Y algunos siguen todavía, dato curioso descubierto por Borrow y completamente ignorado por los españoles. Estos judíos son gente tranquila y acomodada, que trafica en lana y *longanizas*, que venden, pero no comen, porque el cerdo es ingrediente importante de este excelente embutido. Aunque los españoles no conocen su existencia, el nombre de *Judío* sigue siendo la *malediction pessima*, el *Nimreseth*, el insulto que nunca se perdona, *anathema maranatha*. Los españoles, incluso en este siglo, fueron enseñados a pensar que todos los extranjeros son heréticos o judíos. El grito de *Judiada* es todavía preludio de asesinato cierto. «Odio la opresión en todas sus formas», dijo un *Liberal* valenciano a Lord Carnarvon, «soy amigo de la raza humana, y, por cierto, si quedase entre nosotros un judío diría: a quemarlo, a quemarlo vivo».

A continuación visítese la iglesia contigua de *San Tomé*, con una torre mora de ladrillo. Aquí se conservó durante largo tiempo la obra maestra de *El Greco, El Entierro del Conde de Orgaz* [5]. Cerca de Santo Tomé hay un solar vacío donde se levantó en otro tiempo la casa de Juan de Padilla y su noble esposa, María, los dirigentes de la insurrección *comunera;* esta casa, por orden de Carlos V, fue arrasada en 1522, poniéndose en su lugar una columna de granito con una inscripción infamante, monumento que, a su vez, fue destruido por los modernos reformadores. Bajando ahora al puente moro de *San Martín,* que fue destrozado en 1368 por Enrique de Trastámara y reparado por el arzobispo Tenorio, pariente de «Don Juan» y famoso *pontifex maximus,* observaremos en la torre una estatua de *San Julián,* de Berruguete. El puente es estrecho y elevado, a causa de las crecidas del río, que se producen de vez en cuando; el río corre desde una garganta rocosa, en cuya cima derecha se levanta la insegura ciudad. El agua, encantada de escapar de su cárcel, se aleja serpenteante por entre las *Huertas del Rey.* Abajo todo es reposo y el verde prado coteja al

tranquilo arroyo (compárese con Ronda). En las colinas están los *cigarrales* o chalets toledanos, no llamados de esta manera por los numerosos *cigarros* que se fuman en su interior, sino del árabe *Zigarr, Cegarra,* que significa «lugar de árboles». La palabra castellana correcta sería *Casa del Campo* o *quinta,* en árabe *Chennat chint,* «jardín». En Galicia se llaman *Aldeas,* del árabe *Aldaia,* «lugar pequeño»; en Aragón, *Torres;* en Andalucía, *Haciendas;* en Granada, *Cármenes,* del árabe *Karm*, «viña».

El silvestre y melancólico Tajo comienza en los montes de *Albarracín*, desembocando en el mar en Lisboa, después de haber recorrido 375 millas de España, siendo destinado a ser, por voluntad de la naturaleza, la aorta de este país. Los cronistas toledanos hacen derivar el nombre de este río de Tagus, quinto rey de Iberia, pero, según Bochart, su origen está en *Dag*, Dagon, un pez, ya que, además de ser considerado este río como aurífero, tanto Estrabón como Marcial declararon que es también piscatorio, πολυιχθυς, *piscosus*. Las mejores truchas se encuentran cerca de sus fuentes. Ciertamente se hallan en él granos de oro, pero apenas en suficiente número para mantener a un poeta, y los pobres anfibios que los buscan son llamados *Artesilleros* a causa de sus cestos, en los que echan la arena, que luego pasan por una criba.

Sería fácil hacer al Tajo navegable hasta el mar, y entonces, con el Jarama conectando Madrid con Lisboa y facilitando la importación de productos coloniales y la exportación de vino y granos, España recibiría más beneficios que con

10 000

cartas o constituciones de papel. Estas obras han sido proyectadas por muchos *extranjeros*, mientras los toledanos se limitaban a escuchar perezosamente. De esta manera, en 1581, Antonelli, natural de Nápoles, y Juanelo Turriano, milanés, propusieron el proyecto a Felipe II, que era entonces el amo de Portugal, pero no había dinero, la historia de siempre, porque los ingresos se gastaban en traer y llevar reliquias y en construir el inútil Escorial, y no se hizo nada, aparte de excursiones en barco y odas al «prudente y gran rey», que *iba* a llevar a cabo la obra, «*haré, haré, haré*», porque aquí se prefiere el futuro al pretérito. El proyecto dormitó hasta 1741, cuando otros dos *extranjeros*, Julio Martelli y Luigi

Carduchi, incitaron en vano a Felipe IV, quien poco después de perder Portugal no tardó en olvidarse del Tajo. Pasó de esta manera otro siglo, y Richard Wall, irlandés, se ocupó de la idea en 1755, pero Carlos III, ocupado en librar guerras francesas contra Inglaterra, estaba sin dinero contante. El Tajo, desde entonces, ha seguido su curso por su lecho rocoso, como un indómito caballo berberisco, riéndose de los toledanos, que, soñolientos, pensaban en lo imposible a lo largo de sus orillas, invocando a Brunel, Hércules y Rothschild, en lugar de arrimar ellos mismos el hombro a la tarea. En 1808, la idea fue planteada de nuevo por Francisco Javier de Cabanes, que había estudiado en Inglaterra nuestro sistema de canales y coches e introdujo las diligencias en España, publicando también un estudio de todo el río; este folio, titulado «*Memorias sobre la navegación del Tajo*», Madrid, 1829, parece el libro azul de alguien que hubiera descubierto las fuentes del Níger, tan semejantes a un desierto son las zonas despobladas e incultas que se extienden entre Toledo y Abrantes. Fernando VII, en vista de ello, promulgó un aprobatorio decreto de papel y así terminó la cosa, porque sus decretos llenan 18 gruesos volúmenes, aunque Cabanes ya se había puesto de acuerdo con la empresa «Wallis and Mason» para la maquinaria. Recientemente, el proyecto ha vuelto a la vida gracias a nuestro amigo Bermúdez de Castro, un caballero inteligente que durante su larga residencia en Inglaterra ha absorbido la iniciativa y la energía del extranjero. *¡Veremos!*, porque la esperanza es buen desayuno, pero mala cena, como dice Bacon.

Ahora crucemos el puente de San Martín y subamos la cuesta que hay a la izquierda; tanto la ciudad como el río no tardarán en perderse en un valle de rocas y arriba se extiende el cielo azul y debajo un arroyuelo entre mujeres que lavan la ropa, animando las piedras grises con relucientes manchas de color y alegrando la soledad con canciones. Sigamos el arroyo hasta el Tajo y, habiendo observado los molinos moros, subamos de nuevo hasta llegar a un paisaje hecho a la medida de Salvator Rosa, hasta que, llegados a una capilla, vemos que Toledo reaparece con su dominante *Alcázar*, levantándose sobre rocas y ruinas por encima del río; luego subamos hasta el maltrecho castillo de Cervantes, nombre éste que no tiene nada que ver con el autor de «*Don Quijote*», sino

que es una corrupción de *San Servando*; este castillo *defiende* el acceso al puente que hay abajo y desde él se goza de una espléndida vista de Toledo. A la derecha, abajo, hay una *Alameda* plantada de rosas y tendida al comienzo de la carretera de Aranjuez. El prado que hay enfrente es un campo de romance: aquí celebró Alonso unas *cortes* en las que el Cid se quejó de sus malvados yernos, los condes de Carrión; aquí quedan todavía unas ruinas muy maltrechas, llamadas *Las Casas de la Reina*, por ser los supuestos restos de un fabuloso castillo en el aire, construido por Galafre, un rey que nunca reinó, para su hija Galiana cuando ésta fue cortejada por Carlos Martel, que nunca estuvo en España y que mató en su presencia a su rival Bradamante, que nunca existió. Los que quieran averiguar la verdadera historia de esta casa mora consulten a Gayangos (*Moh. D.*, II, 303). No vale la pena ir hasta las ruinas, aunque nosotros fuimos.

El puente, como otros que hay sobre el Tajo, se llama, por pleonasmo, *El puente de Alcántara*, o sea lo mismo que decir «puente del puente», porque los españoles no entienden siquiera el *nombre* de una *cosa* que los moros les hicieron. Aquí los romanos fueron los primeros en construir uno, que fue reparado en el año 687 por el godo Sala: destruido por una inundación, fue reconstruido en el 871 por el alcaide Halaf, reparado de nuevo en 1258 por *Alonso el Sabio*, restaurado por el arzobispo Tenorio hacia 1380 y fortificado en 1484 por Andrés Manrique. Examínense las torres y la *tête du pont*, así como la estatua de Berruguete que representa a San Ildefonso, el *Divus tutelaris*, a quien Felipe II dedicó el puente, como consta en una inscripción. Desde este lugar las murallas se separan, yendo a la derecha en doble hilera, la superior de las cuales es la construida por Wamba y la inferior la de Alonso VI. Súbase a la colina de la izquierda y descánsese por un momento, para ver abajo el *Ingenio* sin tejado, la máquina hidráulica cuyas ruinas parecen hechas a la medida para el dibujante. Toledo, construida sobre una alta roca, estaba mal abastecida de agua, por lo cual los romanos cerraron el desfiladero con un gigantesco viaducto y acueducto, que iba desde el *Puerto de Yévenes*, que estaba a unas siete leguas de distancia. Todavía pueden observarse algunos restos cerca de *Los Siete Cantos* y

también bajo *El Camino de Plata*, expresión que es una corrupción corriente en España de la vía *lata*. Cuando los moros conquistaron Toledo había también una enorme Naúrah, o *Noria*, es decir, una rueda hidráulica, de 90 codos de altura, que forzaba al agua a subir por medio de tuberías, obra de los judíos, que fueron los que introdujeron la hidráulica en oriente, donde el agua es la sangre de la tierra y el elemento de la fertilidad: ningún pueblo ejerció jamás mayor poder sobre este elemento que los moros españoles. Los anfibios musulmanes gustaban del agua fresca, porque las abluciones, tanto fuera como dentro de las casas, son agradables, además de religiosas, bajo un sol tórrido, de manera que, mientras el griego erigía una estatua y el cristiano un crucifijo, el moro construía una fuente o bien excavaba un pozo. Los moros toledanos eran expertos de primera categoría en fuerza hidráulica: su rey, Almamún. Ibn
Dhia-núa,
o Yahya, tenía un lago en su palacio, y en el centro de él un pabellón, en torno al cual el agua bajaba por todos los lados, rodeándole de esta manera de la más grande frescura dentro de su pabellón de verano, exactamente lo mismo que el Kasr Dubarra que existe en El Cairo. Aquí se hicieron también las *clepsydrae*, o relojes de agua, para los cálculos astronómico de *Alonso el Sabio*, para estudiar los cuales Daniel Merlac vino desde la misma Oxford en 1185. Carlos V, a quien encantaba la mecánica, hizo que unos griegos, en 1565, se sumergieran en Toledo en una campana de buzo, y el mismo año hizo venir desde Cremona a un relojero llamado Juanelo Turriano para que reparase la *Noria* original, que, en 1568, hacía subir a Toledo hasta
600 000
cubos de agua diarios. Sin embargo, surgieron disputas entre la corona y el ayuntamiento en tanto que «conservadores del río» y, entre ellos, la familia Turriano, por ser extranjeros, resultaron engañados y murieron pidiendo limosna. Poco después, el indignado Tajo estropeó la máquina, que los indígenas no supieron reparar y, en vista de ello, recurrieron a una empresa inglesa, que rechazó la oferta por no gustarle las seguridades que se le ofrecían sobre el pago, y desde entonces la ruina ha sido completa y Toledo, la «luz del mundo», consigue su agua por medio de la primitiva

maquinaria de burros que suben y bajan guiados por bípedos, cuya capacidad de inteligencia mecánica es semejante a la de aquéllos: podrán verse detalles curiosos en Ceán Bermúdez.

A continuación debe visitarse el Alcázar, o sea la *Atalaya* de Tolaitola, el monte Sión o palacio y fortaleza y característica principal de una ciudad a la que en otro tiempo defendía y ahora adorna. Era la *Kassabah* amalequita, a la que se hicieron ampliaciones en el año 1085 por orden de *Alonso VI*. las partes más antiguas dominan el Tajo, de la misma manera que el castillo de Presburgo el Danubio. Fue muy mejorada por Álvaro de Luna y también por Carlos V en 1548, que empleó a Enrique de Egas y a Alonso de Covarrubias para que añadieran las bellas fachada y escalinata, que Herrera completó para Felipe II. Todo ello fue incendiado en la guerra de Sucesión, pero no por los ingleses, como afirma Ceán Bermúdez, sino por el general portugués Atalaya, que desahogó así el odio que sentía por todo lo español en sus tocayos ciudad y castillo: las ruinas fueron reparadas por el cardenal Lorenzana, el último de los grandes y buenos primados de Toledo, *ultimus Romanorum*, que las convirtió en una *Casa de Caridad*, en la que los pobres trabajaban en el tejido de la seda. Toda su vida e ingresos fueron dedicados a las buenas obras; ayudó al clero francés exiliado y, cuando fue insultado en Roma por los republicanos armados, se apresuró a ir allí a ofrecerle consuelo, lo que sus atormentadores le impidieron hacer. Arrancado a su jefe espiritual, Lorenzana abdicó de su primacía y murió en 1804, pero los franceses nunca le perdonaron que ayudara a sus sacerdotes exiliados, y cuando entraron en Toledo se ensañaron especialmente con todas sus obras, ya que su persona estaba fuera de su alcance. Echaron a los pobres del asilo, convirtiéndolo en cuartel, y luego lo incendiaron, a manera de último obsequio, las tropas de Soult, cuando evacuaron la ciudad que dejaban medio en ruinas. Las murallas, maltrechas, de los barrios en que los soldados se alojaron la última vez que estuvieron aquí, siguen profanadas con escritos y dibujos de la mayor obscenidad.

Las ruinas son impresionantes y muy propias de Toledo, que es un lugar de palacios sin príncipes, conventos sin monjes y *exclaustrados* sin pan. Obsérvense la fachada, ventanas, *patio* y columnas de granito, todo ello de Berruguete, así como la bella

escalinata y la galería superior, cubierta de adornos heráldicos y que fue mutilada por los invasores. En los salones que dan al río, la viuda de Felipe IV, la reina regente, estuvo recluida durante la minoría de Carlos II; su manera de vivir ha sido gráficamente descrita por Madame
D'Aunoy
y por Dunlop. Fue primero instrumento de aquel bajo aventurero Nithard y luego de su indigno amante, Valenzuela; pero no hay nada nuevo en la historia española, ni en la pasada ni en la presente.

Y ahora sigamos al *Zocodover*, nombre que a los lectores del Lazarillo de Tormes y Cervantes les recordará la guarida de bribones y de los pobres y orgullosos patilludos que se morían de hambre sin dejar de jactarse. *Suk* en árabe, *Zoco* en español y *Soke* en inglés, significan «lugar del mercado» y de cercanía de catedrales, porque el comercio y la religión siempre se dieron la mano; el santuario atraía multitudes y «cambistas», mientras que la santidad del lugar protegía al comercio. Esta *plaza* es muy mora, con sus irregulares ventanas, balcones, herreros y pintorescos campesinos: ahora, una calle larga, y casi la única un poco ancha en Toledo, conduce a la catedral gótica, cuyo exterior no es ni bello ni simétrico, mientras que la entrada norte está cegada: los mejores lugares para verla son al noroeste, ya sea desde la *Plaza del Ayuntamiento* o de *San Yuste*; una torre está terminada y de ella se eleva una fina espira, rodeada de algo semejante a coronas de espinas.

Las crónicas eclesiásticas afirman que este templo fue construido para la Virgen mientras vivía todavía y que con frecuencia bajaba del cielo a visitarla, acompañada de San Pedro, San Pablo y Santiago. Convertida por los moros en su mezquita principal, Alonso VI les garantizó su posesión con esa tolerancia que el infiel siempre ha mostrado para con sus súbditos cristianos, pero que los cristianos españoles nunca mantuvieron con los moros. De esta manera vemos que Ximénez rompió el tratado de Granada antes siquiera de dar tiempo a secarse la tinta con que había sido escrito, y también entonces Bernardo, el primer arzobispo, apoyado por la reina Constanza, francesa como el mismo Bernardo, aprovechó la primera oportunidad en que el rey se ausentó para apoderarse de la

mezquita y desposeer a los moros; entonces el *Alfaquí*, dándose cuenta de que toda resistencia era inútil, intercedió cerca de Alonso y el edificio fue echado a bajo en 1226 por Fernando el Santo, que puso con sus propias manos la primera piedra de la actual catedral, la cual, diseñada por Pedro Pérez, fue terminada en 1492, saqueada en 1521 por los seguidores de Padilla y de nuevo en 1808 por La Houssaye. Anteriormente había sido una cantera de riqueza y arte, y así vemos que Ceán Bermúdez enumera 149 artistas que, a lo largo de seis siglos, fueron empleados por los más ricos prelados de España para hacer de esa catedral un templo digno de la primacía, dignidad que fue durante largo tiempo conservada por la cabeza dominante de la época, porque la profesión religiosa no era obstáculo a los altos cargos, sino más bien una recomendación para ellos; no un peso para los políticos, una dificultad gubernamental, sino, más bien, un vínculo indisoluble, y ahora, ciertamente, la religión es apenas otra cosa que un mero girón de lo que fue en otros tiempos, cuando lo era todo en todo y cuando la misma inteligencia que regía la Iglesia llevaba también las riendas del estado. Los anteriores arzobispos de Toledo fueron grandes tanto en la paz como en la guerra: los *Rodrigos* se pusieron a la cabeza de ejércitos victoriosos, los *Tenorios* tendieron puentes, los *Fonsecas* fundaron centros de estudio, los *Mendozas* y los *Ximénez* fueron gobernantes, regentes y fundadores de universidades, mientras que los *Taveras* y *Lorenzanas* edificaron casas de caridad y hospitales. Éstos, ciertamente, han sido barridos por bruscas manos, tanto extranjeras como nacionales, pero su recuerdo persiste y no les resultará fácil a los nuevos confiscadores laicos reparar las ruinas o rivalizar con esas obras de la piedad y la ciencia, esas ofrendas que las antiguas manos consagradas depositaron sobre el altar. Los prelados del período caballeresco y medieval de España se educaron en el claustro, que era entonces el único refugio de la paz, la cultura y las artes que humanizan. Tenían «tiempo libre», sin lo cual, como dice el más prudente de los hombres, nadie puede hacerse sabio. La Iglesia era entonces la mejor escuela de ministros de Estado y hombres de negocios, ya que la mayor parte de los laicos de entonces apenas pensaban en otra cosa que en la guerra o en la caza, que es una imitación de aquélla. Pero ahora el servicio de Dios descalifica a sus profesores para servir a su reina y a su país y, muy

lejos de poder llegar a ser ministros de Estado, se ven degradados a ser meros *ministri* del altar, al tiempo que ni siquiera sus miserables salarios les son siquiera pagados.

El primado de Toledo tiene como sedes sufragáneas Córdoba, Jaén, Cartagena, Cuenca, Sigüenza, Segovia, Osma y Valladolid: el capítulo era verdaderamente imperial y constaba de casi 100 dignatarios y prebendados. Aquí como en León y Burgos, el rey fue siempre canónigo, de la misma manera que el sacerdocio de la Venus de Pafos recaía en un Príncipe de la Sangre, porque, de esa manera, el prestigio y el poder de la realeza se reclutaban al *servicio* de la Iglesia, y para mostrar su poder, el monarca era siempre multado por no asistir al *coro* el día de San Juan.

Antes de entrar conviene examinar el interior y las puertas. *La Puerta de los Leones* se llama así a causa de los leones con escudos que hay sobre las columnas. El portal, muy hundido en el grosor del muro, con figuras góticas y hornacinas, fue ejecutado por El Maestro Egas en 1459 con bella piedra blanca, que, suave al principio, va endureciéndose con el tiempo; las obras superiores fueron restauradas, con mal gusto, en 1776 por Mariano Salvatierra, de quien es también la «Asunción de la Virgen». El exterior de las puertas de bronce, dignas de Miguel Angel, fue fundido en 1545 por Francisco de Villalpando, y el interior, bellamente tallado en madera en 1541 por Diego Copin, de Holanda; pero torneos, centauros, etc., son cosas muy poco apropiadas para la entrada de un templo cristiano, y la moderna puerta jónica es igualmente inadecuada, al estilo gótico de la catedral. La *Puerta del Reloj* o *de la Feria* queda muy oculta por edificios y también ha sido desfigurada con obra de madera moderna, roja y dorada, que encaja muy mal con los relieves gótico-tudescos de piedra; las puertas de bronce fueron ejecutadas para hacer juego con las de la puerta de enfrente; la que está a la izquierda es obra de Antonio Turreno, 1713, y la de la derecha, de Antonio Domínguez. Están ornamentadas también con tallas en el interior, que son más antiguas y de mejor estilo; la *Puerta del Perdón* tiene seis hornacinas en cada lado, que sigue la curvatura del arco.

El interior, aunque bueno, es inferior al de la catedral de Sevilla, tanto en forma como en altura. Aquí las naves laterales son algo bajas y están agobiadas por órdenes de arcos y por el fatal

enjalbegamiento con que ha sido implacablemente cubierto; el estilo gótico, en general, es sencillo y ojival. Las vidrieras son soberbias y deben ser observadas a la puesta del sol, cuando, mientras las naves se ensombrecen, esos muros historiados se iluminan como rubíes y esmeraldas. Las expoliaciones y confiscaciones recientes han tendido a reducir la antigua magnificencia de este magnífico templo, al que ahora faltan el espíritu y el movimiento de la vida, porque aquí la soledad y la melancolía yacen sombrías y encerradas, y triste la vestidura de Toledo. La pompa y las ceremonias de esta ciudad solían ser notables incluso para España, donde se celebraba un servicio verdaderamente *divino*; en tales ocasiones, el vasto espacio se llenaba de muchedumbres numerosas como hormigas, la ciudad del sueño despertaba como si hubiera sido tocada por una varita mágica y sus calles se llenaban, trocando por movimiento y masas su habitual y mortal monotonía.

Pasando a los detalles, diremos que hay cinco naves, sustentadas por 841 entrepaños; la longitud es de 404 pies y la anchura de 204; la nave central, en su punto más alto, se levanta a 160. Los claustros se hallan situados al norte, cerca del *Sagrario* y las *Salas*, que contienen las reliquias y los cuadros. Las ventanas, cuyos rojos y azules son incomparables, fueron pintadas principalmente por extranjeros: por Alberto de Holanda, el Maestro Cristóbal, Dolphin, Juan Campa, Luis, Pedro Francés y Vasco de Troya. Los temas están tomados de la Biblia y de leyendas de santos locales, intercaladas con los escudos de los donantes.

El *coro*, como de costumbre, está situado en el corazón de la nave central, pero, al igual que el rico *trascoro*, no es muy alto y el ojo puede abarcarlo entero: el coro es un museo de escultura; las sillas inferiores, talladas en 1495 por *El Maestro Rodrigo* y enriquecidas con grotescos ornamentos tudescos, representan las campañas de los Reyes Católicos. Obsérvese, en estos auténticos documentos contemporáneos de lugares y vestidos, la rendición de la Alhambra. Las sillas superiores constituyen un perfecto contraste clásico, por estar bordadas con una profusión de ornamentos, y sobre ellas, en alabastro, se ve la genealogía de Cristo, mientras que las hornacinas están divididas por pilares rematados por candelabros y que descansan sobre cabezas de querubines. Los

asientos están separados por columnas de mármol rojo, y la inscripción puesta aquí por el *cardenal Tavera* dice la verdad: «Signa tum marmorea tum ligna coelavere hinc Philippus Burgundio, ex adverso Berruguetus Hispanus; certaverunt tum artificium ingenia, certabunt semper spectatorum judicia», y, cuando se trata de pronunciar un juicio, no resulta tan fácil, después de todo, distinguir entre las obras de ambos maestros; de las 70 sillas, las 35 del *Lado de la Epístola* son de Vigarny, que murió aquí en 1543 y fue enterrado cerca de su obra; pero más tarde, cuando se reparó el pavimento, el capítulo, tan falto de buen gusto como de gratitud, hizo arrojar su lápida entre los cascotes. Al criticar a los dos grandes escultores cabe observar que Vigarny es sencillo y grandioso tanto en las vestiduras como en las expresiones, mientras que Berruguete es más elegante e italianizante. Este último artista talló también el trono del primado y la transfiguración que campea sobre él, tema que, por su propia naturaleza, se adapta mal a los materiales duros. En el *coro* obsérvense los exquisitos *Atriles* de metal dorado, trabajados con bajorrelieve, de las Escrituras y divididos por figuras femeninas, obra de arte verdaderamente florentina de Villalpando. El *Facistol*, lo que nosotros llamamos *Lettern*, un águila sobre una torre gótica, con estatuas en los nichos, es excelente. La imagen negra de madera de la Virgen que se ve ante él es muy antigua y la falda moderna y magnífica. La *Reja* y las columnitas doradas que sustentan las cortinas, así como los candelabros, son todos del gusto cinquecentista y fueron hechos por Domingo de Céspedes. Los órganos modernos churrigueresco no encajan con las obras de los gigantes antiguos.

Pasando al *Entre los dos Coros* obsérvense los dos púlpitos de dorado metálico, situados entre dos columnas de mármol cortas; éstos, dignos de Cellini, fueron hechos de la tumba de bronce que se había hecho erigir para sí mismo Álvaro de Luna y que fue destruida por Enrique, *Infante* de Aragón cuando, amargado por su derrota de Olmedo, ante lo cual Álvaro le envió una copia de ciertos versos compuestos sobre esta ruin venganza, mientras Juan de Mena (copla 264) condena a los vándalos sin civilizar, cuyos «corazones eran más duros que el bronce»; ¿pues qué habría dicho de los de este siglo? La espléndida *reja* fue ejecutada en 1548 por

Villalpando. La *Capilla Mayor* fue ampliada por el cardenal *Ximénez*, pero la rica obra gótica a los lados es más antigua y forma parte de la obra original de Tenorio. El bello y alto *Retablo*, con cinco divisiones, contiene tallas de la vida del Salvador y la Virgen, realizadas hacia el año 1500 por Juan de Borgoña, Fernando Rincón, el Maestre Felipe y otros, bajo la dirección de Pedro Gumiel (*el honrado*). El conjunto está *estofado*, o sea pintado y dorado. Aquí están las tumbas de *los Reyes Viejos*, a saber: Alonso VII, Sancho *el Deseado*, Sancho *el Bravo* y el *Infante* don Pedro. Aquí yace también enterrado el cardenal Mendoza; este gran prelado de la sacerdocracia y de alta cuna compartió la soberanía con los Reyes Católicos, razón por la cual recibió el nombre de *Tertiux Rex*, y, ciertamente, unía el poder religioso con el ministerial y sus decretos eran del tono de los orientales, «*Saúl y Samuel*». Éste era el *Ego et Reux meus* que imitó nuestro cardenal Wolsey; y ahora, rey en vida, yace enterrado en la muerte entre reyes, el mismo y raro privilegio de Joiada. Su tumba, realzada en blanco y oro, es obra de Enrique de Egas y digna de este espléndido altar mayor, donde todo el entorno, tanto por delante como por los lados, es sumamente intrincado; obsérvense los infinitos detalles de los pináculos, ángeles alados y estatuas en hornacinas y, entre ellos, el Pastor (*San Isidro*) que llevó a los cristianos a la victoria en las *Navas de Tolosa* y el «buen Alfaquí» que intercedió ante San Bernardo, el rompedor de tratados.

A continuación obsérvense los escuetos góticos *Respaldos del Coro*, erigidos por el arzobispo Tenorio en el siglo XIV y que contrastan con el *Trasparente*, verdadera abominación del siglo XVIII, pero que es el orgullo y la vergüenza al tiempo de los toledanos. Éste fue ejecutado por Narciso Tomé, heresiarca del churriguerismo que, en tal obra, torturó el material *duro* convirtiéndolo en nubes, rayos de luz y, en general, en todo lo que pueda parecer aéreo. Pero este *fricasee* de mármol costó
200 000
ducados. El arzobispo *Porto Carrero* importó mármoles de Italia, y hubiera sido mejor llamarle *Porto Carrara*; fue el principal instigador de la sucesión de Felipe V, y este hacedor de reyes yace

enterrado cerca de la *Capilla del Sagrario* con el epitafio «Pulvis et umbra nihil», lo que no puede decirse de este *trasparente*, pues es tan enorme y tan blanco que es imposible esconderlo, sino que, por el contrario, llama la atención en detrimento de otros objetos mejores; es el estilo de Luis XIV, pero enloquecido, sin embargo, fue inaugurado con corridas de toros, sermones y sonetos. Un monje, un cierto Francisco Galán, escribió un poema sobre esta «*Octava Maravilla*»; a pesar, sin embargo, de sus absurdos, muestra mucha fantasía depravada y gran habilidad y dominio sobre la materia. Por desgracia, un bello *Retablo* antiguo y algunos cuadros fueron destruidos, como en León, para dejar sitio a esta monstruosidad en mármol.

A continuación visítese la *Capilla de Santiago*, levantada en 1442 por ese gran trasgo de la familia, el condestable Álvaro de Luna, para ser panteón de su familia, y, como era maestre de Santiago, las *Veneras* abundan, como también las armas *inclinadas*, «gules partícipe de azur y una luna revertida en plata». Las tumbas originarias de bronce fueron convertidas en púlpitos y las actuales, de alabastro, son obra de Pablo Ortiz, que las esculpió en 1489 y fueron erigidas por María, hija de Álvaro. El armado *Maestre*, que fue ejecutado en Valladolid en 1451 por su ingrato soberano, yace con su espada entre las piernas, mientras caballeros con camisote de malla se arrodillan a su lado; cerca de él está la *urna* de su mujer, Juana de Pimentel, muerta en 1489, por el reposo de cuya alma rezan las monjas todavía. Los retratos de los muertos están cerca del altar. Obsérvese también la tumba, en otros tiempos dorada, de Juan de *Zerezuela*, arzobispo de Toledo, muerto en 1442; era hermanastro del condestable y hermano de Benedicto XIII; la cabeza es muy buena.

A continuación visítese la *Capilla de los Reyes Nuevos*, que lo son en relación con los que están enterrados cerca del altar mayor; fue planeada en 1531 para el cardenal *Tavera* por Alonso de Covarrubias y ejecutada por Álvaro Monegro; el forastero es recibido por heraldos en este aposento de realeza desaparecida, donde, en hornacinas blancas y doradas de bordado plateresco, digno de Cellini, reposan Enrique II, muerto en 1379; su esposa, Juana, muerta en 1381; el hijo de ambos, Juan I, muerto en 1390;

su esposa Leonora, muerta en 1382 (sus efigies se arrodillan en el *Presbiterio*); Enrique III, muerto en 1407, y su esposa Catalina (hija de nuestro Juan de Gante), muerta en 1419. Juan II, que fue quien hizo construir esta capilla, está enterrado en Miraflores, pero su estatua esta aquí, entre sus antepasados.

Es preciso visitar todas las demás capillas, aunque describirlas sería tema suficiente para llenar un libro entero. En *San Eugenio* hay algunos restos de la vieja mezquita, con inscripciones cúficas y un arco y tumba de intrincado trabajo en bajorrelieve. En la de *Santa Lucía* hay algunos monumentos e inscripciones antiguos del siglo XIII: un buen cuadro del martirio de San Pedro y, fuera, a la izquierda, otro de San Juan con un cordero, de mucho efecto. En la *Capilla de la Antigua* obsérvese la rica obra gótica de la Virgen. En la *Adoración de los Santos Reyes* obsérvese el portal de piedra pintado en rojo, azul y oro; también el *Retablo*, la reja con barras retorcidas y la pintura del Salvador muerto. La *Capilla de San Pedro* sirve de *Parroquia* de la catedral.

La capilla de *San Ildefonso* contiene magníficas tumbas; primero la del primado Gil de Albornoz, muerto en 1350, que es una obra maestra de trabajo de hornacina y escultura gótica; luego la de su sobrino Alonso, obispo de Ávila, muerto en 1514, que es encantadoramente cinquecentesca, con trabajo de aves, frutas etc., en bajorrelieve y realzado en oro y blanco y que cubre la *urna* en que yace el prelado. Cerca, en una hornacina, está el sepulcro de Íñigo López, que murió en 1491 en el sitio de Granada y cuya cabeza está coronada de hojas, casi como un turbante. Cerca están las tumbas de Juan de Contreras y del cardenal Gaspar Borja, muerto en 1645. Esta noble capilla gótica está también ilustrada con escultura sobre temas relacionados con el santo patrono, San Ildefonso, cuya leyenda ha servido de inspiración a Murillo y a los mejores artistas españoles. Nació en Toledo en el año 690, fue capellán de San Isidoro y se preocupó mucho por la introducción de la mariolatría, llegando a escribir un libro en defensa de la virginidad perpetua, de la αιει παρθενος, que algunos herejes franceses han puesto en duda; su sermón sobre este texto se conserva aún (véase «*España Sagrada*», V, 493), pero algunos de sus argumentos, por muy propios que fueran para ser oídos por una

congregación de godos, no pueden ser repetidos aquí. Una mañana, la Virgen descendió del cielo y asistió a maitines en la catedral, sentada en el asiento de su campeón, como también, más adelante, se sentó en el de Teresa de Ávila, y de la misma forma que los dioses griegos, quienes, sin embargo, preferían la carne a la misa. Nadie ha ocupado jamás el asiento usado por la Virgen desde que Sisiberto trató de hacerlo y fue instantáneamente expulsado de él por los ángeles. Y la Virgen, en cuanto hubo cantado los maitines, puso sobre los hombros de su defensor *La Casulla* y luego, hablando como la estatua de Juno, le dijo que «venía de los tesoros de su hijo». La relación original de este suceso, redactada por Cixila en el año 780, fue publicada de nuevo y confirmada por la Iglesia española en 1750. Cuando la invasión mora, esta casulla fue llevada a Asturias y se dice que está en el tesoro de Oviedo, invisible, naturalmente, a los ojos de los mortales, y tampoco se la puede poner ningún mortal que no sea Ildefonso mismo, porque, cuando su sucesor se la puso, le estranguló como la camisa enloquecedora de Deianira.

«Prisole la garganta como cadena dura
fue luego esfogado por su gran locura».

Las deidades femeninas de los paganos se mostraban igualmente liberales en sus dones, que también eran prendas de vestir, como el *Peplum* de Minerva o el *Cistus* de Venus (compárese con la Cinta donada en Tortosa por la Virgen).

San Ildefonso (cuya principal fiesta aquí es el 22 de enero) llegó a primado de Toledo, donde murió en el año 617, siendo enterrado a los pies de Santa Leocadia; su cuerpo, cuando la invasión mora, fue también puesto a salvo y estuvo perdido durante largo tiempo, hasta que reapareció de la siguiente manera. Hacia el año 1270, un pastor toledano fue detenido en la catedral de Zamora por sospecharse que fuese un ladrón, pero él replicó: «San Ildefonso, que se me apareció en persona, me condujo aquí y desapareció»; en vista de lo cual, Alonso VIII hizo cavar en el lugar, se percibió el aroma de siempre, se halló un cadáver y se hizo construir una capilla, a la que los peregrinos ricos hicieron donativos y donde

tuvieron lugar milagros a diario; véanse los detalles auténticos. Como Zaragoza reclamaba la primacía de Aragón porque la Virgen había descendido del cielo allí para ir a visitar Santiago, Toledo debe su elevación en Castilla al mismo cumplido, hecho por San Ildefonso; en consecuencia, el cardenal Rojas, erigió un santuario sobre el lugar exacto, el cual se levanta en forma de pirámide de obra gótica tallada; obsérvense sus armas y su retrato. Los bellos bajorrelieves de Vigarny representan a San Ildefonso predicando su notable sermón y recibiendo la *Casulla*; detrás se encuentra la verdadera losa sobre la que se posaron realmente los pies de la Virgen; enmarcada en mármol rojo es objeto de universal adoración, hallándose separada por una barandilla, con la inscripción: «Adorabimus in loco ubi steterun pedes ejus». El lema más antiguo, según Ortiz, decía así:

«Quando la Reina del cielo
puso los pies en el suelo
en esta piedra los puso.
De besarla tened uso
para más vuestro consuelo».

La multitud, que ha aprendido de esta manera de la Iglesia el consuelo de besar, ha llegado a gastar la piedra, como en Zaragoza y Santiago: este roce de labios piadosos rivaliza con el que los ídolos de la antigüedad no sabían resistir, pero tal es la naturaleza de las cosas, como observa Lucrecio en *de Rerum Natural*:

«Tum portas propter ahenas
signa manus dextras ostendunt attenuari
saepe salutantum tactu».

De esta manera se besaban las *huellas de la diosa*, según Apuleyo, «exosculatis deae vestigiis». Pero ni el diamante siquiera podría resistir este constante desgaste, como dice Hudibras:

«Las estatuas de mármol hechas pedazos a fuerza de frotar con valor y besos de peregrinos».

Cerca de esta capilla hay dos buenos cuadros que representan a San Antonio y a San Vicente Ferrer.

A continuación visítese la *Capilla Mozárabe*; el retablo data de 1508. Este curioso ritual fue establecido aquí de nuevo en 1512 por *Ximénez* para sugerir al Vaticano que España no había olvidado su antigua independencia espiritual; sin embargo, lo cierto es que, por muy ultravaticanista que hubiera sido en apariencia la política y la práctica de los españoles, siempre se resistieron a la *verdadera* dominación del *pontífice* extranjero, aferrándose a su credo y dogma por igual, en oposición al Corán de los musulmanes invasores y a la *Biblia* de la reforma, pero el rey católico fue campeón del papa por sus propias razones españolas, de tal manera que, mientras Roma infundiese valor a sus ejércitos y sostuviese sus ambiciones y su Inquisición, él seguía siendo el mayor y más sumiso hijo de la Iglesia, pero en cuanto el *italiano* quería imponer a los españoles personas y planes *italianos*, el *Españolismo* se sublevaba de inmediato. De esta manera los iberos sobornaban a sus dioses cuando se pedían favores y eran concedidos, pero apelaban a la fuerza y la violencia si éstos eran rechazados; Clemente VII fue apresado por Carlos V y la ciudad saqueada por sus tropas, peor incluso que por los galos, antiguos o modernos, y de nuevo, en nuestros tiempos, cuando faltó dinero, la Iglesia fue despojada sin consultar a Gregorio XVI, al que sólo se apeló cuando la lujuria satisfecha, los miedos supersticiosos y los anhelos de despotismo requirieron de él que hiciese la obra de Palacio en Madrid.

El ritual mozárabe era el de los godos españoles, que, libre de los modernos inventos de Roma, era el más antiguo de la cristiandad y el que más se acercaba a la forma apostólica primitiva que fue, en un principio, dada a Jos santos; este ritual es para España lo que el rito ambrosiano para los milaneses: el texto original fue modificado por primera vez en el año 633 por San Isidoro y San Leandro, que son comparados con Ezra, modificador de los libros del Antiguo Testamento: la nueva versión fue impuesta por el IV Concilio de Toledo e iba directamente contra las herejías arrianas, que negaban la divinidad del Hijo; fue conservada por los cristianos que, bajo el tolerante dominio de los moros, conservaron aquí seis iglesias que siguen existiendo todavía en sus emplazamientos originales y debieran ser visitadas; son las de Santa

Eulalia, San Torcuato, San Sebastián, San Marcos, San Lucas y Santa Justa, y sus nombres son las mejores pruebas de su antigüedad. Las características de este ritual son su simplicidad y su serio tono de devoción así como la ausencia de la confesión auricular. Las oraciones son tan bellas que muchas han sido adoptadas en nuestro libro de Oraciones; la hostia se dividía en nueve partes, que representaban la encarnación, la epifanía, la natividad, la circuncisión, la pasión, la muerte, la resurrección, la ascensión y el reino eterno.

La palabra *Mozárabe, Muzarab*, ha sido derivada erróneamente de Musa y sus árabes y también de *mixti-Arabes*, dando por supuesto que los moros hablaban latín y, por ello, llamaban así a los cristianos que vivían entre ellos; pero la expresión árabe
Mus-Arab
significa hombres que vivían entre los árabes y los imitaban, pero que no eran *Arab-al-Araba*, como los hebreos de los hebreos. El abandono del ritual gótico fue culpa de los franceses, que desnacionalizaron España al introducir en ella el ultravaticanismo, porque Bernardo, no contento con desposeer a los musulmanes, atacó a continuación a los cristianos influyendo en su débil compatriota la reina Constanza, hasta conseguir que pervirtiera a su marido; de esta misma manera, las «*esposas extranjeras*» sedujeron a Salomón, como la Jezabel sedujo a Ahab, induciéndole a toscas supersticiones. Alonso, sin embargo, encontró grandes dificultades en poner el misal gregoriano en lugar del gótico y nacional, porque sus independientes súbditos, que aborrecían todo dictado y toda innovación extranjeros, se aferraban a su ritual primitivo, calificando el ritual rival con el nombre de *rito gálico*, epíteto dado desde entonces a otros «beneficios» derivados de Francia: finalmente tuvo lugar el cambio por medio de *combate judicial*, porque en aquellos tiempos se recurría a la espada para cortar cualesquiera nudos gordianos, tanto de leyes como de teología; se celebró una solemne prueba de armas, de modo que cada rito tenía su campeón armado, pero cuando el defensor del rito gótico, Juan Ruiz, derrotó a su oponente galo-papal, el pérfido Bernardo se negó a aceptar el resultado de una prueba que él mismo había propuesto y apeló entonces a la prueba del fuego, de manera que los dos volúmenes fueron puestos sobre una hoguera y el del rito gótico

quedó incólume, mientras el del galo-romano saltaba a un lado. Pero, a pesar de estos dos veredictos, prevaleció la moda francesa y los rituales antagónicos recibieron en un principio permiso para seguir usándose al mismo tiempo, hasta que Roma, por medio de sobornos y de fuerza, consiguió eliminar a su rival; de aquí el proverbio, *Donde quieren Reyes ahí van leyes*, o el nuestro, «el poder hace la justicia». La misa gregoriana se cantó en Toledo por primera vez el 5 de octubre del año 1086, y de esta forma se introdujo la pequeña cuña en España y salió triunfante el deseo favorito de Gregorio VII y del apasionado Hildebrando; de esta manera, el ritual *romano*, redactado en una lengua que la gente no entendía, se consolidó en España, excluyendo al mozárabe, y la centralización vaticana acabó con la independencia religiosa nacional. *Ximénez* hizo imprimir el ritual original en Alcalá de Henares en 1500 y, como la edición se hizo muy rara, fue reeditado por Lorenzana en 1770 en *Puebla de los Ángeles*, Méjico, y de nuevo por el mismo en Roma, en
1785-1804.
Para los detalles consúltense sus prefacios y a Ortiz, capítulo 41, «*La vida de Ximénez*», por Eugenio Robles, cuarto, Toledo, 1604, y la «*Historia de la Reforma en España*», por
M'Crie.
Las paredes de esta capilla fueron pintadas al fresco por Juan de Borgoña en 1514 y representan la campaña de Orán que fue planeada, sufragada y dirigida por *Ximénez* en persona; de aquí el dicho: «*Pluma, Púrpura y Espada, sólo en Cisneros se halla*». El día en que fue conquistada Orán, el 18 de mayo de 1508, el sol se detuvo en su carrera y, de esta forma, todo el sistema de las esferas celestes quedó desorganizado, a fin de que pudiera prolongarse un feroz saqueo bajo los ojos del cardenal, que bendecía a los soldados mientras se empapaban en sangre y lujuria. Estos milagros solares, sin embargo, fueron siempre muy corrientes en España y en África; de la misma manera, antes de la expedición de Escipión a África, relucieron dos soles en el cielo, pero el historiador (Tito Livio, XXIX) atribuye esta creencia a la superstición, porque los hombres eran entonces «proni et nuncianda et credenda prodigia».

Visítese a continuación la *Sala Capitular de Invierno*, cuya

antesala es muy mora. El portal cuadrado fue realizado por Bernardino Bonifacio y la entrada por Antonio Gutiérrez, en 1540, sobre diseños de Antonio Rodríguez; el soberbio techo de *artesonado* fue pintado por Francisco Lara. Obsérvense sobre todo las intrincadas tallas en los armarios roperos más antiguos, que es obra de Gregorio Pardo, discípulo de Berruguete, a quien se atribuyen erróneamente, hechas por encargo del arzobispo Silíceo. Al entrar en la sala conviene examinar bien las partes de arriba y abajo, es decir, el pavimento y el magnífico techo. Las paredes están decoradas con una serie de pinturas, ejecutadas, en 1511, para el cardenal *Ximénez*, por Juan de Borgoña, que, por su estilo, se asemejan mucho a Pietro Perugino. Las mejores son la Natividad de la Virgen, su encuentro con Santa Isabel en un paisaje rocoso, el don de la *Casulla* y una bonita «Sagrada Familia» cerca del trono. Sobre los asientos cuelgan retratos de los Primados, que, a partir de *Ximénez*, son auténticos; los anteriores son buenos y verdaderos hombres de inteligencia dominadora, pero la Iglesia fue degenerando al mismo ritmo que el país y su arte y la transición de lo sublime a lo ridículo se remata en el babuino atontado del *Infante* Luis, que es la personificación de la imbecilidad mitrada.

Visitemos ahora la parte de la catedral que contiene las pinturas, reliquias, etc., que se conservan en la *Sacristía, Sagrario, Ochavo* y otros salones hechos en 1616 para el cardenal Rojas por Juan Bautista Monegro y otros y terminados por el arzobispo Moscoso en 1652-58.

La familia Rojas está enterrada en la *Capilla de Santa Marina*. El techo del *Salón de la Sacristía* está pintado por Luca Giordano con el milagro consabido de la *Casulla*: obsérvese el autorretrato del artista, cerca de la ventana, a la izquierda del altar. Entre los mejores cuadros hay un Martirio de Santa Leocadia de estilo veneciano, obra de Orrente, con una buena figura en negro cerca de una columna; *El Calvario*, o sea Cristo con la cruz a cuestas, pintado por *El Greco*, algo suelto; también de este pintor hay una Natividad y una Adoración. Pregúntese en particular por un pequeño *San Francisco*, que es una imagen tallada, de cosa de dos pies y medio de altura, obra de Alonso Cano, verdadera obra maestra de cadavérico sentimiento extático. En el *Vestuario* hay

otros cuadros y, entre ellos, un Julio II digno de Vandyke; una Natividad y una Circuncisión, de Basano; un esbozo, pintado por Rubens, de San Jorge y la Sagrada Familia, y un enterramiento de Cristo, de Bellino. El *Ochavo* es un octógono, terminado en 1630 por un hijo de *El Greco*, con preciosísimos mármoles y una cúpula pintada. Éste es el *Donarium* o cámara del tesoro de la Virgen (compárese con Apuleyo, «*Metamorfosis*», IX, 183); aquí se guardan sus magníficos vestidos y las más eficaces reliquias. La plata de iglesia fue en otros tiempos mina en Perú. Los principales objetos fueron llevados a Cádiz cuando la invasión, de la misma manera que los toledanos, once siglos antes, enviaron a Asturias sus penates y sus propiedades, que de esta manera escaparon al despojador infiel. Los franceses, a pesar de todo, hicieron buena cosecha, porque se llevaron alrededor de 23 quintales de plata de esta catedral, no dejando en ella ni siquiera suficiente para la celebración de las ceremonias de la religión que ellos mismos también profesaban. El admirador de la plata antigua debe preguntar dónde están las urnas de plata dorada hechas para los cuerpos de San Eugenio y Santa Leocadia por encargo de Felipe II por Francisco Merino,
1566-87;
hay también una estatua de San Fernando de plata, una custodia gótica, obra maestra de *Henrique de Arphe*; la cruz misma del cardenal Mendoza, que fue izada en 1492 sobre la Alhambra conquistada; las espadas de Alonso VI, el conquistador de Toledo (estas dos últimas son ciertamente reliquias históricas); un *Inciensario* (exactamente lo mismo que el antiguo θυμιαματεριον, Thuribulum), hecho en forma de nave (*navis*, nave en inglés, *nief*); un *Relicario* gótico en forma de espira, que se abre como un *épergne* y contiene algunas reliquias bien conservadas; un vaso de iglesia precioso, engastado, como la antigua crysendela, en piedras preciosas antiguas, etc., y también, entre estos objetos, un tema priápico, pero Millin había creído ver una *Ciboire*, o sea, el receptáculo de la *hostia*, o sea Cristo presente local y físicamente, en el que se habían engastado medallones fálicos. Conviene preguntar también por las figuras de plata alegóricas de las cuatro partes del globo. El sabelotodo, que nunca falta en estos sitios, sin

embargo, se encargará de indicar los principales objetos de las preciosas reliquias y la curiosa platería que aún se encuentra allí y que se exhiben en una especie de mezcla de museo anatómico y aparador. Toledo, en la época gótica, era tan famoso por sus orífices que los ornamentos de la mezquita de La Meca se hicieron aquí; era una ciudad de reliquias (véase Oviedo) y todavía posee, además de la leche de la Virgen y espinas de la corona del Señor, muestras de casi todas las cosas y personas que se mencionan en los Testamentos Antiguo y Nuevo: un inventario exacto y completo lo da Ortiz, un capítulo que, dentro de mil años, seguirá siendo interesante como curiosa reliquia de las edades oscuras.

Pero la Virgen es aquí la reina y «Gran Diana»; su imagen, tallada en madera negra, a la que se aplica el texto del *Cantar de los Cantares*, «nigra sum sed formosa» está sentada en un grupo bajo un dosel de plata dorada, sostenido por columnitas; su corona, digna de la emperatriz de los cielos y la tierra, es una masa de gemas, con una notable paloma de esmeraldas y perlas que cuelga bajo una cruz de diamantes; su guardarropa, que se conserva en una *Sacristía* más pequeña, rivaliza con los de Montserrat, Zaragoza y Guadalupe. En días importantes sale vestida de brocado y cubierta de oro, perlas y bárbara magnificencia, para cuya mejor exhibición la falda se ensancha en la base formando un triángulo con la punta de la corona; sus anillos, collares y dijes son incontables. Triste, ciertamente, sería el lamento de la bienaventurada Virgen María, cuyo dulce encanto era precisamente su modesta sencillez, si pudiera bajar sólo una vez aquí, visitar esta catedral y ver toda esta pompa mundana de ornato y vanidad femeninas.

A continuación visítense los elegantes claustros góticos, que, llenos de luz del sol y de flores, fueron edificados por el arzobispo Tenorio en 1389, sobre el lugar en que antes estaba el mercado de los judíos, cuyo olor ofendía a la nariz del primado y cuya cercanía ensombrecía sus píos sentimientos. Como no querían vender el solar, instigó él a la muchedumbre con sus sermones a que incendiasen las casas de los infieles y luego hizo levantar este bello cercado sobre sus cimientos. Mandó pintar las paredes al fresco, al estilo de Giotto, con temas que describe Ortiz, el cual detalla sobre todo los grupos de herejes que están siendo quemados, sin duda los mismos comerciantes judíos cuyas tercas almas fueron entonces

condenadas a las mismas llamas que consumieron sus domicilios terrenos. Estas extraordinarias y casi únicas muestras del arte del siglo XIV fueron borradas todas en 1775 por el bárbaro capítulo, que encargó a los flojos Bayeu y Maella cubrir de pinturas la superficie con sus naderías académicas y llenas de lugares comunes, cuyos tonos modernos y ásperos desentonan del sobrio entorno gótico. Estas malas pinturas representan los milagros y leyendas de *San Eugenio, Santa Leocadia* y otros *Divi et Divae* locales. Enfrente de aquélla en la que Felipe II traslada el cuerpo de Eugenio hay una interesante inscripción gótica encajada en la pared, que se descubrió en 1581 al excavar los cimientos de *San Juan de la Penitencia*, y esta temprana muestra de mariolatría española dice así: «In nomine Dni consecrata est, Ecclesia Scte Marie, in catolico die primo idus Aprilis, anno feliciter primo regni Dni nostri gloriosissimi Fl. Recaredi Regis Era 625», o sea el año 587. Dejando esto, pasemos a ver el bello portal plateresco *del Niño perdido, que fue levantado* en 1565 por Toribio Rodríguez. Este pequeño Cupido de la mitología toledana ha sido tema de muchas plumas y muchos pinceles; consúltense, por tanto, las «*Historias*», aprobadas por la Iglesia, de Rodrigo de Yepes, cuarto, Madrid, 1583; de Juan Marieta, octavo, Madrid, 1604; de Sebastián de Hieve, y también de Pisa. El clero toledano, con objeto de enfurecer al populacho fanático, solía acusar a los judíos *ricos* de crucificar a un muchacho cristiano en su Pascua y de poner su corazón luego en una *hostia* a manera de encantamiento contra la *Santa* Inquisición; de esta manera, en 1490, hicieron creer que un muchacho de Guardia, *El Niño de Guardia*, llamado Juan *Passamonte* había sido secuestrado y asesinado; de aquí que Cervantes, con una secreta y despectiva sonrisa, diera el nombre de *Passamonte* a su truquista favorito. Estas acusaciones son una vieja historia oriental, porque no otra cosa eran los sacrificios a Moloch, o el muchacho Simón, del Concilio de Trento en 1472. Una de las calumnias más tempranas de los judíos contra los cristianos era precisamente que solían matar a un niño pagano a fin de mojar en su sangre el pan de su sacramento, y aún hoy en día, en oriente, siempre que los píos musulmanes quieren saquear a un judío rico inventan este asesinato de niños; de tal manera, en justa retribución, los hijos de los antes

perseguidos judíos se vengan con las mismas acusaciones de los descendientes de los acusadores de sus antepasados. Y como la *herejía* es cuestión de opinión y resulta demasiado sutil para el populacho, los delitos sociales, que son cosa que la muchedumbre es capaz de comprender, son más apropiados para inflamar sus pasiones; ésta es la razón de que se hayan inventado tan terribles crímenes, como también supersticiones, que son creíbles a causa de sus ritos secretos y Pascuas a puerta cerrada, por eso de que «omne ignotum pro nefando est», y el misterio parece implicar una atroz culpabilidad. El asesinato de niños es una de las acusaciones más antiguas, por ser la que más éxito tiene, ya que levanta a las madres contra los culpables, convirtiéndolo al sexo débil, que domina al hombre, en furias.

En la esquina de los claustros hay una gran pintura de la Virgen y San Blas, con el *Injante* Don Fernando armado, ejecutada en 1584 por Luis de Velasco, de quien es también la encarnación de nuestro Salvador, sobre la puerta. Obsérvense las bellas tumbas del prelado Arias y del fundador, Tenorio, muerto en 1399; esta última obra es de Fernán González. La parte superior de los claustros fue terminada por *Ximénez*. Una puerta al este conduce a la *Sala Capitular de Verano*, en la que hay tres excelentes cuadros, llamados *La Espada, El Pájaro* y *El Pez*, que fueron pintados en 1584 por Velasco, aunque durante mucho tiempo fueron erróneamente atribuidos a Blas del Pardo.

A continuación visítese la biblioteca del capítulo, un tesoro que, como en algunas catedrales protestantes, está envuelto como en una servilleta, ya que no se abre al público, quedando para banquete de polillas, *arcedianos* y gusanos. En la antesala hay seis buenos cuadros, los mejores de los cuales son Judit y Goliat. La biblioteca, un noble salón, es fresca y está limpia y libre de polvo. Apenas otra cosa entra aquí, ciertamente, que la luz y el aire de los cielos. Contiene una buena colección de manuscritos griegos, latinos y árabes, una Biblia de San Isidoro, las obras de San Gregorio, en siete volúmenes, del siglo XIII; un buen Talmud y un Corán, una Biblia griega del siglo X, una Esther en hebreo, algunos manuscritos del tiempo de Dante, una Biblia iluminada, donada por San Luis, y muchos misales de la época de León X. Los libros impresos, según se dice, pasan de 7000 y fueron donados por Lorenzana, pero nada

resulta menos satisfactorio que una ojeada *apresurada* a libros que han sido hechos para ser leídos con tranquilidad y sobre todo con un canónigo hambriento o adormilado bostezando junto a uno y arrepintiéndose de habernos abierto la puerta de la cárcel.

En la *plaza* occidental de la catedral está el palacio arzobispal, cuya portada fue hecha por Tavera para su *Hospital de Afuera*, pero se apropió de él su sucesor, cuya caridad empezaba en su propia casa. Conviene preguntar por el gran cuadro de El Conde de Orgaz, pintado por El Greco. La contigua *Casa del Ayuntamiento* fue construida por Domenico Greco. Sobre la bella escalinata hay unos versos dirigidos al municipio, tan perfectos en blanco y negro y en teoría que constituyen una sátira de la actitud de cualquier junta: *desechad las aficiones, codicias, amor y miedo*, advertencia útil, pero de la que se hace muy poco caso. El arquitecto encontrará mucho que observar en Toledo; un detalle curioso es la disposición de los portales de las casas, los paflones, jambas de las puertas que sobresalen, dinteles y ornamentos en forma de bala de cañón. Visítese *La Casa de Vargas*, que domina la *Vega* y fue construida para el secretario de Felipe II por Vergara, tan ricamente como una muestra de la platería de Cellini. Obsérvense la fachada deteriorada, el *patio* y la escalinata. Lleva largo tiempo abandonada por su indigno dueño, el conde de Mora, un verdadero μωρος, aunque descienda del historiador de Toledo, pero, a pesar de todo, el tiempo fue considerado con ella hasta la llegada del invasor, el cual, después de saquear el interior, incendió y destruyó el resto: «le temps, qui détruit tout, a été moins cruel que vous».

Cerca del *Zocodover* está el *Hospital de la Cruz*, fundado por el gran Mendoza, cardenal de Santa Croce. Su situación sobre el Tajo es magnífica y el edificio *fue* una de las joyas del mundo, y no hay engarce de Cellini que supere a la elegante portada, sobre la cual se encuentra la Invención de la Cruz. El estilo general del edificio es de transición del gótico florido al clásico y renacimiento. Fue terminado en 1514 por *Henrique* de Egas, para cuyas exquisitas cinceladuras parece haber sido creada la piedra color crema, *La Piedra Blanca*. Un soberbio *Patio* está enriquecido con las armas del orgulloso Mendoza y su lema de «*Ave María grafía plena*». Obsérvese sobre todo la escalinata, que, con sus techos, balaústres,

etc., supera toda descripción. La capilla, que es una bella y larga nave, está sin terminar, ni tampoco está el altar situado donde se había pensado ponerlo en un principio. Hay algunos cuadros malos de L. Giordano y un retrato del fundador. Este deteriorado edificio se usa ahora para *Casa de Expósitos*, tema sobre el que ya hemos mareado a nuestros lectores, «ex uno disce omnes».

En la contigua *El Carmen* se encuentran las nobles tumbas de Pedro López de Ayala, muerto en 1444, y otro don Pedro, muerto en 1599. Son al estilo de Berruguete. En la *calle de las Tornarias* hay una casa mora, bella, pero echada a perder, llamada *El Taller*. Obsérvense el trabajo de *artesonado* en madera, el *Lienzo* y las inscripciones del *Colegio de Santa Catalina*. Visítese la prohibida y fabulosa cueva de Hércules, hecha ahora realidad por Scott y Southey (véase su Roderick), la misma en que don Rodrigo descendió y tuvo una visión del invasor. La entrada está cerca de San Ginés y fue abierta en 1546 por el arzobispo Silíceo, pero todavía no ha sido debidamente estudiada.

En la *calle del Cristo de la Luz* hay una mezquita mora muy curiosa, que fue ulteriormente entregada a los Templarios: el tejado está sostenido por cuatro columnas bajas y cuadradas, cada una de las cuales tiene un capitel distinto, como las de Córdoba. El techo está dividido en nueve secciones, con cúpulas o *medias naranjas*; el escudo suspendido, «gules una cruz oro», fue dejado aquí, *se dice*, por Alonso VI, que se detuvo para una misa cuando entró en Toledo como conquistador de la ciudad. En la misma calle hay una sombría mole con rejas, que fue cárcel de los penitentes de la Inquisición, y la casa de la esquina fue el «Refugium Parturentium», o asilo para dar a luz las madres solteras, institución en otros tiempos muy necesaria en esta ciudad de ricos célibes levíticos. *Navagiero* describe de esta manera la vida clerical de Toledo en los tiempos de Carlos V: «I Padroni di Toledo e delle donne prepicue sono i preti, li quale hanno bonissime case e triunfano dandose la miglior vida del mondo, senza che alcuno li reprende». No es de extrañar que Cortés aconsejara a Carlos V *no* enviar tales prelados y dignatarios al Nuevo Mundo, temiendo que su *ejemplo* sirviera para desacreditar al cristianismo incluso entre los ignorantes salvajes. La clase hidalga *Bisoña*, prosigue Navagiero, no tenía «ducados», «ma in loco quella

suppliscono con superbia o come dicono loro con fantasía, della qual sono si *ricchi* che si fussero equali le faculta no bastaría il mundo contra loro»; ni tampoco puede decirse que este sitio haya cambiado mucho por lo que se refiere a las pretensiones y la pobreza.

El eclesiólogo debiera preguntar por la bella capilla jónica del convento bernardino de *Los Silos* y por la bella Asunción de la Virgen de El Greco. En *San Román* hay mucha obra mora, con curiosos arcos y antiguas columnas, y cerca de allí, en *San Clemente*, hay un bello portal del cinquecento. En San Pedro Mártir hay ciertas buenas estatuas de la fe y la caridad, y una en mármol blanco y negro del dominicano Mártir. Y que nadie deje de visitar *San Juan de la Penitencia*, fundado por *Ximénez* en 1511, porque la capilla es del más rico gótico florido, con un atisbo del estilo moro: obsérvense el tejado que sobresale a la entrada, los *Azulejos*, los *Lienzos* y las contraventanas, el altar mayor y la soberbia *Reja*. Aquí está también la bella tumba de Francisco Ruiz, obispo de Ávila, amigo de *Ximénez* y por quien fue terminado el edificio. Quizás el cabello de las mujeres sentadas sea defectuoso, pero la cortina levantada por los ángeles arroja una bella sombra sepulcral sobre la efigie del prelado. El *Retablo* columnado está lleno de pinturas tudescas. El techo de *artesonado*, con esquinas descendentes en forma de panal e intrincada obra romboide es digno de la Alhambra. En *La Concepción* hay algo de obra mora, pero no es fácil verla, ya que el convento es *de clausura*. El convento de *Santiago*, que domina una magnífica vista del Tajo, tiene dos bonitos patios, enriquecidos con columnas y azulejos; la capilla está muy complejamente decorada, pero, como de costumbre, el interior sólo puede verse de manera muy imperfecta a través de la reja. En la *Sala Capitular* hay algunos cuadros y un Cristo muerto atribuido a Alonso Cano.

El *Hospital de los Locos*, o sea un asilo de lunáticos (*Locoa*, en árabe, loco), como el *Morostan* de El Cairo (μωρος), y como la mayor parte de otros establecimientos de este tipo en España y en Oriente sirve sólo para desacreditar tanto a la ciencia como a la humanidad. La locura parece deformar la inteligencia de los pacientes tanto como endurece las entrañas de los encargados de

cuidar de ellos, al tiempo que la costumbre de apropiarse los escasos fondos ha dado resultados verdaderamente lamentables, improvisados y peligrosos. No se ve el menor intento de *classification*, lo cual, por otra parte, no es cosa muy de España. Los allí encerrados están apretujados como si fueran todos iguales —los monomaniacos, los dementes, los locos de atar— en una confusión de suciedad y miseria, en la que todos se gritan unos a otros, encadenados como bestias y tratados peor incluso que si fueran delincuentes, porque las pasiones de los más furiosos son excitadas más aún por el salvaje látigo. No hay siquiera una cortina que esconda las tristes necesidades de estos seres humanos, reducidos ahora a la categoría de animales: todo aquí es público, incluso la muerte, cuyo último gemido se mezcla con las risas frenéticas de los espectadores supervivientes. En algunos raros casos, los cuerpos de aquéllos cuyas mentes son un vacío están recluidos en celdas solitarias, sin otra compañía que la propia aflicción. Muchos de éstos, al llegar aquí por primera vez, enviados por amigos y parientes *sin* estar locos, no tardaron en enloquecer, ciertamente, a medida que la soledad, la tristeza y el hierro les entraban en el cerebro. Este establecimiento, que los toledanos realmente debieran ocultar como una vergüenza, suele ser, por el contrario, una de las primeras cosas que llevan a ver al forastero, y sobre todo si es inglés, ya que, considerando que todos nuestros dignos compatriotas están *Locos*, el toledano se imagina que se encontrarán aquí como en su casa, pero el espectáculo es triste y tan vergonzoso para el cuerdo como para el indígena demente. Los dementes furiosos imploran un «préstamo» al extranjero, ya que de sus propios compatriotas han recibido una piedra. Una especie de locura se manifiesta, ciertamente, con frecuencia en la frenética energía e intensa ansiedad de los mendigos españoles, y aquí, aunque las facultades de razonamiento ya no rijan, la propensidad nacional a mendigar y pedir prestado sobrevive al naufragio del intelecto y, de hecho, es el «sentido común» indestructible del país. Los más adecuados para ser encerrados aquí serían sin duda los que han adelantado dinero sobre valores españoles, sean lo que fueren en todo lo demás.

Suele haber siempre algún paciente en particular cuyo lamentable estado, agravado, le convierte en objeto especial de

cruel curiosidad. Así vemos que, en 1843, los *guardas* (buena palabra, propia de bestias salvajes) llevaban siempre a los forasteros a la jaula o guarida de la esposa de un famoso capitán general de Cataluña, funcionario con mayores poderes que nuestro Lord Teniente de Irlanda. Allí se la permitía vivir desnuda entre abyecta basura y servir de espectáculo público. Los moros, por lo menos, no recluyen a sus mujeres dementes inofensivas, dejándolas vagar desnudas por las calles, mientras los hombres son respetados como santos, cuyas mentes, se supone, están deambulando por el cielo. Los antiguos iberos (niños de pecho en cuestiones de medicina) creían por lo menos curar la locura con la hierba *vettonica*, y la hidrofobia, con una cocción de *cynorhodon* o *agua* de rosa *canina* o zarzaperruna, por ser doblemente desagradable para la especie canina rabiosa (véase Plinio, «*Historia Natural*»).

La famosa *Fábrica de armas* o manufactura de espadas toledanas está situada a la orilla del Tajo, a unas dos millas al sudoeste de la ciudad. El enorme edificio fue erigido para Carlos III por Sabatini y está bien provisto de fraguas, etc., pero ahora le falta vida, «friget non fervet opus», y la espada de la misma España, ¡ay!, está mellada. Las pocas hojas que todavía se hacen aquí son de fino temple y acabado y tan elásticas que a veces se venden en cajas, enrolladas como el muelle de un reloj, o sea «en círculo», como dice Falstaff, «como una buena hoja de Bilbao, en la circunferencia de un celemín, de la empuñadura a la punta, del talón a la cabeza». Las armas eran la alegría y la vida de los aborígenes españoles, más necesarias que la vida misma, porque cuando se les desarmaba se suicidaban. Entonces, como ahora, siempre iban armados, y esto de estar provistos de medios de defensa y agresión fomentaba en ellos esa confianza en sí mismos, en las hazañas y la independencia personales, que ha sido característica suya en todos los períodos de su historia. De aquí también, como tenían el arma siempre a mano, su tendencia a las *guerrillas* y al asesinato. Esta costumbre de llevar siempre encima el frío acero, το σιδηροΦορεισθαι, insólita entre los civilizados griegos y romanos, fue calificada por Tucídides de prueba de barbarismo y de inseguridad en la persona y en la propiedad. Los antiguos germanos iban siempre armados, y es evidente que los godos trajeron esta costumbre a terreno abonado. Entre los hispano-godos, la mano era siempre para la espada y el

talón para la espuela.

Las espadas de España eran de tal excelencia que fueron adoptadas por los belicosos romanos, conservando para ellas el *adjetivo de españolas*. Polibio distingue entre éstas y las de Galia, mientras Diodoro Síkulo se extiende sobre sus méritos y método de fabricación. No es de extrañar que Aníbal, que era un verdadero soldado, se diera cuenta de su eficacia y armara con ellas a sus soldados. Silio Itálico describe la espléndida armadura hecha en Galicia a modo de regalo a este gran capitán. Los romanos, que luchaban contra él con sus propias armas, dieron a sus *velites*, o tropas ligeras, la espada española, que les servía para la lucha y también como arma arrojadiza. Su doble filo no era menos mortal que la auténtica daga ibérica, prototipo del moderno *cuchillo* al que Cicerón llama *pugiunculus Hispaniensis*, pero su nombre vernáculo era *daga*, lo que nosotros llamamos «dagger» y que los griegos traducían por βραχυ, ξιΦισβραχυτερη, debido a lo corta que era. De esta manera, nuestro «gran Ben Jonson» llama al espadón moderno «la espada *larga*, el padre de las espadas», idea que fue seguida por Hudibras:

> *«Esta espada tenía una daga, su paje,*
> *que era pequeño para su edad».*

Y por servir así de complemento a la espada larga recibió también el nombre de παραξιΦις y εγχειριδιον, o sea una cosa pequeña y fácil de manejar. La palabra española *broquel* se deriva de βαχυ, y a su ayudante nunca se le permitió separarse de su señor feudal. De esta manera vemos que el *hidalgo* recibió de Felipe II en 1564 la orden de no aparecer más que con su *espada* (spatha) y su *broquel*; el uso de este último era cortar carne y despachar al enemigo caído, y los iberos lo llevaban en el cinturón de la misma manera que ahora se lleva el *cuchillo* en la faja. De la misma manera que la bayoneta es *el* arma inglesa, la que decide sus *grandes* victorias, así la daga y el cuchillo son los instrumentos mortíferos de la *guerrilla* y deciden la pequeña guerra. Con estas armas los iberos acabaron con sus enemigos en Canas, ni más ni

menos que los españoles de nuestros tiempos con miles de rezagados y heridos franceses. Es la misma arma que la *sica*, el arma de los *Sicarii* o degolladores de la antigüedad, como también la de los *Miquelites* de César Borgia y, aun hoy en día, la formidable arma de los salvajes moros bereberes de las montañas del Rif y del español, desde el Bidasoa hasta el estrecho de Gibraltar. Sobre el Pugio ibero, véase Marcial, XIV, 33; Estrabón, III, 231, y Diodoro Sículo, V, 356.

Las mismas minas que fueron explotadas por los antiguos producen todavía el mejor mineral, porque el suelo de España está lleno de hierro. Las que están situadas cerca de Calatayud, junto al Jalón, el «templador de acero» Bílbilis, rivalizan con los metales de las provincias vascas y de las montañas de hierro de *Somorrostro* y *Mondragón*; y los españoles, poco dados a la mecánica, siguen explotando sus minas exactamente igual que los toscos iberos, porque sus *ferrarías* siguen siendo exactamente iguales a la *ferraría* que tanto dinero contante le dio a Catón. Los antiguos españoles enterraban el acero con el fin de que sus ingredientes más bajos se deshicieran al enroñecerse. Los mejores son los de *Mondragón*, que se encuentran entre una arcilla roja y reciben el nombre de *hierro helado*, o sea, justo el efecto que produce en él el Jalón, «qui ferrum gelat», al que alude Marcial. En consecuencia, el acero se templaba en invierno y la hoja, cuando estaba al rojo vivo, era hecha girar al aire frío, y al reducirse el calor a un *cerezado*, como se dice ahora, se sumergía en aceite o grasa y a continuación en agua hirviente (véase Mondragón, ruta CXVIII).

Los belicosos romanos imitaron los procedimientos y manufacturas de los iberos y, luego, los godos hicieron lo mismo, ya que San Isidoro elogia en particular el acero del Bílbilis y Tarazona. Los moros introdujeron su sistema de damasquinado o adorno y temple adicionales, y ya en el año 852 esta misma *fábrica* funcionaba en Toledo en tiempos de Abd-r-rahman Ben Alhakem. Los moros introdujeron aquí una espada grande de doble empuñadura y doble filo, que se convirtió en el modelo del *montante* medieval. Las mejores marcas son las de *El Morillo, El Moro de Zaragoza* (sobre estas marcas véase la Carta 13 de los «*Viajes por España* de Dillon»). Las mejores, después de éstas, eran

las hechas por italianos, por *Andre Ferrara*, que se afincó en Zaragoza y que hizo aquellas espléndidas hojas que Fernando el Católico envió a Enrique VIII con motivo de su matrimonio con su hija Catalina de Aragón. Esas «cortantes espadas eran las más fieles y de confianza de Toledo», dice Mercutio, «el sueño de todo soldado». Éstas eran las armas que Otelo, el Moro de Venecia, «guardaba en su alcoba» como un tesoro, «la espada de España, *el temple de arroyo helado*, mejor hoja nunca se apoyó en el muslo de un soldado». Otras buenas marcas son *La Loba* y *El Perrillo*; de esta manera, Don Quijote, en su aventura del león, observa que su «hoja no es un *perrillo*».

La mejor colección de espadas históricas que hay en el mundo está en Madrid. La espada, el tipo y el arma de la caballerosidad, fue siempre honrada en España. Los moros la mimaban y le daban siempre nombre de niño; Mahoma llamaba a la suya la «espada de Dios», Kaled ben Walid; la *Tizona*, o sea, «la reluciente o chispeante», y la *Colada*, ambas del Cid, fueron su «spolia opima», tomadas a reyes moros. Éstas eran las *queridas prendas, caras prendas*, a las que amaba más que a su esposa e hijas y que con tanta frecuencia aparecen en su *Romancero*. Así vemos que Carlomagno tenía su *Gaudicoso*, Roland su *Durandal*, el rey Arturo su *Excalibur*, que Ricardo Corazón de León cambió en Sicilia a Tancredo por una armada entera. Muchas de las espadas de la España medieval llevan lemas que indican el bueno y viejo espíritu castellano, como, por ejemplo, *no me saques sin razón, no me envaines sin honor*. La introducción de las armas de fuego asestó un rudo golpe a las espadas de Toledo, que pasaron entonces a ser arma de caballería, en la que los españoles no sobresalen. El último golpe fue la moda del espadín francés, que, siendo menor, echó a un lado la espada española; pero, incluso bajo los godos, encontramos que las armas de los belicosos franceses eran populares en España: se llamaban *Franciscas*. El estudioso puede consultar, por lo que se refiere a armas españolas antiguas, el Lancea, Gaesum, Olosideron, etc. («*Historia Literaria*», Mohedano, III, 336).

Esta transición de viejas espadas a viejos castillos es fácil, ya que cerca de Toledo abundan éstos, sobre todo en *Orgaz, Montalbán, Escalonilla* y *Torrijos*, en el camino que conduce a Maqueda.

Ruta CII. De Toledo a Aranjuez

Localidad	Leguas	Total
Villamejor	3	
Aranjuez	3	6

Esta carretera, apta para vehículos, tendida por el cardenal Lorenzana, puede recorrerse en diligencia. Sube por la cuenca del Tajo, que corre a la izquierda, a veces cerca, a veces a cierta distancia, a través del valle de *La Sagra*. Sus verdes orillas marcan su curso, retorciéndose como una serpiente en el desierto. Los aldeanos que se ven entre el río y Madrid son auténticos castellanos viejos rancios y han sido descritos de primera mano por Borrow. Aquí existe el amor árabe a la tribu y el odio al vecino, porque *Vargas* y *Villaseca* no se pueden ver entre sí. Los campesinos son simplemente cultivadores de la tierra y criadores de burros.

Villa *mejor* fue muy *empeorada* por los invasores, que la saquearon y devastaron sus bellos edificios, erigidos aquí por Carlos III. A *Aranjuez* se llega por el *Campo Flamenco*, porque aquí todo es extranjero. Este oasis muestra lo que podría hacerse en otros lugares a base de sentido común y agua. Las posadas de la diligencia son las mejores: la *de las cuatro naciones* la lleva un inglés y no se distingue ni por la cortesía con que se trata al viajero ni por lo moderado de sus precios.

ARANJUEZ —*ara jovis*— fue, originariamente, residencia veraniega de Lorenzo Suárez de *Figuerra, Maestre de Santiago*, y se convirtió en propiedad real cuando ese maestrazgo revirtió a la corona en tiempos de los Fernando e Isabel. Carlos V, en 1536, la convirtió en pabellón de caza, y Felipe II encargó a Herrera la construcción de edificios adicionales, todo lo cual fue echado abajo por el Borbón Felipe V, que levantó en su lugar un *château* francés. Allí solía residir la corte todas las primaveras hasta junio, cuando el lugar deja de ser agradable o sano, ya que los calores corrompen las aguas y llenan el aire de fiebres y calenturas; entonces la realeza lo

abandonaba, dejando los pueblos en manos de la monotonía y la pestilencia. Durante los recientes sucesos, que trajeron consigo la ausencia de la corte, único medio de prosperidad que tenía este lugar ficticio, la ruina y la mala hierba amenazaron los palacios, los jardines y las quintas. Y entonces, ciertamente, Aranjuez inspiraba pena más bien que admiración, porque la soledad y la pobreza son precisamente lo que no debiera existir en las residencias de los monarcas. Algo hizo Argüelles en 1843 por frenar el deterioro y, sin duda, si el lugar se conserva, la corte volverá a sus costumbres antiguas en beneficio, por lo menos, de este lugar.

Entre tanto, según el pueblo de Madrid, el valle de Aranjuez es un Tempe y, mientras El Escorial es el triunfo del arte, este valle lo es de la naturaleza; y, ciertamente, para los que han nacido en las Castillas silenciosas, sin árboles y áridas, este lugar de arroyos, jardines, pájaros canoros y verdor, es un afortunado cambio, donde el contraste acentúa el goce del *verdadero* campo, del que, aparte de este lugar, sólo tienen una idea abstracta; pero todo es relativo y, en Inglaterra, Aranjuez no impresionaría mucho. Su encanto consiste en lo que ha hecho la naturaleza más bien que en la obra del hombre, porque aquí la frescura pone fin a la irritación producida por el desierto y suaviza el desagrado de las Castillas. Ahora bien, como por espíritu de contradicción, mientras que en Madrid hay un bello palacio sin jardín, aquí tenemos un jardín sin palacio, porque el edificio es despreciable y con pocas pretensiones de magnificencia real o de mera comodidad. Los jardines fueron tendidos por Felipe II y están tal como Velázquez los pintó (véase Museo, Nos., 145, 150), pero el *château* fue completado por Carlos IV, el más ñoño y chocho de todos los Borbones españoles: fue frecuentemente saqueado por Soult, Víctor y otros, y, para detalles de sus «vandálicas destrucciones», véase Miñano. Convirtieron los jardines en un desierto y el palacio en una morada de lechuzas y, sin embargo, nuestro duque, incluso estando lejos, en Villatoro, escribió inmediatamente a Hill, que estaba a punto de ocupar Aranjuez: «*Tenga cuidado* de que nuestros oficiales y soldados *respeten* las casas y los jardines del rey» (parte de guerra del 20 de septiembre de 1812). De la misma manera, Marlborough, avanzando y victorioso en Francia después de Malplaquet, «ordenó que se respetase la casa de Fenelon».

Aranjuez, durante la *Jornada* o temporada real, solía contener hasta
20 000
personas en apretujada y cara incomodidad, pero cuando la corte estaba ausente su población bajaba a 4000 almas y era un lugar tan aburrido como un teatro una vez terminada la comedia, cuando actores y espectadores se han ido. Entonces se parecía a San Souci, Versalles y otros desiertos caprichos de déspotas. En tiempos antiguos el hospedaje era aquí inicuo, porque incluso los diplomáticos deipnosofistas vivían en casas troglodíticas excavadas en las laderas de las colinas al estilo de los conejos que viven en esas miserables localidades. Sin embargo, en una ocasión de una cena subterránea dada por el *Nuncio*, un vehículo hundió con su peso el terreno que servía de techo y se presentó a modo de *entrée* cuando nadie lo esperaba, en vista de lo cual el italiano Grimaldi, ministro de Carlos III, que antes había estado en La Haya, pensó construir una especie de ciudad holandesa, con avenidas, y de esta forma transformó el pueblo, igual que su famoso tocayo el payaso habría hecho con una pantomima. Y de esta manera la diplomacia ha hecho otro favor a España, como en Segovia.

No hay mucho que ver o hacer en Aranjuez, ya que incluso las diversiones de la temporada eran aburridas sin ser decentes y la intriga, política y de otros tipos, era la ocupación obsesiva de todos, y sus ídolos Mammón y Venus. Aquí el Maligno encontró siempre algo que hacer para los cortesanos más desocupados, ignorantes y licenciosos de Europa. Aquí, como dijo la dama francesa de Versalles: «Outre la passion, je
n'ai
jamais vu de chose plus triste. Que ne puisse-je vous donner — escribía a Madame de Maintenon— une idée des grands!, de
l'ennui
qui les dévore, de la peine
qu'ils
ont a remplir leurs journées». Y si esto podía decirse de la brillante corte de Luis XIV, ¡cuánto más cierto tendrá que ser de la intratable corte española! Florecían en ella de vez en cuando los *Escotes* o meriendas campestres, en las que los grandes, montados como es natural en asnos, hacían *Borricadas* en los bosques, a veces

imitando a Don Quijote, porque cuando el *Madrileño* está decidido a divertirse y se ve rodeado de árboles de verdad, se vuelve más loco que un grillo: «dulce est desipere in *luco*». Aranjuez tiene una noble *plaza de Toros*, un teatro pasable y un telégrafo que fue instalado para divertir a Fernando VII, cuya pasión era enterarse siempre de algo nuevo. Se dice que el primer mensaje que envió al solemne Consejo de Castilla en Madrid fue «una monja ha dado a luz gemelos», y la respuesta inmediata fue «de haber sido monje habría sido noticia». En una colina situada a la izquierda, yendo a Ocaña, hay un estanque llamado aquí como de costumbre el *mar, El mar de Ontígola*, pero los gansos españoles son siempre cisnes gracias a sus espléndidos nombres erróneos. A pesar de todo, *no todos son ruiseñores*, como dice Calderón.

El bienamado Fernando no renunció en modo alguno a las tradicionales diversiones de sus reales antepasados, porque nunca dejaba de ir a la *Herradura*, a la que llevó a su delicada Cristina y sus damas de honor, de la misma manera que Felipe IV. Lo mejor de la *función* era ver una operación que se hacía con toros jóvenes a fin de adecuarlos al arado. La palabra *Herradura* se deriva de la costumbre de marcar al ganado con un hierro caliente, *Ferradura a ferro*, que es de origen oriental y fue introducida por los sarracenos en Francia, donde todavía se llama *La Ferrade* en Camargue, cerca de Arlés. También se introdujo en España entre los godos. Los centros reales de cría de ganado situados cerca de Aranjuez, como los que había cerca de Córdoba, fueron todos ellos destruidos por los invasores, pero restaurados por Fernando VII. Los *garañones*, o los asnos de Don Carlos, por su tamaño y capacidad, hicieron honor a su amo. Todo esto se vio turbado por los conflictos civiles y, a pesar de todo, en 1842, Argüelles restableció parcialmente las instalaciones, haciendo traer sementales de Inglaterra.

El palacio apenas merece una visita; está situado cerca del Tajo, en la parte del pueblo más cercana a Madrid, o, como dicen los campesinos, a la «metrópolis de Flora». Una desnuda *Plaza de San Antonio*, una especie de *Place du Carrousel* francesa, con un *corredor* y barandilla de hierro, deja espacio para el polvo y el resol. El interior del palacio tiene algunos malos cuadros y techos pintados al fresco por Conrado Bayeu y otros mejores. Hay algún

buen relieve de marquetería, y la vista de los jardines, con el *parterre*, la *isla* y la cascada, es encantadora. Aquí parecen haberse reunido todos los árboles de Castilla para salón de unas *Cortes* de todos los ruiseñores de España, y dulcísimo, después del árido e incanoro desierto, es el «ruido melodioso de los pájaros entre las ramas abiertas, y la grata caída del agua, que corre impetuosamente». Éstos ruiseñores cantan igual esté aquí la corte o no; a estos emplumados coristas de la naturaleza les tiene indiferentes que haya o no un auditorio humano, como le ocurre a su ama, que está ocupada con sus más grandes obras en las más profundas soledades, que es donde revela sus más grandes encantos. ¡Qué suaves y llenas eran las notas de la triste Filomela la última vez que nosotros paseamos por esos bosquecillos!, y, sin embargo, ¿por qué la tristeza?, ¿qué motivos de pesar tiene el que anima a su tierna cónyuge durante sus largas horas de incubación con su comprensión, sus felicitaciones y su mejor melodía marital?

Hay una descripción del palacio y los jardines, escrita por Álvarez de Quindos, cuarto, Madrid, 1804, y una guía publicada en 1824 por Domingo de Aguirre. Él jardinero llevará al visitante a ver los leones de la *Isla*, la última de cuyas fuentes fue pintada por Velázquez. Los objetos que más vale la pena ver son la Puerta del Sol, fuente del Cisne, *La Cascada*, Neptuno y los Tritones; en una palabra, aquí podrían entretenerse y jugar las nereidas, las náyades y las dríadas, mientras Flora y Pomona contemplan sus juegos. Los olmos traídos de Inglaterra por Felipe II crecen magníficamente bajo la mezcla de calor y humedad.

La *Casa del Labrador* es otro juguete del bobo de Carlos IV; a pesar de todo, si el Madrid imperial es capaz de escoger a un labrador como patrono suyo, su monarca, con el mismo buen gusto y sentido común, puede perfectamente preferir una cabaña a un palacio. Pero todo esto es falso y cosa de falsa humildad, un juguete tonto, ajustado a los caprichos de niños mimados por la fortuna, en los que se juntaron grandes gastos y mal gusto para producir una cosa que resulta completamente inútil sin ser excesivamente ornamental. La *Florera* o *Jardín Inglés*, como llaman todos los extranjeros a este lugar irregular, sin orden y con malas hierbas, fue tendido por Richard Wall, *irlandés*.

Fue en Aranjuez, el 19 de marzo de 1808, donde Carlos IV, con

el fin de salvar al favorito de su mujer, Godoy, abdicó la corona. Toreno ha publicado todas las vergonzosas cartas escritas por él y por su mujer, ¡los orgullosos monarcas de Castilla!, a Murat, ¡su «muy querido hermano»!; a Murat, que unos pocos años antes había sido camarero y que seis semanas después inundaría su capital con sangre española. Godoy, instrumento de *Buonaparte*, se salvó de esta manera, con el fin de consumar su culpa y su locura firmando con Duroc en Bayona la entrega de España a Francia, estipulando solamente, ruin hasta el final, cuestiones de vil medro personal y pensiones. La famosa insurrección o motín de Aranjuez, que puso a Fernando VII en el trono, fue, como la mayor parte de las cosas españolas, resultado de la casualidad y el *accidente*, el motor habitual; y Schepeler observa con justeza que el pueblo y los actores estaban todos «sans plan, sans conduite, comme poussés par le même instinc»; en esta frase se juntan toda la historia y toda la filosofía de España y los españoles, desde los días de Iberia hasta el sábado pasado.

Por lo que se refiere a la carretera de Madrid y sobre las comunicaciones con el sur, véase la ruta VIII. Los que tengan tiempo harán bien en desviarse hacia Ocaña y Tarancón, ocho leguas, y de allí hacia *Cuenca*, volviendo a Madrid por cualquiera de las rutas que se indicarán en sus lugares respectivos.

De Madrid a Valencia

Hay dos rutas: una, llena de rodeos, pasa por *Albacete* y *Almansa*, mientras la otra va directamente por *Cuenca*. La primera es la que toman los correos y la diligencia. Las oficinas de coches están en la *calle de Alcalá*, números 15 y 21. La segunda no es apta para vehículos en toda su longitud, aunque se lleva mucho tiempo trabajando en ella y sobre todo recientemente cerca de *Las Cabrillas*. La primera, o *Camino Real*, se bifurca en Albacete hacia *Murcia* y en Almansa hacia Alicante y es en buena parte de su longitud monótona y carente de interés, mientras que la excursión a Cuenca, aunque pocos son los viajeros que la realizan, abunda en todo lo que puedan desear el artista, el anticuario, el pescador y el geólogo.

Ruta CIII. De Madrid a Valencia

Localidad	Leguas	Total
Ángeles	2	
Espartinas	3	5 ½
Aranjuez	2 ½	8
Ocaña	2	10
Villatobas	2 ½	12 ½
Corral de Almaguer	3	15 ½
Quintanar de la Orden	3 ½	19
Mota del Cuervo	2	21
Pedernoso	1 ½	22 ½
Pedroñeras	1	23 ½
Provencio	2	25 ½
Venta del Pinar	2	27 ½
Minaya	2	29 ½
Roda	2 ½	32
Gineta	2 ½	34 ½
Albacete	2 ½	37
Pozo de la Peña	2 ½	39 ½
Villar	3	42 ½
Bonete	2 ½	45
Almansa	3 ½	48 ½
Venta del Puerto	2	50 ½
Venta de Mojente	3	53 ½
Venta del Conde	3	56 ½
Alberique	2	58 ½
Alcudia	2 ½	60
Alginete	1	61
Catarroja	3	64
Valencia	1	65

Estas 65 leguas equivalen a 76 leguas postales y media. Por lo que se refiere a *Ocaña*, véase la ruta VIII, después de la cual el camino real se bifurca a la izquierda, continuando casi hasta *Almansa* por una zona de trigo y azafrán desoladora, sin árboles, salitrosa y empobrecida. En *El Corral* viven unos 4000 agricultores que trabajan muy duramente; no tarda en cruzarse el *Rianzares*, de donde toma su título ducal el Señor Muñoz, y a continuación el Jiguela, afluentes ambos del Guadiana. Ahora salimos de Castilla la

Nueva para entrar en la igualmente monótona *La Mancha*. A la derecha de *Quintanar* están *Toboso*, tierra de Dulcinea, y esas laderas desnudas que el genio ha revestido de inmortal interés. Las pantanosas llanuras entre *Minaya* y *Albacete* fueron saneadas por Carlos IV, que encargó de ello, como ingeniero, a un cierto John Smith, caballero ciertamente difícil de identificar. De esta manera el aire se ha vuelto menos malsano y los pantanos más fértiles, pero todas estas mejoras cesaron al llegar los franceses y estas comarcas fueron despiadadamente devastadas por Moncey como por Coulaincourt. Inmediatamente antes de llegar a *Gineta* se pasa por una esquina de Murcia.

ALBACETE, Abula, gracias a su posición central, de la cual salen carreteras para Murcia, Valencia y Madrid, es lugar de mucho tráfico y ciudad de vehículos, desde la diligencia hasta el burro. La *Fonda de la Diligencia* es la mejor posada: los *Paradores* y *Mesones* son numerosos y grandes, porque son innumerables los bípedos, cuadrúpedos y vehículos rodados que hacen escala aquí. El nombre de *Albacete* significa en árabe «una vasta llanura», y esto es lo que es la trafagosa capital; su población pasa de
11 000
habitantes. Los alrededores son fértiles, estando regados por un canal que tiende a incrementar el grano y el azafrán, mientras que los pantanos sin drenar producen fiebres, calenturas y mosquitos. Otro elemento de prosperidad es la *audiencia*, o tribunal de apelación, que fue arrancada en 1835 a la *chancillería* de Granada, que antes tenía el monopolio; la jurisdicción se extiende a más de
986 000
almas; el número de casos juzgados en 1844 fue de 3332, o sea un promedio de uno por cada 330.

Albacete se llama la Sheffield de España, como Châtelherault en Francia, pero todo es relativo, y la tosca cuchillería que se hace en ambos lugares, cuya factura y material es ludibrio del artesano inglés, responde perfectamente a las ideas y necesidades de los nativos. El objeto de un cuchillo español es «cortar pan y matar a un hombre», y se aconseja a nuestros lectores que tengan el menor contacto posible con ellos. El *cuchillo*, como el abanico de la

andaluza de clase alta, es parte integrante del equipo de todo español de clase baja, que nunca va sin un arma de ataque y defensa, hecha en forma de lengua de mujer, esto es, larga, cortante y puntiaguda. La prueba de un mal cuchillo es que no corta un palo, pero sí un dedo, *Cuchillo malo, corta al dedo y no al palo*.

Este cuchillo, que es exactamente la *daga* de los iberos (para detalles, véase Toledo), es el arma nacional: de aquí que *Guerra al Cuchillo* sea el moderno grito de guerra que ha suplantado a la vieja *algarada* de *¡Santiago y Cierra España!* Ahora Castilla espera que cada cuchillo en este día cumplirá con su deber; éste fue el reto de guerra, verdaderamente español, que Palafox envió a modo de respuesta a la conminación francesa a capitular. Este instrumento «largo y de doble filo» se lleva metido en la faja, como la antigua daga, o bien en el bolsillo lateral de los pantalones, donde nuestros carpinteros guardan su regla; como los héroes griegos llevaban su παραμηρια. Ésta, sin embargo, era la moda oriental, junto al «muslo derecho», y así vemos que uno de los personajes de Chaucer llevaba «un cuchillo de "Shefeld" en su pernera», de la misma manera que las *Manolas* o amazonas de Madrid esconden un cuchillito en la liga, a modo de «trampa de acero allí guardada». Este juguete se llama también *puñaleco* e *higuela*, lo que realmente significa «relleno de enaguas», y todas estas armas son semejantes al puñal de Mattucashlash, que los montañeses escoceses llevaban en sus axilas: un *puñalico* femenino, que tenemos en este momento ante nosotros, lleva el lema «*Sirbo á una dama*»; sirvo, *Ich Dien*. Los cuchillos de caballero tienen también lo que *Shakespeare* llama su «poesía cuchillil», y es una costumbre mora, porque nuestro amigo Gayangos ha encontrado en lo que a primera vista se diría mero ornamento de filigrana en un *cuchillo* moderno de Albacete estas palabras en árabe: «¡Con ayuda de Alah! espero matar a mi enemigo». De esta manera, los fabricantes españoles, durante muchos siglos, han trabajado sobre el mismo modelo y con el mismo benéfico objeto, y cada operario copiaba su modelo guiado por un cierto instinto, sin comprender siquiera el significado de lo que está toscamente grabando en la hoja. Los lemas de las espadas toledanas eran soberbios, y los que se ven en los cuchillos reflejan una realidad más humilde; por ejemplo, *Soy de mi Dueño y Señor*.

De la misma manera, el puñal de Nerón llevaba la inscripción «Jovi Vindici». Cuando el *sistema* o *constitución* de 1820 fue eliminado, los cuchillos realistas llevaban inscripciones como *Peleo á gusto matando negros* y, en el reverso, *Muero por mi Rey*. Las palabras *Negros y Carboneros* se usan desde hace mucho tiempo para indicar bribones políticos, que son azotados y ahorcados con tan pocos escrúpulos por el oscurantista despotismo de España como lo son los negros en los libres e ilustrados Estados Unidos de América.

La palabra *Navaja* quiere decir cualquier hoja que se pliegue y cierre en su mango, ya sea una hoja de afeitar o un cortaplumas corriente: las *Navajas* de Guadix, que rivalizan con los *Puñales* de Albacete, tienen con frecuencia un *molde muelle* o resorte, por medio del cual se fija la hoja larga y puntiaguda, que de esta manera se convierte en daga o bayoneta de mano. El ruido metálico y seco que hace el acero cuando queda cogido bruscamente en el resorte produce en los oídos españoles la misma sensación agradable que en los nuestros el amartillamiento de una pistola. Como los gitanos son grandes ratas y atracadores, *Rinconetes y Cortadillos* y maestros de germanía y tretas de todas clases, han inventado muchos nombres de jerga para designar el cuchillo, como, por ejemplo, *glandi, chulo, churri, La Serdanie, Cachas dos puñales a una vez*; los catalanes lo llaman *El gavinete*. Se llama, en metáfora juguetona, *La tía, Corta pluma, Monda diente*, o palillo. Y los españoles son también muy eruditos en el arte de hacerlo y cortarlo. De esta manera, Sacho Panza, cuando oye que Montesinos había atravesado un corazón con un puñal, exclama enseguida: «Entonces quien lo hizo fue Ramón Hozes de Sevilla».

Por poco hábiles que sean, los *Sangrados* de costumbre en anatomía y en el uso del escalpelo, la gente toda sabe utilizar el cuchillo y dónde asestar el golpe; y tampoco se piense que se equivocan, porque la herida, aunque no sea tan honda como un pozo ni tan grande como la puerta de una iglesia, «servirá». Suele darse a la manera traicionera de sus antepasados orientales e ibéricos y, si ello es posible, con un golpe por la espalda, precisamente lo que tanto temían los antiguos, «impacatos a tergo horrebis Iberos», y «bajo la quinta costilla», y «un golpe» es suficiente. La hoja, como sucede con el emparentado cuchillo de

Arkansas o Bowie de los yanquis, «rasgará a un hombre de golpe», o le perforará hasta tal punto que el cirujano podrá ver a través de él. Como la perfección viene con la práctica, un verdadero *Baratero* sabe perfectamente tirar su *navaja* contra una puerta a través de una habitación con tanta seguridad y rapidez como si fuera la bala de un rifle; el español, cuando está armado con su *cuchillo* para el ataque y con su *capa* para la defensa es verdaderamente temible y clásico. Muchos de los asesinatos que se cometen en España han de ser atribuidos a la *presteza* del arma, que siempre está a mano cuando la sangre hierve: de esta manera, cuando un inglés desarmado *cierra* el puño, el español *abre* el cuchillo. Este instrumento del pícaro, una verdadera *puñalada de pícaro*, resulta fatal en las luchas por celos, cuando las clases bajas encienden su ira en las antorchas de las furias y prefieren los venablos reales a los verbales: es entonces cuando la estocada da en el blanco, «vitamque in vulnere ponit». El número de gente que muere en las grandes fiestas sobrepasa al de los que caen en el campo de la mayor parte de las batallas españolas y, sin embargo, estos sucesos pasan prácticamente desapercibidos en los periódicos, como si fueran cosa sabida y de todos los días; pero los delitos que, en el caso de nuestros periódicos, son causa de una segunda edición y de doble página, en el continente europeo son ocultados, porque el extranjero oculta lo que nosotros proclamamos a los cuatro vientos.

En casos poco importantes de flirteo, en los que no hace falta recurrir a la pena de muerte, la parte ofendida se limita a abrirle la mejilla a la ofensora y, uniendo la palabra a la acción, observa «*ya estas señalá*»; y, de la misma manera, «*Mira que te pego, mira que te mato*», expresiones éstas juguetonas y acariciantes de una *Maja* a su *Majo*. Cuando esta señal es sólo una amenaza, la frase sevillana es «*Mira que te pinto un jabeque*», o sea un xebec, la *felucca* mediterránea, larga y fina. «Sólo aquellos que nunca sintieron una cicatriz bromean sobre las heridas», pero cuando quiera que este *jabeque* llega a ser pintado de verdad, el paciente, avergonzado por el estigma, se siente, como es natural, deseoso de recuperar su buena reputación y su buena piel, lo que sólo puede hacerse con un cosmético, y éste, en el tiempo de Felipe IV, era el unto de gato, que entonces solía borrar tan superfluas señales:

«El sebo, unto de gato
que en cara defienda las señales».

Con el tiempo, a medida que la ciencia iba adelantando, este cosmético fue siendo sustituido por el *Unto del Ombre*, o sea grasa humana. Nuestro estimable amigo, don Nicolás Molero, cirujano de mucha clientela en Sevilla, nos aseguró que antes de la invasión francesa él mismo había preparado con frecuencia este cataléptico, que solía venderse a peso de oro; pero, habiendo sido adulterado con *spermaceti* por empíricos desaprensivos, cayó en descrédito. La receta del Alabastrum que Venus dio a Faón ha intrigado al erudito Burmann no menos que el bálsamo de Fierabrás a los modernos comentaristas de Don Quijote. La amabilidad de don Nicolás nos proveyó de los ingredientes de esta *pommade divine* o, más bien, *mortale*. «Tómese un hombre en perfecto estado de salud que acabe de ser muerto, cuanto más recientemente mejor; recórtesele la grasa de en torno al corazón y fúndase a fuego lento, aclárese y póngase luego en un lugar fresco antes de usarla». El número de fiestas religiosas que hay en España, combinado con el sol, el vino y las mujeres, ha sido siempre garantía de una abundante provisión de buena materia prima.

Albacete, a causa de su situación central, fue ocupada en 1843 por Espartero, que, de esta manera, esperaba poder amenazar al mismo tiempo a Murcia y a Valencia, proteger Madrid y asegurarse la retirada a Andalucía, pero sólo le salió bien esto último. Su caída, como su subida, fue una *Cosa de España*, pues apenas se vio en el poder cuando ya su puesto era envidiado y se volvió impopular entre los rivales, cuyo amor propio se sentía herido por su superioridad, y los «muchos» veleidosos, sobre todo si son de origen oriental, pasan sin gran dificultad de gritar *Hosanna* a pedir sangre. Y, como siempre, sus talentos, que nunca pasaron de mediocres, habían sido exagerados, «Nanum, Atlanta vocamus», de la misma manera que, en la reacción, fueron igualmente subestimados y que el duque *de Victoria* pasó, transición realmente fácil, a ser un *duque de nada*, o sea un don nadie. Personalmente valiente y honrado, su gran error fue el deseo de gobernar de acuerdo con la *constitución*, tarea que ni el mismo Hércules habría podido llevar a

cabo; su error siguiente fue escoger para ministro suyo a un cierto Becerra, miembro del Senado, con lo que sólo consiguió que la Cámara Baja se sintiera afrentada; entonces tuvo lugar su rechazo de la ley de amnistía, que, so pretexto de «*unión* y *olvido* entre los españoles», cosas completamente imposibles, no era sino un invento de sus enemigos para traer de nuevo a España a sus adversario exiliados. Y naturalmente Espartero, que, como español honrado que era, se sacudió el yugo francés, se volvió hacia Inglaterra, la verdadera liberadora de su país, y en consecuencia fue aceptado como *individuo* por nuestro Ministerio de Asuntos Exteriores; en vista de ello, como habría sido posible prever, París se convirtió en un hormiguero de intrigas y complots, y se utilizaron todos los medios desleales de que dispone la doblez francesa, apoyada por el maquiavelismo italiano, mientras se sobornaba a una prensa venal para que influyese en el impresionable *Españolismo*, representando falsamente al regente como *de*
L'Agent
l'Anglais
, lo cual fue repetido por los contrabandistas catalanes, que temían un tratado de comercio.

De esta manera cayó sobre Espartero todo el descrédito de ser un *Anglo-Ayacucho*, sin el apoyo de Inglaterra, por la cual fue *moralmente* abandonado, primero porque el gobierno Tory vio la evidente inconveniencia política de apoyar la causa de un simple *individuo* y, encima, de uno que era radical y confiscador de bienes eclesiásticos, que nunca podría ser popular a la larga entre los españoles, esencialmente leales y religiosos, y segundo, porque nuestro gobierno es o demasiado honrado o demasiado indiferente para lanzarse nunca a luchar con sus *amigos* y enemigos sin escrúpulos, utilizando las mismas armas que éstos. Además, el regente tenía en contra suya toda la influencia espiritual de Roma, apoyada por un ejército de sacerdotes y monjes despojados y hambrientos. Y tampoco se piensa que faltaba dinero al otro lado de los Pirineos para fomentar una nueva explosión de esas que siempre es posible organizar en cualquier ciudad española por 100 libras esterlinas; como por todas partes abundan aquí los patriotas y los *Cesantes*, para quienes el orden es el aniquilamiento y que siempre

fomentan los disturbios, ya que en cuanto la autoridad desaparece pueden intervenir ellos y robar el erario público, contrabandear y poner en marcha el telégrafo. Las primeras explosiones fueron los *pronunciamientos* simultáneos de Lugo y Málaga, ciudades situadas en los antípodas una de otra; tan eficaz fue el grito contra el *Extranjero*; los españoles se levantaron entonces contra el dictado inglés y en defensa de la independencia nacional, garantizada por Francia, ¡oh, tergiversación de la verdad! De esta manera, Guizot, protestante y primer ministro de un «*Roi citoyen*», consiguió, poniendo en sus manos el grito de libertad civil y religiosa, llevar de nuevo a cabo la restauración del despotismo y el ultravaticanismo.

Cuando llegó la contienda, Espartero, *more Hispano*, «en el momento crítico, resultó no estar a la altura de las circunstancias»; desprovisto de todos los nervios de la guerra, carecía de talento o energía en sí mismo con que crearlos. Y esta vez no tenía a un coronel Wylde, como en Bilbao, o a un traidor Maroto, como en Vergara, que hicieran su labor; no, al contrario, como las ratas abandonan la casa que se derrumba, fue abandonado él en su hora crítica por todos aquéllos a quienes había levantado. Zabala, su propio amigo íntimo, que había comido su pan, fue el primero en traicionar a su jefe en Valencia, mientras que Seoane y Zurbano, en el norte, permitían a Narváez marchar sobre Madrid por Teruel; pero, incluso entonces, si Espartero hubiera utilizado las armas de sus enemigos en la lucha, si los hubiera aplastado con una maza de hierro, derramando, como había amenazado Narváez, «océano de vil sangre negra», habría podido prolongar la contienda; pero estaba aquejado, por increíble que esto pareciera, con la monomanía de gobernar ¡de acuerdo con la *ley constitucional*!, en lugar de adoptar el único sistema español, que consiste en que el poder da el derecho, como lo hicieron con toda sensatez los mismos que le habían destronado a él, ya que toda conciliación, componenda o concesión es achacada por los españoles y los orientales a «temor y debilidad». De esta manera, el regente continuó fumando y dormitando en Madrid sobre «cartas constitucionales de pergamino» cuando sus enemigos, audaces, activos y carentes de escrúpulos, se movían por todas partes, y en lugar de actuar rápida y decisivamente cuando los traidores se lanzaron al campo, pareció

dispuesto, por el contrario, a dar a sus enemigos el tiempo que necesitaban para reunirse y a sus amigos la oportunidad de separarse. No abandonó Madrid hasta el 21 de junio, y aun eso para perder el tiempo en Albacete hasta el 7 de julio, demasiado tiempo sin hacer nada; y entonces, cuando vio perdido el juego, se retiró a la bahía de Cádiz, a refugiarse a bordo de un barco de guerra inglés, como *Buonaparte*, de quien es caricatura. Su caída les pareció extraña a los que juzgan las cosas de España por el rasero de Europa, pero entre los españoles su partida no causó ni sorpresa ni compasión. Allí, como en Oriente, el pachá advenedizo se levanta como una burbuja, se hincha y estalla, y ya no se vuelve a saber más de él; en menos de una semana todo ha terminado. Espartero quedó *contado con los muertos* y olvidado como si realmente estuviera ya en la tumba. Y, sin embargo, los extranjeros se «*extrañaban*» de que una nación dada a tan africanas pasiones y a tan medieval determinación mostrase tan pasiva indiferencia cuando el nuevo dictador rasgó de un espadazo las preciosas cartas constitucionales de su predecesor, pero es que en todos estos cambios de escena las cuerdas a que responde el corazón de los españoles no fueron tocadas en absoluto. El hecho fue realizado por un español, que no atentó ni contra su fe ni contra el trono. A las masas les tiene tan sin cuidado una *constitución* como a los bereberes o a los orientales, y para ellos este objeto de pergamino no es una realidad, sino una mera abstracción que ni comprenden ni aprecian. El pueblo no quiere que sus leyes cambien, sino que sean administradas de manera justa; las leyes son buenas en teoría, aunque en la *práctica* estén roídas por los gusanos del soborno y la corrupción. Confiérase a los españoles una *constitución* reluciente de puro nueva y digna del mismo Bentham y la cogerán sin siquiera dar las gracias; anúlese y responderán con un paciente encogerse de hombros. Su única idea de gobierno es el *despotismo*, y bajo ese sistema han vivido siempre, sin que, por odioso que sea en *teoría*, haya oprimido nunca duramente a la nación en la *práctica*. Pero España es el país de las contradicciones. Véase, por lo que se refiere a estas cuestiones, Madrid, Daroca y Durango.

Tras dejar Albacete, la carretera se bifurca y desciende hasta Alicante por entre las colinas de Villena, que alegran el ojo al

viajero harto de llanuras. *Almansa* está bien construida y es una ciudad medianamente floreciente de 7000 habitantes. La *Vega* está irrigada y muchos de los pantanos que producían fiebres han sido desecados, especialmente los de *Salahar* y *San Benito*. El *Pantano* de *Alfera* es un buen depósito de agua y un elemento de increíble fertilidad bajo este sol casi africano. Cerca de Almansa se decidió, el 25 de abril de 1707, *una* de las pocas batallas en que los franceses hayan derrotado a los ingleses y aquí, como en Fontenoy, los traidores lucharon contra su país y a favor de su enemigo. Los franceses iban mandados por un *inglés*, Berwick, hijo natural de Jacobo II, sobrino de Marlborough y por lo tanto de buena raza de soldados; mientras que los ingleses iban al mando de un *francés*, un cierto Henri de Ruvigny, un aventurero, hecho conde de Galway por Guillermo II de Inglaterra. Este tipo, semejante a los Cuestas o a los Blakes, era personalmente valiente, pero un «verdadero niño en el arte de la guerra», siempre «ansioso de librar batallas campales», pero sin llegar a hacerlo nunca, excepto para ser derrotado. Los ingleses, en el momento crítico, fueron desertados por sus aliados españoles, que, como en Barrosa, Albuera, Talavera, etc., les dejaron que aguantaran todo el peso de la lucha. *Socorros de España*, cuya ayuda resulta muy bien expresada con la palabra francesa *assister*, que significa estar presente sin participar, o sea asistir a una cosa como espectador. Y, además, la batalla, como la de Albuera, no habría debido tener lugar en absoluto, porque el mismo Peterborough, la totalidad de cuyo sistema bélico era audaz y agresivo, había aconsejado un tipo de campaña fabiano, es decir, de hostigar al enemigo y desgastarlo, pero se opuso a esto Stanhope, que había sido convencido por el español marqués de las Minas, de la misma manera que Beresford fue convencido por Castaños. Los aliados eran sólo
12 000
de a pie y 5000 de caballería, mientras que los franceses pasaban de
30 000
y, además, estaban frescos y dispuestos, mientras que a los ingleses se les sometió a «marchas y contramarchas», como en Barrosa, y llegaron al campo de batalla fatigados y hambrientos. La batalla se perdió principalmente a causa de la cobardía del general portugués

Atalaya. La victoria francesa fue completa, pero sus laureles fueron mancillados por el feroz saqueo de Játiva y el incumplimiento de todas las capitulaciones acordadas. Orleans, después regente, llegó demasiado tarde para la batalla, perdiendo de esta manera una oportunidad de borrar la vergüenza que había sufrido ante Turín en 1706. A una corta milla de Almansa hay un ruin obelisco, que recuerda el lugar de esta batalla, sumamente importante, y es proporcionado a la ingratitud gubernamental española; y pequeña es, ciertamente, la mención que hacen Páez y compañía de los valientes franceses, que hicieron todo el trabajo y cuya obra se arrogan los *Nosotros*.

Cruzando el *Puerto* bajamos a la agradable costa valenciana por encantadores desfiladeros. Pasando *Mogente* a la izquierda y Játiva a la derecha, el número de pueblos aumenta; la tierra y el cielo cambian y todo es alegre y atractivo, es un constante jardín de graciosos arrozales y palmeras. *Alberique* es proverbial por su fertilidad, que no conoce el reposo, es una *Tierra de Dios: ayer trigo y hoy arroz*. Y ahora volvemos la espalda a las desnudas mesetas centrales, al monótono *Paño Pardo*, la *Montera* y la choza de barro, y damos la bienvenida al vistoso valenciano, con sus vestiduras orientales y llenas de color, alegre y chispeante como el sol y las flores de su provincia. *Alberique* está rodeada de *acequias*, unos canales por medios de los cuales son sangrados los ríos. La *gran acequia del Rey* cruza la carretera y va a la Albufera, aislando con el Júcar y sus afluentes una importante zona arrocera. La calzada continúa, pasando por terrenos hundidos e irrigados, llenos de abundancia, fiebres y mosquitos. Hay varias rutas de Madrid a Cuenca, una de las cuales va por las llanuras (ruta CVIII), otra por los baños minerales y los montes (ruta CVII) y otra más que comunica con Valencia y que es la que ahora pasaremos a describir.

Ruta CIV. De Madrid a Valencia por Cuenca

Localidad	Leguas	Total
Bacía Madrid	3	
Perales de Tajuña	3	6
Fuentedueña	3 ½	9 ½
Tarancón	3	12 ½
Huelbes	2	14 ½
Carrascosa	2	16 ½
Horcajada	2	18 ½
Cabrejas	3	21 ½
Albaladejito	3	24 ½
Cuenca	1	25 ½
Fuentes	3	28 ½
Reíllo	2	30 ½
Arguisuelas	2	32 ½
Cardenete	2 ½	35
Camporobres	3	38
Utiel	3	41
Requena	2	43
Siete aguas	3	46
Venta de Buñol	2	48
Chiva	2	50
Venta de Pozos	2	52
Valencia	3	55

La comarca hasta *Cuenca*, como la meseta central de la Península, aunque carece de interés, produce mucho grano y azafrán. Después de salir de *Bacia Madrid* se cruza el Jarama, un poco más arriba de donde se une al Manzanares. La tristeza y monotonía de las cercanías de Madrid comienza a ceder cerca de *Arganda*, con sus olivos, viñas y campos de trigo; el vino tinto es excelente. *Perales* está en un rico valle, regado por el *Tajuña*, que, bajando de la Sierra de Solorio, se une al Henares. Cruzando éste entramos en Villarejo, que tiene un bello castillo en ruinas, y la iglesia parroquial contiene algunos cuadros de Pedro Orrente; desde aquí, cruzando el Tajo, vamos, por una comarca desolada, hasta *Fuente-dueña*, con su castillo moro, otra zona monótona que, con

alguno de los molinos de Don Quijote de vez en cuando, conduce a *Tarancón*, ciudad de cierta actividad, por estar en el centro de muchas comunicaciones que se cruzan. La fachada oeste de la bonita iglesia parroquial conserva sus antiguos y minuciosos ornamentos góticos, pero la norte fue modernizada y adaptada al orden jónico del tiempo de Felipe II. La comarca recupera ahora su desolación anterior, los pueblos son escasos y la población está mal vestida y azotada por la pobreza.

Uclés (población, unos 1500 habitantes) está situada a dos leguas de Tarancón, entre sus jardines y *Alamedas*, regadas por el Bedija; sobre una colina, dominando el panorama, se encuentra el monasterio, magnífico otrora, de la Orden de Santiago, del que Uclés fue la primera *encomienda* y su abate era mitrado; fue fundado en 1174 sobre el solar de un *alcázar* moro, del que *La Torre Albarrana* y una parte fueron incluidos en el nuevo edificio; la capilla fue construida en el año 1600, en el sencillo estilo herreriano. Uclés es lugar fatal en los anales españoles, ya que fue aquí, en el 1100, donde Sancho, el hijo de Alonso VI fue derrotado y muerto por el infiel, lo cual rompió el corazón de su padre; véase el conmovedor relato que hace de esto Mariana. Y también aquí, el 13 de enero de 1809, Víctor derrotó al miserable Venegas, que había avanzado desde *Tarancón* para *sorprender* a los franceses, quienes, ante su sorpresa, se volvieron contra él; en vista de lo cual huyó sin más a *Uclés* y ocupó la fuerte eminencia; pero en cuanto el audaz enemigo comenzó a ascender la ladera, el ejército español, como en Somosierra y otros lugares, abandonado sin armas ni comida suficientes y desanimado por sus indignos jefes, volvió la espalda y echó a correr, dando el ejemplo el mismo Venegas, que siguió vivo para sufrir nueva vergüenza en *Almonacid*; entonces Víctor trató a Uclés à *la Medellín*, es decir, enjaezó al clero y a los respetables habitantes y los hizo arrastrar ladera arriba, como si fueran bestias de carga, todas las cosas que él no podía llevarse, a fin de hacer «*feu de joie*» en celebración de su victoria; a continuación 60 prisioneros fueron asesinados en el matadero, que fue *humorísticamente* elegido para esta apropiada carnicería. Víctor a continuación hizo ir a los supervivientes a pie hasta Madrid, haciendo que todos los que caían a lo largo del camino víctimas del

hambre y la fatiga fueran fusilados sobre el terreno. Toreno, Southey y Schepeler describen horripilantes detalles, y este último compara a Víctor con Tamerlán, «sorti au berçeau avec le signe du sang». El amable Monsieur de Rocca registra lo ocurrido y lamenta los horrores de que hubo de ser testigo en aquel momento.

Cerca de Uclés, en *Cabeza del Griego*, hay algunos restos romanos y es el supuesto solar de las antiguas Munda y Cartima (para detalles, con planos, véanse las «*Memorias de la Academia de la Historia*», III, 170, y también «*España Sagrada*», XLII, 332).

Saliendo de *Tarancón* continua la elevada meseta, rota, sin embargo, por ondulaciones con pantanos en las partes bajas, hasta *Horcajada*, verdadero lugar *colgante*. Ahora las colinas están cubiertas de pinos y robles, y subimos por un *puerto* o paso sobre la cima más alta, desde donde las aguas bajan por el este y el oeste. Cruzando el Júcar, después de *Albaladejito*, la zona se vuelve pintoresca y, después de ir por un desfiladero frondoso, entramos en la Cuenca trepadora y edificada sobre rocas por su antiguo puente; la *Posada* no pasa de ser tolerable, pero cuando se termine el tendido de la carretera que pasará por *Las Cabrillas* es indudable que se instalará aquí un *Parador de las Diligencias*.

CUENCA, palabra derivada de *Concha* o bien del árabe *Cuemcom*, que significa jarra o cántaro, es ciertamente una concha ceñida de montes y la capital de su comarca montañosa, estando ella misma a unos 3500 pies de altura sobre el nivel del mar. Las cadenas de montañas que hay al nordeste son continuación de la cordillera cantábrica, que serpentea a través de España por Burgos, Oca, Montcayo, *Molino* de Aragón y Albarracín. Los tupidos bosques reciben el nombre de los *Pinares de Cuenca* y son proverbiales, rivalizando con los de Soria. El paisaje, con estos bosques y roquedos inmemoriales, es digno de Salvator Rosa, mientras los lagos y los arroyos, aguas vírgenes donde casi nunca se pesca, abundan en truchas, y las colinas y los montes contienen curiosas muestras de botánica y geología que están aún por investigar.

Cuenca, en los siglos XV y XVI, estuvo densamente poblada por comerciantes que se dedicaban a su principal producto, la lana,

pero ahora todo está aquí desolado y empobrecido. La comarca es una de las menos pobladas de la *Península*, ya que no contiene apenas trescientas almas por legua cuadrada, mientras que la capital, Cuenca, no pasa de los 3000 habitantes. Las montañas, *montes orospedani*, eran una guarida de los bravos celtíberos, que libraron una desesperada guerra de *Guerrilla* contra los romanos, de la misma manera que Juan de Cerecedo en la Guerra de Sucesión y que el *Empecinado* en nuestros tiempos contra los franceses; de aquí las muchas veces que ha sido saqueada Cuenca: la primera y peor de todas fue a manos de Caulaincourt, enviado por Savary a aliviar a Moncey después del revés de éste ante Valencia. Los invasores entraron en Cuenca el 3 de julio de 1808, y el clero, que salió a su encuentro con sus vestiduras sacras para darles la bienvenida, con banderas de tregua, fue tiroteado y asesinado; por lo que se refiere a los detalles, que, según Schepeler, superaron a «les horreurs *ordinaires*», véase su historia. El botín personal de Caulaincourt en plata de iglesia fue enorme, porque se hizo llevar a su cuartel general la espléndida *custodia*, y una vez allí la hizo romper en pedazos portables, a pesar de lo cual fue nombrado por *Buonaparte gouverneur de ses pages*; este Mentor, que había enseñado a sus discípulos el arte de disparar, recibió su ajuste de cuentas en forma de una bala en *Moscua* el 7 de septiembre de 1812. Cuenca fue saqueada nuevamente por el general Hugo, el devastador de Ávila, el 17 de junio de 1810, y de nuevo otra vez el 22 de abril de 1811 por La Houssaye, el despojador de El Escorial y Toledo; la empobrecida ciudad no ha podido reponerse de todo esto. Fue en otros tiempos famosa por su magnífica platería, y la familia de Becerriles fue aquí lo que la de los
d'Arphes
en León o la de Foppa (Caradosso), de Milán, fue con respecto a Cellini en Florencia; Alonso y Francisco Becerril vivieron en Cuenca a principios de 1500 y fue obra de ellos la en otros tiempos magnífica *Custodia* o la plata de iglesia. Martyriço detalla las magníficas cruces, cálices, etc., que fueron sacados de aquí por Caulaincourt, cuyo sacrilegio general causó tal indignación nacional que José, el día mismo de su entrada en Madrid, dio orden de que todo ello fuera repuesto a expensas del gobierno. No es necesario

decir que no se hizo absolutamente nada en este sentido, pero la orden, en blanco y negro, fue de buen efecto para el que la leyera; más aún, José, mientras la escribía, estaba también muy ocupado quedándose con la plata que guardaba Fernando en sus cofres y que no tardó en llevarse en su fuga.

Cuenca está románticamente situada a cosa de mitad de camino entre Madrid y Valencia, en la confluencia del Júcar y el Huécar y entre las alturas de *San Cristóbal* y *Socorro*; el que quiera saber detalles consulte «*La Historia*» de Juan Pablo Martyriço, folio, Madrid, 1629, curioso volumen que contiene también retratos de los *Mendozas*, que fueron durante largo tiempo sus gobernadores. Según este autor, la ciudad fue fundada en el mismo día y a la misma hora exactamente que Roma. Sin embargo, la verdad verdadera es que es puramente mora y, como Ronda, Alhama y Alarcón, está construida sobre una roca aislada por un río. Fue dada en el año de 1106 por Ben Abet, rey de Sevilla, como parte de la dote de su hija Zaida y mujer de Alonso VI. Los habitantes, sin embargo, se rebelaron y la ciudad fue reconquistada por Alonso VIII el 26 de septiembre de 1177. La campaña, verdaderamente española, se puede leer con todo detalle en Mariana; Alonso VIII, como de costumbre, se encontró carente de todo en el momento crítico: el lugar del campamento donde pasó hambre se muestra todavía al visitante en *Fuentes del Rey*. La ciudad fue tomada finalmente gracias a una estratagema pensada por un esclavo cristiano que estaba en ella, un cierto Martín Alhaxa (*buena alhaja de criado*), y que sacó los *merinos* de su amo como si fueran a pastar, pero en realidad para entregárselos a sus hambrientos compatriotas, quienes, una vez que los hubieron comido, se pusieron sus pieles y fueron conducidos a cuatro patas por el esclavo a Cuenca, en la que entraron por un pequeño postigo que aún existe en la muralla; de este extraño rebaño procede la mayor parte de las familias *hidalgas* de Cuenca, como, por ejemplo, los Albornoz, Alarcón, Cabrera, Carrillo, Salazar, etc.

Cuenca, famosa en otros tiempos tanto por sus artes como por su industria, es ahora apenas una sombra del pasado; su prosperidad fue agostada por la invasión francesa y ahora solamente conserva su situación pintoresca, que no pudo ser destruida; a pesar de todo, los bellos ríos Huécar y Júcar (*sucro*, las *aguas dulces*) llegan a Cuenca

bajando por desfiladeros cubiertos de encantadores paseos arbolados y cruzados por puentes que han sido puestos allí para deleite del artista; por encima de todo esto se eleva la ciudad, como un nido de águila, con sus viejos muros y torres, sus casas que cuelgan sobre los precipicios y sus rocas desnudas, que aumentan el encanto de los fértiles valles que se extienden a sus pies. Desde el suburbio, la ciudad se levanta sobre terrazas, es decir, en cierto modo, tejado sobre tejado, hasta llegar a la plaza y la catedral, que ocupan casi el único espacio plano, porque las calles son todas empinadas y estrechas; entre los puentes conviene observar el *de San Pablo*, sobre el Huécar, que une la ciudad con el monasterio dominicano; digno de los romanos, rivaliza en altura y solidez con los arcos de Mérida, Alcántara y Segovia y se levanta a una altura de 150 pies, uniendo las rocas cortadas. Ha sido levantado sobre colosales estribos y fue construido en 1523 por Francisco de Luna, a expensas del canónigo *Juan de Pozo*, para uso y comodidad de los monjes. La fachada de *San Pablo* ha sido, por desgracia, modernizada, pero en el interior se encuentra el *Retablo*, maravillosamente trabajado, que data de 1447 y que originariamente estaba en el altar mayor de la catedral; ante él podía verse la figura yacente de *Juan de Pozo*, el fundador.

La catedral es una de las más notables de España, por ser un verdadero museo de las bellas artes; la primera piedra fue puesta en 1177 por Alonso VIII, que trajo al nuevo obispado las antiguas sedes de Valera y Arcos; el estilo del edificio es de un sencillo y severo gótico, con un remate en forma de E semicircular. La fachada que da a la *Plaza* fue modernizada en

1664-69

por un chapucero desatinado llamado *Josef Arroyo* por orden del capítulo, que en otros tiempos fue muy rico en dinero contante, aunque miserablemente pobre en buen gusto. Los bárbaros hicieron cuanto estuvo en sus manos para modernizar y desfigurar su venerable iglesia, pintando el interior de blanco y negro, como una mezquita de El Cairo, aunque esto se hiciera a modo de imitación de la catedral de Siena y de cumplido a Diego de Mendoza, un conquense que entonces llevaba largo tiempo mandando aquí como déspota y que está enterrado ahora en la catedral. Miembro de esta gran familia fue don García Hurtado de Mendoza, cuarto marqués

de Cañete y héroe de la guerra araucana, que es el tema del poema *épico* de España escrito por Ercilla. Véase «*Los Hechos*», etc., de Suárez de Figueroa, cuarto, Madrid, 1613.

El visitante debe ir hasta el crucero, mirar a su alrededor y examinar en particular las bellas vidrieras y el panorama circular; los arcos son semimoros y semigóticos y surgen de una audaz cornisa que sobresale hasta más allá del remate de las columnas inferiores. El arco ornamentado y semimoro que constituye la entrada al altar mayor, y que es superior a cualquier alabanza, surge de salientes situados en las paredes laterales; se conserva una forma oriental parecida en los arcos que hay en el extremo oeste de la catedral, pero éstos surgen de la parte superior de los entrepaños, como es normal en la construcción gótica. El *Coro*, situado como de costumbre en el centro, fue por desgracia modernizado y estropeado por el obispo Flórez, de cuyo lamentable período son los órganos y el púlpito de jaspe; la magnífica *reja*, sin embargo, y el *facistol* en forma de águila son de tiempos antiguos y obras maestras de Hernando de Arenas (1557). El *Retablo* original fue quitado de aquí en el siglo pasado y llevado a San Pablo con objeto de hacer sitio para el actual altar mayor, que es, ciertamente, todo lo bello que el jaspe puede dar de sí; aunque clásico en estilo, está marcado por la vulgaridad de su diseñador, Ventura Rodríguez, muerto en 1785. La imagen de la Virgen fue esculpida en Génova; el *trasparente*, el orgullo de Cuenca, está dedicado a San Julián, que con San Onorato, es patrono tutelar de esta ciudad. Los jaspes son muy ornamentales y vistosos y los capiteles de bronce de mucho valor; las columnas verdes fueron traídas aquí del *Barranco de San Juan*, en Granada, y rivalizan con las de la catedral de esta ciudad y las de las *Salesas* de Madrid. La *urna*, con las estatuas de la Fe, la Esperanza y la Caridad, fueron esculpidas en Carrara, en 1758, por Francisco Vergara, un valenciano afincado en Italia. El costo del transporte desde Alicante fue enorme, pero, a pesar de todo, no son sino mediocridades académicas, sin vida, ni alma, ni sentimiento. Como Cuenca está situada en un distrito productor de jaspe, la catedral, naturalmente, está adornada con este costoso material; todas las capillas merecen ser examinadas. Comenzando, por tanto, por la derecha, observemos el portal y las *rejas* de la espléndida

Capilla de los Apóstoles, que está construida en un intrincado estilo gótico, con una bella piedra traída de las vecinas canteras de Arcos. Pasando ante el clásico *Retablo*, obsérvese el pequeño altar de tiempos de Felipe II, con una imagen muy venerada de la *Virgen de la Salud*, una Minerva médica; yendo no lejos de la puerta, hasta el palacio episcopal, está la *Capilla de San Martín*, con un buen altar y tallas y cuatro notables sepulcros de los primeros prelados: Juan *Fánez*, descendiente del Cid; López, Pedro Lorenzo y García. Pocas cosas pueden superar a la entrada plateresca que conduce a los claustros y se levanta a 281 pies de altura, hecha en piedra de Arcos por Xamete en
1546-50,
como consta en unas inscripciones, a expensas del obispo Sebastián Ramírez. Algunos piensan que este Xamete fue moro, basándose para ello en el nombre, *Xamete*, que significa «bicolor»; en cualquier caso tuvo que haber estudiado en las escuelas cellinescas de Italia y es digno rival de Berruguete y de Damián Forment; sólo ver este arco justificaría un viaje a Cuenca, porque no puede ser descrito, ya que es obra de una época en que las renacidas artes del paganismo rivalizaban hasta en las iglesias con la cristiandad; aquí tenemos santos y arpías, leones, vírgenes, tritones, jarrones, flores, virtudes alegóricas, etc., todo ello entremezclado, pero formando en conjunto un todo de complejidad sin paralelo y con un efecto muy propio del cinquecento.

Los claustros son de un estilo distinto, por haber sido construidos en
1577-83
por Juan Andrea Rodi con la bella piedra sacada de las canteras vecinas de *La Hoz*. El sencillo *dórico* de Herrera estaba entonces de moda y contrasta con el friso plateresco que se ve en el extremo oriental, obra de otra mano y otro período. A continuación obsérvese la capilla mortuoria de los Mendozas en forma de cruz griega, con cúpula, mientras que el altar mayor, de estilo corintio, está adornado con pintura y escultura: los monumentos, enriquecidos con jaspe y hornacinas arqueadas, están dispuestos en torno a él; obsérvese el de doña Inés, con columnas de mármol, y el de Diego Hurtado, virrey de Siena, muerto en 1566. Desde los

claustros se puede subir a la *Secretaría*.

A continuación visítese la *Capilla de Nuestra Señora del Sagrario*, con sus soberbios jaspes, y obsérvese la milagrosa imagen que ayudó a Alonso VIII en sus victorias. La fachada de la *Sala Capitular* es digna de Xamete; las puertas de nogal, talladas con imágenes de San Pedro, San Pablo y la adoración de los reyes, se atribuyen a Berruguete, pero la transfiguración es obra de manos menos diestras; la *Sillería* de nogal es también excelente. La capilla de *San Juan* fue fundada por el canónigo Juan de Barreda y tiene una buena *Reja* corintia con querubines y escudos de armas. La *Capilla de Santa Elena*, frente al *trasparente*, tiene una bella portada y un buen *Retablo* de nogal. En el lado izquierdo de la catedral están las capillas de *San Juan Bautista*, con pinturas en *Retablo* de Cristóbal García Salmerón, que, nacido en 1603, llegó a ser discípulo de Orrente y adoptó el estilo de *Bassan*, sobre todo en esta Natividad y en el Bautista Predicando. Obsérvese la *Reja* que hay en la capilla de la familia Muñoz. La *Capilla de los Caballeros*, llamada así por las tumbas de la familia Albornoz, aunque recarga un poco el conjunto de la catedral, es muy digna de ser visitada; la puerta es del tipo que conviene a la entrada de una cámara mortuoria, por estar *adornada* con un famoso esqueleto de piedra. La *Reja* es excelente y también lo son las ventanas, que están intrincadamente pintadas y decoradas con blasones de armas. Las buenas pinturas del *Retablo* fueron donadas por el protonotario Gómez Carrillo de Albornoz, que había vivido mucho tiempo en Italia; están ejecutadas por Hernando Yáñez, un artista capaz cuyas obras son muy raras en España; se dice que fue discípulo de Rafael, pero su estilo es más florentino que romano.

Entre los muchos sepulcros principales obsérvese el del gran cardenal Gil Carrillo Albornoz, cuya vida ha sido escrita por Baltasar Parreño; obsérvese también la tumba de su madre, Teresa de Luna, y la airosa figura militar que hay a la izquierda del altar mayor. Hay asimismo otras obras de Xamete en las capillas de San Fabián, San Mateo y San Lorenzo.

Cerca de la catedral está el palacio episcopal, con una fachada de gótico mixto y un buen salón en su interior, llamado *El de San Julián*, todo lo cual fue completamente saqueado por los franceses.

Muchas de las parroquias más antiguas están construidas contra las murallas y, de esta manera, contribuyen a su efecto irregular y pintoresco. Los interiores, en general, han sido lamentablemente modernizados por el clero, en otros tiempos rico, que torturó sus finas maderas hasta darles formas doradas y churriguerescas, cursis y ostentosas; en el dedicado a *San Juan Bautista* están las tumbas de los Montemayor, una de las cuales data de 1462 y otra, hecha al gusto plateresco, de 1523, con la figura yacente de don Juan con atuendo sacerdotal.

Las curiosas *Casas Solares*, o sea mansiones familiares de los *Conquistadores*, están ahora abandonadas y sus escudos de armas continúan campeando sobre las hornacinas, semejantes a portales, de los muertos: los interiores fueron destripados por los invasores. Muchas de estas casas están pintorescamente construidas en declives, como, por ejemplo, el Alcázar de los *Mendozas*, que domina el Júcar; obsérvense las casas de las familias de Priego y Carrillo y algunas que hay en la *calle de Correduría*. La casa de la moneda, que ahora no se usa (porque no hay oro que acuñar), fue construida en 1664 por *Josef de Arroyo*. El convento franciscano fue erigido en el siglo XII por los templarios. La situación de las *Carmelitas Descalzas* sobre las rocas y el río es buena, como también lo es la de *San Pedro de Alcántara*, que está situado sobre el Júcar fuera de la ciudad. Cuenca fue en otros tiempos notable por sus colegios, sus imprentas, sus manufacturas, sus artes, ciencia e industria, todo lo cual fue tan completamente barrido por los franceses que Toreno, que lo narra con detalle, llega a preguntarse cómo es posible que una nación tan civilizada y humana pueda seleccionar, para su destrucción, las obras de la piedad y la cultura españolas. ¿Pues qué diría de las ruinas de Toledo y Salamanca?

Cuenca, en sus buenos tiempos antiguos, produjo grandes hombres de diversa excelencia. Entre sus personajes de nota cabe mencionar a los Mendoza y Gil de Albornoz, generales y prelados; a los artistas Becerril, Xamete, Yáñez y Mora, el mejor discípulo de Herrera. Aquí nacieron Figueroa, el poeta, y Alonso de Ojeda, el amigo de Colón, y finalmente, pero no en último lugar, Lope de Barrientos, el quemador de libros. La ciudad lleva en su escudo de armas «Gules, un cáliz sacramental, con una estrella de ocho rayos de plata». Para excursiones y rutas secundarias, véanse las páginas

siguientes.

Continuando la ruta desde Madrid a Valencia llegamos a *Fuentes*, situada en una hondonada muy sujeta a inundaciones del *Río de las Moscas*, el cual, como indica su nombre, será el deleite de pescadores con *mosca* artificial. *Reíllo*, de cimientos romanos, tiene un castillo arruinado en las alturas. *Cardenete*, que es una aldea grande, está cerca del *Guarzum* y el *Cabriel*, que corren bajo la serranía que separa esta cuenca de la del Júcar. Tiene un castillo viejo, construido por un miembro de la gran familia de Moya, cuyo marquesado estaba situado al norte, entre los ríos Cabriel y Alfambra. Utiel comunica con las interesantes minas de sal de Minglanilla, por Caudete, y el camino pasa por la Serranía de Contreras, que está en una comarca silvestre, áspera y cubierta de pinos y abundante en caza. *Requena* es ciudad grande, agradablemente situada en una *Vega* bien irrigada. Su población es de 1000 almas. Una diligencia va de aquí a Valencia. Las iglesias parroquiales de *San Salvador* y *Santa María* tienen buenas fachadas góticas. El camino entra ahora en la zona montañosa de las *Cabreras* o las *Cabrillas*, que separa Castilla de Valencia. Las alturas son ásperas y están cubiertas de pinos, y los valles, regados por claros arroyos, de los que los riachuelos de Buñol, Yatoba y Macastre fluyen hacia el Requena, que es afluente del Júcar. Cerca de la *Venta de Siete Aguas* entramos en la encantadora provincia de Valencia por un quebrado desfiladero de subidas y bajadas cortado por arroyos. Desde las alturas de las *Cabrillas* se abren ante nosotros las soleadas llanuras, moteadas por relucientes granjas y pueblos engastados en un paisaje de fertilidad sin parangón; en la distancia están las colinas que dominan Denia y el cinturón azul del mar. No lejos de *Buñol*, que está bajo las *Cabrillas*, hay algunas cuevas con estalactitas llamadas *«Las Maravillas». Chiva* es conocida por su *mala gente*, y los ladrones acechan en escondrijos que parecen hechos a propósito para ellos. Son famosos por su crueldad y con frecuencia tratan mal a sus víctimas, *dejándolos en cueros*, muy de acuerdo con la conducta de los antiguos ladrones orientales cerca de Jericó. Saliendo de las colinas y pasando la llanura arbolada *del Quart* vemos que se produce un cambio en la vegetación y contemplamos el algarrobo, el alfónsigo, el moral y la

palmera, así como también cañas altas y susurrantes. Ahora entramos en la *Huerta* de Valencia, el paraíso de los moros; de esta manera pasamos del desierto de las colinas a una tierra de promisión, rebosante de aceite y vino.

Ruta CV. De Cuenca a Valencia por Minglanilla

Localidad	Leguas	Total
Valera de Arriba	3	
Valera de Abajo	1	4
Bonache de Alarcón	2	6
Alarcón	3	9
Villanueva de la Jara	3	12
Iniesta	3	15
Minglanilla	2	17
Villa Gorda	3	20
Requena	5	25
Valencia	12	37

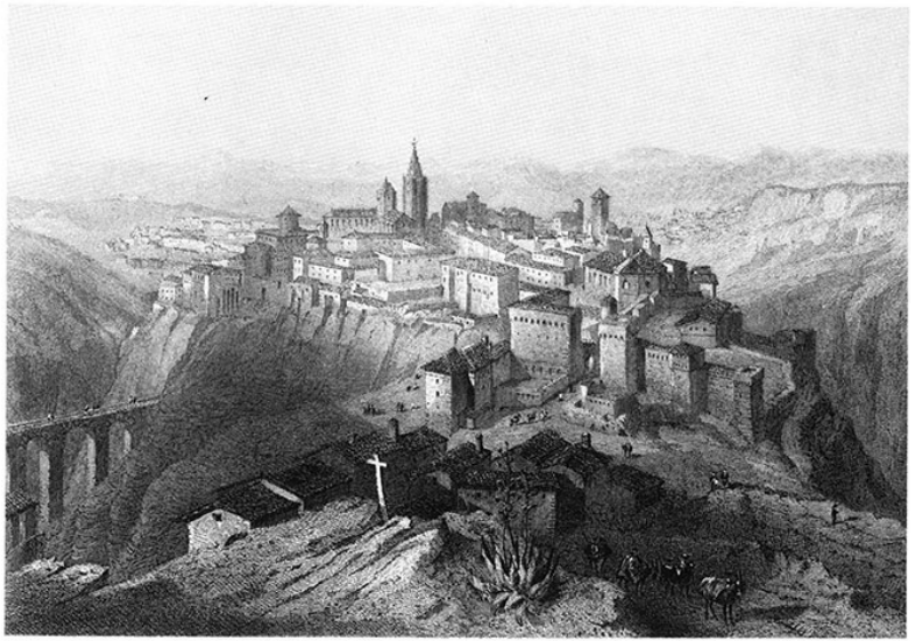
Este camino silvestre de herradura —conviene ir bien abastecido de provisiones— está lleno de interés para el pescador, el artista y el geólogo. *Alarcón*, población de 800 almas, una verdadera ciudad fortaleza mora, está construida, como una Toledo en miniatura, sobre una península rocosa ceñida por el Júcar. Sólo se puede entrar en ella por una angosta tira de tierra que ha sido comparada con el mango de una sartén, comparación más adecuada que elegante. El acceso por tierra está bien guardado por torres moras y un *Alcázar*, mientras que las puertas y los puentes, la empinada cuesta que conduce a la ciudad, con sus jardines, molinos de agua y desfiladeros, y el río que corre a sus pies, todo lo cual parece salido de la imaginación de un pintor, recuerdan Ronda. Esta ciudad, ahora en decadencia, pero en otros tiempos importante, cuenta todavía con cinco iglesias parroquiales. La *Santa María* tiene fachada gótica y tiene, o tenía, una magnífica *Custodia*, hecha por Cristóbal de Becerril (1575). La fachada de la *Trinidad* está ornamentada con armas y volutas de la mejor época de los Reyes Católicos. *Alarcón* fue tomada a los moros en 1177 por Fernán Martínez *Zevallos*, cuyos descendientes llevaron por esta causa el título de *Señores de Alarcón*, y fue a Hernando, uno de ellos, a cuyo cuidado fue entregado Francisco I después de Pavía. Sus comentarios, «*Los Hechos*», etc., folio, Madrid, 1665, son

verdaderamente caballerescos e interesantes. Esta ciudad, en julio de 1195, fue escenario de una tremenda batalla entre los moros y Alonso VIII de Castilla, y para los moros este año fue fecha memorable, *Amul-l-Alark*.

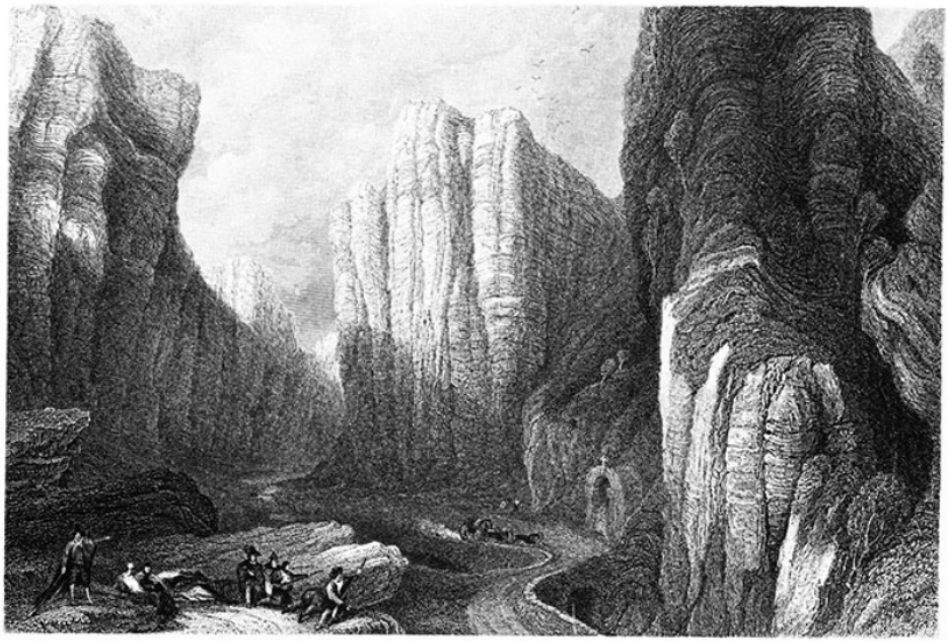
Villanueva de la *Jara* se encuentra, como indica su nombre, en una región de cistos. El nombre de *Iniesta* o retama indica también parecida situación botánica. Y, ciertamente, estas zonas desoladas están cubiertas de aromática maleza, que es deleite de la abeja y de las *ferae naturae*, que proliferan aquí. La iglesia parroquial de Iniesta es buena. Las famosas minas de sal están a cosa de dos millas al este de *Minglanilla*, cuya población es de una 1500 almas. Descendamos a las galerías, que, cuando están iluminadas, parecen las cuevas del tesoro de Aladino. Es más bien una cantera de sal que una mina y en pequeña escala puede compararse con las minas de sal de Wieliczka, cerca de Cracovia. Se diría que son inagotables, y su explotación da trabajo a la zona. Los mineros, vistos en bóvedas de cristal, parecen parientes de la mujer de Lot después de su salina transformación. El camino cruza ahora la silvestre Serranía de *Contreras*, entrando luego en una comarca arbolada y abundante en caza, y de allí se sigue hasta el Cabriel, que se une al río Júcar cerca de *Cofruentes (confluentes-Coblenza);* de aquí se pasa a *Requena*, entre cuyos pinos y rocas se ven fragmentos de paisaje dignos de Salvator Rosa.

Los que, habiendo hecho la gira de Cuenca, quieran visitar Murcia antes de seguir hasta Valencia tienen que volver al camino real de Madrid en Almansa y seguir desde allí hacia el sur por la ruta XXX.

David Roberts, Salamanca

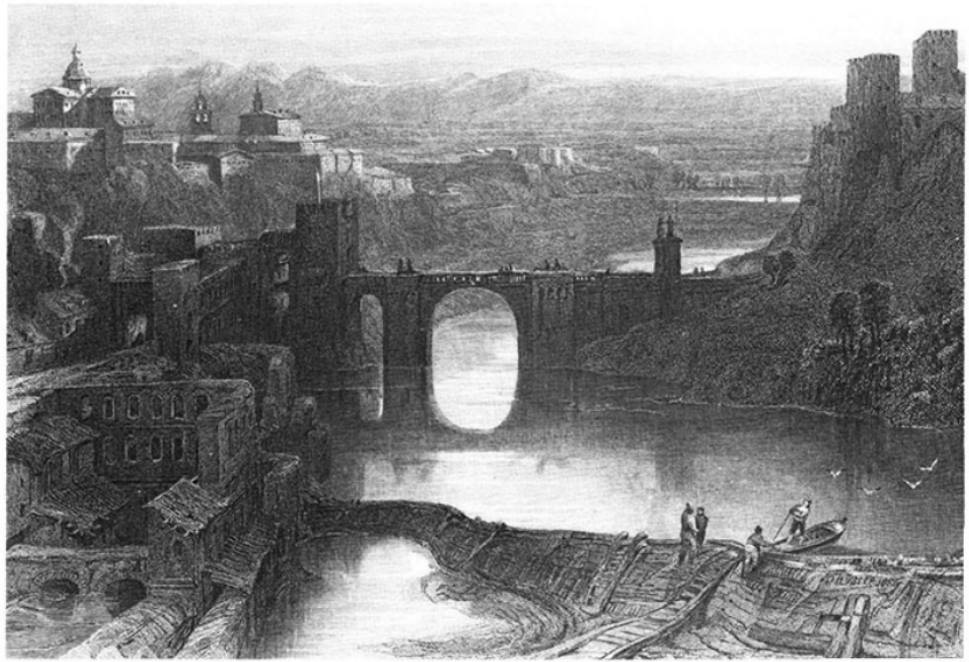


R. Freres, Cuenca



David Roberts, Desfiladero de Pancorbo

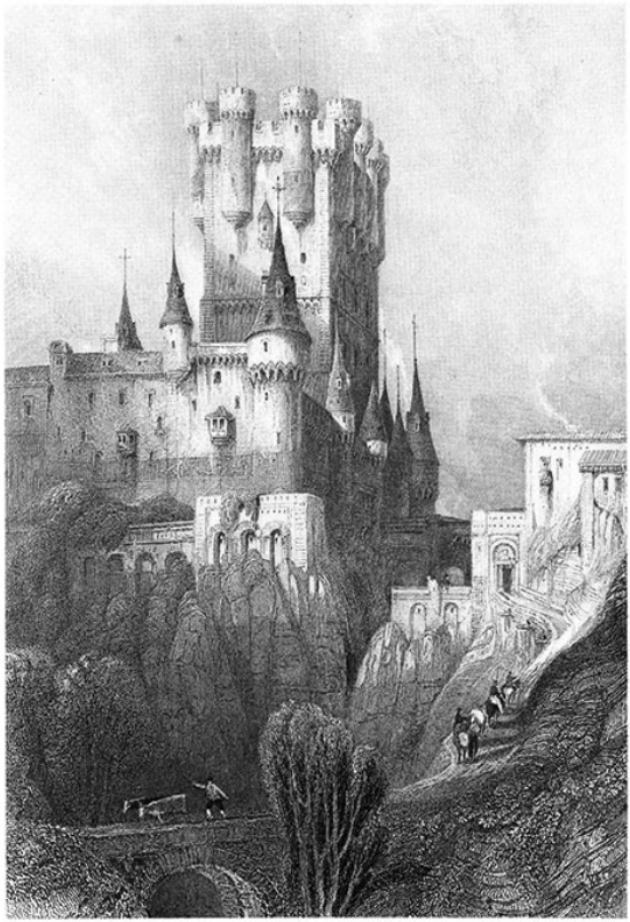
David Roberts, Segovia



David Roberts, Toledo

David Roberts, Escalera de la Catedral de Burgos

David Roberts, El Escorial



David Roberts, Alcázar de Segovia

Ruta CVI. De Cuenca a San Clemente

Localidad	Leguas	Total
Valdeganga	3	
Valverde	3	6
Cañavete	3	9
San Clemente	3	12

Esta ruta carece de interés, los pueblos están arruinados y la comarca apenas poblada por gente azotada por la pobreza, porque pocas zonas de España fueron devastadas más frecuente o cruelmente por los invasores, en particular a las órdenes de La Fontaine, Víctor y Frere. Véase, por lo que se refiere a los tristes detalles, Schepeler, III, 118.

Excursiones cerca de Cuenca

Las posibilidades son numerosas y llenas de atractivos para el geólogo y el pescador de caña. En *Bonache* está la curiosa *Cueva del Judío*, y en *Ballesteros*, al sur de Cuenca, hay un lago negro llamado precisamente *La Laguna Negra*, de la que se dice que tiene comunicación subterránea con la de *Fuentes*, ya que han aparecido en una cabezas de ganado ahogadas en la otra. De otro lago, llamado *el Pozo Ayrón*, que dista una legua de *Almarcha*, se dice que no tiene fondo. Cierto don Buesso, según asevera la leyenda, arrojó a él a 24 de sus amantes completamente desnudas, y una de ellas tiró de él hasta hacerle caer con ella. Cerca de *Montalvo*, a cinco leguas de Cuenca, hay otro lago que, sin embargo, tiene fondo y es somero; la caza de aves silvestres en invierno es allí magnífica. Visítese con antorchas la cueva de estalactitas llamada *la Cueva de Pedro Cotillas*, que está a unas tres leguas subiendo el delicioso valle del Huécar, cerca de *La Cierva*, donde se encuentran bellos jaspes violeta. El Huécar es menor que el Júcar, pero sus aguas poseen una cualidad curiosamente fertilizante, como lo demuestran sus riberas ajardinadas. Toda la ruta hasta *Palomera*, a dos leguas, es de verdor perenne, gracias a perennes *fuentes* que surten a Cuenca de agua abundante, y la zona poseyó además un excelente especialista en hidráulica, en 1538, llamado Juan Vélez. La *Fuente del Frayle*, cerca de Palomera, es más digna de una Egeria que de un fraile ilota. Los molinos que hay junto a estos arroyos y los pinos y las rocas cubiertas de flores silvestres son verdaderamente pintorescos.

El botánico y el pescador de caña pasarán otro día subiendo al Júcar. El valle no tarda en ensancharse y convertirse en un paisaje semejante a Suiza; alrededor de una milla cuesta arriba están las *Fuentes del Rey*, donde acampó Alonso. Dominando todo esto, un arroyo truchero, que brota de la montaña, riega la llanura. A dos leguas de distancia está el *Val de Cabras*, famoso por sus pinos, que flotaban Tajo abajo hasta Aranjuez a fin de abastecer a Madrid de

madera de construcción. El *Pinus Hispalensis*, llamado *Alvar* por los madereros, abunda mucho. A legua y media más arriba está *Una*, con su *Laguna*, o lago, bien abastecida de truchas y en la que hay una isla móvil (?). Cerca de aquí hay ciertas minas de carbón y una de buen *Azabache*. Los que quieran extender sus investigaciones geológicas o piscatorias y volver a Madrid pueden seguir el trayecto siguiente:

Ruta CVII. De Cuenca a Madrid por Sacedón

Localidad	Leguas	Total
Buenache de la Sierra	2	
Beamud	3	5
Tragacete	3	8
Checa	5	13
Peralejos	2 ½	15 ½
Cueva del Hierro	2	17 ½
Beteta	1	18 ½
Cañizares	2	20 ½
Priego	2	22 ½
Val de Olivas	2	24 ½
Alcocer	2	26 ½
Sacedón	2	28 ½
Auñón	2	30 ½
Tendilla	3 ½	34
La Armilla	2	36
Santorcaz	3 ½	39 ½
Los Hueros	2 ½	42
Puente de Viveros	1	43
Madrid	3	46

La parte montañosa de esta ruta es un silvestre camino de herradura y casi sin hospedaje, sobre todo las primeras 13 leguas; contrátese, por lo tanto, un guía y póngase cuidado en abastecerse de provisiones. En *Bonache*, los jaspes de color púrpura compiten con los amarillos y purpúreos que se encuentran en la *Hoya de Machado*, a dos leguas y media al este de Cuenca, donde debe visitarse la *Cueva del Judío*.

Tragacete, cuya población es de unas 900 personas, está situada en un valle ceñido por colinas y regado por el Júcar, que nace cerca de allí; aquí se encuentra cristal de roca. La siguiente jornada a caballo lleva al viajero a las nudosas e intrincadas *Sierras de Albarracín* y *Molina de Aragón*; cruzando el *Cerro de San Felipe*, en *Puente García*, que es su centro, el Tajo brota de una pequeña fuente, en su cuna rodeada de nieve: la situación es romántica. El valle está ceñido por montañas y por la *Muela de San Juan*, o sea

la mandíbula de San Juan, en cuyas alturas la nieve dura ocho meses al año. El Tajo corre hacia el oeste, mientras que, en la serranía de enfrente, nace el Cabriel, un afluente del Júcar, ambos excelentes por lo que se refiere a la pesca de truchas. Estos alambiques de las montañas centrales abastecen luego de agua a muchos otros ríos. El *Turia* o Guadalaviar, «*Wada-l-abyadh*» o «el río blanco», nace en la *Muela de San Juan* y fluye hacia Valencia; el *Mesa*, buen arroyo truchero, nace frente a las *Fuentes de Jarava* y va a *Molina de Aragón*, muriendo luego en el Tajo. Entre otros buenos ríos trucheros se encuentra el *Escabas*, que nace en el *Cerro Canales*, cerca de Tragacete, y corre por Priego para morir en el Guadiela. Por todas partes se ven indicios de actividad volcánica, porque se forman muchos lagos en antiguos cráteres, como los de Barbagada, Mintrosa, *Cabdete* y Valmoro.

Saliendo de Tragacete se cruza el *Cerro de San Felipe* y se llega a los pinares de *Checa*, que están bellamente situados junto al Cabrilla; de aquí se va a Tremedal, que está a la derecha, cerca de Orihuela, y durante mucho tiempo ha sido famoso por su «lugar alto» y su imagen bajada del cielo, a la que se hacían peregrinaciones. Los franceses, a las órdenes de Henriod, saquearon Orihuela el 25 de noviembre de 1809 y volaron el santuario, pero la imagen fue escondida por un campesino y, después de retirados los destructores, fue sacada de nuevo con gran pompa de su escondrijo, y su salvación ha sido considerada desde entonces como un nuevo milagro. *Peralejos de las Truchas*, nombre que le hará la boca agua al pescador de truchas, es buen lugar para hacer alto. Ahora entramos en la zona de las aguas minerales: al llegar a *Beteta* visítese *La Cueva de los Griegos*, cuyas aguas goteantes tienen cualidades petrificantes; en *Los Baños de Rosal* hay un manantial ferruginoso caliente, con una fuente de agua dulce que sale de debajo de la ermita de esta Virgen *del rosal*. Las aguas han sido analizadas: véase «*Noticias*», cuarto, Domingo García Fernández, Madrid, 1787.

Beteta, que en árabe significa «Espléndido», conserva todavía partes de sus muros y su *alcázar* moros. Los principales baños están en *Solán de Cabras*, llamado ahora *real sitio* por haber sido visitado por Carlos IV y Fernando VII, para cuya comodidad se hizo

una carretera que sube valle arriba. La localidad tiene forma ovalada y está ceñida por colinas cubiertas de pinos y regadas por el *Cuervo*, buen arroyo truchero y afluente del Guadiela. El manantial de aguas minerales nace al pie de la colina de *Rebollar* y los baños están muy cerca; el frecuentado por las personas reales está dedicado a San Joaquín. A principios del siglo XVI unos pastores observaron que sus *Cabras* se bañaban en el agua cuando tenían achaques cutáneos y, siguiendo el ejemplo de las bestias, llegaron a descubrir su secreto. La temporada de los baños es del 15 de junio al 15 de septiembre, y entonces las aguas se usan tanto interna como externamente: tienen un sabor subácido, con un promedio térmico de 17º sobre cero Réamur. Son algo viscosas al tacto, como si contuvieran petróleo y también hidrocloratos de sosa y magnesia, combinado con gas de ácido carbónico. De estos baños sale en dirección a Madrid una carretera apta para vehículos; también se puede ir a ellos desde Cuenca por una ruta más corta que la que acabamos de describir, pues tiene solamente 10 leguas de longitud y va por *Priego*, donde hay una posada *grande* y decente y cuya población es de unas 1100 almas. El lugar está bellamente situado sobre una eminencia que domina un excelente arroyo truchero, el *Escabas*, cerca del cual hay muchos *montes y dehesas* que abundan en caza, sobre todo la zona situada cerca del verdaderamente confiscado *Desierto*, un monasterio fundado por Carlos III. *Priego*, edificado a los pies de la sierra, combina las producciones del monte y llano y es buen lugar de estancia para el pescador de caña. El pan, el cordero y los vinos son excelentes y baratos, pero el campesinado es muy pobre en medio de tanta abundancia. Tiene un castillo en ruinas, una vieja iglesia gótica y una nueva, comenzada, con rústico campanario al estilo de Brunelleschi, obra de Miguel López. La flora es muy interesante; cerca de allí corre el bello arroyo truchero de *Trabaque*, muriendo en el Guadiela, de donde las aguas claras y verdemar, juntas, penetran serpenteantes en el Tajo por entre rocas de arenisca roja, con encantadores y artísticos puentes y molinos. Después de pasar por la decaída *Alcocer*, la comarca cambia de carácter, y dejamos la cuenca del Guadiela, yendo tierra adentro hacia *Sacedón*, que, con una población de 2500 personas, está situada en un pintoresco valle rodeado de

colinas. Los baños calientes, las antiguas Thermida, son muy frecuentados durante una temporada que va de junio a septiembre por los *Madrileños* enfermizos, y en esos meses hay una diligencia de la empresa Carsi y Ferrer que va y viene. Las aguas fueron analizadas en 1801, y se describen en un tratado publicado en este mismo año en Madrid por Villalpando. Los principales ingredientes son muriato de cal y magnesia; la mineralogía de la comarca es curiosa. Se encuentran aquí ciertos cristales marcados con óxidos de hierro y llamados *Piedras de San Isidro* en honor del labrador, patrono de Madrid. Fernando VII fundó aquí una pequeña ciudad-balneario que se llama ahora *El Real Sitio de Isabel*.

Al sur de Sacedón, en la orilla opuesta del Guadiela, está *Almonacid*, donde Sebastiani derrotó a Venegas el 15 de agosto de 1809. Este hombre mandaba
27 000
hombres y tenía instrucciones de cooperar con Cuesta y el duque de Talavera, pero se mantuvo al margen, como consecuencia de instrucciones secretas que había recibido de la traidora *Junta* de Sevilla. Con la iniciativa en sus propias manos, toda su conducta reveló una crasa ignorancia de su profesión, porque el día 10 debiera haber atacado a los franceses, que eran muy inferiores a él en número, pero demoró el ataque hasta que llegaron las reservas francesas, y entonces, precisamente cuando hubiera debido evitar el combate, lo provocó y fue derrotado de manera completa e instantánea, hasta el punto que un solo y bravo ataque francés de caballería bastó para poner a todo su ejército en fuga, con él mismo a la cabeza, mientras que sus tropas, desmoralizadas y mal equipadas, no pudieron hacer otra cosa que seguirle. Este sujeto lamentable fue luego recompensado con el cargo de gobernador de Cádiz y más tarde recibió el título de marqués de la *Reunión* de manos de Fernando VII. ¿Es posible imaginar una broma de peor gusto en el nombre?; de esta manera, el título de una *Belle Alliance* le fue otorgado al mismo *delincuente honrado* que, al no realizar precisamente una reunión, expuso la causa aliada en Talavera en tan inminente peligro. Para completar estas *Cosas de España*, Toreno imputa del desastre de Almonacid a un cierto Zolina, otro general del ejército español que se negó a luchar como

consecuencia de un mal agüero de su caballo, que había tropezado en el avance. Según Schepeler, este hombre llevaba siempre un capellán consigo, y en las batallas no desenvainaba nunca la espada, sino que contaba las cuentas del rosario, y en otra ocasión se resistió a cruzar un arroyo susurrante porque tomó el ruido por un aviso del cielo contra tal idea. ¿Es de extrañar, por lo tanto, que los ejércitos españoles se vieran desbaratados por todas partes como ovejas ante los franceses, que iban dirigidos por tan buenos oficiales? ¿De qué servía la bravura individual de los soldados españoles cuando se veían expuestos de esta manera a la vergüenza de traidores e incapaces en plena batalla, mientras que, antes y después de ésta, se veían privados de todo lo que es necesario para el soldado por sus ignominiosas juntas y gobiernos?

A cuatro leguas de Almonacid está *Huete*, ciudad de mala fama, ya que, como dice el proverbio, *Huete, míralo y vete*; y aquí, en 1706, fue saqueado el equipaje de Lord Peterborough por sus dignos habitantes que también asesinaron a algunos prisioneros ingleses, en vista de lo cual nuestro general tomó el lugar, pero, a pesar de tan justa provocación y por ser la misericordia prueba de la verdadera nobleza, ni incendió ni saqueó la llanura, *a la Medellín* o *Uclés*, sino que se limitó a subir hasta el convento, donde se habían refugiado todas las mujeres, huyendo de la temida venganza de nuestros compatriotas, doblemente gallardos, alegando que quería preparar unas fortificaciones, pero «en realidad sin otro objeto que echar una ojeada a la temblorosa nidada». Peterborough, después de esto, se fue de España, asqueado de su ingrato gobierno: sus irritados sentimientos quedaron, en consecuencia, concisa paro duramente expresados en una carta a «la vieja Sara»: «España es el país más desagradable del mundo, sus oficiales los más grandes ladrones, sus soldados los mayores cobardes; lo único que es allí tolerable es la gente de tu sexo, y aun eso está rodeado de los más grandes peligros».

Saliendo de *Sacedón* penetramos en unos desfiladeros silvestres cubiertos de pinos y de allí salimos a la garganta del Tajo, cruzado en este lugar por el *Puente de Auñón*; luego, por una meseta cubierta de maleza, llegamos a un profundo valle, con un convento de encantadora situación, y acabamos en *Tendilla*, ahora decaída, pero en otros tiempos reducto de los poderosos Mendozas, cuyo

alcázar en ruinas sigue dominando sombrío la comarca. El primer *Alcaide* de la Alhambra tomó su título de esta ciudad. Madrid se encuentra a 13 leguas de distancia. Los que no han visto *Guadalajara* y *Alcalá de Henares* pueden volver por la ruta CXI. Hay una ruta más corta de Cuenca a Madrid por las llanuras y por una silvestre comarca de tierras altas y bosques, abundante en caza.

Ruta CVIII. De Cuenca a Madrid

Localidad	Leguas
Albacete o Cañaveras	6
Priego	2
Madrid	8

Los que vayan a seguir de Cuenca a Valencia o Zaragoza y quieran visitar partes de estas montañas geológicas y estos valles piscatorios deben ir primero a *Teruel*, de donde salen carreteras que se bifurcan hacia Aragón y Valencia y que, aunque no pertenecen, estrictamente hablando, a esta sección, pueden incluirse aquí por comodidad.

Ruta CIX. De Cuenca a Teruel

Localidad	Leguas	
Buenache	3	
Tragacete	5	8
Frías	3 ½	11 ½
Albarracín	3	14 ½
Venta de Falantre	2 ½	17
Teruel	2 ½	19 ½

Cuídese de ir bien abastecido de provisiones y contrátese un guía local, porque la comarca es silvestre y los caminos ásperos e intrincados, pero pueden conducir al viajero a comarcas que son la alegría del pescador de caña y el geólogo. *Albarracín* es una silvestre población de montaña, con menos de 2000 habitantes y construida bajo una eminencia sobre la que se levantaba en otros tiempos la ciudad antigua, como muestran aún sus murallas y ruinas. El cortado *Barranco* del Guadalaviar es pintoresco; las nieves y el frío del invierno son duros. Esta zona está muy poco poblada, con un campesinado pastoral que cría ovejas en pequeña escala, pero que producen buena lana y excelentes chuletas. Los pinares abastecen de combustible a las numerosas *ferrarías*, en las que el abundante mineral de hierro sigue siendo fundido tan toscamente como en tiempos de los celtíberos; a pesar de todo, aunque el terreno esté sin cultivar y el hombre se vea impelido por las instituciones pervertidas a la pobreza y la ociosidad, la naturaleza, siempre activa, ha vestido estos páramos con hierbas aromáticas y, como ella, las abejas están siempre ocupadas. Aquí el aire está perfumado por todas partes con el aroma de las flores silvestres, los anuncios con que Flora atrae solamente a sus diminutos clientes alados, porque ningún botánico bípedo ha investigado jamás estas abandonadas dulzuras. La miel es deliciosa, y *Moya*, con sus colinas, cerca del Cabriel, es el Himeto de España; de aquí procedía, probablemente, la «mel excedente hispanicum», que es elogiada por Petronio Arbitro.

TERUEL, situada en Aragón, es la principal ciudad de su partido:

su población es de unas 7500 almas: la *posada* no pasa de decente. Vista desde lejos, con sus viejas murallas, puertas y torres aragonesas, la ciudad tiene un aspecto que impone, levantándose sobre su bien arbolada *Vega* junto al Turia, que aquí se une al Alfambra, ambos buenos ríos trucheros. El interior es sólido y sombrío. La catedral, elevada a la categoría de sede en 1577, es oscura y está muy desfigurada por el estuco y el estilo churrigueresco. Las sillas corintias del coro son buenas y mejor todavía es el *Retablo* cinquecento, noble obra de Gabriel Yoli, escultor francés que floreció aquí hacia 1538. Obsérvense también la portada y las columnas de la magnífica *Capilla de la Epifanía*; a la derecha del crucero hay un cuadro que representa a las Once mil Vírgenes, pintado por Antonio Bisquert, raro pintor valenciano.

El palacio episcopal tiene un grandioso *Patio*, por más que el *corredor* superior ofenda a la vista por tener más columnas que los inferiores, que, de esta forma, están situadas sobre las coronas de los arcos. En la *Parroquia de San Pedro* hay otro buen *Retablo* de Yoli, con pinturas de los santos patronos San Joaquín y Santa Teresa, obra de Bisquert. Todos aquéllos cuyo corazón haya sido alguna vez tocado por la tierna llama debieran visitar el claustro en donde se conservan los restos de los «amantes de Teruel», tan familiares a los lectores de obras de teatro españolas. Los nombres de estos Abelardo y Eloísa peninsulares eran Isabel de Segura y Juan Diego Martínez de Marcilla. Murieron en 1217 y sus esqueletos fueron traídos aquí en 1708. Véase «*Los Amantes de Teruel*», de Pérez de Montalbán. En la iglesia de *Santiago* hay un buen Cristo muerto, obra de Bisquert, que evidentemente formó su estilo sobre el modelo de Ribalta, los Carraccis y Sebastián del Piombo: Bisquert murió de dolor en 1646 porque Francisco *Ximénez*, y no él, había sido escogido para pintar la «Adoración de los Reyes» en la catedral. Sus obras son muy raras, apenas conocidas en España y completamente desconocidas fuera de ella.

El antiguo *Colegio de Jesuitas*, y ahora *Seminario Auxiliar*, es un bello edificio. Examínese sin falta y con cuidado el acueducto *Los Arcos de Teruel*, que es digno de los romanos, tanto por su forma como por su intención y solidez. Fue levantado en 1550-60

por un arquitecto francés de gran pericia llamado Pierre Bedel. Teruel lleva en su escudo su río, un toro (de donde *Teruel*) y, encima, una estrella. Ahora estamos en el centro mismo de este núcleo de la actividad volcánica. En *Caudete* y *Concud*, a una legua, hay algunos de los yacimientos de huesos más grandes de Europa, y, como hasta ahora apenas han sido mencionados por Bowles, están pidiendo a gritos la llegada del doctor Buckland. Los huesos se encuentran aquí en todos los estados posibles, tanto fósiles como no fósiles, y se ha conjeturado, en vista de la abundancia de restos humanos, que aquí tuvo que librarse alguna gran batalla: la *Cueva Rubia*, que es como Kirkdale, sólo que en gran escala, merece ser investigada con detenimiento. La ciudad y todos sus distritos fueron saqueados por Suchet, que no perdonó iglesias ni chozas, edad ni sexo.

Ruta CX. De Teruel a Calatayud

Localidad	Leguas	Total
Caudete	2	
Villarquemado	2	4
Torremocha	2	6
Villafranca del Campo	2	8
Monreal del Campo	2	10
Camin Real	1	11
Calamocha	2	13
Vaguena	3	16
Daroca	2	18
Retascón	1	19
Miedes	3	22
Belmonte	2	24
Calatayud	2	26

Ésta es la carretera de Zaragoza y la que recorrió Fernando VII, llegando desde Valencia, a su vuelta del cautiverio en Francia. Fue en *Daroca* donde se enteró de la caída de *Buonaparte* e inmediatamente se puso a meditar el derrocamiento de las *Cortes*, acto al que, de haber sentido él repugnancia por cometerlo, que no era el caso, la nación le habría impelido. Harta de la incapacidad y la licencia de sus malos gobernantes y desesperando de todos sus remedios, la nación se lanzó de cabeza en brazos de un jefe legítimo y, huyendo de tiranuelos, dio la bienvenida incluso a un despotismo en el que veía al *poder* y en el que esperaba encontrar paz y protección; pero ésta ha sido siempre, y siempre será, la «tabula post naufragium», la gran roca de apoyo en una tierra cansada. No es sino la χειροκρατια que Polibio consideraba consecuencia y eutanasia de la democracia. España, al dar la bienvenida de nuevo a los Borbones, se semejaba a Roma, que acogió con júbilo el absolutismo de Tiberio y que, como Fernando, despreciaba a sus esclavos: «Oh homines ad servitutem paratos» (Tácito, «*Anales*»), Los grandes dieron el ejemplo, echándose encima las cadenas de la legitimidad, y todos se apresuraron, para usar las palabras del mismo filósofo, a «ruere in servitium; consules, patres, eques,

quanto quis *inlustrior*, tanto magis falsi ac festinates, lacrima, gaudium, questus, adulationes miscebant».

Ésta fue una reacción que los amigos de preguntarse el porqué de las cosas, y que no sabían nada de España y de los españoles, nunca han conseguido explicarse ni han cesado de acusar a Fernando de ser un Nerón y un monstruo, pero para todos los conocedores de este país y de su pueblo es una cosa que no podía dejar de ocurrir y en la que el rey fue solamente la cabeza de la serpiente, cuyo avance era impulsado por la cola misma. El intuitivo duque previo con mucha anticipación todo esto y, escribiendo el 5 de septiembre de 1813 (parte de guerra), observó: «Si el rey vuelve, echará abajo todo este andamiaje, a poca energía que tenga», y esto es justo lo que se hizo.

Después de cruzar la zona de los huesos y los fósiles, la carretera sigue al Jiloca, que nace cerca de *Celda*, aldea cuya *Parroquia* contiene un excelente y pintoresco *Retablo*. Monreal fue fundada en 1120 por Alonso I de Aragón a manera de freno contra Daroca, que no tomó a los moros hasta dos años más tarde. *Daroca*, con 500 habitantes, tiene una pasable *Posada*. El nombre,
Dar-Auca
, indica que fue en otros tiempos el *Duar* o residencia de la tribu de *Auca*, y ahora es el núcleo principal de la fértil cuenca del Jiloca y de una zona abundante en trigo y vino. Su situación es muy pintoresca, en un valle rodeado de colinas, en tomo al cual se levantan eminencias defendidas por murallas y torres moras que, como en Jaén, se adaptan a las incidencias irregulares del terreno y dominan encantadoras vistas desde su altura. Daroca, situada en cierto modo en un embudo, está muy expuesta a inundaciones, y de aquí que hayan excavado una *Mina* o túnel, a modo de salida para las aguas crecidas; el pasaje, cuando está seco, se usa ahora también a manera de *Rambla* o camino. Esta obra, de utilidad y magnificencia verdaderamente romanas, fue realizada en 1560 por Pierre Bedel, el mismo y capaz francés que levantó el acueducto de Teruel. El túnel tiene 2340 pies de longitud, 24 de anchura y 24 también de altura.

Pero Daroca se jacta de más grandes maravillas que ésta. Primero tenemos la *Rueda*, una milagrosa rueda de molino que

durante una inundación, en la noche del 14 de julio de 1575, se puso a girar por su propia iniciativa, rompiendo las puertas de la ciudad y dejando de esta manera que salieran las aguas, con lo que salvó a los ciudadanos, porque los vigilantes y guardianes estaban, como de costumbre, profundamente dormidos. Esta *buena suerte* tuvo lugar, muy apropiadamente, el día de *San Buenaventura*, en vista de lo cual la rueda fue guardada, como reliquia, en la *calle Mayor* y puesta allí debajo de un cuadro que representaba a esta *fortuna bona virilis*. La segunda maravilla es el hombre de piedra, no el *Convidado de Piedra* de Don Juan, sino el cuerpo petrificado de un cierto Pedro Bisagra, que fue puesto en *La Trinidad* con un cesto en el brazo. Este fósil, cuando estaba vivo, tenía la costumbre de robar uvas y, atrapado una vez en flagrante delito, negó el hecho, añadiendo que esperaba, si contaba una mentira, que *Los Santos Corporales* le convirtieran en piedra, lo cual hicieron sin tardanza, y el culpable, en esta pétrea transformación, perdió dos tercios de su altura original, contrayéndose como un catalejo encogido. El geólogo, después de observar los huesos fósiles de *Caudete*, debiera informar sobre este raro espécimen, que el naturalista puede comparar con el hombre de agua de *Liérganes*. La tercera y mayor maravilla del mundo pasado y presente es *Los Santos Corporales* o, como se llaman aquí, *El Santo Misterio*, que se conserva en la *Colegiata*. Esta bella iglesia gótica, construida por Juan II de Aragón, que murió en 1479, fue modificada en 1587 por Juan Marrón, que hizo la portada corintia y el bajorrelieve del *misterio*. La torre es mucho más antigua, por haber sido levantada en 1441 por el rey Alonso V. La capilla en que se conservan las reliquias tiene un *Retablo* del cinquecento, con columnas salomónicas de mármol negro y una Ascensión de la Virgen esculpida en 1682 por Francisco Franco. La leyenda ha sido autorizada por muchos papas y está consagrada por innumerables indulgencias concedidas todavía a los fieles creyentes. El lector que quiere enterarse de todos los auténticos detalles deberá consultar «*La Historia de los Corporales*», octavo, escrita por Gaspar Miguel de la Cueva, Zaragoza, 1590. El «*Rasgo*», de Moya, página 113. «*Crónica de España*», de Beuther, Valencia, 1604, II, 42. Hay

también una historia local de Daroca, «*Antigüedades*», cuarto, Núñez y Quílez, Zaragoza, 1691. Los hechos, contados en resumen, son como sigue. En 1239, un cierto don Berenguer *Dentenza* estaba sitiando el castillo de Chío, cerca de Bellus, en Valencia, cuando 20 000 moros acudieron a ayudarle, en vista de lo cual el Dentatus español salió a su encuentro con cinco caballeros para rechazarlos. El cura de Daroca había consagrado previamente seis *hostias*, pero antes de que el grupo tuviera tiempo de comulgar, los infieles les atacaron; en vista de ello el sacerdote, cuya vocación era pacífica, echó a correr sin tardanza, pero primero envolvió las seis formas en sus *Corporales* o paños (en inglés *Corporex*), tirándolas a unos arbustos. Los seis españoles, como era normal en aquellos tiempos de milagros, derrotaron fácil y rápidamente a los 20 000 moros, y cuando ya no quedaron moros en la costa reapareció el cura, buscó y encontró sus *Corporales*, que ahora contenían, en lugar de seis hostias, seis pedacitos de carne ensangrentada; de esta manera quedó demostrada incontrovertiblemente la transustanciación. Pero ahora cada uno de los seis caballeros quería poner a buen seguro el tesoro, y la cuestión fue zanjada como sigue: fueron metidos en una caja y puestos a lomos de la mula del cura, acordándose que los corporales se quedarían donde quiera se detuviese el animal. La mula volvió por sí sola a Daroca, aunque estaba a más de 100 millas de distancia por montañas sin carreteras, y cayó de rodillas ante la *Parroquia* del cura (compárese con San Ramón Nonat). A partir de este momento comenzaron a llegar ofrendas, y gracias a ello se salvaron almas y la iglesia se enriqueció considerablemente de paso. Este milagro, por feliz coincidencia, tuvo lugar hacia la misma época en que sangró la *Hostia* en Viterbo, ante lo cual Urbano VI fue inducido, en 1263, a instituir la fiesta de *Corpus Christi*, cuya presencia en la forma, tanto local como corporalmente, quedó de esta manera demostrada, y ningún país cristiano ha ofrecido pruebas más maravillosas de este hecho que España; así vemos, en *Ivorra*, cerca de *Castelfolit*, la principal reliquia de las que allí se guardan recibe el nombre de *Lo Sant dupte*, o sea la santa *duda*, porque aquí, en el siglo XII, el cura,

habiendo consagrado la oblea, *dudó* de si ésta contenía sangre mortal, en vista de lo cual manó tanta sangre que el altar se vio inundado, y el paño con el que se limpió la sangre se convirtió en reliquia. También en Valencia, al incendiarse una iglesia, se encontró que un *Corporal* había quedado completamente intacto, y tan asbéstica reliquia se convirtió, como es natural, en objeto de veneración universal.

Si nuestros lectores pasan ahora a León, a Lugo y a El Escorial verán lo grandes que son el culto y la adoración en España a la *Santa Forma* u hostia consagrada, pero para los que creen sinceramente en la transustanciación, esta adoración es sin duda la consecuencia necesaria, porque aquí el Salvador está presente en carne, y no en cuerpo glorificado, en el que sólo existe verdaderamente por ser un espíritu inmortal, y en tal gloria, como en la transfiguración y aparición a San Pablo, ningún ojo humano puede contemplarle.

La doctrina de la transustanciación fue inventada por primera vez en el año 831 por un monje francés, un cierto Pascacius Radbertus, pero no tardó en desaparecer, hasta el siglo XI, cuando cobró nueva vida, y finalmente se consolidó en 1215 en el IV Concilio Laterano, del que todos los protestantes, y con toda la razón, disienten. De esta manera, la institución misma, que el divino fundador del cristianismo quería que fuese el símbolo de la pertenencia común a su doctrina y una hermandad religiosa de toda la humanidad entre sí, ha sido pervertida por Roma hasta convertirla en el baremo y la piedra de toque de la separación religiosa. Es imposible comprender las costumbres y las bellas artes españolas sin tener una idea de la manera en que el testimonio evangélico del sacramento es aquí sistemáticamente anulado. Aquí la espiritualidad ha sido corporeizada por completo y la letra y el significado de la institución falseados. Ante todo no se «*parte, el pan*», poniéndose en su lugar una oblea estampada; luego, la copa de la cual se ordenó «bebed *todos*» es negada al estado seglar. El Salvador, en la institución de este solemne memorial, sustituyó, como lo demuestran todas y cada una de sus palabras, el cordero de la Pascua de la antigua ley por un objeto conmemorativo mucho más conmovedor y emocionante en recuerdo de sí mismo una vez terminada la nueva revelación. Los españoles, sin embargo,

prefieren usar los elementos consagrados de la vieja acepción pagana de *Hostia*, o sea una víctima viva ofrecida en *sacrificio*, lo que contradice la evidencia de nuestros propios sentidos y que induciría incluso a un pobre pagano a exclamar de nuevo: «Ecquam tam amentem esse putas qui illud quo vescatur Deum esse credat?».

Es evidente que si se hace creer a la gente que el sacerdote tiene el poder, siempre y cuando le venga en gana, de hacer bajar a Dios del cielo y llevarlo en sus propias manos, esta invocación y el ministro que la realiza se elevarán por encima de la humanidad corriente. En consecuencia, cuando todos se arrodillan ante la hostia alzada, en realidad están arrodillándose ante el sacerdote que, en pie sobre el altar elevado, contempla desde esas alturas, ciertamente, al inferior rebaño que tiene a sus pies; y con el fin de dejar bien clara esta superioridad, tanto fuera de la iglesia como dentro de ella, la ley de Juan I, 1387, declara que todas las personas se arrodillarán en su presencia, incluso judíos o moros (véase libro I, tít. 1, ley 2). La hostia es mencionada y tratada como si fuera Dios mismo, «*Su Majestad*», y su presencia se anuncia con una campana, ante la que todos deben arrodillarse, como hemos visto hacer nosotros mismos en Sevilla, incluso cuando había un río tan ancho por en medio como el Guadalquivir, y también en el transcurso de una cena en la residencia del capitán general, cuando todos se levantaron y fueron a los balcones a arrodillarse. El pueblo, al oír la campana, grita: «*Dios, Dios*», y se descubre; de aquí el proverbio: «*Al rey viéndolo, a Dios oyéndolo*». Este homenaje se le hace al rey cuando se le *ve*, a Dios cuando se le *oye*; pero el viajero protestante hará bien en no ofender nunca a sus hermanos más débiles negándose participar en las genuflexiones generales ante un hombre que merece sin duda el homenaje de todos; y, ciertamente, hace unos años, el que rehusase hacerlo habría sido hecho pedazos por la muchedumbre. Lo normal es que, cuando se lleva la hostia a un moribundo, las personas que vayan en el primer vehículo con que éste tropiece se bajen y hagan sitio al sacerdote, costumbre por cierto que la realeza misma practica de manera ostentosa. Y también todos los Lunes Santos se lleva la hostia en una magnífica procesión a las casas de *los impedidos*, es decir, de los que se han visto *impedidos* de comulgar en la iglesia, y entonces las calles se adornan como para el paso del soberano, mientras el sacerdote,

llevando el *Viril*, pasa triunfalmente en una carroza dorada, asistido por los principales personajes, y contempla complacido a la multitud que se arrodilla a ambos lados santiguándose y golpeándose el pecho de manera sumamente oriental.

Los abusos y la profanación a que conduce a diario en España esta *transustanciación* serían difíciles de enumerar aquí. Primero hay que someter a *prueba* la sangre de Dios, ya que fue con ella cómo los dominicanos envenenaron al emperador Enrique III, en vista de lo cual el pontífice mismo la bebe por una caña. Luego, en todas las corridas de toros está siempre presente el sacerdote, por si acaso la necesitase alguien mortalmente herido, y si no ha hecho falta se vuelve a llevar a la iglesia. Y, de la misma manera, la procesión ornamental de la hostia que realiza el alcalde en el día de *Corpus Christi* es *el* espectáculo principal de muchas ciudades y de la misma manera sirve en otras ocasiones para entretener a la realeza. Estas observaciones podrían continuar indefinidamente, pero es tema que los protestantes apenas osan mencionar, por mucho que la familiaridad y la tendencia baja a materializar lo espiritual haya acostumbrado a los españoles a contemplar e incluso tomar a broma tan lamentables profanaciones.

Daroca lleva en su escudo «*seis hostias*», eclipsando de esta manera a Galicia y a Lugo, cuya honrosa distinción eran seis gansos, las *Ocas* inclinadas: la ciudad tiene también otras seis iglesias parroquiales. Visítese la de *Santiago*, cuya fachada es hermosa, mientras que dentro hay una pintura de la batalla de *Clavijo*, de Ambrosio Plano, pintor indígena. Daroca y la comarca entera fueron terriblemente devastadas en noviembre de 1809 por los invasores a las órdenes de Clopicki, y, sin embargo, Fernando VII, cuando fue restaurado en su trono por Inglaterra, eligió este lugar para dar una apresurada prueba de su gratitud, antes incluso de llegar a Madrid, e hizo público un decreto ordenando que el día de *San José* fuese celebrado de manera particular, con el fin de «*purificar*» a la inmaculada España de la mancha de los herejes, con lo cual aludía a sus liberadores ingleses; y, no contento con esto, no tardó en restablecer el «Santo Tribunal», aparentemente por las mismas razones y con el mismo objeto.

En estos lugares, el botánico encontrará campo amplio y hasta

ahora no investigado: la fruta es excelente, especialmente las peras llamadas *Pera Pan* y *Cuero de Dama*, y la manzana *camuesa*. Al sur de Daroca se encuentra la llanura de *Bello*, con su salobre lago *la gallocanta*, cerca del cual hay sosa, saxífraga y otras plantas salitrosas en abundancia; más allá está *Villar del Saz*, donde hay minas de hierro que abastecen a Calatayud (véase ruta CXII) de un mineral de fama inmemorial. Los que no quieran ir a *Calatayud* pueden atajar por *Cariñena*, 16 leguas, en cuyo *campo* de cereal crecen los buenos vinos *El ojo de gallo* y *Blanco imperial*, que constituyen la bebida habitual de Zaragoza. Los que estén escasos de tiempo pueden saltarse Daroca y desviarse en *Lechago*.

Molina de Aragón está situada a nueve leguas al sudoeste de *Daroca* y tiene una población de 3500 almas. Es la capital de su *Señorío* y fue incorporada a la corona de Castilla por el matrimonio de la heredera, María, con Sancho el Bravo en 1293. La ciudad está orientada al sur sobre una ladera, dominando el *Gallo*, que es un excelente arroyo truchero, y protegida por sus murallas y el alcázar contra los vientos del norte. Toda esta comarca fue saqueada por los invasores en noviembre de 1810, cuando tres partes de la infeliz ciudad fueron incendiadas y todos los pueblos cercanos saqueados, ya que los franceses recordaron y vengaron el antiguo odio de esta región a sus antepasados. La comarca fue cedida a Du Guesclin y a sus «*compagnies de pillards*» por Enrique II a modo de recompensa por sus servicios, ya que le ayudaron a destronar a su hermano, pero, irritado por el dictado extranjero, el pueblo se levantó contra sus nuevos amos, implorando la ayuda de Pedro IV de Aragón. Hay una buena «*Historia*» local escrita por Diego de Castejón y Fonseca, duodécimo, Madrid. 1641.

Ruta CXI. De Teruel a Valencia

Localidad	Leguas	
Puebla de Valverde	3	
Sarrión	2 ½	5 ½
Barracas	3 ½	9
Jerica	3	12
Segorbe	2	14
Torres Torres	3	17
Murviedro	2	19
Albalat	2	21
Valencia	2	23

Valverde, que se encuentra situada sobre una eminencia, tiene 1000 habitantes. La portada jónica de la parroquia tiene la fecha de 1591. Sarrión tiene una fuente minera, *La Escareluera*. Cruzando la áspera sierra de Javalambre y dejando a la izquierda la *Peña golosa* está Alventoso sobre su rocosa loma azotada por el *viento*, situada en una hondonada bien regada por los confluentes del Mijares; desde aquí, por una comarca áspera y silvestre, se va hasta la provincia de Valencia, en *Barracas*, cuyas colinas, así como las de *La Pina*, abundan en caza. No tardamos en bajar a las agradables y fértiles *Huertas de Jerica*, y allí el frío Aragón se convierte en la grata Valencia. *Jerica* (Jericó), cuya población es de 3000 almas, está situada bajo una ladera coronada por un castillo en ruinas a orillas del Palancia, que aquí está cruzado por un buen puente construido en 1570 por Juan de Muñatones, obispo de Segorbe. Se encuentran muchas inscripciones romanas en esta comarca. La *Parroquia* tiene una intrincada fachada de piedra; de aquí se sigue hasta *Segorbe*.

Ruta CXII. De Madrid a Zaragoza

Localidad	Leguas	Total
Puente de Viveros	3	
Alcalá de Henares	2	5
Venta de Meco	2	7
Guadalajara	3	10
Torija	3	13
Grajanejos	3	16
Almadrones	2 ½	18 ½
Torremocha	3	21 ½
Bujarrabal	2 ½	24
Lodares	2 ½	26 ½
Arcos de Medinaceli	2 ½	29
Huerta	2	31
Monreal de Arizar	1	32
Cetina	2	34
Alama	1	35
Bubierca	1	36
Ateca	2	38
Calatayud	2	40
Frasno	3	43
Almunia	3	46
Venta de la Ramera	3	49
Muela	2	51
Garrapinillos	2	53
Zaragoza	2	55

Se habla de un ferrocarril entre Madrid y Zaragoza, que continuará hasta Barcelona; entre tanto las diligencias siguen tomando el viejo *camino real*, y lo cierto es que resulta bastante poco interesante. Hay también diligencias que van por caminos secundarios y que hacen el trayecto de Madrid a *Alcalá* y a *Guadalajara*, los dos lugares más dignos de ser visitados; el viajero, por lo tanto, haría bien en visitarlos antes, habiendo reservado previamente un asiento en la diligencia de Guadalajara; los *Paradores de las diligencias* son las mejores posadas en todas partes. Los que tengan tiempo deberían visitar *Sigüenza* y *Medinaceli*, desviándose en Guadalajara y tomando la diligencia de

Zaragoza en *Huerta*. Después de salir de Madrid y antes de cruzar el Jarama, a la izquierda, está *La Alameda*, uno de los pocos conatos de construir una quinta o una casa de campo que se han hecho cerca de esta capital y donde la difunta condesa duquesa de Osuna se gastó *un dineral* en el vano intento de crear un oasis en pleno desierto. Cruzando el Jarama, a la derecha, está *Torrejón de Ardoz*, donde nació don Hernando Muñoz, cuyo padre tenía un *Estanco* o tienda de tabaco; este afortunado joven era guardia de corps de Fernando VII y sus patillas negras llamaron la graciosa atención de la bella Cristina, la cual, a la muerte de su real marido, le llevó a su lecho y le hizo duque de Rianzares: *intrépido es amor y de todo sale vencedor*.

Fue en Ardoz donde, en julio de 1843, llegó a su fin el agitado drama de la carrera de Espartero y un Waterloo español asestó el golpe final al regente aventurero y caricatura de *Buonaparte*; fue aquí donde los *valientes* de Narváez se encontraron con los *valientes* de Zurbano y, habiendo fumado prodigiosos puros unos contra otros, «confraternizaron» y envainaron las terribles espadas. Esta batalla de acuerdos acabó lo que había comenzado el traicionero convenio de Vergara; y entonces Narváez gobernó en lugar de él, más afortunado que César por haber sido elevado al gobierno sin pérdida alguna de preciosa vida humana, por lo menos en el campo de batalla, ya que la sangre «negra» se derramó bastante copiosamente en el patíbulo. El vencedor iba a haber recibido el título de duque de Ardoz. Al justipreciar los títulos *ducales* al otro lado del canal de la Mancha, la regla más segura consistirá en adoptar el significado que se da a otras palabras convencionales; tómese, por ejemplo, la expresión «vale un millón», la cual significa, en Inglaterra, un millón de libras esterlinas, pero, en Francia, es un millón de francos, y el franco equivale a *nueve peniques y medio*, mientras que, en España, donde se completa el paso de lo sublime a lo ridículo, se trata de un millón de *reales*, de los que caben 100 en una libra esterlina; y lo mismo pasa con los duques, ya que Fernando y sus sucesores hicieron duques por docenas, y *Buonaparte* y los Borbones por veintenas cada vez; pero en Inglaterra, la invencida por mar o tierra, sólo se han hecho dos duques en un siglo y medio: el de Marlborough y el de Wellington.

De esta manera, Nelson, que venció en el Nilo, murió con el título de vizconde, mientras que Monsieur Decres, que fue vencido allí y tuvo que huir, llegó a ser Duc et Pair.

Una comarca desnuda y monótona continúa hasta *Alcalá de Henares* (en árabe *El Nahr*), cuyo símbolo lleva esta universidad, en otros tiempos floreciente, en su escudo de armas. El lugar parece imponente cuando se ve desde lejos a causa de sus murallas, pero por dentro todo es decadencia. La ciudad vieja, *Alcalá el viejo*, fue construida sobre el *Cerro de San Julián del Viso* y se llamaba *Complutum*, quasi *confluvium*, a causa de la unión de ríos. Fue tomada por Alonso VI, inducido a ello por una visión de la cruz en el aire, vista por el arzobispo Bernardo, a quien el monarca concedió todas las tierras situadas cerca del lugar de tan oportuna visión; de aquí la prosperidad del lugar, que creció bajo la fructífera protección del primado toledano. Bernardo hizo construir una ermita en la colina de *La vera Cruz*, a la que dio un *Retablo* en 1492 Pedro Gumiel, un arquitecto de Alcalá a quien se llamaba generalmente *El honrado*, porque el costo de sus obras nunca sobrepasaba el presupuesto inicial; y todos los que, por desgracia para ellos, hayan especulado con cal y canto, materias primas de la quiebra, visitarán el monumento funerario de este buen hombre, ya que, entre unas cosas y otras, nunca verán otro como él en España ni fuera de ella. Hasta Salomón, el más sabio de los hombres y el más grande de los constructores, se equivocó en sus cálculos, y nada menos que en

720 000

libras esterlinas, al pedir prestado a un amigo (1 Reyes, IX, 11). El arzobispo Tenorio hizo construir la muralla y tender el puente en 1389; pero el gran benefactor fue el cardenal *Ximénez*, que, habiendo sido educado aquí, recordó en su época de poder el colegio de su juventud y lo elevó, en 1510, a la categoría de universidad, como hizo Wolsey, imitándole, con Ipswich. Llegó a tener en una época hasta 19 colegios y 38 iglesias, y estaba tan abundantemente provisto de dinero que Erasmo hizo un juego de palabras a propósito de *Complutum*, llamándola παυπλουτον, alusión a sus abundantes riquezas y al «*cumplimiento*» de su ciencia; y aquí, por lo menos, fue donde nacieron Cervantes y

Antonio Solís, el historiador de Sudamérica.

Ximénez, amargado por la recelosa ingratitud de Fernando el Católico, se retiró aquí después de la conquista de Orán y dedicó su tiempo y sus ingresos a sus nuevos edificios. Durante su regencia había acumulado mucha fortuna, con toda la cual, al llegar Carlos V a España, dotó a su universidad, diciendo: «Si un ángel me la hubiera pedido antes de la llegada de mi soberano, le habría tomado por un demonio, y si me la llegara a pedir ahora de nuevo, seguiría tomándole por tal». Alcalá se convirtió para Salamanca en lo que Cambridge para Oxford, y Francisco I, que cuando estuvo prisionero en España pasó aquí tres días de continua fiesta, siendo recibido por

11 000

estudiantes, observó que «un monje español había hecho lo que sólo un linaje de reyes franceses habría podido conseguir». La famosa *Biblia* políglota fue impresa aquí, por lo cual ha recibido el nombre de *Biblia Complutense*, y consta de seis volúmenes en folio,

1514-15.

Ximénez, su creador, como Tolomeo Filadelfo en el caso de la *Septuaginta*, no escatimó ni trabajo ni dinero. En 1502 comenzó a reunir materiales y compiladores y vivió para ver la última hoja ya impresa; pero, después de su muerte, León X, advertido por el cardenal Pole del peligro que suponía para el papado la circulación del libro de la *Verdad*, «la luz iluminando un lugar oscuro», demoró la publicación hasta 1522, y aun entonces la limitó a 600 ejemplares. El costo de la edición ascendió a la entonces enormísima suma de

52 000

ducados; solamente tres ejemplares fueron impresos en pergamino: uno para el Vaticano y otro para Alcalá; el tercero fue comprado por Mister Standish por 522 libras esterlinas y se lo legó a Luis Felipe. El texto está en hebreo, griego, latín y caldeo, pero no es muy estimado por los críticos bíblicos. Los manuscritos tuvieron un triste fin. En 1784, el profesor Moldenhauer fue a Alcalá a consultar uno de los primeros evangelios antiguos, pero en vano preguntó por él a los directores y miembros de los colegios, quienes, como sus hermanos salmantinos, se contentaron con sacarle el jugo a la

universidad, gozando comodonamente de su indiscutida posesión y sin saber nada de manuscritos y muy poco más de cualquiera otra cosa. Aquí los libros, según ellos mismos, estaban destinados a mantener gusanos, cuyos vientres podrían engordar tranquilamente a base de tonterías comprobadas, ya que el *Index expurgatorias* había tenido buen cuidado de limpiar las bibliotecas españolas de todas las obras que realmente merecían ser leídas.

Finalmente Moldenhauer descubrió que el bibliotecario, cosa de treinta y cinco años antes, como necesitaba sitio para memeces modernas, había vendido los pergaminos a un cierto *Toryo*, radical y fabricante de fuegos artificiales, que los usaba para envolver sus cohetes. La venta había sido contabilizada en los libros de cuentas oficiales «*como membranas inútiles*», y la cantidad vendida era tan grande que hubo de ser pagada en varias veces. De la misma manera, recientemente, durante las guerras civiles, carros enteros cargados de documentos conventuales y pergaminos medievales fueron vendidos a fabricantes de goma, que veían en ellos una simple fuente de materia prima para su producto. Y así resulta que el único elemento adhesivo en una España reacia a la unión se consigue a costa de su literatura y sus antigüedades.

Y, sin embargo, esta tierra de anomalías y contradicciones fue de las primeras en traducir la *Biblia*, aunque ahora sus eclesiásticos son precisamente los que más la prohíben, ya que por haberse alejado tanto de su letra como de su espíritu el libro les condena. Ellos alegan, imitando la negativa musulmana a *imprimir* el Corán, que vulgarizarla de esta manera reduciría su santidad. Borrow, en su gráfico libro «*La Biblia en España*», ha mostrado la mortal hostilidad de los sacerdotes a este libro inspirado, que queman de la misma manera que los pontífices paganos de la antigua Roma quemaban los rituales de los credos contrarios. De esta manera, las mentiras de los hombres sirven de sustituto a la verdad de Dios.

Inspeccionar, como nosotros hemos hecho con frecuencia, cualquier biblioteca religiosa española o abrir cualquiera de los libros de devoción que proporcionan los confesores a las mujeres y a la gente en general, mostrará que la mayor parte de ellos son falacias mariolátricas, leyendas vanas o vidas de monjes, falsas histórica, cronológica y geográficamente tanto como desde el punto de vista moral y religioso; pero «ay de los que llaman mal al bien y

bien al mal, de los que dan oscuridad por luz y luz por oscuridad, de los que ponen amargo en lugar de dulce y dulce en lugar de amargo» (Isaías, V, 20). ¿Cabe extrañarse, en consecuencia, de que, en vista de que la verdad lleva tanto tiempo siendo ocultada sistemáticamente y los españoles impedidos e imposibilitados de «investigar las escrituras», no haya actualmente en España más que dos clases: *infieles*, que viven en la fría negación de toda verdad religiosa, razonando, como Voltaire, que para estar verdaderamente ilustrado es necesario no creer en nada, o *fanáticos*, que tragan ávidamente las piedras que les dan diciéndoles que son pan? La primera clase va en aumento entre las clases altas y medias, porque, como dijo Aristóteles, los errores, cuando son revelados como tales y rechazados con menosprecio, se llevan consigo la verdad al fondo; porque los hombres, cuando descubren los engaños de que llevan largo tiempo siendo víctimas, reaccionan con resentimiento contra los abusos de la superstición, declarando la guerra a la verdadera religión y dudando de todo, y tampoco se crea que en estos casos les queda algo mejor a que recurrir, aparte de la terrible y dura infidelidad, ya que no hay para ellos una *via media*, un protestantismo, una *Biblia* en España.

Alcalá es ahora un lugar pobre e ignorante, ya que al llevar la universidad a Madrid se remató su ruina y, como en el caso de Salamanca, es ahora mera sombra de lo que fue. Visítese el *Colegio Mayor de San Ildefonso*, comenzado por *Ximénez* en *Tapia*; y cuando Fernando el Católico puso objeciones a tan humilde material de construcción, replicó que a él le iba bien, siendo como era criatura hecha de polvo, el dejar el mármol para sus sucesores. De aquí la inscripción «Olim lutea nunc marmorea». Lo terminó en 1533 Rodrigo Gil. Hay tres *patios*: en estilos dórico, jónico y de Berruguete; el llamado *El Trilingüe* fue terminado en 1557. La capilla, construida por Gil de Ontañón, es magnífica; aquí, el rico gótico está matizado con decoración mora, *azulejos y lienzos*. Obsérvense los arcos calados bajo un techo de *artesonado* sin par, con paneles fajados y *estrellas de alhambra*. El fundador yace enterrado ante el intrincado *Retablo*. Su efigie reposa sobre una soberbia *Urna* elevada, obra maestra de Dominico el Florentino; la *Reja* es obra de los Vergara, padre e hijo,

1566-73.
Los ricos ornamentos cinquecentistas presentan la habitual lucha entre símbolos paganos y cristianos: el *Paraninfo* o salón de las antiguas ceremonias está adornado con exquisitas galerías superiores; los calados lacunarios del techo de *artesonado* son muy ricos. *Ximénez* murió en Roa, cerca de Valladolid, el 8 de noviembre de 1517, a los ochenta y un años de edad, con el corazón roto por la ingratitud que mostró Carlos V, como su abuelo antes que él, a un viejo y fiel ministro. De la misma manera murieron Colón, Cortés y Gonzalo de Córdoba. *Ximénez* fue severo reformador y fanático perseguidor de judíos y moros, pero nadie puede poner en duda la sinceridad de sus actos, por errada que fuese su política. Su palacio, noblemente planeado, sigue sin terminar; las ventanas del primer *patio* se parecen a las de Berruguete en el *alcázar* de Toledo; el segundo *patio* es plateresco y fue construido por los primados Fonseca y Tavera: la escalinata y la fachada que da al jardín merecen ser visitadas. Alcalá fue saqueada repetidas veces por los invasores, y de aquí que sus iglesias y conventos estén ahora sin plata, sin cuadros y desolados. En *San Diego* están el grandioso sepulcro y la estatua yacente del primado Alonso de Carrillo, muerto en 1882. La principal iglesia, *el Magistral*, es gótica, con una excelente *Reja*, obra de Juan Francés, y una compleja sillería del coro; aquí yace Pedro Gumiel, *El honrado*, ahora olvidado y deshonrado.

La gloria y defensa de Alcalá es el altar de sus santos patronos, *Justo y Pastor*; estos Gemini, como los Fratres Helenae, son συνναιοι y residen juntos. Eran hijos de un caballero gótico, dice Pío V, y a la edad, respectivamente, de siete y nueve años iban un día a la escuela, el 6 de agosto del año 306, para aprender el alfabeto, o sea las «*primeras letras*», cuando Daciano los hizo matar, por lo cual San Isidoro llama a Pastor cordero. La piedra sobre la que fueron ejecutados conserva todavía la huella de sus rodillas y es venerada por los campesinos en *El Paredón del Milagro*, a cosa de dos millas de distancia de la ciudad. Cuando los moros invadieron Alcalá, los huesos de los mártires fueron llevados a Huesca y traídos de nuevo aquí con toda pompa por Felipe II, por ser los patrones más adecuados para un lugar donde la idea joven es, o era,

enseñada a brotar. Ribadeneyra proporciona detalles más completos; véase también Prudentius. Alcalá tiene un teatro, una *Plaza de Toros* y dos *bonitas Alamedas*, llamadas *el Sal* y *el Chorrillo*. Muchos cambios han tenido lugar aquí desde la supresión de los conventos, algunos de los cuales son ahora colegios militares para la caballería, «cedant togae armis». Hay una historia local, escrita por Portullo y Esquivel

A dos leguas al sur está *Loeches*, con el convento dominicano al que se retiró el conde duque al verse en desgracia con Felipe IV; aquí escribió, con el seudónimo de Nicandro, esa famosa apología de su política que, precisamente por ser imposible de contestar, acabó de rematar su ruina, pues fue desterrado a Toro, donde murió en 1643, acosado, como él pensaba, por un espectro o, mejor dicho, por el fantasma de España, cuya grandeza él mismo había asesinado; fue enterrado en la capilla de este convento, que había adornado con 10 cuadros de Rubens, que desaparecieron de la siguiente manera: en 1807, Míster Wallis, que había recibido de Mister Buchanan el encargo de comprar cuadros para él en España, negoció con las monjas la compra de seis de esos cuadros por 600 libras esterlinas, pero, antes de que le fueran entregados, las tropas de *Buonaparte* entraron en Madrid y Mister Wallis, confundido con uno de los soldados franceses, escapó por los mismísimos pelos a la horca en Loeches. Después de este cumplido pidió a Sebastiani que le ayudase, y éste, como el mismo Mister Buchanan nos informó, le ofreció sus bayonetas, estipulando que reservaría dos de los cuadros para él a manera de pago; en consecuencia, todos ellos fueron quitados de allí por la fuerza, y Sebastiani tomó los dos mejores, «quia nominor leo»: uno de éstos, el Triunfo de la Religión, y, ciertamente, no el del octavo mandamiento, se encuentra ahora en el Louvre, vendido por él en
30 000
francos al gobierno francés. Los otros cuatro cuadros no tardaron en ser causa de la infracción de otro mandamiento, a saber, el décimo o, para usar la eufemística perífrasis de Mister Buchanan, «en llamar la atención del Gobierno de *Buonaparte*», siendo depositados por Wallis, para protegerlos, en la casa de Mister Bourke, el ministro danés, que, por desgracia para él, era también comerciante en *virtú* y por quien fueron vendidos por

10 000
libras esterlinas a Lord Grosvenor; de esta manera, Mister Buchanan perdió el dinero y los cuadros (véanse sus «*Memorias de Pintura*», II, 222, que dan detalles curiosos sobre la manera de formar colecciones con dinero inglés, bronce corso y hierro francés). Sebastiani, en 1814, cuando las cosas parecían empeorar, ofreció a un caballero inglés venderle su *colección* de 73 cuadros por
11 000
libras esterlinas, y le fueron ofrecidos a Jorge IV, que no los pudo comprar por haber gastado todo su dinero disponible en dar fiestas a los soberanos aliados; en vista de ello muchos fueron comprados por los señores Watson Taylor y Alexander Baring.

A la derecha de Loeches, y a cosa de dos leguas de Alcalá, está *Corpa*, famosa por sus aguas, que despiertan el apetito. Morales (*«Antigüedades de España»*) cuenta que un jornalero se sentó un lunes con su provisión semanal de pan y, sin más, se comió su panecillo diario, empujándolo luego con agua bebida en el manantial, y cuanta más agua bebía tanto más comía, hasta que terminó los siete panecillos, por lo que la fuente se llama *La fuente de las siete hogazas*. Otros teólogos afirman que el rústico se comió sus siete panecillos de una sola vez y, sintiéndose considerablemente empachado, bebió el agua, y solamente entonces le fue posible digerir tanta masa. Leed esto, ¡oh caballeros de la ciudad de Londres!, con el apetito que queráis. Estos líquidos tan provocantes son, ¡ay!, tristes arroyos de exageración en tristes lugares donde lo que falta es la comida y no la capacidad de digerirla.

Saliendo de Alcalá, las llanuras desnudas continúan hasta *Guadalajara (Wádá-l-hajarah),* «el río de piedras», que en estas llanuras cereales están más libremente distribuidas que los panecillos. Este río, el Henares, está cruzado por un puente, construido en 1758 sobre cimientos romanos. La ciudad, sobre todo cuando se la ve desde San Antonio, fuera de las murallas, se levanta con bello perfil cortado por baluartes que se desmoronan, mientras los jardines del palacio de Mendoza cuelgan sobre un barranco silvestre. Dentro, sin embargo, es monótona y pobretona y siempre ha sido así; por esta razón el arzobispo Fonseca solía decir que «aun

cuando está a sólo cuatro leguas de Alcalá, eran realmente 140 de distancia en riqueza y cultura», pero ahora están ambas al mismo nivel por lo que se refiere a pobreza e ignorancia: su población es de unos 6700 habitantes. Las *posadas* son malas, pero la de la diligencia es la menos mala de todas.

Guadalajara fue reconquistada a los moros por Alvar Fáñez de Minaya, cuya efigie ecuestre está en el escudo de la ciudad. Los lectores de las viejas baladas estarán familiarizados con este pariente y «fidus Achates» del Cid, a quien dio sus preciosas espadas. Alvar fue un fiero *guerrillero* de aquella época de exterminio y, como su jefe, no tenía en cuenta ni la edad ni el sexo, haciendo pedazos a los infieles. No es de extrañar que los cronistas moros no mencionen nunca el nombre de Albarhanis sin añadir, «que Dios le destruya». Los grandes señores de Guadalajara fueron los Mendozas, la familia Mecenas de la península. La fachada de su curioso pero deteriorado palacio está tachonada con botones salientes, mientras un amplio escudo de armas, con sátiros a modo de portadores, remata la portada: arriba, sobre ésta, hay una elegante hilera de ventanas moras, desde las cuales Francisco I contempló el torneo que le brindó el duque del Infantado, cuya magnífica hospitalidad describen los testigos presenciales (véanse «*Hechos de Alarcón*», X, 302, folio, Madrid, 1665, e «*Historia de Pescara*», VIII, 3, Zaragoza 1562). Los Mendoza vivían aquí casi como reyes; su séquito, guardia, etc., son detallados por *Navagiero*. Al entrar en la casa, se ve el *Patio*, singularmente rico y curioso; sobre las arcadas hay extraños leones esculpidos, con cabezas como de puercoespines, y una profusión de volutas y escudos. Todo esto es ahora una abominación de desolación: las habitaciones de ceremonia están divididas con *tapique*, habiendo quedado reducidas a las necesidades de sus degenerados inquilinos. Es melancólico pasear por este palacio, que es un objeto muy propio del país cuyo pasado esplendor lucha con su actual decadencia. Los magníficos techos de *artesonado*, por estar fuera del alcance de la mano, se burlan, con su dorada magnificencia, de la indigente miseria de las paredes que hay más abajo, y los *azulejos* conservan sus diseños de Primaticcio. En una habitación situada arriba hay algunos retratos de los sombríos Mendozas, que se agitan en sus marcos ante este abandono de su descendiente, Osuna, el más rico

de los grandes de España. Obsérvense el techo de uno de los salones, desde donde se ve el jardín invadido de malas hierbas, y el de otro que lleva las armas de Inglaterra, con Jas divisas y los tenantes de los Tudor. La *Sala de Linajes*, que en otros tiempos fue el salón de las genealogías de los orgullosos Mendozas, ha sido convertida ¡en almacén! Obsérvense también las chimeneas y sobre todo la que hay en la galería principal. Este pajado fue completamente destripado por los invasores republicanos, irritados ante la hospitalidad de que fue objeto en él su *mismo rey* en su hora de desgracia.

A continuación se debe visitar *San Francisco* y observar, en la *Capilla de los Dávalos*, una dulce estatua de una mujer dormida que tiene en la mano el cordón del santo patrono; aquí la juventud y la belleza encontraron fin prematuro, cortadas ambas en la flor de su vida: «che sciagura!»; de haber tenido ochenta y dos años de edad y sido vieja y fea, a nadie le habría importado *dos reales* su muerte.

Ahora bajemos al *Panteón*, donde reposan las cenizas de los Mendozas, los valientes, los piadosos, los eruditos y los magníficos. El sepulcro, digno de su bondad y grandeza, rivaliza en ricos mármoles con los de los Médicis en Florencia y con El Escorial, fue comenzado en 1720, al entonces enorme costo de
180 000
libras esterlinas: contenía 28 tumbas y, entre ellas, la del duque que había dado hospitalidad a Francisco I, pero sus cenizas, en 1809, fueron esparcidas a los vientos por los invasores, que hicieron balas con sus ataúdes de plomo y luego rompieron los preciosos mármoles en pedazos. Infantado, después de la expulsión de los franceses, dejó deliberadamente durante largo tiempo el panteón sin restaurar a manera de muda, pero elocuente prueba de la filantropía revolucionaria. El duque era particularmente irritante a ojos de los franceses por ser un verdadero patriota español. Fue nombrado general en jefe en este mismo lugar el 2 de diciembre de 1808, después de la derrota sufrida por La Peña ante la ciudad, que fue luego espantosamente saqueada por Bessières.

Cerca del palacio de los Mendozas hay un edificio pseudomoro de ladrillo, que fue transformado por los invasores en batería y luego ha sido utilizado como cárcel; enfrente está la fábrica real,

idea francesa de Felipe V, que quería obligar a España, país naturalmente agrícola, a hacer manufacturas caras y malas. Aquí todos los vellones de merino de España iban a ser convertidos en tela nada menos que para abastecer al mundo entero, pero todo ello acabó en más ruido que lana: *mucho ruido y pocas nueces*. Fomentada y ayudada desde 1757 hasta 1784 por Carlos III con enormes pérdidas, se convirtió en tal hormiguero de latrocinio, intrigas, desorden y mala administración que el ministro Wall, que era irlandés, consiguió atraer a un cierto Thomas Bevan, de la ciudad de Melksham en el condado de Wiltshire, para que pusiera la maquinaria y los asuntos en estado de funcionamiento, de la misma manera que hacen los orientales, y dejó luego empantanado al pobre extranjero cuando hubo terminado su tarea, de modo que murió con el corazón roto en vista de que todas las deslumbradoras promesas que se le hicieron habían quedado incumplidas; *Cosas de España*. Esta fábrica fue destripada y arruinada por los invasores que, en este sentido, pero completamente sin proponérselo, hicieron un beneficio, porque «Multi etiam cum obsesse vellent profuent et cum prodesse obfuerunt». Fernando VII, tras su restauración, restableció tan ruinosa empresa, como hizo con la Inquisición, porque las máximas de Colbert habían penetrado ciertamente muy adentro en todos los corazones borbónicos; en todas partes, a pesar de principios más sólidos, impondrán sus reales caprichos industriales a fuerza de subvenciones y otros medios semejantes, que a fin de cuentas son como gravámenes fiscales impuestos a sus propios consumidores. De esta manera se malgastaron millones y millones que podrían haber sido mejor invertidos en abrir carreteras o canales o en introducir mejoras agrícolas.

A continuación visítese la *Plaza de Santa María* y obsérvense las pintorescas arcadas y la antigua mezquita de *San Miguel*, con su entrada columnada, columnas redondas de contrafuerte y remate puntiagudo, arcos de herradura, aspilleras y diseños de punto espigado bajo el tejado. La iglesia de *San Esteban* tiene el ábside circular toledano e hilera de arcos en el exterior. Hay una historia de Guadalajara, escrita por Fernando Pecha, jesuíta, pero publicada con el seudónimo de Antonio Núñez de Castro, folio, Madrid, 1653.

A cosa de dos leguas al este de *Torija* están las llanuras de *Brihuega* o la *Alcarria*, que en árabe significa una llanura de

granjas o *Alquerías*. Esta bella comarca pastoral y triguera fue originariamente un vasto lago que estaba separado por la sierra del Guadarrama de otro parecido y que ahora es la *Tierra de Campos* en Castilla la Vieja. La cuenca de agua dulce se compone de rica marga roja y greda y está regada por arroyos que desembocan en el Tajuña. La comarca se eleva a unos 4200 pies por encima del nivel del mar. Con los arbustos aromáticos de las colinas se produce una miel muy buena, mientras que los vinos de *Poyos* son excelentes. Guadalajara es la principal ciudad.

Brihuega, Centobriga, es una antigua ciudad, en otros tiempos amurallada, de 4800 almas. Fue aquí donde, el 9 de diciembre de 1710, Vendôme derrotó a Stanhope, cuyas victorias sobre los franceses en Almenara y Zaragoza habían ganado Madrid, de la misma manera que la de Salamanca en nuestro días. Como sus pesadotes aliados alemanes habían olvidado asegurarse las comunicaciones entre Portugal por vía de Alcaraz, Vendôme se apoderó de la iniciativa y, con la decisión y la rapidez que son características de sus compatriotas, avanzó desde Talavera sobre Madrid con fuerzas muy superiores, de la misma manera que Soult sobre Hellín. Fue así como los aliados se vieron forzados a retirarse a Cataluña, igual que el duque se retiró a Portugal. El egoísta austríaco, Carlos, dirigió la retirada, llevándose toda la caballería consigo a modo de escolta, y de esta manera privó al ejército de todos los medios de conseguir información y vigilar al enemigo. Los aliados se dividieron en tres cuerpos, formando los portugueses el centro, los alemanes el ala derecha y los ingleses la izquierda. Los aliados se movían con demasiada calma y fueron atacados de nuevo, completamente por sorpresa, por el audaz Vendôme, que sensatamente dirigió su primer ataque contra el pequeño contingente inglés, que entonces, como en nuestros tiempos, era, para usar las palabras del mismo Stanhope, «la sal que sazonaba el conjunto». Vendôme tenía más de
20 000
hombres, mientras que Stanhope apenas disponía de 5500 sin caballería y con muy poca munición. Inmediatamente envió un mensaje a *Staremberg*, el cual, aunque sólo estaba a cinco horas de distancia, entonces, en el momento en que los minutos eran preciosos y de ellos dependía el destino de la campaña, tardó dos

días en llegar, siendo de esta manera la causa de que su aliado y él mismo fueran derrotados por separado. Stanhope resistió a los franceses todo el tiempo que le permitieron sus reservas de pólvora y sólo entonces capituló, con condiciones sumamente honrosas que Vendôme violó vergonzosamente, manchando de esta forma su gran gloria. A la mañana siguiente, o sea el día después de la fiesta, llegó el pesado *Staremberg* a *Villaviciosa*, que distaba cosa de una legua, con
13 000
hombres y luchó allí tan bien y bravamente que Vendôme, en un momento de la batalla, pensó retirarse a Torija: así las cosas, con sólo que los lentos aliados hubieran marchado un poco más rápidamente uniéndose a tiempo con Stanhope, los franceses habrían sido necesariamente destrozados. Llegó la noche, dejando la batalla indecisa, y fue entonces cuando Vendôme preparó a Felipe V, en su propio campamento, un verdadero lecho de vencedor, hecho con las banderas capturadas al enemigo. A la mañana siguiente, *Staremberg* se retiró, llegando a Barcelona con sólo 7000 hombres. Carlos, poco después, fue coronado emperador de Alemania, y Bolingbroke, vendiendo Inglaterra y España a Francia, consolidó la corona de Felipe V, con lo que terminó la Guerra de Sucesión, de la que Lord Mahon nos ha dado una historia tan excelente.

A cuatro leguas de Brihuega, por *Solanillos*, está Trillo, ciudad de 800 habitantes, cerca del Tajo y de Cifuentes; posee excelentes baños minerales que son muy frecuentados del 15 de junio al 15 de septiembre por los madrileños enfermizos. Una diligencia va y viene durante la temporada desde Madrid por Guadalajara; los baños están situados a cosa de una milla de distancia de Trillo, por un camino muy hermosamente arbolado; un baño llamado *La Piscina* está destinado especialmente para leprosos, y hay también un hospital en el que se recibe a los pobres, y bien pobremente por cierto. Los baños, igual de frecuentados, de *Sacedón* están situados a unas pocas leguas al sur de Trillo.

En *Almadrones* la carretera se bifurca a la izquierda hasta *Sigüenza*, en Castilla la Vieja, cuatro leguas; pocos visitan esta ciudad, que, sin embargo, tiene una catedral llena de magnífico arte. Su población es de unos 5000 habitantes. Es la principal

ciudad de su zona, la cual, poseyendo buenas llanuras y agua abundante, podría ser convertida en el granero de España. *Sigüenza* fue construida, según se dice, por fugitivos de Saguntum. El solar de la celtíbera *Segontia*, Saguncia, dista cosa de dos millas y se llama todavía *Villa Vieja*. Ésta, que fue en otros tiempos importante ciudad fronteriza entre Castilla y Aragón, fue reconquistada en el año 1068 por Alonso VI y sigue conservando parte de sus antiguas murallas y puertas. Como está construida en forma de anfiteatro, en la ladera de una colina, bajando hacia el valle de Henares, la parte superior de la ciudad es empinada, con la altura coronada por el palacio episcopal o *Alcázar*, porque el obispo era en otros tiempos señor de Sigüenza. La catedral gótica es un edificio bello y sólido y tiene una sencilla fachada entre dos torres, con un medallón de la Virgen dando la *Casulla* a San Ildefonso sobre el portal central; bajando hacia el interior vemos los 24 nobles contrafuertes que sostienen la central y más alta de las tres naves, que son imponentes. El muy admirado *Trascoro*, con mármoles rojos y negros, fue edificado en 1685 por el obispo Bravo para recibir una imagen tallada de la Virgen, que había sido milagrosamente conservada y salvada de los moros. La rica y gótica *Sillería del Coro* fue tallada en 1490; los enormes órganos son de fecha muy posterior. El sencillo y clásico *Retablo* del altar mayor se compone de tres órdenes superpuestos: jónico, corintio y mixto, y fue puesto allí, junto con los bajorrelieves, por el obispo Mateo de Burgos en 1613. Las estatuas de la Fe, la Esperanza y la Caridad merecen ser examinadas. Entre las muchas tumbas de prelados que hay en el *Presbiterio*, obsérvese cerca de la puerta del *Sagrario* la efigie yacente del famoso primado de Toledo, que fue muerto en una batalla cerca del Tajo y, por indiferente que fuera en vida a la verdad o a las distinciones entre lo *meum* y lo *tuum*, fue, ciertamente, un valiente soldado. La parte del crucero en que están las reliquias de *Santa Librada*, patrona de la ciudad, es complicadamente arquitectónica. Obsérvense los detalles del *Retablo* y la hornacina en que reposa su cuerpo; encima hay una escultura de ella subiendo al cielo, y nada se ha escatimado en esta obra de lo que el dorado y el trabajo minucioso pueden hacer. El fundador, el obispo Fadrique de Portugal, está arrodillado en una

hornacina muy decorada cerca de su obra.

La capilla de *Santa Catalina* está cerca de la puerta que se abre a la plaza del mercado. Obsérvense un delicado portal plateresco con su *reja* y también algunos soberbios sepulcros con figuras yacentes, por ejemplo la de Martín *Vásquez* de Sosa, la de Sancha, su mujer; la de Martín *Vásquez* de Arce, y un bello caballero de Santiago, armado. Pero, sobre todo, obsérvese la del obispo de Canarias, Fernando de Arce, muerto en 1522, que fue quien puso allí algunas de las otras, de antepasados suyos, porque es verdaderamente berruguetiana, con estatuas de niños, escudos y decoración cinquecentesca, entre todo lo cual yace el prelado en tamaño natural sobre la *Urna*. Otro sepulcro, más antiguo, llena el centro de este extraordinario conjunto de arte monumental. ¡Qué impresionante, qué cristiano es el sentimiento que se respira aquí! No hay imitación alguna de ropajes paganos de la antigüedad, sino, por el contrario, todo habla de la España y de la época, y tanto el bravo cruzado como el piadoso prelado yacen extendidos sobre el lecho de muerte, a pesar de lo cual, las manos juntas, ahora que la espada y el báculo han sido echados a un lado, indican esperanza, fe y confianza en otra vida. El *Retablo* es churrigueresco, pero el original está en la *Sacristía*, con una pintura florentina excelente, pero muy estropeado, de la crucifixión. La contigua *Capilla de San Francisco Xavier* tiene también un portal plateresco, y en la capilla semicircular está la tumba del obispo Bravo, con un bello crucifijo. El portal de la *Sacristía* o *Sagrario* es del mejor estilo plateresco y la talla en madera que hay dentro está ejecutada en el mismo estilo, mientras que el *Relicario* está lleno de estatuaria y diminuta escultura y la *reja* es magnífica. La espléndida plata de iglesia desapareció durante la guerra de invasión. Los claustros góticos, con delicadas ventanas y adornos, fueron terminados en 1507 por el cardenal Bernardo Carvajal y fueron pavimentados en el siglo pasado por el obispo Bullón, que desfiguró el carácter general poniendo allí sus escudos. Examínense, sin embargo, las puertas y las capillas contiguas.

El *Colegio* jerónimo fue fundado por un miembro de la familia de Medinaceli, que está enterrado en el crucero, muerto en 1488. Obsérvense la tumba del obispo Bartolomé de Risova, muerto en

1657, y el claustro clásico de estilos toscano y dórico. Sigüenza tiene agradables paseos a lo largo de las orillas del río, que fueron tendidos por el obispo Díaz de la Guerra, porque los obispos han sido importantes benefactores de su ciudad. Ellos levantaron el acueducto, que cruza una hoyada situada debajo de su palacio y abastece a la ciudad, y es obra de intención, solidez, utilidad y grandeza verdaderamente romanas. Fue en Sigüenza, el 30 de noviembre de 1808, donde Castaños, después de ser derrotado en Tudela, abandonó el mando de sus tropas a La Peña, el de la vergüenza de Barrosa; y entonces, el héroe de Bailén, que nunca había tenido otra victoria que aquélla, accidental, pasó de ser el ídolo de España a convertirse en objeto del desprecio popular.

Se puede tomar de nuevo la carretera de Zaragoza a *Lodares*, pasando primero por *Medinaceli*, a cuatro leguas. Ésta no es una «ciudad del cielo», ni metafóricamente ni en la realidad, sino, sencillamente, la «ciudad de Selim»; en otros tiempos fue fuerte reducto fronterizo de un moro de ese nombre y en consecuencia escenario de muchos conflictos, tanto intestinos de los moros como entre éstos y los cristianos. Fue aquí donde, el lunes 7 de agosto del año 1002, murió el famoso Al-Mansúr, «el victorioso», el Cid de los moros y el más terrible enemigo de los cristianos. Mohammed Ibn Abi nació el 28 de octubre del año 938 cerca de Algeciras; fue primero escribano epistolar a la puerta del palacio de Córdoba y luego secretario de Sobha, la madre de Hishen II, cuyo *Amir* llegó a ser gracias a una larga red de intrigas, traiciones y asesinatos orientales y españoles y se convirtió en el *Hageb* o Maître du Palais y en realidad en el amo del débil sultán. Libró mortal guerra contra los cristianos, proclamando todos los años una «santa cruzada» o *Algihad*, y las incursiones o *talas*, ataques y razias a Galicia llegaron a sobrepasar incluso a las de los modernos invasores. Llevaban consigo a escritores, a sus Borys y Pelets, con objeto de denigrar a sus oponentes y glorificar su propio honor, misericordia y bondad. Fue derrotado en el año 997 en Catalañazor, y algunos dicen que enfermó a causa de esto, aunque otros van más allá y afirman que se suicidó (véase «*España Sagrada*», XXXIV, 309), pero el suicidio no es un recurso oriental o español, por ser completamente opuesto a sus singulares resignación y fatalismo. Al-Mansúr, en realidad, murió de muerte natural y llorando por

anticipado ante la desintegración de un poder que él había consolidado y que en España, como en general en Oriente, dependía solamente del apoyo individual de su fundador. Fue enterrado en el polvo de 50 campañas, porque después de cada batalla, como buen almogávar que era, este *vencedor* de nombre y de hechos solía sacudirse el polvo de sus vestiduras en un cofre que llevaba consigo por todas partes con este objeto, de la misma manera que el *victorioso* Nelson duerme en un ataúd hecho con la madera de un barco enemigo capturado. La triste premonición de Al-Mansúr se vio pronto confirmada, porque después de su muerte su ejército se dispersó de manera verdaderamente oriental, yéndose cada hombre a su casa, y, con la caída de su apoyo, cayó el califato de Córdoba, ya que el vínculo de unión quedaba roto y en consecuencia se desintegró en pequeñas y ruines desuniones, siendo sus pedazos atacados uno a uno por los cristianos. Monsieur Viardot, en su «*Essai sur les Mores en Espagne*», ha convertido a Al-Mansúr en un héroe de novela, como Florián hizo con Gonzalo de Córdoba y Chateaubriand con el Abencerraje. Reinaud («*Inv. des Sarrasins*»), como escritor crítico que es, advierte a sus lectores que tengan cuidado con el ilustre ultrafrancés de Monsieur Viardot.

Medinaceli, que ahora es el frío hogar de unos 1600 mortales, está construida sobre una empinada eminencia, dominando el arroyo truchero *Jalón*, y da su título ducal a la gran familia de los Cerdas, legítimos herederos de la corona, porque Fernando, llamado *de la Cerda* a causa de un curioso mechón o cerda que tenía, hijo mayor de Alonso el Sabio, murió en vida de su padre, dejando dos hijos que había tenido con Blanche de Bourbon y que fueron desposeídos en 1284 por su tío Sancho el Bravo. El historiador español no sabía que la exclusión de los sobrinos y la sucesión en el poder de los hermanos era una antigua costumbre ibérica. Esta costumbre fue introducida en España con toda probabilidad por los cartagineses, ya que era la que se seguía en Numidia. Los desposeídos duques de Medinaceli continuaron durante largo tiempo reclamando la corona y siéndoles impuesta una pequeña multa a modo de castigo simbólico. Su pequeña capital tiene una *Colegiata*, que es un palacio arruinado con un buen patio dórico y los restos de un arco romano. La ciudad fue tomada a los moros, en

el año 1083, por Alvar Fáñez de *Manaya*, cuya efigie ecuestre lleva en sus armas.

En *Arcos* cruzamos el *Jalón* y no tardamos en entrar en Aragón y decirles adiós a las Castillas en *Huerta*, que es población pobre, mordida y congelada por los vientos de los sombríos montes de *Moncayo*; sin embargo, posee uno de los mejores monasterios bernardinos de toda España, construido sobre el solar de un palacio de Alonso VIII en
1142-47;
ha sido modificado de vez en cuando por el mal gusto moderno. Tiene dos *Patios*, lo que, con doble columnata, resulta sumamente elegante; el ojival de abajo contrasta con los arcos redondos de arriba. Este convento fue cementerio de muchos antiguos caballeros de los siglos XIII y XIV, que murieron luchando contra el moro, por ejemplo, los *Finajosas*, los Pérez, los Martínez, los Montuengas, los Muñoz y otros, cuyos epitafios, dignos de Froissart, han sido conservados por Ponz y pronto serán borrados. La *Sillería del Coro*, llena de caprichos cinquecentescos y al estilo de Berruguete, es sumamente elegante; obsérvese la silla del abad. Cerca del altar yace Rodrigo *Ximénez* de Rada, el belicoso primado que luchó en *Las Navas de Tolosa*. La iglesia estaba antiguamente decorada con representaciones pictóricas de esta decisiva victoria. La biblioteca, en otros tiempos magnífica, ha sufrido la suerte de la mayor parte de las bibliotecas españolas. Entre los personajes notables enterrados aquí están el *San Sacerdote*, Martín *Finajoia* y muchos de los legendarios franceses que vinieron en ayuda de Enrique II contra don Pedro. El monasterio merece ser cuidadosamente inspeccionado.

Se entra en Aragón por *Ariza*, nombre del que se dice que se deriva del vasco
Ari-za
, o sea abundancia de ovejas. Es un lugar miserable que conserva parte de sus antiguas murallas y fortificaciones de barro. De aquí, siguiendo el Jalón, llegamos a Alhama, situada bajo una noble roca que domina al río; a dos leguas de distancia están los baños, las romanas *Aquae Bilbilitanae*, que son frecuentados entre junio y septiembre. De aquí pasamos a *Bubierca*, Voberca, y a Ateca,

ciudad de 3000 almas que fue conquistada a los moros por el Cid, y hay una torre en la carretera de Valencia que todavía lleva su nombre. A unas diez millas de distancia, en el monasterio de *Piedra*, hay imponentes cascadas, particularmente una, llamada *La Cola del Caballo*, que tiene 300 pies de altura.

Calatayud es la segunda ciudad de Aragón. La posada de diligencias es la mejor, pero el *Parador de Llover* es decente. Su población es de unos
16 000
habitantes. La ciudad tiene imponente aspecto, empotrada entre rocas y con un noble castillo. Las colinas son grises, escuálidas, desnudas y escamosas y se están desmoronando, igual que los arruinados edificios construidos con sus piedras y entre ellas, porque todo este lugar está en ruinas y es monótono. Es de origen moro, como indica su mismo nombre, que significa el «Castillo de Ayub», o Job, sobrino de *Musa*, que, para construir su nueva ciudad fronteriza, utilizó los restos de la antigua *Bilbilis* a modo de cantera; esa antigua ciudad ibérica estaba situada a unas dos millas al este, en *Bambola*, y era famosa por ser el lugar donde nació Marcial y el de una victoria ganada en el año 680 de la fundación de Roma por Quintus Metellus contra Sertorio. Era también famosa por su superior acero y sus arroyos, «*Aquis et armis nobilem*», ya que no se debe leer aquí Equis. Estas aguas eran las del *Jalón*, «Armorum *Salo* temperator». Véanse también Justino y Plinio, y por lo que se refiere a las espadas españolas, Toledo. Las 14 medallas acuñadas en Bílbilis son enumeradas por Flórez. La moderna Calatayud tiene que parecerse mucho a la antigua Bílbilis que Marcial describe; es fría e inhóspita, por estar expuesta a los embates de los vientos del temido *Moncayo*, mons Caunus, *calvus*. Esta sierra calva, que es una masa pelada de arenisca roja y piedra caliza, divide las cuencas del Ebro y el Duero y por estar aislada capta las nubes y es morada de Eolo y de la *Pulmonía*, igual que en los días de Marcial, que temía al «sterilem Caunum cum nivibus».

Marcial mismo, aunque aragonés de nacimiento, era en realidad más bien un *Andaluz gracioso*. Fue a Roma, donde descuidó los negocios y se dedicó a escribir epigramas, como Salas, y *Seguidillas*, como Quevedo. Las características de su estilo son bien resumidas

por su amigo Plinio en sus «*Espístolas*», que dice que tenían *salís et fellis* o sea *sal andaluza* y hiel, y podría haber añadido que también porquería, pero los antiguos autores de baladas eran francos y abiertos en sus expresiones y no había un inquisidor que les obligase a guardar la decencia y a observar una apariencia exterior de *les convenances*. Lo que *eran* las antiguas *Seguidillas* puede vislumbrarse por las que cita Suetonio, *Gallias Caesar subegit*, etc., pero los que echen una ojeada al «*Cancionero de burlas, Madrid, Luis Sánchez*», o sea el impreso en Londres, por Pickering, verán a la musa española en relativo *déshabille*. Marcial aduló bajamente a Domiciano cuando estaba vivo y fue hecho caballero por éste, pero lo insultó después de muerto. Se sintió ofendido al verse abandonado por Trajano, su *paisano*, y volvió a España después de treinta y cinco años de ausencia, y allí escribió a Juvenal una descripción de su manera de vivir, la cual, aunque tosca en comparación con los lujos de Roma, le parecía preferible, como buen español que era, «sic me vivere, sic juvat perire».

Calatayud es una auténtica ciudad aragonesa, y ahora es cuando empiezan los curiosos sofitos y las vigas talladas protuberantes de los tejados, y donde la *Quinta* castellana cede su lugar a la *Torre*, y el monótono *Paño pardo* a las panas y velludillos azules y amarillos. La ciudad es barata, ya que sus alrededores, por estar bañados por el Jalón y el Jiloca, abundan en pastos, fruta y verduras; el cáñamo es tan bueno como el de Granada. La ciudad tiene también un teatro, una *plaza de toros* y algunas bonitas alamedas.

Hay dos *Colegiatas*. Una, *El Santo Sepulcro*, fue construida en 1141 y en un principio perteneció a los templarios; el altar del *sepulcro* está hecho con mármoles de la provincia. La segunda, *La de Santa María*, tiene un portal cinquecentesco elegantísimo, levantado en 1528, pero el interior es inferior, por haber sido desfigurado con obra de estuco de mal gusto. Hay unos pocos cuadros de segunda categoría de pintores aragoneses. El pavimento, de 1639, es de un mármol llamado *Claraboya*, que recuerda al de Paros; el campanario es octangular, como es corriente en Aragón y Cataluña. El convento dominicano tiene un espléndido *patio* con tres galerías que se levantan la una sobre la otra. Obsérvese una

parte del exterior enriquecida con obra seudomora, como las cárceles de Guadalajara, aunque, cuando se examina de cerca, resulta defectuosa en diseño y ejecución; pero, vista de lejos, es intrincada y llama la atención. Las armas de la ciudad son verdaderamente celtibéricas, «un hombre montado, sin espuelas, y armado con una lanza»; este blasón aparece constantemente en las monedas antiguas. En su otra mano, el jinete tiene una cruz, con el lema «Bilbilis Augusta» debajo. Consúltense las historias locales: «*Tratado*», de Miguel Martínez del Villar, cuarto, Zaragoza, 1598, y otra escrita por Jerónimo Escuela, 1661. Cerca de Calatayud y del *camino de la Soledad* hay algunas curiosas cuevas con estalactitas. Por lo que se refiere a la comarca hacia Teruel y las comunicaciones con Valencia y Cuenca, véanse las rutas CVIII y CX.

Saliendo de Calatayud comienzan los viñedos; los vinos se hacen en el *campo de Cariñena*, que está situado a cosa de 10 leguas al nordeste, y cuentan entre los mejores de Aragón. *Almunia* está bellamente situada entre jardines, cipreses y olivos, con un campanario octangular ricamente ornamentado. Ahora la carretera, que es buena, continúa a través de llanuras monótonas y montañas gredosas hasta *Muela*, desde donde Zaragoza, con sus *torres* esbeltas y altas, forma el centro imponente de un espléndido panorama cuyo telón de fondo son los sombreados Pirineos, y grata es la visión de jardines, olivares y viñedos, después de los páramos que dejamos a nuestras espaldas. Por lo que se refiere a Zaragoza y a Aragón.

Ruta CXIII. De Madrid a Burgos

Localidad	Leguas	Total
Fuencarral	1	
Alcobendas	2	3
San Agustín	3 ½	6 ½
Cabanillas	3	9 ½
Lozoyuela	2 ½	12
Buitrago	1 ½	13 ½
Somosierra	3	16 ½
Castillejo	3	19 ½
Fresnillo	2 ½	22
Onrubia	2 ½	24 ½
Aranda de Duero	3 ½	28
Gumiel de Izán	2	30
Bahabón	2	32
Lerma	3	35
Madrigalejo	2 ½	37 ½
Sarracín	3	40 ½
Burgos	2	42 ½

Como ésta es la principal ruta para ir a Francia, es la más transitada de España, y los que se vean obligados a viajar por ella en sus propios vehículos encontrarán remudas de caballos en las distintas *paradas*. Este trecho lo recorren también muchos correos, diligencias y vehículos públicos. La ruta es muy fatigosa, ya que la carretera está sin reparar y las ciudades son miserables; las *Posadas* de las diligencias son, sin embargo, muy decentes. Las *Sillas Correo*, lo que nosotros llamamos «mail», constituyen el mejor modo de viajar, por ser el más rápido de todos; feliz el hombre que puede dormir durante el viaje, si lo permiten los baches quebrantahuesos, de Madrid a Burgos, a partir de donde el viaje se vuelve más interesante. Aconsejamos muy de verdad a todos los que no hayan visto El Escorial, Segovia y Valladolid que vayan a Burgos pasando por esos lugares, como recomiendan las rutas CIX, LXXIX y LXXVII.

El desierto comienza al alejarse de las murallas de tierra de Madrid, y tanto la comarca como sus habitantes tienen un aspecto tan digno de pena como si todos ellos se encontrasen ante un

tribunal inglés. *Fuencarral*, azotada por los vientos, a la derecha de *Chamartín*, es una vieja mansión de la familia Mendoza, donde *Buonaparte* se alojó del 2 al 22 de diciembre de 1808, y fue también aquí donde, el 3 de diciembre, recibió a la Diputación de Madrid, encabezada por el traidor Moría, ya que el temor a morir por el puñal español, en venganza al *Dos de Mayo*, le indujo a mantenerse alejado de la capital española.

San Agustín, aunque esté en las últimas etapas del viaje a una ciudad cuyos habitantes la consideran la etapa inmediatamente anterior al cielo, no es una *Civitas Dei* del antiguo padre de la iglesia cuyo nombre lleva. Al igual que Medinaceli, este *delincuente honrado* es un lugar lamentable y nunca se ha recuperado del mal trato que sufrió a manos de los franceses después de la derrota de Dupont en Bailén. Toda la zona a lo largo de la carretera hasta Burgos fue entonces saqueada, «cosechas enteras de trigo fueron consumidas, rebaños y manadas, viñas e higueras, y las ciudades amuralladas quedaron empobrecidas»; nada escapó, porque robaron incluso a los mendigos, sí, incluso a los mendigos españoles. Los aldeanos sin armas recurrieron en vano al mariscal Moncey en busca de protección, pues éste les prohibió extinguir las llamas que consumían sus hogares y quedaron reducidos a enfriar las cenizas con sus lágrimas. Savary escapó a la furia popular disfrazándose de criado, siguiendo en esto el digno ejemplo de Nerón y dando ejemplo también a *Buonaparte* en Orgon. José escapó entre los primeros, él que solamente un día antes de la batalla de Bailén había entrado en Madrid como soberano de la capital, introduciéndose de esta manera como una polilla en el armiño de Castilla, y ahora huyó: «¡Oh vicio de los reyes!, ¡oh carterista del imperio!», después de haber saqueado los cofres de plata de Fernando, como hizo con sus galerías de arte en su siguiente fuga. En el mismo mes de julio, treinta y siete años después, murió José en su exilio de Florencia, dejando varios millones de francos; pero Su Majestad Imperial empezó su vida como asistente de un leguleyo y en una época en la que

> *«L'on a vu des commis, mis*
> *comme de princes,*

qui d'hier sont venus, nus
de leurs provinces».

El rostro de la naturaleza se vuelve ahora triste y monótono, y el calor en el verano es terrible; el color verde y el líquido llamado agua se vuelven aquí verdaderas curiosidades; es exactamente el lugar a donde se debe mandar a un paciente que sufre de hidrofobia, pero, a pesar de todo, en *Cabrenillas* y *Lozoyuela* comienzan las estribaciones de Somosierra y la zona es más fresca, pero los desfiladeros están infestados a veces de ladrones; los campesinos, que ahora son pocos y pobres, están vestidos de *paño pardo*, sus chalecos están abiertos en el pecho y llevan *monteras*, como en *La Mancha*; las mujeres, en los días de fiesta, se ponen pintorescos corpiños, abrochados delante con cordones; sus hijos están envueltos como momias egipcias. El *Puerto* o desfiladero que cruza Somosierra es la puerta y defensa natural de Madrid y fue muy reforzado por los patriotas con 16 cañones el 30 de noviembre de 1808. «Su mala conducta», dice Napier, «apenas halla paralelo en los anales de la guerra»; ciertamente es casi increíble para los que estamos familiarizados con los ejércitos españoles que una posición que por sí sola era prácticamente tan inexpugnable y defendida por 12 000
hombres pudiera ser abandonada sin pánico alguno, simplemente por una deliberada sensación de peligro y ante la simple carga de unos pocos escuadrones de caballería, que dos compañías de buena infantería han bastado para detener sin dificultad; la carga de los polacos, considerada como mera operación militar, fue extravagantemente alocada, pero, examinada como resultado de la sagaz idea que tenía *Buonaparte* del verdadero valor de las tropas españolas, fue un feliz ejemplo de genio intuitivo. Los españoles echaron a correr en todas direcciones. La aparición de una patrulla francesa aterró a los pobres cobardes, que se detuvieron cerca de Segovia, y la multitud corrió de nuevo hasta Talavera y allí cometieron la imperdonable villanía de asesinar a San Juan, su desgraciado general, y colgaron su cuerpo mutilado de un árbol, después de lo cual, dispersándose, llevaron el deshonor y el miedo a sus respectivas provincias. El asesinato [6] de generales derrotados

es una vieja costumbre ibérica y púnica y a ella se añadían frecuentemente tormentos. Parecidos ejemplos ocurrieron constantemente durante la guerra de la Independencia y durante las recientes guerras civiles, y fueron la justicia salvaje, la venganza de los soldados mal tratados por largos años de desgobierno y engaño. Las *Juntas* y los generales en sus retóricos discursos y jactanciosas proclamas aseguraban a las tropas que eran invencibles, y no es de extrañar, en consecuencia, que cuando llegó el día de la batalla y se vieron ante la primera carga de caballería de los terribles franceses, se disipasen sus ilusiones y que soldados medio muertos de hambre y mal armados, amargados por la decepción y la derrota, echasen la culpa de los para ellos sorprendentes reveses a sus jefes y les dieran muerte por haber vendido y delatado deliberadamente todo al enemigo. Ciertamente, como dice Napier, la mala conducta *colectiva* de los ejércitos regulares de España fue penosa contradicción al valor de los *individuos* de que éstos se componían, y apenas se libró una sola batalla durante toda la guerra en la que no quedase demostrada esta triste verdad; pero la verdad y la justicia piden también que sean los verdaderos culpables los que carguen con la vergüenza y la deshonra y no el *pueblo de España* o la *nación en general*, y, por la más elemental justicia, siempre hemos subrayado esta importante distinción: véanse, sobre todo, nuestras observaciones sobre el valor personal y el escrupuloso sentido del honor del *individuo*. También hemos mostrado que la verdadera pesadilla eran el pésimo gobierno y los indignos jefes: véanse Ocaña y Almonacid. "Recordad siempre", escribe el justo duque (parte de guerra del 16 de abril de 1814), "su completa falta de eficacia, su completa falta de todo lo que sirve para mantener unidos a los ejércitos". Si los españoles hubiesen estado mandados, como los portugueses, por oficiales ingleses y además bien vestidos y armados y con las necesidades del "bolsillo y la tripa" bien cubiertas, también ellos habrían "luchado como verdaderos gallos de pelea del ejército". "Nuestros propios soldados", dice el duque, "*siempre luchan*, pero la influencia de la paga regular se nota siempre seriamente en su conducta, su salud y su eficacia; *por lo que se refiere a los franceses, es notorio que no harán nunca nada si no se les paga y alimenta con regularidad*" (parte del 25 de julio

de 1813); y, a pesar de todo, los españoles, incluso estando medio desnudos, medio armados y hambrientos, buscaban siempre el combate desigual, incluso con temeridad, "tal era su deseo insaciable", dice el duque, "de librar batallas campales con tropas indisciplinadas". Y esto, ciertamente, bastaría para mostrar su ignorancia militar de las posibilidades de éxito, pero también es cierto que no cabe ver en ello un indicio de cobardía. Considérese de nuevo la conducta de los *guerrilleros*, que hicieron la verdadera guerra de Iberia, cada hombre por sí solo en combate personal e intermitente, y se verá la energía que mostraron, su rapidez de movimientos, su habilidad en el trazado de los planes, su espíritu en la ejecución de éstos, las privaciones que supieron sufrir en medio de las mayores fatigas y privaciones y el valor de que hicieron gala, en la medida en que sus hechos parecían más bien cosas de novela que de realidad. Los españoles, como pueblo, mostraron en todo momento la determinación de enfrentarse con el enemigo, estando tan dispuestos a lanzarse a la lucha después de la derrota como antes de ella; porque, en ningún caso, como dice Polibio, decidió una sola batalla el destino de España, como ocurrió en Jena o Waterloo con el de Prusia o Francia, ni tampoco fue nunca fácil, incluso cuando quedaban derrotados ejércitos regulares, conservar lo conquistado. La inveterada debilidad de los españoles ha sido siempre su falta de unión o "de juntar sus escudos". De esta manera vemos que los lamentables *pobrecitos*, que, por el gusto de burlarse de la fortuna, fueron elevados a puestos de poder y mando, nunca actuaron cordialmente y por el bien común y también que nunca, hinchados de vanidad, habrían permitido que un *extranjero* asumiese sus puestos (véase *Peñíscola*). Esto es lo que ha ocurrido siempre, y el extranjero era tanto más odiado cuando tenía éxito, porque su mérito hacía más patente su indignidad. De esta manera, sus antepasados cartagineses, habiendo sido conducidos a la victoria por Xantippo, que era espartano, profesaban honrarle en público, al mismo tiempo que daban órdenes secretas de que fuera asesinado, y esto es lo que se hizo.

Y, de la misma manera, el amor propio de cada español como individuo le induce a quitar importancia y a recelar de todos los demás; y tampoco se piense que muchos de sus jefes eran el tipo de personas que son capaces de neutralizar esta tendencia nacional,

pues su «ignorancia de su profesión» y sus constantes derrotas tendían, por el contrario, a reforzarla en lugar de debilitarla; sea testigo de esto si no la incapacidad de hombres, niños mimados de la vergüenza, como Blake, Cuesta, Venegas, La Peña, *Areizaga*, Mendizábal etc., y la guerra entera no bastó para producir siquiera un general español mediocre, porque esos héroes modernos, Castaños y *Friere*, eran apenas otra cosa que pobre gente y «niños en el arte de la guerra»; el primero no ganó en toda su vida otra batalla que la de *Bailén*, que fue pura casualidad, mientras que el otro fue derrotado en todas partes excepto en *Sa Marcial*, donde estaba apoyado por los ingleses. El *desaliento* por lo que se refiere a los asuntos públicos de todas clases es un importante rasgo de la mentalidad nacional. Los españoles, que han visto que todos los intentos de poner remedio a sus males políticos solamente sirven para ponerlo todo peor, se desesperan por completo y se limitan a dejar que las cosas vayan por su camino normal, cuidando únicamente de sus intereses individuales, «sauve qui peut». En consecuencia, en esta derrota de Somosierra, los franceses hicieron pocos prisioneros. «Velocitas genti pernix», dice Justino. El vigoroso español tiene *buenos jarretes*, y, de esta manera, *Muza* dijo que «*cuando quedan vencidos son cabras en escapar a los montes, que no vean la tierra que pisan*». El ejército entero desapareció de la faz de tierra, como es normal en Oriente y también en España. *Buonaparte* llegó a Madrid sin encontrar un solo enemigo, y la verdad es que la mayor parte de los españoles les tuvo bastante sin cuidado su pérdida. La versión oficial española de *Somosierra* es característica; según Páez, aquí «un cuerpo o varios de españoles *combatieron* contra *todo* el ejército francés, mandado por Napoleón en persona»; es decir, que

12 000

hombres pusieron pies en polvorosa al sonido de las herraduras de unos pocos lanceros polacos mandados por Krasinski.

El camino real que va por el *Puerto* está bloqueado por las nieves invernales, pero un amplio *Parador* o *Venta de la Juanilla* ha sido edificado aquí recientemente por la empresa de las diligencias. El puerto está situado en la espina dorsal que divide a ambas *Castillas*. Ahora bajamos a una comarca muy fea, pero rica a

pesar de todo en grano y vino, y de aquí seguimos a *Aranda*, junto al Duero, entre sus viñas. El río, bordeado de álamos, está cruzado por un buen puente, y las casas, colgando sobre él y con miradores, son pintorescas. El palacio episcopal fue destripado por los franceses. La población es de alrededor de 4500 personas. Visítese el mercado irregular, donde se congregan los campesinos, como Sancho Panza, con sus *alforjas* al hombro. Las mujeres ahora llevan medias rojas y refajos de estameña verde y azul.

La fachada sur de la principal iglesia es de bello estilo gótico de los Reyes Católicos, cuyos emblemas se mezclan con los escudos de los Enríquez, almirantes de Castilla: obsérvese la forma de escama de la piedra que hay sobre la puerta; ésta tiene buenos paneles tallados y ricos nichos y estatuaria, con tres altorrelieves: la Cruz a Cuestas, la Crucifixión y la Resurrección. El *Retablo*, en el interior, es bueno y contiene escenas de la vida de la Virgen. El portal dórico y jónico del convento dominicano es clásico. Aquí está (o estaba) el bello *Retablo* y sepulcro ejecutado por Juan de Juni para su protector Álvarez de Acosta, obispo de Osma. El púlpito está hecho con esculturas que fueron quitadas de esta tumba por bárbaros. Aranda, que ahora es un lugar miserable, estuvo en otros tiempos habitada por reyes: para detalles de sus pasadas glorias, consúltese «*Obispado de Osma*», López Loperráez, página 174.

Las comunicaciones con Aragón y Navarra por Soria y las partes orientales de Castilla se encontrarán en la ruta CXXIX.

En *Gumiel* obsérvese el portal corintio de la iglesia parroquial, levantada en 1627, enriquecido con apóstoles, virtudes cardinales y la Asunción y Coronación de la Virgen. A media legua de distancia está el antiguo monasterio de *San Pedro de Izan*, que contiene algunos notables sepulcros; la comarca, que es triste y monótona, sin vida, árboles ni agua, continúa hasta *Lerma*, lugar decaído de unas 1300 almas y construido a orillas del Arlanza, que es buen río truchero; también es buena la caza cerca de aquí, en *El Bordal*. Lerma dio su título ducal al primer ministro de aquel imbécil fanático que fue Felipe III, como saben todos los lectores de «*Gil Blas*»; fue ministro idóneo para la rápida decadencia de la efímera grandeza de España, y sus dignos principios fueron la hipocresía como máscara de la avaricia, de manera que mientras fundaba

conventos saqueaba al público. Felipe IV, a la muerte de su padre, estrujó bien esta esponja empapada y luego mandó decapitar a su agente, Rodrigo Calderón, de la misma manera que Enrique VIII hizo con los Empson de su padre. En Lerma, en 1604, el ministro hizo edificar un vasto palacio, diseñado por Francisco de Mora, el mejor discípulo de Herrera, en el estilo de *Las casas de oficios* de El Escorial; el *Patio* y las nobles escalinatas y columnata muestran lo que era este edificio hasta la invasión francesa, cuando todo fue saqueado y el edificio mismo convertido en cuartel. *La Colegiata* fue también construida por este duque: el *Retablo* es de pésimo gusto, pero el tabernáculo, con sus bellos mármoles y ángeles de bronce, es mejor. El soberbio monumento erigido al cardenal Lerma ha sido atribuido a Pompeo Leoni.

A la derecha de Lerma, a cosa de una legua de *Covarrubias*, está el antiguo monasterio de *San Pedro de Arlanza*, que existía ya en tiempos de los godos, pues en él tomó Wamba la cogulla; fue restaurado en el año 912 por el conde Fernán González, a modo de agradecimiento por su importante victoria de Cascajares: era aquí donde se guardaba la maravillosa cruz que le fue enviada por el papa Juan XI y que rivalizaba con las de Oviedo y Caravaca como remedio seguro contra el granizo; su virtud fue puesta a prueba en 1488 por el obispo Luis de Acuña, que la puso en un incendio y las llamas quedaron inmediatamente extinguidas. Aquí se guardaba también *La Virgen de las Batallas*, una diosa de la guerra de bronce, una Bellona que era contemporánea de la del Cid. El conde murió en el año 968 y fue enterrado aquí; fue, ciertamente, el fundador de la monarquía castellana y un perfecto héroe de romance por estar metido en aventuras; sus principales hazañas fueron las derrotas que infligió al infiel en Lara, Osma y Piedrahita; su fuga de la prisión y otros incidentes enardecedores se narran en algunos encantadores romances antiguos.

Al salir de Lerma, el fatigado viajero contempla con alegría los muros de Burgos, con su imponente castillo y su espléndida catedral, que se levanta noblemente sobre los sembrado que bordean al Arlanzón. Las mejores posadas son *El Parador de Diez, El Parador de Badals*, en la calle de *Cantaranas*, y *El Parador del Dorado*, calle de la Pescadería, donde para el correo. Hay también

buen alojamiento en la Plaza, donde está la fuente de bronce de Flora. Pocos viajeros paran en Burgos, ya que suelen tener prisa por llegar a Madrid, o más prisa todavía de salir de las Castillas; y, sin embargo, el amante de las antigüedades y el artista debieran pasar allí un par de días. Para saber de su historia, consúltense la «*Historia de Castilla*», de Diego Gutiérrez Coronel, cuarto, Madrid, 1785; el artículo de Benito Montejo en las «*Memorias de la Academia de la Historia*», III, 245; el «*Viaje Artístico*», Isidoro Bosarte, octavo, Madrid, 1804, y Flórez, «*España Sagrada*», XXV y XXVI.

BURGOS, nombre que algunos relacionan con el término ibérico *Briga*, significa en cualquier caso «lugar fortificado en una eminencia» y está relacionado con πυργος, Burgus, Burgh, Burough, Bury, etc. Situada cerca de las montañas, donde ya en el año 874 los tenaces montañeses se levantaron contra los moros, fue fundada la ciudad en el 884 por Diego de Porcelos y se convirtió en capital de la recién nacida monarquía: sus armas son «sobre gules, figura de medio cuerpo del rey, con una orla de dieciséis castillos en oro». Estuvo en un principio sometida, en cierta medida, a los reyes de León cuando Fruela II, hacia el año 926, invitó a los principales jefes a una fiesta y entonces los mandó matar a todos, según un procedimiento bastante corriente en la política ibérica, púnica, oriental y española (véase *Estella*). Los ciudadanos de Burgos, entonces, eligieron *jueces* para que les gobernasen, de la misma manera que los moros de Sevilla eligieron a Mohammed Abu-l-Kasim como *Kadi-l-jamah*, o juez principal, cuando fue destruida la dinastía Omeya. Los más famosos de estos magistrados fueron *Nuño Rasura, Laín Calvo* y otros que figuran en viejos romances históricos. Finalmente, Fernán González consiguió liberarse del yugo de León y con él el título de «*conde de Castilla*» pasó a ser hereditario; «conde» era entonces equivalente de un soberano independiente. De la misma manera, entre los judíos, la época de la ley precedió a la de la monarquía. Su nieta, Nuña, se casó con Sancho el Mayor de Navarra, cuyo hijo, Fernando I de Castilla, unió en 1067 los reinos de León y Castilla al casarse con Sancha, hija única de Bermudo III.

Cuando Alonso VI, en 1085, elevó a Toledo a la categoría de capital, surgieron disputas sobre precedencia entre Burgos y su rival que no se solucionaron hasta que las zanjó Alonso con una componenda, ya que permitió a Burgos hablar primero en las Cortes, diciendo que él hablaría por Toledo. Los reyes de Castilla, al sacar su corte de Burgos, retiraron de la ciudad las fuentes de su prosperidad, y la invasión completó esto. La población ha bajado de 50 000 a 12 000 habitantes, pero Burgos conserva, a pesar de todo, su aspecto venerable, aburrido, húmedo y frío, con un verdadero carácter de auténtica ciudad godo-castellana, y los que viven en ella son también *Castellanos rancios y viejos*. Su principal recurso está en el tráfico de viajeros que va a Madrid. Tiene 14 parroquias y se encuentra situada a orillas del Arlanzón, que está cruzado por tres puentes de piedra. Un río menor, *El Pico*, que se divide en vaguadas, que aquí se llaman *Esquevas*, atraviesa las calles, que de esta forma se limpian y refrescan. Burgos tiene una *audiencia*, que fue creada a expensas de la *chancillería* de Valladolid; una biblioteca pública, un *museo*, un teatro y una lamentable *cuna*. Su queso, *el queso de Burgos*, tiene mucha fama en España, pero los conocedores del Stilton y el Parmesano pensarán sin duda que le va mejor al gusto del hambriento Sancho Panza que al suyo.

Los franceses entraron en Burgos por primera vez el 10 de noviembre de 1808 y ésta fue la época de su ruina: todo el ejército español, que por desgracia fue puesto bajo el mando del incompetente Belveder, dio la vuelta y huyó ante la carga inicial de los audaces invasores, que no perdieron ni 50 hombres. Ahora este «dedecus ingens», uno de los frecuentes ejemplos que pueden ponerse de los malos resultados que dan los malos jefes, se presenta como la *gran gloria* de Burgos por parte de todos los escritores españoles modernos, desde Miñano hasta Mellado en 1842. La ciudad, que no había resistido, fue entonces saqueada por Bessières *a lo Río Seco*; aquí, éste, sin embargo, no actuó más que como agente de *Buonaparte* en persona, que quería, con un ejemplo de terror desde el principio mismo de la invasión, intimidar toda futura

resistencia. Ésta fue también la bárbara política romana en España, donde incluso Escipión, en la toma de Cartagena, dio orden a sus soldados de matar a todo ser vivo, καταπληξεων χαδιν, a fin de que su nombre despertase un «terror anonadante». Las ideas de *Buonaparte* fueron llevadas a la práctica con tal perfección que él mismo consideró prudente lamentar, en un comunicado que fue leído en París, los «horrores que le habían hecho estremecerse», pero que una sola palabra suya sobre el terreno habría sido suficiente para impedir. Aquí permaneció doce días, derrotando a los ingleses con las balas de papel de su cerebro.

Burgos es sede de un arzobispo, que tiene por sufragáneos a Pamplona, Palencia, Santander y Tudela. El rey, como *Señor de Vizcaya*, era uno de los canónigos del capítulo, igual que en León y Toledo. Entre los miembros elevados a la tiara están Rodrigo Borgia, cuyo nombre de papa fue Alejandro VI, que fue arcediano de Burgos. La catedral, una de las mejores de España, está por desgracia muy obstruida por ruines edificios, pero vista de lejos, cuando se eleva sobre estos obstáculos, es una soberbia mole de gótico florido, con pináculos de arracimada filigrana. Fue comenzada el 20 de julio de 1221 por el obispo Mauricio, que era amigo de Fernando III el Santo. La entrada principal u occidental está situada entre dos torres coronadas por espiras del más delicado calado en piedra, que, ciertamente, parece encaje, hasta tal punto de que uno se pregunta cómo es posible que no haya volado por los aires en este clima tormentoso. Los tres portales, que corresponden a las tres naves, desentonan por desgracia del conjunto, pues, llevado de una fatal manía de modernización, el bárbaro capítulo quitó de allí las antiguas puertas góticas anteriores profundamente retranqueadas. La del centro se llama *de Santa María*, por estarle dedicado el templo a ella; *su* lema está grabado arriba en la balaustrada, mientras que *su* concepción, *su* asunción y *su* coronación se encuentran esculpidas sobre las entradas, pero todo, ya sea en el cielo o en la tierra, *es de ella*, según este credo mariolátrico. Obsérvense en particular la bella ventana de rosetón y los nichos y remates. El suelo, en esta parte delantera, es muy desigual, pero no carece de pintoresquismo. Véanse la curiosa fuente y el tramo de escalera, ya que todo el conjunto parece un cuadro de Roberts. La puerta que da al norte está a cosa de 30 pies

por encima del pavimento de la catedral. Esta *Puerta alta* está también enriquecida con un portal hondo y con hileras de estatuas en nichos. En el interior se sube al crucero por medio de una escalinata muy original y compleja, diseñada por Diego de Siloe, en cuyos detalles el paganismo compite con el cristianismo y los hipogrifos con los santos canonizados. Obsérvese también la puerta llamada *La Pellegería* y, dentro, la tumba de Bernardino Gutiérrez, que algunos atribuyen a *Torregiano*, y cuyo follaje y niños son verdaderamente graciosos: la puerta situada enfrente está adornada con columnas y trabajo gótico. Obsérvense el San Pedro, el San Pablo, la Virgen y el Niño y un prelado arrodillado.

El interior está, como de costumbre, bloqueado por el *Coro* y su *Reja*, que es muy voluminosa; pero el *Cimborio* es un noble octógono, que se levanta a 180 pies de altura, de contrafuertes circulares, adornado con armas imperiales y arzobispales. Felipe de Borgoña, el arquitecto, está enterrado cerca de su principal obra. Si «monumentum quaeras circumspice». Fue terminado el 4 de diciembre de 1567 a expensas del arzobispo Juan Álvarez de Toledo, hijo del duque de Alba, ya que el crucero originario se había derrumbado el 4 de marzo de 1539. Los bellos órganos son de Juan de Argete. La *Sillería del Coro* es de nogal y de diferentes períodos y artistas: obsérvese el trono del arzobispo. La primera hilera de sillas está tallada con escenas del Antiguo Testamento, pero los respaldos son más modernos. Las de la hilera inferior son al estilo de Berruguete y algunas de las figuras son muy italianas. La intrincada *Reja*, obra de Juan Bautista de *Celma*, fue donada en 1602 por el cardenal Zapata, y hay también buena obra gótica en los *Respaldos del Coro*, pero el *Trascoro* ha sido modernizado con incongruente obra corintia y en el mismo mal gusto; un portal gótico fue eliminado, y en su lugar pusieron otro de carácter griego. La *Reja* del crucero fue trabajada en 1723 para el arzobispo M. F. Navarrete por un lego llamado Pedro Martínez, pero estas barandas, bellas en sí mismas, dan la impresión como de encerrar a la catedral en un cercado. El altar mayor cuenta como *Capilla Real*, porque aquí están enterrados algunos cadáveres reales. Obsérvese la figura de doña Beatriz, con una tableta en la mano. El *Retablo* se compone de los órdenes clásicos, con pilares salomónicos, o sea en espiral

retorcida, puestos aquí por el arzobispo Vela en 1575: las figuras talladas son algo alargadas. La imagen de la Virgen, que es la dominante, fue tallada por Miguel de Ancheta, de Pamplona. Este gran *primer término* es obra de los hermanos Rodrigo y Martín de la Aya o Haya,
1577-93.
Obsérvese el árbol de la genealogía del Salvador, que sube, retorciéndose como una hiedra. Desgraciadamente muchas de las figuras han sido mutiladas y repuestas en él por manos inferiores. La espléndida *custodia* de plata fue robada por los franceses, aunque todavía, sin embargo, hay seis candelabros del más bello arte plateresco, que, en ocasiones importantes, son puestos ante el altar mayor. Pregúntese también por *La Cruz grande de las Procesiones*, magnífica obra de Enrique de *Arphe*.

Las diversas capillas de esta catedral merecen ser examinadas con detenimiento, ya que están llenas de buena escultura, tumbas y vidrieras. La más notable de todas es la *del Condestable*, que fue levantada para tumba de la familia Velasco, condestables hereditarios de Castilla. Esta rica *Capilla* gótica es tan grande como algunas iglesias y es admirable, tanto por dentro como por fuera; ciertamente, sus pináculos o *agujas* forman un racimo encantador y se corresponden con las espiras. La entrada es muy impresionante. Primero obsérvense los macizos, contrafuertes, entrepaños y columnas enguirnaldados, enriquecido todo ello con nichos y niños que sostienen tallas bajo los espléndidos doseles. La piedra blanca constituye un admirable material para tan admirable escultura. Los temas son la Agonía del Salvador, la Cruz a Cuestas, la Crucifixión, que es el mejor de todos, la Resurrección y la Ascensión. Los extremos angrelados del portal forman como un marco de rico encaje, bajo el que se ve la capilla ligera, sencilla y alegre, con sus tumbas y decoraciones heráldicas. Ante el *Retablo* reposa el fundador, Pedro Hernández de Velasco, muerto en 1492 en compañía de su mujer, María López de Mendoza, muerta en 1500, a cuyos pies yace un perro, símbolo de su fidelidad. Estas bellas tumbas fueron esculpidas en Italia en 1540, y las vestiduras, la armadura y el encaje, así como los detalles, merecen detenido examen. A continuación obsérvese la alta y soberbia *Reja*, que está

rematada en lo alto por Santiago. La baranda es, ciertamente, una obra maestra de *Christobal* de Andino, 1523, nativo de Burgos; pero ahora, ¡ay!, ha decaído a causa del tiempo y el abandono, pero ¡cómo debió ser cuando gozaba de toda su frescura, cuando reveló por primera vez a Burgos las glorias del *renacimiento*! Obsérvense la cerradura y las figuras arrodilladas, con escudos en las manos, que son completamente a
«l'antique».
Entre otros preciosos objetos hay un bloque de jaspe pulido que pesa 200 quintales y una bella *Purificación* en el *Retablo*; pero las estatuas de *San Sebastián* y San Jerónimo, obra de Becerra, se dice, son muy admiradas, como se merecen. Las sillas talladas son buenas. El cuadro, muy alabado, de la Magdalena, con el pelo castaño rojizo, es atribuido erróneamente a Leonardo da Vinci; pero, en cualquier caso, es buena pintura lombarda. La *Sacristía*, que está al lado, tiene buena plata de iglesia, es decir, *cetros*, copones, incensarios, un buen cáliz y una cruz de Juan
D'Arphe
. Obsérvese también una Virgen de marfil y ébano en una hornacina ornamentada con perlas. A la izquierda de esta capilla está la gran tumba de Juan de Orteaga Velasco, abad de San Quirce, muerto en 1559. Obsérvense los Querubines y las Cariátides, la Concepción de la Virgen y el Bautismo en el Jordán. Entre otros sepulcros que pueden verse en la capilla de *Santa Ana* está el del arzobispo Luis de Acuña Osorio, que terminó una de las torres; la efigie es un retrato. Obsérvense las estatuas de las virtudes cardinales. El altar es de excelente estilo gótico. El *Retablo* contiene el encuentro de San Joaquín y Santa Ana, los padres de la Virgen. Obsérvense la detallada genealogía y un bello cuadro florentino de la Virgen, con un niño en la rodilla, servida por San Juan y San José.

La capilla de Santiago es la *parroquia* de la catedral, y el *Retablo*, con su santo patrono montado, es bueno; en su *Sacristía* hay dos espléndidos sepulcros cinquecentescos del arzobispo Juan Cabeza de Vaca. En el centro de la capilla está el arzobispo Juan de Villacreses, vestido de pontificalibus. Obsérvense las vestiduras de las dos figuras yacentes de la familia Escalona y las de los Lesmes de Astudilla, con la escultura que representa la Presentación de la

Virgen, San Juan y Santiago. En la contigua *Capilla de San Enrique* hay un espléndido sepulcro de mármol italiano, con una figura arrodillada en bronce del prelado y fundador, Enrique de Peralta y Cárdenas, 1679. Obsérvense el tallado de las sillas, el *Atril* y el águila de bronce. En la *Capilla de la Visitación* yace enterrado Alonso de Cartagena, que, en 1435, sucedió a su padre como arzobispo; también San Juan de Sahagún, vestido de monje, con un libro a los pies; admirable muestra de arte diminuto. En esta capilla hay seis pinturas de la vida de Cristo, obra de un antiguo artista alemán. Pregúntese por la imagen de Nuestra Señora de Oca, sentada en un trono, con un niño que tiene una manzana en la mano, pues éste es el grupo que se lleva a hombros para ser adorado públicamente. Al salir por la *Puerta del Perdón* se ven dos grandiosas estatuas del Salvador, concebidas al estilo de Sebastiano del Piombo, con la leyenda «Ego sum principium et finis; alpha et omega»; del mismo artista es también el cuadro que hay en la *Capilla de la Presentación*, la segunda a la derecha según se entra por el oeste, que es una de las mejores pinturas que hay en toda Castilla la Vieja. En ella vemos a la Virgen, de tamaño mayor al natural y de cuerpo entero, sentada con el Niño, que está dando la bendición: el niño es algo envarado y duro. Esta obra maestra es aquí erróneamente atribuida a Miguel Angel. Fue donada a la capilla por el fundador, un florentino llamado Moci. Los viejos *Retablos* están ocultos tras decoraciones modernas; obsérvense, sin embargo, las figuras de Santa Casilda y de una santa montada a caballo. Aquí está la tumba de Jacobo de Bilbao, el primer capellán de la capilla: la cabeza es buena, pero los demás detalles son de verdadero estilo plateresco y berruguetiano. Igualmente rica es la puerta de la *Sacristía*. Obsérvense también el órgano, la balaustrada y la tumba de Alonso Díaz de Lerma, sobrino de Moci; el tocado y el sarcófago están bellamente esculpidos, pero los medallones que hay en el sepulcro de Gonzalo Díaz de Lerma no son tan buenos. La ventana de esta capilla es grande y grandiosa. En la capilla siguiente, *La del Cristo en agonía*, hay una crucifixión de Mateo Cerezo, el Vandyke español, pero el colorido es parduzco y leonado, defecto bastante corriente en este pintor. La *Capilla de Santa Tecla* ofrece una magnífica muestra del churrigueresco a quienes gusten

de la cursilería ostentosa y sobredorada.

A continuación visítese la *Sala Capitular*, que tiene algunos malos cuadros, pero un buen techo artesonado. En la Pieza de Juan «El Cuchiller», el trinchador, está la efigie armada de aquel bravo caballero que empeñó sus ropas para pagar una comida a Enrique III, que no tenía dinero suficiente para ello, y esto mientras el arzobispo estaba dando un gran banquete, al que asistió el rey disfrazado: véanse los detalles de este suceso en Mariana. Pero las casas españolas son conocidas por su mala administración, desde la *venta* hasta el palacio, ya que en todas ellas, de las muchas cosas que faltan, la principal es una bien abastecida despensa. La reina, como todos sus súbditos, vive al día y apenas tiene lo necesario para la comida del día, ya que, cuando llega la noche, no se encuentra más que un vaso de agua bajo el techo plebeyo o real. *Cosas de España*: Σπανια, es decir, carestía, hambre, pobreza. La *Sacristía* contigua es churrigueresca, con un techo coloreado como una fuente de porcelana. Pregúntese por una bella mesa florentina de *Pietre Commesse* y sobre todo por *El Cofre del Cid*, el viejo cofre, comido por los gusanos, que, *como cuenta la historia*, el Cid llenó de arena y luego les dijo a los judíos Rachel y Bidas que contenía oro y joyas, consiguiendo así un préstamo con garantía verdaderamente española. Ahora las cosas han cambiado por completo y, a menos que la fama universal calumnie al señor Mendizábal, es un primer ministro judío español quien «se la pega» a los prestamistas cristianos. Pero el honrado Cid no faltó a su palabra y, por increíble que ahora pueda parecemos, devolvió realmente el dinero prestado y el interés encima. ¡Oh raro Cid!, *Honra de España*. El Cid, además, se sentía deprimido al verse reducido a tales dificultades por culpa de la ingratitud de su propio rey.

«¡Oh, necesidad infame
a cuantos honrados fuerças
a que por salir de ti
hagan mil cosas mal hechas!».

La *Sacristía vieja* contiene mediocres retratos de prelados de

esta catedral con curiosos *letreros*; aquí hay también algunas buenas tallas en nogal de Pedro Martínez, 1723. Este lugar se usa a modo de *Favissa* o almacén para las imágenes talladas de dioses y diosas que se habían deteriorado. Ahora pasemos a los bellos claustros, que, como la capilla de Santa Catalina, están situados a un nivel irregular. Obsérvense, sobre todo, la curiosa obra ojival de la entrada y una puerta principal tallada en roble, con un noble panel de un rey coronado. La cabeza de un monje, de la que sale el borde exterior del arco, se dice que es el busto de San Francisco y, en cualquier caso, es un bello objeto. En los claustros deben observarse las ventanas, las escaleras y la tumba de Diego de Santander, muerto en 1533, que tiene un exquisito altorrelieve de la Virgen y el Niño; obsérvense también los sepulcros de Gaspar de Illescas y Pedro Sar de Ruilobo, con un Salvador muerto. Obsérvese un grupo de cuatro figuras coronadas, en el fuste de la esquina, cerca de la tumba de Francisco de Mena, y la *Urna* de Gonzalo de Burgos, eminente abogado, así como también el curioso *Retablo* de la esquina, dedicado a San Jerónimo, con escultura medieval. Las fechas de las tumbas oscilan entre los siglos XIV y XVI.

A continuación se debe subir a la eminencia en que está edificado el castillo, contemplando de camino la vieja iglesia de *Santa Gadea* (Agueda), que fue una de las tres *Iglesias Juraderas*, o sea iglesias donde se podía purgar por adjuración (véase *León* y *Ávila*). La piedra de toque de la verdad es *el cerrojo*, llamado *del* Cid, porque se afirma que fue sobre él donde el Cid obligó a Alonso VI a jurar dos veces que no había participado en el asesinato de su hermano Sancho en Zamora, cosa que el rey no le perdonó nunca. De esta misma manera Callipo se vio forzado a purgarse a sí mismo por juramento en el templo de Ceres y Proserpina, cuando se sospechó de él que hubiera conspirado contra la vida de Dión. Cuando fue suprimida en España esta costumbre por Isabel la Católica en las *Leyes de Toro*, el obispo Pascual de Ampudia hizo que el cerrojo fuese puesto fuera del alcance, ya fuese para conservarlo como una antigüedad o bien para clavarlo, «in terrorem», como se suele clavar una moneda falsa sobre un mostrador. Todos los que querían demostrar su inocencia solían *tocarlo, «tango* aras et numina testor», y luego se besaban el pulgar.

Queda todavía algún residuo de esta costumbre en la frase española de cumplido, *Beso a Vmd. la mano*, Ahora, cuando las clases bajas van a prestar juramento, cierran con frecuencia la mano y levantan el pulgar, besándoselo. Tal es el sentido de la antigua canción de las montañas escocesas: «He aquí mi dedo pulgar, nunca te engañaré».

El interior de Santa Gadea ha sido saqueado y fue abominablemente modernizado en 1832, cuando se sacaron de aquí los viejos *Retablos*, etc. Obsérvense, sin embargo, la pila bautismal, la tumba del chantre Alonso Delgadillo y las estatuas de la Virgen y San Pedro.

De aquí, subiendo la colina, llegamos al arco de triunfo levantado por Felipe II en honor de Fernán González al estilo gótico, con pirámides que tienen bolas en la punta: esta *Calle Alta*, por ser la más cercana al castillo protector, fue la primera que se habitó cuando Burgos llegó a ser ciudad, y aquí era donde vivía la aristocracia. El solar de la casa del Cid fue despejado en 1771 y ahora está señalado con columnas: es un solar muy pequeño para tan gran hombre, pero su gloria llena el mundo: ahora todo está abandonado y arruinándose a pasos agigantados, porque las épocas heroicas de España pasaron y estos monumentos de castellanos viejos sólo sirven para avergonzar a las modernas mediocridades. Las calles de la antigua parroquia de San Martín, algo más arriba, fueron completamente arrasadas por el invasor, cuya aljaba, ciertamente, fue aquí un sepulcro abierto, porque ahora se ha establecido un *Campo Santo* o cementerio público donde las tumbas ocupan el lugar de las casas que en otros tiempos rebosaban de vida. Una vieja puerta conserva su arco moro. Encima, la colina del castillo llega a su cúspide, y debajo anida la ciudad populosa. La vista desde las alturas es amplia y ahora se ven realmente las espiras de la catedral; más allá, en la distancia, al norte, están los monasterios de *Mira-flores* y *Cardeña*, mientras que al este, fuera de la ciudad, se levanta el real convento de *Las Huelgas*, con las verdes *Isla* y *Vega* extendiéndose hasta perderse de vista.

Las posiciones que el duque ocupó aquí estaban en la eminencia opuesta, comenzando en *San Miguel*, a la izquierda de la carretera de Vitoria, y extendiéndose hasta *San Pedro*. El castillo fue originariamente palacio de los primeros reyes, y es aquí donde tuvieron lugar las ceremonias nupciales del Cid y de nuestro

Eduardo I con Leonor de Castilla; también fue aquí donde nació don Pedro el Cruel. Actualmente lamentable y «hors de combat», en aquellos días era un verdadero *Alcázar* moro y fue muy mejorado por Isabel la Católica, Carlos V y Felipe II. Las salas de ceremonia fueron destruidas por un fuego accidental en 1736 y que se extinguió por sí mismo sin que nadie en todo Burgos intentara siquiera apagarlo. Las ruinas, bellas incluso en su estado actual, fueron usadas por los franceses para levantar fortificaciones, que ellos mismos destruyeron al retirarse Reille 14 de junio de 1813 ante el avance del duque. Luego, el enemigo minó la catedral, que sólo se salvó, como la Alhambra, por pura casualidad por haber fallado la pólvora, mientras que, a causa de una explosión prematura, muchos cientos de los zapadores «saltaron por el aire con sus propios petardos», como broma de una Némesis vengadora.

El castillo es memorable por la retirada del duque en 1812, después de su victoria de Salamanca, que arrojó a Soult de Sevilla y a José de Madrid, cuando habría podido perseguirlos a los dos hasta Valencia, de no ser porque «su servicio fue escatimado y abandonado», tanto por el gobierno inglés como por el español. Todos los que tenían que cooperar con él le fallaron: el general Maitland fue enviado a la costa oriental demasiado tarde, y una vez allí no hizo nada, mientras los españoles eran derrotados en Castalia. De esta manera se vieron desequilibrados sus planes y sólo le quedó, tomando Burgos, la posibilidad de abrir comunicaciones con Galicia: dividió su ejército y, dejando a Hill en Madrid, dio orden a Ballesteros de situarse en Alcaraz, entre los franceses y la capital; pero este digno cooperador, al negarse a obedecer a un *extranjero*, dejó el flanco abierto a Soult, que avanzó entonces sobre Madrid con tal superioridad numérica que Hill se vio obligado a evacuar Madrid y el duque a levantar el sitio de Burgos. De esta manera, los resultados de la campaña británica fueron sacrificados a causa de un pervertido *Españolismo*. Anteriormente, el duque se había visto obligado a atacar la ciudadela, como en Badajoz, «in forma pauperis», «rogando, pero sin dar con el mazo», como dice Picton. «¿Qué es lo que se puede hacer?», como él mismo escribió antes de ponerse en camino (parte de guerra del 23 de agosto de 1812), «¿qué es lo que se puede hacer por esta *nación perdida*?, y, por lo que se refiere a levantar hombres o bastimentos, o incluso

tomar una medida para ponerles en situación de continuar con la guerra, *todo eso es completamente imposible*. Me estremezco sólo de pensar en la enormidad de la tarea que he emprendido, con poderes suficientes para hacer nada y sin ayuda de ninguna clase por parte de los españoles o, mejor dicho, de ningún *individuo* de la *nación* española», incluso la nación, «porque el entusiasmo del pueblo se iba en vanas jactancias» (parte de guerra del 24 de diciembre de 1811). Y, sin embargo, no desesperó: ahora no se podía perder el tiempo. Marchó hacia Burgos el 1 de septiembre de 1812, esperando que se uniera a él el ejército gallego a las órdenes de Castaños, que, en teoría, constaba de
35 000
soldados, pero que llegó después de infinitas demoras con sólo
11 000,
«carente de todo y en el momento crítico», mientras Madrid se negaba a proveerle de los medios de mover un solo cañón, y tal llegó a ser el abandono de nuestro propio gobierno inglés que el duque llegó a Burgos el 19 con sólo tres cañones de 18 libras y apenas munición. Unos pocos cañones le fueron enviados finalmente, ¡*después* de levantarse el sitio! Los españoles, además, le engañaron, al informarle de que el castillo era muy débil, pero una sola ojeada le bastó para darse cuenta de su formidable fuerza y, además, de que estaba defendido por una magnífica guarnición a las órdenes del bravo Dubreton. «Esta dificilísima tarea no es de esas que se llevan a cabo con medios insignificantes», dijo el duque, aunque él, a pesar de todo, ganó las alturas de *San Miguel* al asalto y el 22 pudo y debió haber tomado el castillo por la brecha practicada debajo de la iglesia *Santa María la Blanca* de haber obedecido sus instrucciones el teniente coronel. El ataque, el 28, del lado de *San Pedro* falló también, por lo que se vio reducido a zapar y minar, pero, al oír que Soult estaba avanzando, aprovechó la oportunidad e, instantáneamente, el 21 de octubre, se retiró de noche a lo largo del Arlanzón bajo los cañones del castillo, y ganó de esta manera un día de marcha de ventaja sobre los franceses, llevando su ejército sano y salvo a Ciudad Rodrigo, mientras el enemigo, a pesar de su enorme superioridad numérica, no osó en ningún momento atacarle. Y ahora el señor Toreno critica sus operaciones de la misma manera que el pedante Formio criticaba a

Aníbal sobre el arte de la guerra, pero al mismo tiempo hace la vista gorda ante la mala conducta de Ballesteros, el *verdadero* causante del fracaso (parte de guerra del 2 de noviembre de 1812): ¿es que a esto se le puede llamar ayudar a los amigos?

Burgos tiene forma de semicírculo irregular y subsisten grandes partes de las antiguas murallas junto al río. La parte principal de *Santa María*, porque aquí todo respira adoración a diosas, es maciza y con contrafuertes, y la mole está coronada por la imagen de la Virgen. Carlos V añadió estatuas de personajes burgaleses, que están agrupadas en torno a la suya; éstos son, Diego Porcelos, Fernán González, el Cid, Nuño Rasura y Laín Calvo. El río Arlanzón corre por entre paseos arbolados hasta la *Isla*, donde los franceses construyeron un puente de piedra que los patrióticos indígenas destruyeron después de la evacuación, por ser obra de un enemigo (véase San Lúcar). El río baja hasta la *Vega*, mientras que, más arriba, está el *Espolón* o Esplanada, que, junto con sus jardines, fue tendido por el marqués de Villena. Las pesadas estatuas de Fernán González, Alonso III, Enrique III y Fernando I fueron puestas aquí por Carlos III. La moderna hilera de casas que hay en el Espolón contrasta con las mansiones sombrías y medio fortalezas de la *Calle alta*, San Lorenzo, Avellanos, San Juan y otros barrios. El arquitecto puede seleccionar muestras igual de buenas entre las casas anteriores: la Casa del Cordón, la casa del Condestable, con sus torres, armas y el cordón sobre el portal. Obsérvese la enorme escultura heráldica de esta poderosa familia que hay en la parte trasera de su capilla, en la catedral. Su palacio fue destripado por los invasores, por quienes fueron destruidos también casi todos los retratos de familia, que antes formaban la más completa serie de ellos existente en España y desde entonces han reinado aquí la ruina y el abandono. Los *Azulejos* y *Artesonados* que escaparon a la destrucción muestran que el edificio entero tuvo que tener originariamente un carácter moro. El *patio*, con sus galerías y las armas de los Feria, Mendoza y Haro, es todavía imponente. A la izquierda de la *Puerta del Sarmental* y enfrente de la catedral-claustro está el palacio arzobispal. Obsérvense los portales del número 34, *La Llana de ajuera*; el número 4, *Calle de los Avellanos*; el número 7, *Calle San Lorenzo*, y obsérvese también la

cornisa que hay bajo el tejado. En la *Calle de la Calera* está la casa de Miranda, con un soberbio *Patio*. Las ventanas, los portales y las cornisas de estas viejas residencias burgalesas merecen ser examinados. La *Plaza Mayor*, irregular y construida de ladrillo, fue diseñada por Ventura Rodríguez en 1783. Hay unas cuantas tiendas pobres bajo los pórticos, que los paseantes sin un cuarto, envueltos en sus *Capas* deshilachadas, contemplan pensativamente. En el centro hay una estatua en bronce de Carlos III, obra de un cierto Domingo Urquiza, que ha metamorfoseado al principesco Borbón en un babuino empelucado. Se debe visitar la *Casa del Ayuntamiento* no por los mediocres retratos de jueces, reyes y reinas o por el retrato patiabierto del Cid, sino porque sus cenizas fueron quitadas de su lugar originario de reposo y ¡puestas aquí en una urna de madera de nogal, de esas que sirven para guardar té, en una miserable capilla!, donde, por cierto, hay también una especie de *Concepción* atribuida naturalmente a Murillo.

Entre las iglesias se debe visitar la gótica de *San Esteban*, con una historiada fachada. En su interior, el elegante arco, con galería encima, la ventana de rosetón, el púlpito monumental y los bajorrelieves de la Ultima Cena forman un grupo artístico. La dominicana de *San Pablo* tiene un noble claustro con tumbas al estilo de Berruguete y los arcos góticos del crucero son buenos; aquí estaban los sepulcros de los Gallo,
1560-93;
de los Maluenda,
1562-74,
y del obispo Pablo de Santa María, judío converso, su esposa e hijos. Un obispo católico, apostólico y romano, casado y además de origen judío, no es ciertamente cosa que se vea con frecuencia en España, sea lo que sea en Jerusalén nuestro protestante doctor Alexander. La iglesia gótica benedictina de *San Juan* contiene buenas tumbas de las familias Torquemada y Castro *Mogica*.

Burgos, como Valencia, tiene un crucifijo milagroso capaz de navegar por sí solo, llamado *El Cristo de Burgos*. Según la «*España Sagrada*», un comerciante burgalés encontró la figura navegando por sí sola, como Santiago, en el golfo de Vizcaya; se llevó a un convento e hizo tantos milagros y atrajo tantos donativos que el

arzobispo decidió llevarla a la catedral. Inmediatamente el crucifijo resucitó a diez muertos y tendió sus brazos a la reina Isabel la Católica, de la misma manera que la cortés estatua de Memnon se inclinó ante Sabina, la esposa de Adriano. Antes de la invasión, el capellán solía decir a la muchedumbre que la barba del crucifijo crecía con tanta regularidad como la suya propia. «¡Dii te Damasippe Deaeque *verum* ob consilium donent tonsore!». Un obispo francés le quitó un dedo del pie de un mordisco y se lo llevó a casa como reliquia, de la misma manera que el de Pirro se conservaba para curar el bazo. El mariscal Bessières, que había sido ayudante de barbero, se rió de la barba, pero respetó los dedos del pie restantes, porque sólo se llevó la corona de oro que había sido donada por el conde de Ureña, de la misma manera que Dionisio se limitó a quitar a la imagen de Esculapio la barba de oro. Mucho antes, la modesta imagen burgalesa se había quitado ella misma la diadema, sacudiendo la cabeza, y, en consecuencia, hubo de serle puesta a sus pies, como las «paterae» doradas de Juno, y, como otras, «quitadas» por el mencionado Dionisio. Este crucifijo fue tallado por Nicodemo con materiales sobrenaturales; de la misma manera, nadie sabía decir con qué madera había sido hecho el Apolo Lyceo. A nosotros, aquél nos pareció, después de un minucioso examen, haber sido tallado en pino de Soria y ni por Becerra ni por Hernández, pero, en fin, los entendidos de Burgos prefieren atribuírselo a Nicodemo. Sea ello lo que fuere, lo cierto es que como obra de arte es admirable, y la expresión de sufrimiento de la cabeza caída sobre el hombro es muy buena; y tampoco disgustaría a nuestras bellas lectoras la enagua de encaje que lleva. La última vez que nos fue mostrado este crucifijo estaba cubierto por cortinas, como en Valencia.

Burgos era muy rica en estas imágenes milagrosas, por estar tan cerca de Valladolid, la gran escuela de la escultura castellana. Flórez describe una en *La Trinidad*, iglesia que el populacho estaba destrozando en 1366 cuando cayó una piedra y dio en la nariz de la imagen, que sangró abundantemente; de la misma manera, en tiempos antiguos, cuatro imágenes, en Cassena, *sudaron* sin cesar durante veinticuatro horas, y lo mismo le pasó al Apolo de Cumas.

El convento franciscano *era* una mole de gran exquisitez. Fue fundado en 1256 por Ramón Bonifaz, el almirante francés que

rompió el puente de barcas en Sevilla, pero su tumba y sus obras fueron demolidas por sus compatriotas invasores, que ni siquiera respetaron aquella *rara avis inter Gallos*, un marino victorioso. Destruyeron también la espléndida iglesia de los *Trinitarios*, dejando solamente, sin embargo, un fragmento como muestra de su antigua belleza, que luego fue demolido también por los españoles. En *Santa Ana* hay buenas tumbas de obispos, sobre todo una situada bajo un elegante nicho o arco y otra que es un sarcófago aislado. La iglesia de *San Gil* está llena de sepulcros góticos; obsérvese el de los De Castro, 1529. En la calle de *San Juan*, que en otros tiempos fue residencia de grandes de España y ahora lo es de pobres de solemnidad, está el *Hospicio*. Obsérvense la fachada y la entrada, como también la puerta aspillerada de San Juan, a la izquierda. En *San Nicolás* están las tumbas de la familia Polanco, 1412-1503,
que fue la que donó el altar mayor y la reja. En *San Lesmes* hay un buen retablo en la *Capilla Mayor*, con excelente escultura sobre temas de las vida de Santa Isabel y San Juan, con la inscripción MRS, o sea Martínez, que fue quien la hizo en 1560, así como también la tumba de Juan de San Martín.

Cerca de la *Isla*, a poca distancia de Burgos, bajando, está el famoso convento cisterciense de *Santa María la Real*, llamado habitualmente *Las Huelgas* por haber sido construido en el lugar de ciertos «jardines de recreo» que pertenecían a Alonso VIII, que lo fundó para satisfacer el deseo de su esposa, Leonora, hija de nuestro Enrique II. La pía obra fue comenzada en el año 1180 y halló su recompensa en la victoria de Las Navas de Tolosa. Se compone de un bien cercado conjunto de innobles edificios de diversos períodos, como oficinas, alquerías, etc., que se arraciman en torno al convento, ocultándolo. Éste, en otros tiempos museo de arte y riqueza, fue saqueado por los invasores y recientemente se suprimió un hospital que formaba parte de él y estaba destinado a peregrinos enfermos camino de Compostela. La abadesa era una princesa palatina y estaba allí, como rezaba su título oficial, «por la gracia de Dios», mientras que el convento mismo era «nullis diocesis», posesor de más de 50 pueblos. Pasando por sus muchos *patios* hasta la capilla, observemos la fachada gótica, con una imagen de la

Concepción, puesta allí por Fernando e Isabel; aquí también se ven muchos sepulcros antiguos. En el interior hay dos claustros que semejan a los de Amalfi y Calabria, en forma de arcos redondos, *obra de los Godos*, y también son dignas de observación las columnas agrupadas y los capiteles, que parecen normandos. En el *Coro* de la capilla está la tumba del fundador, pero tanto éste como otros monumentos apenas se ven a través de las rejas, ya que el interior es de estricta *clausura* y ningún varón puede entrar. Ésta era la capilla de San Jorge de los primeros reyes de España, y es aquí donde Fernando III el Santo se armó caballero a sí mismo y aquí también donde su hijo, Alonso el Sabio confirió en 1254 ese mismo honor a nuestro Eduardo I, y aquí, asimismo, donde el bravo Alonso XI veló sus armas y se armó caballero y se coronó a sí mismo y donde estaba la estatua articulada de Santiago, que en alguna ocasiones puso la corona sobre la cabeza de monarcas españoles. Tanto de día como de noche se celebraba aquí el servicio divino por las reales cenizas, hasta que los invasores convirtieron la capilla en un establo, con el resultado de que lo único que sobrevivió fueron las soberbias tallas del coro. Obsérvense un curioso cuadro de la victoria de *Las Navas de Tolosa* y un púlpito dorado. En el interior está la capilla de *Belén*, que fue construida en un estilo de transición entre lo gótico y lo moro y, ciertamente, tanto los arcos como los *lienzos* podrían pertenecer a la mezquita de Córdoba. Ahora, este Escorial de Castilla la Vieja está decayendo rápidamente; por lo que se refiere a sus pasadas glorias, consúltense la «*España Sagrada*» y Ponz.

Burgos, por ser ciudad de paso, fue constantemente cuartel de ejércitos en avance o en retirada, y ésta es la razón del mal estado en que se encuentran sus edificios sacros y, lo que es peor, por obra de católicos, apostólicos y romanos, porque nuestro protestante duque dio orden de que «las iglesias no serían usadas por los soldados sin permiso de los habitantes y del clero y, cuando lo fuesen, se tendría el máximo cuidado con los objetos sacros y con todo cuanto sirviese para usos religiosos, y ni los caballos ni ningún otro animal podrían ser introducidos en iglesias por ninguna razón que fuese».

Todos debieran dedicar un día a una peregrinación a *Miraflores* y a la tumba del Cid. Cruzando el río y volviendo a la izquierda, la carretera no tarda en subir por las colinas y el convento cartujo se ve a una distancia de dos millas, levantándose, con su nave y sus contrafuertes, como la capilla del colegio universitario de Eton. Fue construido en 1441 sobre el solar de un palacio de Enrique III por el hijo de éste, Juan II, como lugar de enterramiento real; fue incendiado por accidente en 1452 y restaurado por Enrique IV, siendo terminado en 1488 por Isabel la Católica, sobre planos de Juan de Colonia, en el más bello estilo gótico florido; esta reina puso también el espléndido *Retablo*, el *Coro* y el sepulcro de sus padres, que no tienen rival ni en España ni en ningún otro sitio. El artista fue *El Maestro Gil*, padre del famoso Diego de Siloe. Dedicó cuatro años a este trabajo, que quedó terminado en 1493, y bien pudo Felipe II, que era buen entendido en arte, exclamar cuando lo vio: «En El Escorial no hemos hecho nada». Aquí yacen Juan II y su esposa Isabel, con su hijo, el infante Alonso; sus sepulcros de alabastro desconciertan a la pluma y al lápiz por igual. Nada puede superar la ejecución de las soberbias vestiduras, animales, ornamentos, laterales historiados, santos, evangelistas, etc. Las efigies reales estaban situadas a ambos lados del *Retablo*, que estaba ricamente dorado con escenas de la vida de nuestro Salvador. Es verdaderamente triste contemplar las indignas mutilaciones de la soldadesca invasora. La *Sillería del Coro* fue tallada por Martín Sánchez en 1480; la capilla, como es costumbre en los conventos de *Cartuja*, está dividida en tres partes: la exterior para el pueblo, la central para los *Legos* y la interior para los *Sacerdotes*. Las vidrieras son del siglo XV y las paredes fueron forradas de conchas al estilo de Berruguete y guirnaldas para escenas de la vida de la Virgen. El espléndido oratorio de Juan II, donativo a este rey de Martín V, fue arrebatado por los invasores junto con todos los buenos cuadros florentinos y los dedicados a la vida de San Bruno, obra de Diego de Leyva, que murió aquí de monje en 1637. A continuación los invasores devastaron los jardines y el cementerio y ahora sólo quedan unos pocos cipreses, tristes dolientes, en el claustro cubierto de malas hierbas, mientras que, en las esquinas, se ven todavía los marcos de donde fueron arrancadas

las pinturas.

Continuando nuestra ruta por las áridas dunas aparece ante nosotros *San Pedro de Cardeña*, en una cañada arbolada, cercado por largos paseos. La fachada fue modernizada en 1739. Sobre el portal vemos al Cid montado en «Babieca», matando moros à *la Santiago*; el bravo corcel de guerra fue honrado en vida y también después de muerto, como le ocurrió en Copenhaguen, el corcel de nuestro Cid en Waterloo, porque nadie pudo cabalgar en «Babieca» después de muerto su amo; y cuando murió también el caballo cavó su tumba ante la entrada del monasterio el mismo Gil Díaz, uno de los más fieles seguidores del Campeador.

Los franceses llegaron aquí el 10 de agosto de 1808 y destriparon el edificio, quemando uno de los archivos y biblioteca más curiosos de España; afortunadamente, muchos de sus títulos más antiguos habían sido impresos por un monje de este convento, cuya obra es ahora de tal autoridad que se acepta como prueba de los tribunales. Todo coleccionista de libros debe conseguir las «*Antigüedades de España*», Federico de Berganza, dos volúmenes, folio, Madrid,
1719-21.

Este monasterio fue el primero que fundó en España la orden benedictina y fue edificado por la princesa Sancha en el año 537 en memoria de su hijo Teodorico, que murió en una cacería, en la fuente *Cara digna*, de donde el nombre de *Cardeña*. El convento fue saqueado por el moro Zefe, en el año 872, muriendo 200 monjes, pero fue restaurado en el 899 por Alonso II de León, y la sangre de los monjes asesinados manaba todos los años en el aniversario de su martirio, completamente fresca y milagrosa, como la de *San Januario* en Nápoles, y todo esto fue declarado completamente verdadero por Sixto IV en 1473; el flujo de la sangre, sin embargo, cesó en 1492, cuando sus manes quedaron satisfechos con la expulsión definitiva de los infieles.

Entonces, sin embargo, y a manera de compensación, el cuerpo de San Sisebuto, su vigésimonoveno abad, comenzó a hacer tales milagros que los campesinos le rezaban como intercesor entre ellos y Dios y también ofrecían dinero en su sepulcro, donde los tullidos eran curados constantemente. Las devastaciones que tuvieron lugar durante la guerra fueron parcialmente restauradas por un monje

llamado Bernardo *Zubia Ur*, de Bilbao. El curioso «*Libro Becerro*», de fecha del año 1092, fue salvado por un monje llamado Miguel García, que estaba por casualidad consultándolo cuando llegaron los invasores. Los benedictinos, en 1823, restauraron desgraciadamente la capilla con ramplones rojos y amarillos e hicieron resaltar las columnas en blanco y negro. Entre las pocas inscripciones que escaparon a los franceses está la de la tumba de Sancha, «obiit *aera*, 580», aunque mutilaron el sepulcro de Teodorico. Los viejos claustros han sido también modernizados, pero algunas de las columnas cortas originales, con sus capiteles, pueden verse aún, y todavía hay una lápida que marca el lugar donde 200 monjes sangraban todos los años.

Unas palabras sobre el Cid, ahora que nos encontramos cerca de su tumba. Rodrigo Ruy Díaz de *Vibar*, pueblo donde nació en 1026, es el príncipe, el campeón de España, *El Cid Campeador* y el Aquiles y Eneas de la epopeya godo-hispánica, porque ni un solo incidente de su vida de Condottieri *Guerrillero* ha quedado sin registrar en canción, que es la forma de la historia primitiva; de esta manera, como dice Schlegel, se puede afirmar que vale lo que toda una biblioteca para la comprensión del espíritu de su época y el carácter del *Castellano* viejo, el caballero y campeón de la cristiandad, del que este duro paladín era la personificación misma y del que él también se consideraba la médula, *Soy Don Rodrigo de Vibar, Castellano a las derechas*. Vaciado en el duro molde de un credo disputado y de una invasión hostil, cuando los hombres luchaban por su Dios y por su patria, por todo lo que tenían o esperaban en este mundo y en el próximo, el Cid poseyó las virtudes y los vicios del español medieval, uniendo el audaz valor personal a la fría determinación y perseverancia del nórdico, contundente como un martillo, y todo ello injertado en la sutil perfidia y la brillante caballerosidad del oriental. Como un Alarico o un Tamerlán, era terrible para sus enemigos, amable y generoso con sus amigos, caritativo con los pobres, liberal y sumiso con el cura, y de esta manera presentaba esa extraña mezcla, que todavía marca el carácter árabe y español, de dureza y benevolencia, crueldad y generosidad, rapacidad y munificencia; si buscamos rasgos más sombríos tendremos que consultar a los cronistas moros, ya que las primitivas *historias* españolas, por haber sido compiladas

exclusivamente por clérigos, pintaban, como es natural, de color de rosa, y no de sangre, a su campeón, destructor de reyes infieles y de sus templos, al tiempo que donaba su botín a los altares cristianos.

El «*Poema del Cid*» fue escrito en el siglo XII, y esta obra, el poema épico de España, es por lo tanto como la «*Ilíada*», la primera y, al mismo tiempo, la más bella obra del idioma, estando marcada con la poesía del heroísmo. Ya entonces de su Aquiles, el Cid, hablaba con orgullo y afecto, por haberse convertido, como Nelson, en propiedad de toda la nación, el *mio* Cid, *mi* Cid. «El que en buen hora nació», «el que en buen hora ciñó espada»; y él mismo siente que es el horno de su país, «*Soy el Cid, Honra de España*», lo cual, por cierto, está dispuesto a probar en cualquier momento con su buena espada. Los principales incidentes de su vida han sido registrados por una serie ininterrumpida de escritores españoles y moros; Alonso el Sabio, en el siglo XIII, habla de él como si fuera ya el héroe de muchos romances primitivos. Conde y Gayangos han comprobado que los autores árabes coinciden exactamente con los españoles por lo que se refiere a fechas y datos: le pintan tal y como les parecía a ellos, o sea un enemigo fiero, pérfido y sin misericordia. El tipo del Cid es oriental y la historia bíblica abunda en jefes como él, que triunfaron por sí solos en la lucha por el poder, tales son Jefta, Rezin, David y tantos otros. Y de la misma manera que este último fue perseguido por Saúl, así el Cid lo fue por Alonso, y los dos, viéndose obligados a buscarse su propia fortuna con su propia y buena espada, reunieron en torno a sí «personas vanas y ligeras», «gente endeudada y descontenta», es decir, el tipo de personas desesperadas que no tienen nada que perder, pero sí todo que ganar, y que tan bien describe Salustio (141 a de J. C.) cuando habla de los reclutas del patriota radical Catilina.

Y también, en las naciones y en las épocas semibárbaras, la agricultura y la guerra son las únicas profesiones que no pierden categoría. Los iberos antiguos, como los Pindarrís de Industán, gustaban de los placeres de la batalla, de la emoción de las *incursiones* y de la posesión del oro, mientras que la caza, que es una mímica de la guerra, junto con el amor, la guitarra y el adorno personal, llenaban sus breves horas de paz. Estos elementos siguen existiendo y forman la base del carácter español; de esta manera

vemos que, aun hoy en día, los españoles son personalmente valientes, amigos de la aventura y pródigos con sus vidas, y nunca le han faltado a un Sertorio, a un Hafsún o a un Cid seguidores valientes y, asimismo, en nuestros tiempos, los Minas y los Zumalacárreguis han llevado a cabo hechos que sólo necesitarían la distancia de los siglos para parecer casi igual de fabulosos; pero estas mismas cualidades, admirables para incursiones de saqueo, para emboscadas y para una *guerrilla* intermitente e irregular, siempre han incapacitado a España para producir generales verdaderamente grandes, porque el Gran Capitán es la excepción que sólo sirve para confirmar la regla.

Nada hay en el surgimiento o en la carrera del Cid que resulte más extraño que lo que vemos en la de Jefta o David. También él era supersticioso y poco atento a los derechos de la propiedad, la vida y la felicidad humanas, pero, fiel a su fe y a su rey por ser el ungido del Señor, sus malas acciones eran camufladas por una aureola de poder. De esta manera, durante la invasión, los saqueos de palacios e iglesias se pasan por alto si los culpables son alguaciles armados, mientras que si son ciudadanos particulares los autores serían justamente acusados de robo y saqueo; pero lo cierto es que en aquellos tiempos semicivilizados y sin principios no se consideraba vergonzosa la violencia audaz, porque los que tenían el poder cogían, y los que podían, guardaban lo cogido. Así vemos que la conducta de David para con su protector, Achish, es narrada, pero no condenada, por Samuel, ni tampoco la ferocidad, unida a la perfidia, del Cid es censurada por sus cronistas eclesiásticos. No cabe la menor duda, por lo que se refiere a la veracidad de sus afirmaciones, aunque en general, estén teñidas de adulación, y así ocurre que Niebuhr, el claramente escéptico y viejo historiador, considera que el Cid es personaje real y cita sus recuerdos, en los romances, como datos primitivos basados en la verdad y, sin embargo, al borde mismo de una época fabulosa. Masdeu, sin embargo, consideró oportuno dudar de su misma existencia, pero esto se debió a un secreto rencor contra Flórez y Risco, sus rivales en el campo de la investigación antigua; y en nuestros tiempos, el doctor Lardner, en sus compilaciones enciclopédicas, ha repetido estas absurdas *Patrañas*. Nuestros lectores harían mejor en consultar la «*Chronica del Cid*», folio, Burgos, 1593; *La Castilla*,

Manuel Risco, cuarto, Madrid, 1792, o el «*Romancero del Cid*», Juan Müller, duodécimo, Francfort, 1828, muy adecuado para ir en las *alforjas* del viajero. En su biblioteca, en casa, el mejor lugar debiera ser asignado a la nueva edición de la «*Chronica del Cid*», de Herr von Huber, Marburgo, 1844. Nuestro estimado amigo y capaz y erudito hispanista es también autor de los «*Skitzen aus Spanien*», uno de los mejores bocetos de este original pueblo y país. El Cid, además, es *el* héroe de la poesía popular española, cuya edición más práctica es la publicada en cinco tomos en Madrid, 1828-32, por Agustín Durán; también Depping, en 1817, hizo imprimir una buena selección en Leipzig, «*Samlung der besten alten Spanischen Romancen*», y su compatriota Nicolás Böhl y Faber editó en Hamburgo una excelente «*Floresta*». La soberbia edición de Mister Murray de las vividas traducciones de nuestro glorioso maestro Lockhart ha sido justamente elogiada en dos artículos sobre el tema publicados en la *Edimburg Review*, número CXLVI, y en la *Westminster Review*, número LXV, en los que se consideran estos temas. Los lectores ingleses se han familiarizado recientemente con el Cid gracias a un brioso volumen de nuestro amigo Mister Dennis, duodécimo, 1845.

Baste decir aquí que el Cid, en desgracia en la corte, se vio reducido a sus propios recursos y, como las ricas tierras de los infieles eran consideradas en aquellos tiempos presa legítima de cristianos, reunió un ejército de audaces aventureros y conquistó Valencia, donde gobernó por su propia cuenta, muriendo en el año 1099. Su cuerpo fue traído entonces a Cardeña a lomos de «Babieca» y sentado en un trono con su «*Tizona*», «el reluciente tizón», en la mano, con la cual, según las leyendas, no tardó en matar a un judío que había tenido el valor de mesar la barba al león muerto. Jimena, su viuda, con el fin de tenerle quieto, le hizo enterrar. La tumba, que aún existe, fue erigida en 1272 por Alonso el Sabio, que compuso el epitafio, ahora apenas legible:

> *«Belliger, invictus, famosas marte triumphis, Clauditur hoc tumulo magnas Didaci Rodericus».*

El sepulcro original fue construido en el lugar de honor, cerca

del altar mayor, pero cuando la capilla fue reformada, en 1447, el abad, *Pedro de Burgo*, lo hizo trasladar a la *sacristía*, de donde se quitó en 1541; entonces la guarnición de Burgos se quejó a Carlos V, quien dio orden de que la tumba del buen Cid volviese a la capilla, de donde, el 5 de febrero de 1736, fue trasladada a la capilla de San Sisebuto, que se decoró de manera semiteatral, con escudos de oropel, etc. En torno a él fueron enterrados su fiel Jimena y sus dos hijas, María Sol, reina de Aragón, y Elvira, reina de Navarra, con sus maridos, y su hijo único, que murió en la batalla de Consuegra, junto con Martín Antolínez, Pero Bermúdez y otros fieles y tenaces compañeros suyos, entre quienes se contaba Alvar Fáñez Minaya, primo carnal suyo y «fidus Achates», o, como solía llamarle, su «brazo derecho», pues era para el Cid lo que Lord Hill fue para nuestro duque. El Cid llevaba en su escudo dos espadas cruzadas, Tizona y Colada, con una cruz entre ellas, cercadas por una cadena.

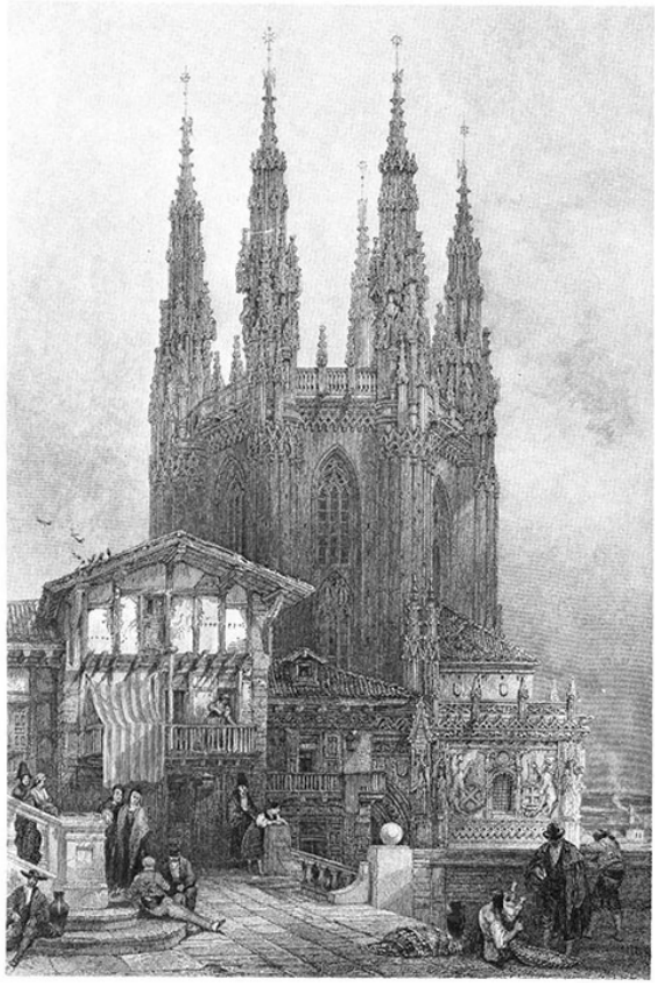
A pesar de lo pobre que era esta cámara mortuoria, al Cid no se le permitió descansar en ella después de tantas mudanzas y movimientos, tanto vivo como muerto, porque, en 1808, cuando los franceses invadieron España, «su curiosidad», dice Southey, no se despertó en absoluto hasta que llegaron a Burgos y oyeron que *Chimene*, o sea Jimena, estaba enterrada en Cardeña, y entonces se organizaron muchas excursiones para visitar su tumba, recitaron pasajes de «Corneille», o, mejor dicho, de lo que Corneille había adaptado de autores españoles, que para él fueron más o menos lo mismo que Menandro había sido para Terencio. Su «Cid» fue pergeñado a base de «*Las Mocedades del Cid*», de Guillén de Castro, y de «*El Honrador de su Padre*», del monje jerónimo Juan Bautista Diamante, y por ello los críticos de entonces, animados por la envidia del cardenal Richelieu, apostrofaron al plagiario evocando el espíritu de Castro para que reclamara sus plumas prestadas. Corneille, además, situó la escena en Sevilla, que entonces y hasta más de dos siglos más tarde seguiría en manos de los moros, hablando además constantemente de Granada, ciudad que ni siquiera comenzó a ser construida hasta ciento cincuenta años después de su muerte. Corneille, sin embargo, se limitó a tomar prestadas *ideas*, y si fue plagiario, como Le Sage, por lo menos no convirtió en mera ganga una joya española, «Nihil non

tetigit quod non ornavit»; y de esta manera, sirviéndose de materiales olvidados o toscos, echó los cimientos de la tragedia en su país, entre cuyos muchos ilustres nombres brilla ahora el suyo y vive, justamente, inmortal.

Algunos de sus compatriotas armados, a pesar de la alta moral de la poesía que tanto citaban ellos, se llevaron prestada toda la plata de iglesia, mientras que un cierto Monsieur de
Salm-dyk
«visita
l'église
dévastée» y se llevó el esternón del Cid y el fémur de «Sa Chimene». Los invasores quitaron de allí a continuación el viejo sepulcro con el fin de decorar el nuevo paseo que habían tendido en Burgos, una cosa teatral que asqueó incluso a un «*apothicaire*» francés, ¡y vaya boticario!, pues éste, en sus «*Mémoires*», administra una buena reprimenda al general Thibeault, quien, esperando, como dice, vincular su insignificancia a la inmortalidad de Rodrigo, había hecho inscribir su nombre en la tumba como perpetrador de la mudanza. Pero *El gran Lor* vengó a *El mio Cid* y se encontró con el Thibeault este (a quien antes había dado una buena tunda en Vimiero), dándole su finiquito en Aldea de Puente el 29 de septiembre de 1811. El sepulcro del Cid fue devuelto a Cardeña con gran pompa el 30 de julio de 1823, pero las cenizas volvieron a ser turbadas por la marcha del intelecto cuando, a raíz de la confiscación de los conventos, se pusieron en una caja de nogal de guardar té y fueron llevadas al ayuntamiento de Burgos, decisión que dice mucho a favor de la prudencia absoluta de los alcaldes españoles, así como también del gusto proverbial de las corporaciones municipales; «requiescant in pace».

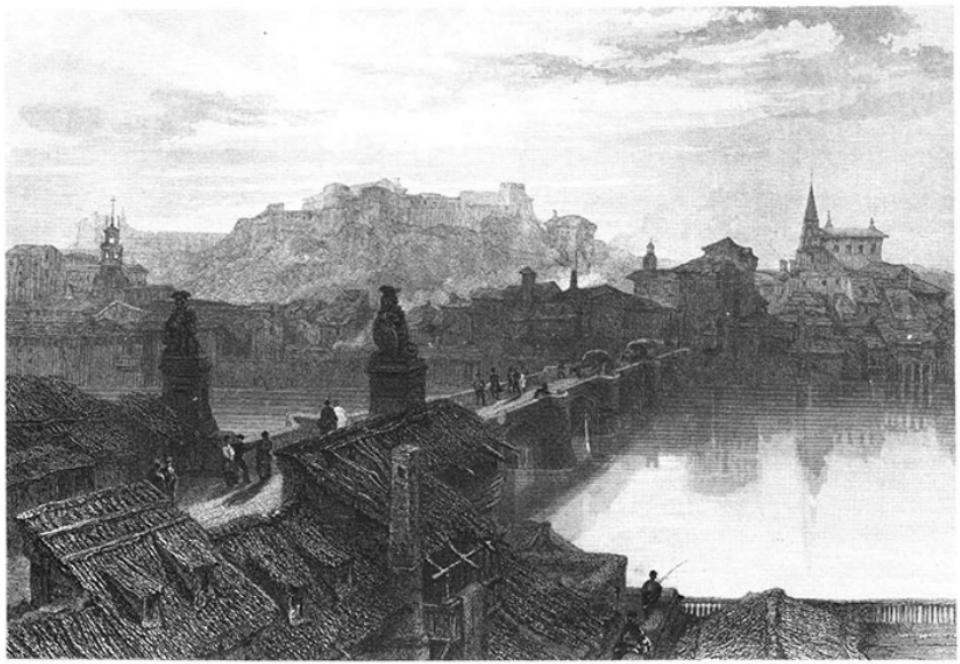
Comunicaciones con Burgos

Los que lleguen procedentes de Francia harían bien en ir a Madrid por Valladolid, Segovia y El Escorial (véanse las rutas LXXIII y LXXV), y de esta manera evitarán el trayecto pesadísimo (ruta CXIII) que va por Aranda. Como Burgos es ciudad de paso y encrucijada, tiene muchas comunicaciones de diligencia con Madrid, Valladolid, Santander, Vitoria y Logroño y desde allí con Tudela, Zaragoza y Barcelona.

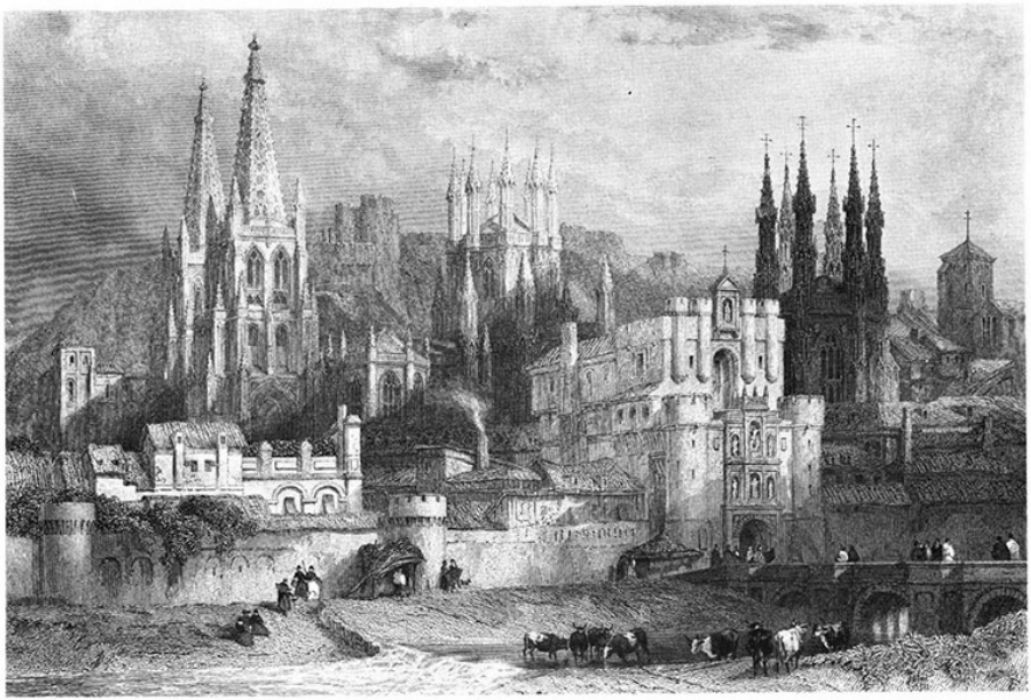


David Roberts, Catedral de Burgos

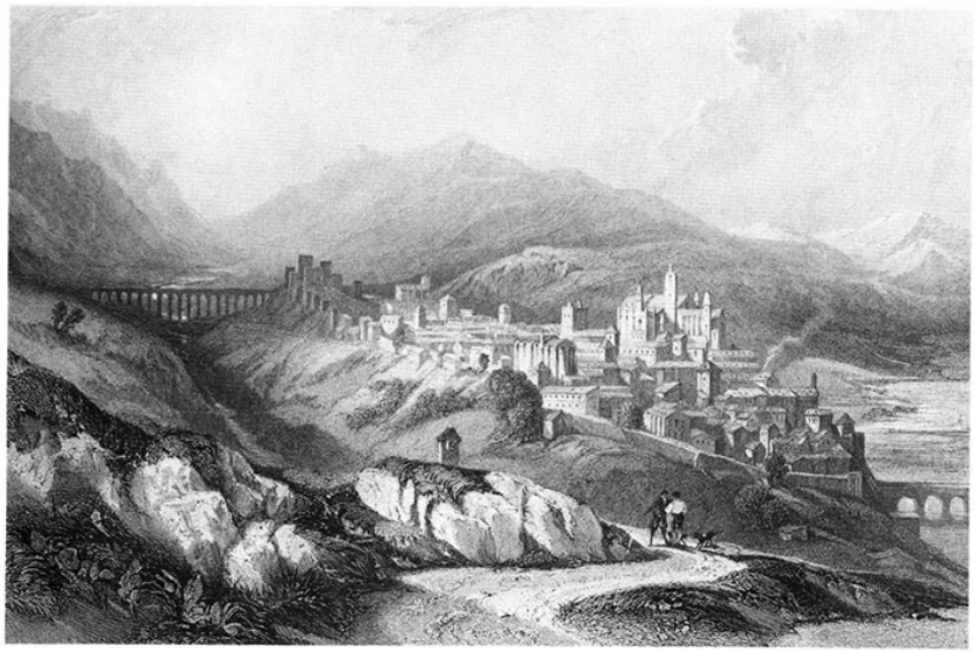
David Roberts, Ruinas del Convento de las Carmelitas en Burgos



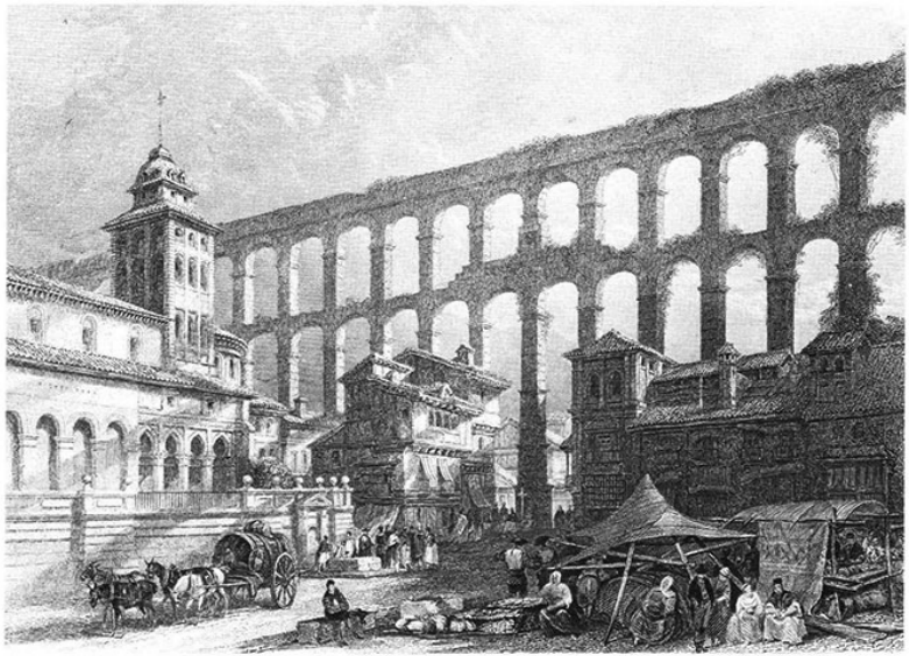
David Roberts, Miranda de Ebro



David Roberts, Entrada a Burgos



David Roberts, Plasencia



David Roberts, Segovia

David Roberts, Segovia

David Roberts, Catedral de Burgos

Ruta CXIV. De Burgos a Santander

Localidad	Leguas	Total
Quintana Dueñas	1	
Huérmeces	3	4
Urbel del Castillo	2 ½	6 ½
Basconcillos	3	9 ½
Llanillo	1 ½	11
Canduela	2 ½	13 ½
Fuentevellida	2 ½	16
Reinosa	1 ½	17 ½
Barcena pia de concha	3	20 ½
Molledo	1	21 ½
Cartes	3 ½	25
Arce	2	27
Santander	3	30

La empresa los *Catalanes* tiene una diligencia, y en su precio se incluyen todos los gastos del trayecto, el cual llevará al pescador de caña a algunos de los lugares donde mejor se pescan la trucha y el salmón en toda España, ya que desde Santander se puede ir a Bilbao y a las provincias Vascas o bien lanzarse por la izquierda a Oviedo, Lugo y el Bierzo.

Saliendo de Burgos la carretera entra en el valle del río Urbel. *Vibar*, donde nació el Cid, está a la derecha y las colinas de Villadiego a la izquierda. A continuación subimos a *Urbel del Castillo*, que está construido en la cima de La Pinza, junto a su arroyo truchero. Este pueblo decaído fue originariamente lugar de la sede episcopal de Burgos; desde aquí, por la sierra que separa las cuencas del Ebro y el Pisuerga, se va a Canduela y Reinosa. Esta última es la principal ciudad de la comarca. Las montañas que hay en torno son muy elevadas y con frecuencia están cubiertas de nieve. Éste es el núcleo donde se bifurcan *Las Montañas de Santander* y las *de Burgos*. Estas montañas abundan en bosques

naturales, abandonados o mal utilizados de robles y castaños. El botánico y el pescador debieran dirigirse a los alrededores de *Liébana*, y *Potes* puede servirles bien de residencia; se levanta en el centro de cuatro encantadores valles que parecen suizos: el *Val de Prado, Cereceda, Val de Baro* y *Cillórigo*. La pesca en el Deva, el Nansa y el Sal es excelente. Potes fue una de las primeras ciudades en que entró Soult, quien, con los guardias parisinos fue recibido con palmas, pero mandó saquear la plaza inmediatamente, siendo exterminados sus habitantes.

Los bosques de Liébana son magníficos y están abandonados, como de costumbre, ya que la naturaleza abastece al español de todas las materias *primas*, pero son muy pocos los valores adicionales que dan de sí su arte o su industria; al contrario, resulta más frecuente ver que el producto, abandonado, se pudre en el suelo mismo, mientras que los que podrían sacar de él mejor provecho ven denegado el permiso de hacerlo. De esta manera, en 1843, el Ministerio de Marina recibió una proposición de los señores Septimius Arabín y Compañía, que querían comprar o explotar los bosques de Asturias durante veinte años. La Empresa se comprometía a proveer al Estado de toda la madera de construcción que necesitase para su armada y, además, a construir cuantos barcos pudieran ser necesarios sobre modelos facilitados por el ministro. A fin de cubrir sus gastos, la Empresa pedía una asignación de

500 000

árboles. La respuesta del Ministerio fue como sigue: «El pueblo español aprecia en lo que vale la importancia de sus bosques. La Empresa desea recibir dos árboles por cada árbol que tale en interés de España, de manera que, a cambio de recibir un barco, España daría dos a una nación extranjera. El gobierno español tiene todavía los medios de proveer a su armada y de mejorarla sin necesidad de destruir sus bosques. El gobierno, sin embargo, expresa su agradecimiento por el interés que muestra esa Empresa inglesa por la armada española, aunque no le sorprenden esos sentimientos, ya que España tiene desde hace largo tiempo muchas razones para creer que gran número de naciones sienten ardientes deseos de ver reducida la armada española. Mientras este ministro continúe a la cabeza del Departamento de Marina, sin embargo, no escuchará una

proposición que pueda dar por resultado una idea semejante a la que, a su modo de ver, ha dictado la proposición que nos ocupa». Entre tanto, los bosques de Liébana seguirán en su reposo y natural decadencia primigenios, mientras *El Ferrol* no puede facilitar siquiera un palo para una barquilla; pero «jactarse de la propia fuerza es una enfermedad nacional» de los des-ministros españoles, cuyas palabras son más grandes que sus ideas y que reposarán bajo sus laureles después de haber rechazado de esta manera orgullosamente al *extranjero*. Este divertido documento fue, ciertamente, un blasón para un gobierno del que fue *primer ministro* un «ci-devant» compilador del «argot» de Madrid: «risum teneatis?».

Reinosa es la principal ciudad de su montañosa comarca. Algunos de los desfiladeros que hay en las laderas del noroeste son muy altos: el *Portillo de Bedore* se eleva a 3800 pies, y el Lunada, a 3400 pies sobre el nivel del mar. El Ebro nace en Fontibre, o Fuentes de Ebro, de un manantial silvestre y rocoso. Cruza la Rioja a lo largo de 342 millas y divide Aragón. Reinosa es una limpia ciudad de montaña, con una buena calle y un buen puente: su población es de 1500 habitantes. Es lugar activo, frecuentado por transportistas, y por el *Puerto* pasan el grano y el vino de las llanuras, trayendo de vuelta el hierro y el pescado de las cosas. Santander merece el nombre de puerto de Madrid: se han hecho, en blanco y negro, muchos proyectos para facilitar esta importante comunicación, y de esta manera vemos que el principal canal de Castilla, que fue comenzado en 1753 y no se ha terminado todavía, iba a comunicar Segovia con Burgos; luego, una carretera nueva y más corta se iba a tender hasta Burgos, y ahora la compañía del canal de Castilla y el municipio de Santander proponen establecer un ferrocarril desde esta ciudad hasta Reinosa, el cual, *si* llega a ser realidad, sería de gran beneficio para la España central.

A las ferias que se celebran en Reinosa el 25 de julio y el 21 de septiembre acuden los más pintorescos campesinos y las *Pasiegas*. Hay buenas posibilidades de caza en los *Montes* y *Breñas*, sobre todo en los que están cerca de Val de Arroyo y del convento dominicano de *Monte Claros*. Esta región, naturalmente inexpugnable, que podría haber sido convertida en la Torres Vedras

de Galicia, fue absurdamente abandonada en 1808 por Blake, que provocó su propia derrota en Espinosa. Y entonces Reinosa fue tan malvada y espantosamente saqueada por Soult que Schepeler pensó que los invasores habían querido dejarla como monumento a los más grandes horrores que se podían perpetrar por todos los medios imaginables.

Cruzando el noble *Puerto* de montaña bajamos con el arroyo truchero, el *Besaya*. Esta elevada sierra se extiende a lo largo de 12 leguas y es una de las más frías de España. Las duras rocas, sin embargo, ofrecerán buenas oportunidades a los ingenieros ingleses de mostrar su habilidad en el arte de abrir y sortear túneles y son también un buen medio de gastar a fondo perdido algo del superabundante oro de *«la perfide Albion». Somaoz*, en el valle de *Buelna*, está situado a mitad de camino entre Reinosa y Santander, y la comarca es verdaderamente alpina y digna de Suiza. El *Pas* se cruza enseguida en el lugar donde se juntan las carreteras de Santillana y Oviedo. Ésta es la sana comarca de *Las Pasiegas*, que, reventando de jugos de montañas, dan de mamar a los encanijados hijos de las clases acomodadas del enfermizo Madrid.

Por lo que se refiere a Santander, véase la ruta CXVII.

Ruta CXV. De Burgos a Logroño

Localidad	Leguas	Total
Zalduendo	3	
Villafranca	3	6
Belorado	2	8
Villaypún	2	10
Santo Domingo de la Calzada	2	12
Nájera	3	15
Navarrete	3	18
Logroño	2	20

Hay una diligencia que hace este camino y que comunica con Tudela y desde ésta con Pamplona, Zaragoza y Barcelona. La comarca, accidentada y montañosa, continúa hasta *Belorado* por las montañas de Oca. En el valle Atapuerca, cerca de Zalduendo, se libró en el año 1053 la batalla entre Fernando I de Castilla y su hermano García de Navarra, que fue muerto y enterrado en Nájera: de esta manera fue anexionada Rioja a Castilla. Mariana da detalles de la púnica perfidia y de la ibérica estrategia de estos príncipes fratricidas.

La comarca de *la Rioja* está situada entre Burgos, Soria y Álava, y se llama así a causa de su río, *La Oja, El Río Oja*, que nace en las alturas de San Lorenzo. El rico valle tiene forma de ese y su longitud es de unas 24 leguas, con desigual anchura, que varía de ocho a diez leguas. Está dividida en Rioja *alta* y *baja*. La primera va de Villafranca de Montes de Oca a Logroño, y la segunda, de Logroño a Agreda, estando ambas separadas por la sierra que separa también las cuencas del Ebro y el Duero. Toda su extensión es de unas 270 leguas cuadradas, con una población de
25 000
almas. La tierra es fértil, pero está muy mal cultivada, y esta comarca, desprovista tanto de placer como de interés, puede muy bien ser borrada del mapa de todos los viajeros. Consúltense, para detalles, «*Memorias Políticas*», Eugenio Larruga, vol. XXVII, y «*La*

Descripción de la Rioja», Juan *Josef* de Salazar.

Santo Domingo de la Calzada se levanta junto al Oca y tiene alrededor de 5000 almas, compartiendo con Calahorra la dignidad de un obispado, como Jaén y Baeza y nuestras Bath y Wells. La catedral es de un macizo y sencillo gótico temprano y fue comenzada en 1180 por Alonso VIII y terminada en 1235, pero quedó muy deteriorada por un incendio que tuvo lugar en 1825. El *Coro*, el altar mayor y la capilla del santo patrono son al estilo de Berruguete. Este Santo Domingo no fue el sanguinario inquisidor, sino un italiano que había sido enviado a España en el año 1050 por el papa Dámaso II como exorcizador a petición de los campesinos, que estaban siendo comidos por la langosta. A estos rapaces visitantes los echó a las tierras de los infieles y luego, como le gustaba también a él esta fértil comarca, se afincó aquí. A continuación hizo pavimentar un camino para peregrinos que iban a Compostela e hizo más milagros después de su muerte que durante su vida. Su principal hazaña consta en el escudo de la ciudad, que es de «Plata, un árbol verde, con una hoz, una cruz, un gallo y una gallina naturales». Southey compuso una balada humorística sobre esta leyenda, que Moya había narrado gravemente en prosa. La hoz y el árbol representan el bosque que el santo taló antes de edificar una *Venta*, cuya *Maritornes* se había enamorado de un bello peregrino que resistió a sus halagos; en vista de ello, irritada por estas *spretae injuria formae*, ella escondió unas cucharas en las *Alforjas* de este casto José, que fue hecho detener por el alcalde y ahorcado sin más. Pero sus padres, algún tiempo más tarde, pasaron bajo el cadáver, que les dijo que era inocente y estaba vivo y bueno, y todo ello gracias a la intercesión de Santo Domingo; entonces fueron a donde estaba el truculento *Alcalde*, que iba a cenar unas aves asadas y que, al oír su informe, observó: «Es como si me dijeran vuestras mercedes que este gallo —y diciendo esto señaló a su asado— iba a ponerse a cacarear»; cosa que el gallo, efectivamente, se puso a hacer y fue llevado, con su gallina, a la catedral y todos los años nacieron, con toda regularidad, dos pollos de tan respetables padres, de los que ningún ornitólogo itinerante debiera dejar de llevarse uno para el jardín zoológico. El gallo y la gallina fueron debidamente conservados cerca del altar mayor, y los peregrinos se ponían sus plumas en el sombrero. Los prudentes

escritores, sin embargo, sin tener en cuenta a Santo Domingo, pondrán un par de aves corrientes de asar en su «despensa», porque el camino de *Logroño* es de los que dan hambre. Los otros milagros del santo se cuentan con detalle en las obras de Luis de Vega, cuarto, Burgos, 1606, como también en *Andrea* de Salazar, cuarto, Pamplona, 1624. El estudioso podría comparar estos pollos ominosos con los *pulli* paganos con los cuales los arúspices informaban a los antiguos, que también eran conservados en «caveae»; sus revelaciones eran tan claras que incluso los augures beocios eran capaces de interpretar los cacareos de sus *Gallos Gallináceos*. Tito Livio afirma que un gallo y una gallina cambiaron de sexo. Pero las aves han figurado durante mucho tiempo en las mitologías, y testigo de esto son el gallo de Esculapio, las palomas de Venus, Santa Teresa y Júpiter, que, por lo menos, tenía un águila, pero los que piensen en el perro de Santo Domingo y en el cerdo de San Antonio preguntarán, como Cicerón, ¿hasta dónde se puede bajar en esto de lo sublime a lo ridículo?: «Si dii sunt, suntne etiam nymphae deae?, si nymphae, Panisci et Satyri. Tum Charom tum Cerberus dii putandi». Pero estas cosas, como observó el filósofo romano, son invención de los poetas. Por mucho que los españoles hayan olvidado la ciencia ornitológica, siempre han destacado, sin embargo, en la investigación de los milagros de los seres emplumados, y de esta manera, Lampridio, alabando a Alejandro Severo, dice que vencía incluso a los augures de España.

Nájera, ahora lugar decadente de 3000 almas, fue en otros tiempos la corte de Navarra y es aquí donde fue coronado Fernando III el Santo. En la benedictina *Santa María* hay enterrados 35 cadáveres de las familias reales de Castilla y Navarra. El intrincado *Coro* gótico fue tallado por el maestro Andrés y Nicolás en 1495, y el claustro fue llenado de estatuas por A. Gallego,
1542-46.
El convento está o, mejor, estaba adornado con un soberbio retrato de Ruiz Pérez de Ribera, obra de Pantoja, 1596. Obsérvense los *Retablos* de Juan Vascardo y Pedro Margoledo, 1631, y la pintura temprana del *Maestro Luiz*, 1442. Fue entre Nájera y Navarrete donde el Príncipe Negro repuso en el trono al pérfido, cruel e

ingrato don Pedro, de la misma manera que el duque, en la no lejana *Vitoria*, repuso al deseado Fernando VII, y el paralelo es sorprendente en todos sus detalles, porque de esta manera responde al pasado. Entonces, como en nuestros tiempos, la Península fue escenario de la guerra entre gigantes rivales, entre Inglaterra y Francia; entonces el Príncipe Negro, a pesar de ser sus fuerzas inferiores, derrotó en todas partes a los expertos y valientes *Du Guesclins*, de la misma manera que el duque a los Soults; entonces, como hace poco, los españoles, por sí solos, dirigidos por jefes indignos y «carentes de todo», fueron derrotados igual de fácilmente por los franceses que estaban muy bien organizados; entonces, como ahora, las *juntas* y los jefes españoles eran orgullosos y tercos y estaban llenos de confianza en sí mismos cuando el peligro estaba lejos, pero se volvieron temerosos y pidieron clamorosamente ayuda en cuanto se acercó: insolentes y sanguinarios en la hora de la prosperidad, cuando el *extranjero* hubo terminado su tarea le trataron con ingratitud, rompieron todas sus promesas y le robaron incluso su gloria.

Los franceses eran valerosos, caballerosos y dignos soldados, pero no tenían demasiado respeto a los derechos de la propiedad y a los sufrimientos humanos. Los ingleses eran valientes en la batalla y honrados de palabra y hechos: en nuestros tiempos nunca ocuparon una posición sin conservarla ni atacaron una enemiga sin tomarla. Estaban acosados por clima, el hambre y el vino, que siempre fue su peor enemigo; respetaron en lo que valían a los valientes franceses como «las únicas tropas contra las cuales valía la pena luchar», y los franceses, como *Buonaparte* mismo, pensaban que «sólo los ingleses debían ser temidos». Los españoles se sentían irritados por este *menosprecio* implícito y odiaban por igual a amigos y enemigos, usándolos y abusando de ambos alternativamente, «así os diera la peste a los dos». De esta manera vemos que el bienamado Fernando quería ver a sus aliados ingleses, *Los Borrachos*, ahorcados *con las entrañas* de sus enemigos franceses, *los gavachos*, que es justo lo que dice la oración del buen moro, «*Ensara fi senara, le jud fi sefud*», o sea el cristiano al gancho, el judío al asador.

Froissart ha descrito gráficamente la campaña. Comiéncese en el

capítulo 230. La desunida España estaba desgarrada y debilitada por disensiones civiles. Entonces, Pedro, el rey, tenía en su contra a su hermano natural, Enrique de Trastámara, aliado de Francia, que ponía como pretexto de invasión el mal trato que daba Pedro a su esposa, Blanche de Bourbon, aunque el verdadero motivo era poner coto a la influencia inglesa y dar trabajo a sus legiones revolucionarias, *Les pillarás, les compagnies*, cuyo oficio era la guerra y que, a causa de la paz con Inglaterra, se habían quedado sin trabajo. Y entonces estos benditos mercenarios, que vivos habrían podido convertirse en la vergüenza de su país, fueron vomitados contra la infeliz España, donde se les habían preparado tumbas a manera de trampas con cebo de gloria y pillaje. Don Pedro, lejos, en Sevilla, reaccionó inicialmente «hinchándose y volando por el aire y jactándose de su fuerza» y, «descansando sobre sus laureles», no hizo ningún preparativo de defensa; pero cuando los franceses avanzaron con su tremenda fuerza y rapidez de costumbre, el rey, como las juntas de 1810 y 1823, se dejó dominar por la situación y mendigó inmediatamente ayuda a Eduardo III, de la misma manera que, en nuestros tiempos, los Torenos se la mendigaron a Jorge III. El Príncipe Negro cruzó los Pirineos en febrero de 1367; llegó a Logroño, «sumido en la mayor angustia mental» por falta de comida y de la cooperación que le habían prometido los indignos ministros de Pedro. La misma angustia, y por las mismas causas, sufrió nuestro duque después de Talavera, pero ninguno de los dos desesperó, por bastarse a sí mismos. La mañana del 2 de abril contempló a
30 000
ingleses (Mariana dice
20 000),
en Navarrete, contra
80 000
franceses y españoles, suficientes, como dijo nuestro duque en Rueda, para «comerles de un bocado». Los españoles despreciaban a los agotados ingleses, que, astutamente, habían prescindido de «la carne y el ron» de que tanto habla Monsieur Foy. Lo único que temían era que echásemos a correr antes de que ellos pudieran cogernos en una red, igual que pensaban los Cuestas cuando salían a «cazar» a los franceses.

En vano el valiente y experto *Du Guesclin*, que recordaba *Poitiers*, habló de prudencia y aconsejó, como Soult en el Tormes, una defensa fabiana, «que se mueran de hambre en la hambrienta Navarra y se pudran en los pantanos del Ebro». Sus palabras, como las de nuestro duque ante Ocaña, se perdieron frente a los jefes españoles, que gritaban: «Tenemos el doble de soldados que ellos, podremos más que ellos y les venceremos». Los franceses comenzaron la batalla con uno de sus característicos y tremendos ataques en *avant*, pero los ingleses se mantuvieron firmes y silenciosos, recibiendo la cabeza de la columna con una lluvia tupida de flechas. Entonces el enemigo vaciló y entonces fue el «¡arriba, guardias, y a ellos!», lo que fue seguido por un «sauve qui peut». Los franceses fueron sacrificados por sus aliados, porque don Telmo, que antes de la batalla había sido el más grande de los fanfarrones, como su modelo, Gaal, comenzó entonces a correr antes incluso de empezar, exponiendo de esta manera el flanco de sus aliados, que tuvieron así que soportar el peso entero del ataque; de la misma manera que los Cuestas, las Peñas y Blakes hicieron en Talavera, Barrosa y Albuera. Don Telmo dio ejemplo en la fuga, como los *Areizagas* y Venegas en Ocaña y Almonacid.

La victoria quedó decidida antes de las doce, perdiendo los ingleses, según el mismo Froissart, que era francés, sólo 40 hombres, y sus enemigos,
17 500.
El ejército español se dispersó, «cada hombre a su ciudad». El sanguinario Pedro procedió entonces, a la manera oriental, a matar a sus prisioneros y sólo con gran dificultad pudo ser frenado por el indignado general inglés, de la misma manera que lo fue Cuesta por el duque después de Talavera, porque la dulce misericordia es el verdadero emblema de la nobleza, y la humanidad en la hora de la *victoria* es un adagio inglés más antiguo de lo que el mismo e inmortal Nelson pensaba. Don Pedro se arrogó inmediatamente toda la gloria a sí mismo y dejó el ejército para dedicarse a matar a todos sus enemigos, haciendo quemar vivas hasta a las mujeres. Dedicado a su «vil y negro derramamiento de sangre» olvidó por completo pagar sus créditos, aportar su parte en los gastos de la guerra, dejando incumplidos todos los tratados y todas las promesas. Finalmente, el Príncipe Negro, reluciente espejo de la buena fe y la

caballerosidad inglesas, se fue de España asqueado, exclamando que «los castellanos habían roto vergonzosa y deshonrosamente todos sus compromisos» (compárese con San Quintín); así se retiró el duque después de Talavera y de nuevo tras haber repuesto a Fernando en el trono. “Le gouvernement ayant manqué a *tous* les engagements faits avec moi,
j’ai
donné ma démission” (parte de guerra del 30 de octubre de 1813). En cuanto se retiraron los ingleses reaparecieron los franceses, y esta vez, como sólo tenían que enfrentarse con los mal armados españoles, ocuparon la Península al galope, y de esta manera la *promenade militaire* del recio *Du Guesclin* en 1369 no fue otra cosa que el prototipo de la del delicado Angoulême en 1823.

Navarrete fue la Vitoria de aquella época, ya que despejó España de invasores, y su temible general cayó prisionero en manos del Príncipe Negro, que sabía bien cómo tratar con todos los honores a un valiente enemigo, habiéndole salvado del feroz Pedro, según Monsieur Villeneuve. Pero no hay sátira que pueda ser más severa con *Las Cosas de España* que el relato del mismo Mariana, quien, dicho sea de paso, llama a *Du Guesclin*, Bertrand Claquin. Enrique II, cuando fue puesto en situación de destronar a su hermano, gracias a este general *extranjero*, concedió a éste su título anterior de *Conde de Trastámara*, haciéndole también *Duque de Molina* e introduciendo de esta manera el título de duque por primera vez en España. Pero fue robado de sus honores y bienes a causa de insurrecciones fomentadas en la corte española, de la misma manera que Pedro, después de haber concedido el *Señorío* de Vizcaya al Príncipe Negro, envió órdenes secretas para impedirle que tomase posesión de él. Tal ha sido la recompensa que los generales *extranjeros* recibieron frecuentemente de reyes españoles, y de la misma manera sus antecesores, los cartagineses, después de haber sido salvados por Xantipo, que era lacedemonio, le cubrieron *públicamente* de honores, pero luego le ahogaron en secreto.

Hoy en día los historiadores españoles se limitan a hablar de una «decisiva batalla entre don Pedro y su hermano», omitiendo la parte de Hamlet en ella. Y, de la misma manera, Mellado palia las victorias de nuestro gran duque, mientras que, para completar los

rasgos del carácter nacional, Monsieur Foy atribuye ingeniosamente esta victoria *no* a los ingleses, sino a los «normandos y *gascones*» que luchaban a las órdenes del Príncipe Negro. ¡Bravo, gasconés! Véase también Roncesvalles.

Por lo que se refiere a Logroño y sus comunicaciones, véase ruta CXXXIV.

RUTA CXVI. DE BURGOS A VITORIA

Localidad	Leguas	Total
Quintanilla	3	
Castel de Peones	3	6
Briviesca	2	8
Cubo	3	11
Pancorbo	2	13
Miranda del Ebro	3 ½	16 ½
Puebla de Arganzón	3	19 ½
Vitoria	3	22 ½

Ésta es la gran ruta de Madrid a Francia y la que usan los correos y las diligencias; la carretera es muy buena y va por una tierra montuosa, pero bien cultivada y agradable. *Briviesca*, Virovesca, es una ciudad cuadrada y construida de manera regular junto al Oca, e Isabel la Católica la tomó como modelo para Santa Fe, cerca de Granada. En la *Colegiata*, en el *Retablo* de Santa Casilda, hay imágenes de San Pedro y San Pablo, de Becerra. El altar mayor gótico y el *Retablo* de Santa Clara son buenos. Fue en Briviesca, en 1388, donde Juan I convocó cortes, en las que dio a su hijo mayor el título de Príncipe de Asturias, en imitación de nuestro Príncipe de Gales, y por deseo expreso de Juan de Gante, cuya hija estaba casada con el heredero del trono. Tanto el pescador de caña como el artista y el aficionado a las antigüedades deberán hacer una excursión al famoso monasterio benedictino de Oña, que se levanta en medio de su aldea, cerca del Ebro, a cosa de cuatro leguas de distancia de Briviesca; para detalles, consúltese Flórez y Braganza. Está dedicado a *San Salvador* y en otros tiempos era señor de su rico valle ceñido de montañas, regado por los dulces ríos Vesga, Omino, Oca y Bureba; los jardines y estanques eran encantadores. De la fuente perenne de Sagredo mana, como de la de Vaucluse, un chorro de agua cristalina. Toda la *merindad* de Valdivielso es verdaderamente suiza y pastoral. Los molinos son muy artísticos. A cosa de una legua de Oña está *La Horadada*, que es un alto puente de un solo arco tendido sobre el Ebro y del que se piensa que es romano. El monasterio, que ahora, por desgracia, está cayendo en ruinas, fue fundado en el año 1011 por el conde don Sancho para

lugar de su tumba; murió el 5 de febrero del año 1017, y su epitafio, en versificación leonesa y con juegos de palabras, registra sus hechos y su valor. *Oña* es nombre que se deriva, según algunos, de Maiona, la madre del conde, que, temiendo que su hijo estuviese a punto de casarse con una princesa mora, le dio veneno en una copa, induciéndole a beber de ella, y luego, a modo de expiación, hizo edificar el monasterio; pero el verdadero nombre de la madre era Abba o Ava. Los nombres de las damas, sin embargo, eran raros en aquella época, y así vemos que la primera abadesa, hija del conde, se llamaba Tigritia. Mariana afirma que la costumbre de que las mujeres beban antes que los hombres comenzó a causa de aquella maternal malignidad. El exterior del convento es antiguo, sencillo y severo, y el interior era en otros tiempos *dúplex*, o sea dispuesto de manera práctica para que monjas y monjes vivieran bajo el mismo techo, abusos que fueron reformados en el año 1032. La capilla gótica fue comenzada en 1470, y los claustros fueron terminados en 1503 y son muy airosos y elegantes. Obsérvense las estilizadas ventanas, los remates y los escudos; entre los sepulcros laicos están los de las familias de Bureva, Sandoval y Salvador; las tumbas reales de la capilla consisten en cuatro ricas *urnas*; aquí reposa el Infante García, Sancho de Navarra y su mujer y Sancho II, que fue asesinado en Zamora. Obsérvense las antiguas pinturas y los doseles trabajados como relicarios. La prosodia del epitafio de Sancho dejaría perplejo a Porson: «Sanctus forma París, et ferox Hector in armis», etc. En este altar mayor Fernando III el Santo fue puesto por su madre hasta que la Virgen le curó de los gusanos; sobre este milagro escribió un «*Romance*» Alonso el Sabio. Este convento fue saqueado por los invasores, que quemaron la buena biblioteca, y de nuevo en 1835 fue convertido en cuartel por Córdoba, que usó sus claustros a manera de establo, mientras que sus soldados añadían nuevos desmanes a los ya mutilados sepulcros. La parada de Córdoba aquí fue durante una de sus absurdas «marchas y contramarchas» por montañas más altas, según él mismo dijo, que el vuelo de las águilas, a fin de fatigar a sus desgraciados soldados, cosa que *hizo*, y también para ayudar al general Evans, cosa que *no* hizo, ya que dejó a su valiente aliado empantanado en la hora del peligro. Hay una carretera bien terminada que va de Oña a *Villarcayo*, seis leguas, por las alturas.

Después de salir de Briviesca, la carretera continúa hasta *Pancorbo*, Porta Augusta, la pintoresca garganta que va entre los desfiladeros de los montes de Oca y las laderas pirenaicas; el río Oroncillo y la carretera apenas tienen sitio para pasar por la angosta *garganta*, en cuyo centro hay una capilla a Nuestra Señora *del Carmen*, es decir, que supervisa *el camino* y protege a los viajeros de las avalanchas, porque todo alrededor se levantan fantásticas rocas que constriñen esta entrada y barrera natural de Castilla y donde los antiguos españoles de otros tiempos desafiaron el avance moro y los modernos huyeron asustados del nombre mismo de *Buonaparte*. Arriba hay un castillo en ruinas, que goza de una bella vista de la Rioja; es en él donde se dice que don Rodrigo sedujo a la malhadada Cava, ¡ay!, *de España perdida por un gusto*. Este castillo fue reforzado por los invasores en 1810 y desmantelado en 1823 por Angoulême, que, aunque entonces era aliado de España, aprovechó la oportunidad para destruir un obstáculo a futuras invasiones. Ahora todo está *hors de combat*, excepto las cavernas o *Algibes* moros; ni siquiera los cañones clavados por los franceses o la metralla y las balas que habían rodado por entre las rendijas rocosas habían sido eliminados la última vez que pasamos nosotros por allí.

Saliendo de Pancorbo la carretera de Bilbao no tarda en bifurcarse a la izquierda; se cruza el Ebro en *Miranda* por un buen puente y aquí dejamos las monótonas Castillas y entramos en *Álava* y las provincias vascas. La naturaleza se vuelve aquí más fresca, la población aumenta y las ciudades tienen más árboles y jardines en sus cercanías; el rostro humano se vuelve más rubicundo, pero la pobreza no desaparece. El campanario abierto de las iglesias se convierte ahora en torre cuadrada. *Miranda* tiene
25 000
habitantes y carece por completo de interés. Aquí están las oficinas de la aduana, ya que ésta es la frontera fiscal de Castilla, cuyo sistema no rige en las provincias vascas, en las que entramos ahora. Después de estas inspecciones la carretera continúa siendo excelente. El Ebro es una línea de demarcación tan geográfica como vegetal, ya que el maíz no tarda en convertirse en el alimento habitual y la región cerealera queda a nuestras espaldas. *Miranda*

del Ebro tiene una iglesia antigua con portal delante, a modo de protección habitual contra el mal tiempo en estas húmedas provincias del noroeste. *Logroño* está a 10 leguas de *Miranda del Ebro*; las primeras tres millas, hasta Haro, son pintorescas, ya que siguen el serpenteo del río.

La Puebla de Arganzón está situada en el desfiladero de los montes *Morillas* y es la garganta por la que salieron las aguas de la cuenca de Vitoria, que fue en otros tiempos lago. La carretera y el Zadorra pasan por este desfiladero, entrando en las llanuras, a cuyo extremo se levanta, lejana, Vitoria. Esta cuenca ondulante tiene cosa de 12 millas de longitud por 10 de anchura y está cortada por el Zadorra, que serpentea cuesta abajo por la izquierda; está moteada de bosques, pueblos y terreno accidentado, que ofreció buenas posiciones defensivas a los franceses contra el ataque inglés.

El día 20 de junio de 1813, nuestro ejército acampó en las Bayas, un arroyo montañero que corre a la izquierda de la carretera y ocupó *Tuto, Subijana de Morales* (el cuartel general del duque), *Zuazo, Vitoriano y Marquina*. El enemigo, mandado por *Josef* y Jourdan, estaba delante, en fuertes posiciones, en la apertura del desfiladero; su ala derecha estaba en *Tres Puentes* y la izquierda en *Subijana de Álava*, con la colina de *Arinez* en el centro, no lejos de donde hay una altura llamada *Inglesmendi*, o sea el «monte inglés», donde cinco siglos antes habían derrotado ya a los franceses. El 21, el duque ordenó a Hill comenzar el baile, y él, con Morillo, subió por las alturas a la derecha, donde cayó el bravo coronel Cadogan, que pidió ser puesto en un lugar desde donde pudiera morir feliz, ante la vista del enemigo en plena fuga, y este último deseo le fue concedido, porque los franceses, a las órdenes de Gazan y Darricau, fueron rechazados enseguida. Entre tanto, Graham, que había sido enviado con 20.000 hombres desde *Marquina*, en la extrema izquierda, para dar la vuelta hasta la carretera de Bilbao, venció a Reille en todos los puntos en que chocaron, mientras Lonja y los españoles retenían *Gamarra menor* y los ingleses rechazaban al enemigo en *Gamarra mayor* y *Abechuco*, privándole de esta manera de la posibilidad de retirarse por la carretera de Irún. Mientras se ganaban estas dos batallas y victorias distintas, el duque dirigía el centro y asestaba un golpe en el corazón de su oponente.

Pasó como pudo el desfiladero por *Nanclares*, mientras Kempt, al mismo tiempo, con la división ligera, cruzaba el *Zadorra* por *Tres Puentes* e irrumpía en la posición francesa, cuya clave era el *Mamario de Arinez*, y entonces *Josef* vaciló y envió a Villate a Gomecha, en su retaguardia; el duque vio la oportunidad y, con la decisión intuitiva del genio, ordenó una carga general. El rápido ataque a la colina de *Arinez* fue magnífico. El viejo Picton, a la cabeza de su «invencible división», les animaba paternalmente, como era su costumbre, diciéndoles: «¡Adelante, valientes bellacos!», y ellos siguieron a su valeroso jefe hasta el último hombre. Los franceses resistieron como buenos y recios soldados que eran, pero ahora, como en Salamanca, esta división, según dijo su propio jefe, «aunque el enemigo era cinco veces superior en número y tenía 50 cañones, se lo llevó todo por delante, mientras los ojos de todo el ejército les contemplaban». Finalmente, sus filas acabaron por ceder, con *Josef* a la cabeza de los fugitivos, de la misma manera que en *Cressy*, donde, según el viejo Aleyn, «el rey volvió la cabeza y al mismo tiempo sus hombres la cola». El enemigo, dice Southey, «fue derrotado ante la ciudad, en la ciudad, por la ciudad, fuera de la ciudad, detrás de la ciudad y por la ciudad entera». Huyeron, dejando 150 piezas de artillería e incluso el botín que llevaban. La batalla no tardó en terminar, porque, como en Salamanca, los números eran aproximadamente iguales y, en consecuencia, el duque tomó la iniciativa del ataque; pero, a pesar de todo, ni siquiera dos tercios de su ejército eran británicos, y los resultados separan la paja del trigo, porque nuestras pérdidas ascendieron a 3308, las de los portugueses a 1049 y las de los españoles a 553; ahora estos últimos reclaman para sí la mayor parte de la gloria, y Mellado, en su guía, la última publicada, ni siquiera nombra a los ingleses y se ven grabados que representan a los españoles, a las órdenes de Álava y solos, forzando a los franceses a abandonar Vitoria. Las Cortes, ciertamente, el 3 de julio de 1813 dieron orden de que se elevase un monumento aquí en honor del duque, lo que es citado por Argüelles como prueba de gratitud oficial; pero no es necesario decir que no se hizo nada y todo quedó en el papel. En cualquier caso, la victoria fue completa, y Clausel escapó por milagro a Huesca, como *Joseph* a Roncesvalles. Entonces, el duque, habiendo injertado en el tallo de

la noble cuna la distinción de la nobleza personal, continuó su persecución de los fugitivos hasta llegar a los Pirineos, y en su cimas, como dice Napier, «saliendo del caos de la Guerra de la Independencia, se irguió como vencedor indudable, y entonces, en esas elevadas cumbres, el resonar de las trompetas se oyó alto y claro y su esplendor apareció como llameante insignia ante las naciones en guerra». Vitoria no solamente despejó España de invasores, sino que reanimó a Europa en general, porque sus consecuencias hicieron vacilar a *Buonaparte* en Dresde, como Salamanca le había hecho vacilar en Rusia; indujo a los aliados a rechazar el armisticio, consolidó la vacilante adhesión de Austria y, de esta manera, fue el anuncio de la gloriosa Leipzig. Monsieur Boy, describiendo esta batalla, después de criticar severamente la *mollesse* del ataque inglés, continúa de esta manera: «Les braves, débandés par le découragement des chefs, se jetèrent vers les Pyrénées, tandis que Lord Wellington, qui se crut vainqueur de Vitoria,
s'arrêta
paisiblement avec toutes ses forces dans une ville sans importance [lo que no es verdad], au lieu de marcher vivement sur Bayonne. Sans avoir vaincu *selon la signification du mot*, les anglais demeurèrent en possession de quatre-vingt pièces de canon au moins [o sea 151], La France
n'eut
pas à regretter plus de cent braves [o sea 6000] tués ou blessés qui restèrent sur le champ de bataille». La relativa pequeñez de las pérdidas francesas fue debida a que, como en Oudenarde y Ramillies, fueron derrotados demasiado rápidamente, y en segundo lugar porque, como en Salamanca, sus fugitivos arrojaron las armas, etc., es decir, todo cuanto constituye un soldado, pero que dificulta la rapidez de movimientos.

Y, de nuevo, el enorme botín que dejaron al huir fue una tentación que nuestras tropas no supieron resistir; ellos, que habían desafiado el acero enemigo, fueron vencidos por su oro y, sin embargo, fue un justo premio a la victoria, ganada a los fuertes por los más fuertes después de una batalla bien librada y no como resultado de haber despojado a ciudadanos que no se defendían. Los soldados británicos recogieron, en total, cinco millones de dólares,

pero, con ello, «todo orden y disciplina desaparecieron», como dijo el indignado duque, que, como caballero y soldado que era, detestaba el estruendo del pillaje: «Je suis assez long temps soldat pour savoir», escribió en su nervioso anglofrancés, «que les *pillards* et ceux qui les encouragent *ne valent rien devant l'ennemi*» (partes de guerra del 23 de diciembre de 1813, del 5 de marzo de 1814 y del 27 de junio de 1815). Los ingleses se fatigaron buscando botín en vez de rematar su victoria y, de esta manera, al inclinarse para recoger el oro, perdieron, como Atalanta, la carrera del honor. La vieja maldición del *Aurum Tolosanum* hostigó tanto a vencedores como a vencidos. Aquí, como en Bailén, los movimientos franceses se vieron impedidos porque, al otro lado de la ciudad, tenían en casi 2000 carros y vehículos de varios tipos el botín que habían acopiado en toda la Península durante cinco años, y el deseo que sentían de no perder este «butin infame» calmó sus ansias de combate, mientras los carromatos, etc., dificultaban su retirada. Nuestro duque, cuya política era la honradez inglesa tanto de palabra como de hecho y que, como los héroes de la antigüedad, prefería el reluciente honor al sucio lucro, cuyo lema era τιμη μαλλον η χρηματα, cuyo objetivo era «gloriam ingentem, divitias honestas», nunca contaminó su dorada inteligencia con la ganga de la especulación o el pillaje y nunca vendió su gran gloria «por lo que podría ser asido con la mano». Al altar de su fama, como al de Gustavo Adolfo, sólo se podía llegar pasando por el templo de la virtud, y él confiaba en que su país, agradecido, le daría los medios de sustentar una dignidad que él mismo se había labrado con una espalda inmaculada de soldado. Ésta es también la máxima de nuestro *marino*. «Córcega», escribe Nelson (parte de guerra del 27 de junio de 1794), «por lo que se refiere a botín, no produce nada, pero *el honor está muy por encima de la riqueza*. Si hubiera yo cuidado menos del servicio de mi patria, podría haber recogido también algún dinero; sin embargo, confío en que mi nombre seguirá existiendo cuando se haya olvidado el de los buscadores de riquezas». Southey ha descrito de manera sumamente gráfica la extensión y variedad de las colecciones francesas, la plata y los cuadros de iglesia, las delicadas provisiones de boca, las queridas, los perros de aguas, los monos y los loros que se llevaban consigo.

El duque trató a las mujeres con la caballerosa cortesía de un Escipión o de un Peterborough, protegiéndolas de todo insulto y enviándolas en sus propios coches a Pamplona bajo bandera de tregua. *Joseph* estuvo al borde mismo de perder la vida, pero su coche fue capturado, como el de su hermano en Waterloo, y estaba lleno, según dice Toreno, de botín, de objetos robados y de cosas obscenas importadas de Francia, mientras que el *Bâton* del mariscal Jourdan fue hallado en su *fourgon de comestibles*; esto, junto con la bandera del centésimo regimiento, fue «desplegado por el duque a los pies del príncipe regente», quien, con sumo buen gusto, recompensó el cumplido entregando el bastón de mariscal inglés al que había ganado todo aquello. Las pérdidas del enemigo fueron tan completas que les dieron a ellos mismos tema para chistes, y así vemos que
L'Apothicaire
, en sus inteligentes «*Mémoires*», consolaba a sus amigos, que habían sido tan completamente limpiados por esta purga de Wellington, citando a Horacio: «Todos vosotros vinisteis a España más delgados que comadrejas e igual de delgados tendréis que salir de ella». Los soldados franceses ridiculizaron igualmente a su general, que había sido derrotado también antes en Talavera, exclamando, irreverentemente: «El mar huyó y el Jordán fue rechazado».

Las *Spolia opima* de Vitoria se encontraron en el carruaje imperial de *Joseph*, porque Su Real e Imperial Majestad había almacenado allí muchos de los mejores cuadros que guardaba Fernando en su gabinete y que ahora decoran dignamente Apsley House, trofeos ganados en limpia lid, no donativo voluntario de capítulos amenazados a punta de bayoneta o frutos de cohecho. Más aún, en cuanto se enteró el duque de que los cuadros eran más valiosos de lo que él había pensado, escribió para expresar sus deseos de «restituírselos» a Fernando, sospechando que hubieran podido ser «*robados por Joseph*» de los palacios reales (parte de guerra del 16 de marzo de 1814).

Monsieur Bory atribuyó la pérdida de Vitoria a la falta de confianza de los soldados franceses en sus jefes, y, sin embargo, Salustio (año 1 a. de J. C.) achaca la decadencia de las armas romanas a la mala conducta de los Silas en Asia, que comenzaron

por entonces a coleccionar “tabulas pictas, vasa caelata”, sin sentir nunca escrúpulos sobre si “ea privatim act publice rapere, delubra spoliare, sacra profanaque omnia polluere”; pero no hay nada nuevo bajo el sol. Otro botín, más precioso para la sagrada causa de la verdad y la historia que la plata o las pinturas, fue metido también aquí, en el carruaje del usurpador, a saber: la correspondencia oficial y confidencial entre Madrid y París, la cual revela algunos secretos de la prisión de *Buonaparte* y levanta una punta de su manto de “ruse doublée de force”; estos pensamientos, disparados de la más íntima de sus aljabas, ofrecen la mejor contradicción a sus declaraciones y *comunicados públicos*, ese veneno con el que alimentó a sus súbditos en lugar de darles pan. Estos documentos *privados*, que no estaban destinados a ser publicados en el *Moniteur*, corroboran completamente los partes públicos de guerra del duque, porque la noble inteligencia lo osará todo menos mentir. Que *Buonaparte* era un general de primera categoría y un genio meteórico es algo que nadie pondrá en duda, y menos que nadie los ingleses, de cuyo acero fue digno enemigo; y tampoco fue una hoja de su gran guirnalda ganada a expensas de éstos, y los que tratan injustamente de reducir las justas proporciones de esa guirnalda privan a nuestros soldados y a nuestros marinos, que se hicieron cimeras con sus hojas, de la mitad de su gloria, pero la verdad no se albergaba en él. ¿Quién no se sentirá tentado de aplicar a este hombre maravilloso, hombre de intelecto y maquiavelismo verdaderamente italianos, lo que Tito Livio predicaba, tan injustamente, del gran Aníbal?: “Has tantas viri virtudes, ingentia vitia equabant, inhumana crudelitas, perfidia plusquam punica, nihil veri, nihil sancti, nullus Deum metus, nullum jus jurandum, nulla religion”.

Ruta CXVII. De Vitoria a Santander

Localidad	Leguas	Total
Miranda del Ebro	6	
Ameyugo	2 ½	8 ½
Valderrama	4	12 ½
Frías	1 ½	14
Trespaderne	2	16
Monco	2 ½	18 ½
Villarcayo	2	20 ½
Espinosa	1	21 ½
Salcedillo	1	22 ½
San Roque	2 ½	25
Liérganes	2	27 ½
Santander	3	30 ½

Volviendo sobre nuestros pasos hasta *Miranda del Ebro* no tardamos en apartarnos del camino real, hasta *Frías*, ciudad vieja y destartalada situada junto al Ebro, con un puente del que se dice que tiene cimientos romanos; el título ducal de la gran familia Velasco proviene del castillo arruinado de este lugar. En *Villarcayo*, la carretera de Burgos se bifurca, descendiendo, y cruza el Ebro en *Puente de Arenas*, por donde el duque, el 14 de junio de 1813, hizo marchar a su ejército; de esta manera, por medio de una maniobra magistral, hizo volver sobre sí mismas a las posiciones franceses en Pancorbo y los primeros resultados fueron la evacuación de Santoña y Bilbao por el enemigo, lo que permitió a la armada y a los bastimentos ingleses acercarse desde Portugal y aprovisionar así al ejército en las hostiles provincias vascas. Napier describe en los siguientes y heroicos términos el avance inglés a través de estos lugares alpinos: «Las glorias de doce victorias retozaban en sus bayonetas, los franceses huían como ovejas ante los lobos, todas sus combinaciones estaban desbaratadas, los ríos habían sido desecados y los barrancos aplanados por el genio de aquél que no tardaría en acabar aniquilándolos». El duque hizo pasar a sus hombres por los intrincados desfiladeros que hay entre Frías y Orduña, en los que

anduvieron penosamente durante seis días, y entonces, «saliendo de las montañas, como arroyos impetuosos de todos los desfiladeros, cayeron, espumeando, en la cuenca de Vitoria» y en la victoria. Este magnífico avance es descrito hasta por el mismo Monsieur Savary como «un movimiento que nadie habría osado llevar a cabo ante un enemigo activo y en plena maniobra», pero que ahora fue realizado sin disparar un solo tiro, como una tranquila marcha en tiempos de paz, y esto ante un mariscal francés de primera categoría y acompañado de sus magníficos soldados, «tales (según dice el duque que nunca negó a sus bravos enemigos su grande y bien merecido mérito militar) que ni austríacos ni rusos han tenido nunca que enfrentarse a tropas parecidas» (parte de guerra del 21 de diciembre de 1813).

No lejos de Villarcayo, en la carretera de Bilbao, está la ciudad de *Medina de Pomar*, de Castilla la Vieja, cuya población es de 1200 personas. Está agradablemente situada junto a los excelentes arroyos trucheros Trueba y Nela y tiene un buen puente, una bella fuente en la *Plaza* y algunas grandiosas tumbas de la familia Velasco en *Santa Clara*. Uno de los duques de Frías yace aquí en su armadura, con su esposa a su lado; obsérvense los animales a sus pies.

De Villarcayo a Santander hay dos caminos, uno por *Soncillo*, tres leguas y media, y de allí 12 leguas más por el *Camino real de la Rioja*; el otro es de herradura y más corto, por Cabada y Espinosa. Espinosa está en un agradable valle regado por el Trueba, que junto con el Nela no tarda en unirse al Ebro. Los habitantes tenían el privilegio de *montar* guardia sobre la persona del rey durante la noche, y de aquí que se llame *Espinosa de los Monteros*. Este honor fue concedido en recompensa al valor de Sancho Montero, que salvó la vida al conde Sancho en 1113. Consúltese «*Origen de los Monteros*», Pedro de Guevara, cuarto, Madrid, 1632

Espinosa fue testigo, los días 10 y 11 de 1808 de un abrumador ejemplo de la ignorancia de Blake, Mahy y Mendizábal en el arte de la guerra, pues, estando apostados en alturas bien defendidas, fueron sorprendidos por Víctor y echados de ellas; entonces todo su ejército, desmoralizado, siguió el ejemplo de sus indignos jefes y se dio a la fuga, y esto justo en el momento en que Castaños perdía la batalla de Tudela. De esta manera, Moore, que había avanzado por

las Castillas confiado en la frágil caña de la cooperación española, se quedó sólo con su puñado de ingleses y con todo el peso del enemigo encima. Blake y Mahy, cuando ya no pudieron correr más por faltarles el resuello, se pararon en *Reinosa*, de donde huyeron, abandonando sus desfiladeros casi invulnerables al sólo rumor del avance francés, abandonando a Santander a su destino, que fue el más completo saqueo. Entonces todos los bastimentos enviados por Inglaterra para la defensa de España cayeron en manos del enemigo y fueron usados contra el mismo aliado que los había enviado, y, como para rematar la farsa, ahora Páez dice, hablando del revés de Espinosa, que fue *una vigorosa resistencia*.

Liérganes está junto al Miera, que es un delicioso arroyo truchero; aquí en el siglo XVI, instaló unas fundiciones de hierro una empresa flamenca, y de esta aldea salen todavía herreros itinerantes y afiladores de cuchillos, tan necesarios que vagan por la España central. Aquí nació, en 1660, Francisco de la Vega Caz, el *Hombre pez español*. Este hombre pez se lanzó al mar en 1674 y fue cogido en unas redes de pescadores cerca de Cádiz en 1679, en vista de lo cual, el Señor Caz, al ser sacado de ellas, gritó: «*Pan, vino, tabaco*», y los pescadores al oírle se dieron cuenta que era cristiano y compatriota, y como después añadió: «Liérganes», identificaron también su patria chica. A pesar de todo, este montañés anfibio, como verdadero hombre de mar, no tardó en cansarse de la tierra y desapareció de nuevo, yéndose con los peces. Su casa fue durante largo tiempo el principal punto de atracción de Liérganes, y arzobispos y hasta el padre Feijoo, el refutador de las leyendas populares, creían todas estas tonterías. Véase la narración *crítica* que da de esto el «*Teatro Crítico*» y compárese con el hombre de piedra de Daroca. Este milagroso hombre marino habría servido de buena pareja al maravilloso hombre de tierra del Tajo, que cuando fue sacado de debajo de la tierra por un arado tanto sorprendió a los que le contemplaron en la antigüedad. Ahora entramos en la zona del hierro, y las mejores minas son las de Pamanes, Vizmaya y Montecillo, pero Somorrostro, la mejor de todas, dista 12 leguas. Los bosques de robles y hayas proveen a los hornos de mal combustible, a pesar de que el puerto de Gijón podría facilitar todo el carbón que hiciese falta. En *La Cavada*, junto al Miera, Carlos III estableció una fundición artillera.

Santander, Portus Blendium, tiene buenas posadas, *Las Fondas de Boggio, De Cristón* y *El Parador de Moral*, calle de Becedo. La ciudad está situada en el extremo de un promontorio y se encuentra protegida al norte por un monte; el puerto es accesible y está resguardado, y el fondeadero es bueno. Su población es de más de 13 000 habitantes. Es lugar próspero, por haber subido a expensas de Bilbao, ya que durante las guerras civiles los comerciantes enviaron sus establecimientos a esta zona menos turbulenta. Santander tiene un teatro, un *Liceo* y baños; a pesar de todo, es lugar puramente comercial y carente de objetos de arte o de interés. El muelle, que es bueno, y las casas, de reciente construcción, de los principales comerciantes, tienen un aspecto más bien francés que español, y en las tiendas abundan los *colifichets* parisinos y los mediocres grabados hagiográficos. El activo muelle, con sus pacas, azúcares y barriles de harina y su tráfago, contrasta con la pobreza en pescados de la ciudad vieja, sobre todo en el barrio de San Pedro: ¡qué contraste el de la activa industria y prosperidad con la delincuencia, la indolencia y la enferma mendicidad! Aquí, el trabajo del porteador, como en Bilbao, lo hacen las mujeres, si es que estas amazonas andróginas y epicenas merecen el nombre de tales. Los carros locales tienen aspecto como de ataúdes, construidos a semejanza de los carretones afganos, con ruedas macizas chirriantes. Los paseos, ventilados por la brisa en la altura de la colina, gozan de bellas vistas de toda la *Ría*, el *Muelle de las Naos*, la bahía llena de barcos y la batería *de San Felipe*. Las *Alamedas de Becedo* y *de los Barcos* son los paseos de moda. El hospital, *cuna* y cárcel no reflejan ni mucha ciencia ni mucha humanidad. Santander es ciudad barata y bien abastecida; el pescado, tanto de mar como de agua dulce, es abundante y excelente. Los valles verdes del Pas producen mantequilla, que traen a la ciudad las *Pasiegas*, de aspecto suizo, y que llevan cestos sujetos con correas, cuyo peso las fuerzan a doblegarse; sin embargo, cuando se les quita ese peso de encima se enderezan como cañas dobladas. El «Vin du pays» es un mediocre chacolí cidroso, y tampoco es buena el agua, pero hay una fuente mineral, llamada *La Salud*, a cosa de dos millas de distancia que es muy frecuentada entre junio y octubre por los que padecen

desarreglos viscerales, y a cosa de 20 millas de distancia, en *Ontaneda*, hay baños, con un *Parador* grande y decente.

Santander es residencia de las autoridades provinciales y sede de un obispo, sufragáneo del de Burgos; esta sede fue fundada en 1174 por Alonso IX: la catedral es una de las menos importantes de España; la bahía y el puerto fueron muy estimados en los períodos tempranos de la historia de España. Fue de aquí, en 1248, de donde la armada de Fernando II el Santo zarpó para sitiar Sevilla, suceso que se conmemora en el escudo de la ciudad. Después decayó, hasta convertirse en mera ciudad pesquera, pero volvió a levantarse cuando se le dio categoría de *puerto habilitado*, es decir, autorizado a comerciar con Sudamérica, y todavía surte a Cuba de grano de las Castillas a cambio de productos coloniales; Santander es, en realidad, el puerto de mar de Madrid, y cuando quiera que se terminen el canal de Castilla o el ferrocarril de Reinosa se beneficiará necesariamente en gran medida, *pero Dios sabe cuándo*.

Aquí desembarcó Carlos V, el 16 de julio de 1522, para tomar posesión de España, y en este mismo muelle embarcó nuestro Carlos, abandonando España después de su romántica visita a Madrid; llegó a Santander el 11 de septiembre de 1623 (fecha antigua; quiere decir el día de San Mateo, o sea el 21) y estuvo a punto de ahogarse el viernes 12, cuando iba a ver su barco; a pesar de todo zarpó de aquí el día 17, llegando sano y salvo a Portsmouth el domingo 5 de octubre ante júbilo indescriptible de toda la nación, que, veintiséis años más tarde, le vio decapitar con casi la misma alegría.

Santander fue ferozmente saqueado por Soult el 16 de noviembre de 1808 y, sin embargo, ningún otro lugar de España hizo gala de más egoísta localismo o de mayor animosidad contra nuestros ejércitos liberadores. La *Junta*, que había pedido a voces nuestra ayuda, se volvió contra nosotros como bereberes cuando ésta le fue concedida, insultando y maltratando a sus mismos defensores; los ciudadanos se negaron incluso a dar albergue a los mensajeros del duque, aunque sus gastos corrían por cuenta de Inglaterra e iban en servicio de España. Pusieron en cuarentena a los heridos ingleses y de la manera más ofensiva (parte de guerra del 14 de enero de 1814). «La ciudad de Santander», escribió el duque, «ha cortado prácticamente y de un solo golpe los

aprovisionamientos de todos los ejércitos aliados y de esta manera ha conseguido lo que no había podido hasta ahora el enemigo». Y también el 14 de octubre de 1813 anota «el mal humor mostrado por Santander a los ingleses, que no ha sido observado en ninguna otra parte de España». Igualmente, cuando Evans desembarcó aquí con su legión, los ciudadanos se negaron a facilitar las posas más necesarias a aquellos mismos valientes cuya ayuda habían implorado. Las magníficas zonas pesqueras que se extienden hacia el oeste, en dirección a Oviedo, han sido ya descritas en las rutas CXII y CXIII. Hay diligencias de Santander a Burgos (ruta CXIV) y a Valladolid (ruta LXXVI) en verano; un vapor costero hace a veces el trayecto entre San Sebastián y Cádiz. Por lo que se refiere a la carretera de Bilbao, véase la ruta CXXIII.

RICHARD FORD (Londres, 21 de abril de 1796 - Heavitree, pueblo y hoy barrio de Exeter, Devon, 31 de agosto de 1858) fue un viajero, dibujante e hispanista inglés.

Era hijo de una conocida artista, Marianne Booth
(1767-1849)
, rica heredera de su padre Benjamin Booth, director de la Compañía Británica de las Indias Orientales y gran coleccionista de arte, y del abogado y parlamentario Richard Ford
(1758-1806)
. Su hijo tomaría el nombre y los estudios del padre y la afición al dibujo y al arte de la madre. Se graduó en el Trinity College de Oxford en 1817, pero nunca llegó a ejercer como abogado. Tras obtener su título, realizó el habitual *grand tour* o viaje de formación por Europa que solían realizar las clases altas tras graduarse y estuvo en Alemania y Austria. Llegó el doce de octubre de 1817 a Viena y allí llegó a encontrarse con Beethoven el 28 de noviembre. El compositor recibió al joven muy amistosamente y le hizo el regalo de un retrato suyo; además le dedicó un pequeño allegretto para cuarteto de cuerdas en si menor. Esta pequeña obra permaneció largo tiempo desaparecida, pero se volvió a encontrar el 8 de diciembre de 1999 cuando apareció a subasta en

Sotheby's
suscitando sorpresa y maravilla entre los especialistas; hoy se conserva en la Bibliotheca Bodmeriana de Colonia.

Ford se dedicó después a colaborar como periodista y dibujante en varias publicaciones de Londres, entre ellas el *Quarterly Review*; en 1824 se casó con Harriet Capel, una hija del conde de Essex. De ella tendrá seis hijos hasta su fallecimiento en 1837; sólo le sobrevivirán tres: dos hijas y un hijo, el futuro diplomático *Sir* Francis Clare Ford. Sin excesivos problemas económicos a causa de haber heredado la cuantiosa fortuna y colección de arte de su acaudalada madre, en ese mismo año de 1837 Richard se comprometió con Eliza Cranstoun, hermana del décimo señor de Cranstoun y se casó con ella el 28 de febrero de 1838; con ella tuvo otra hija más, Margaret «Meta» Ford, nacida en octubre de 1840. Fallecida Eliza en 1849, en 1851 Ford se volvió a casar en terceras nupcias con Mary Molesworth
(1816-1910)
, a la que legó su gran colección de arte.

En 1830, se trasladó a España a causa de la precaria salud de su primera esposa, que hacía preciso un cambio de clima. Allí pasó cuatro años, fijando su residencia en Sevilla y en el palacio del Generalife de Granada. Desde allí hizo distintos viajes por toda la Península en compañía de arrieros y vestido como un natural, frecuentando siempre las clases bajas y criticando acerbamente la corrupción y el mal gobierno del país; «el pueblo español es muy superior a sus dirigentes y clases altas», escribió; aprovechó además para elaborar más de 500 dibujos. Quedó enamorado de las costumbres hispánicas y hasta su muerte vistió como un español; en una necrológica aparecida en 1858, se describe a Ford vestido «con su chaqueta de piel negra de oveja española». En 1832 lo pintó el padre del poeta Gustavo Adolfo Bécquer, José Domínguez. A su vuelta a Inglaterra en 1833 se instaló en Exeter y construyó una residencia en estilo neomudéjar que recordaba al Generalife y sus jardines; allí albergó una gran biblioteca de libros en español que había reunido para estudiar a partir de 1837 la historia y costumbres de este país, labor a la que quiso consagrar su vida. Asimismo publicó numerosos artículos eruditos, siempre sobre

asuntos y temas españoles. Y fue un artículo suyo de 1840 sobre la fiesta de los toros el que lo puso en contacto con el editor Murray, por entonces inmerso en la publicación una serie de guías turísticas sobre los distintos países de Europa bajo el título de Handbooks. También elaboró tipografías para distintos trabajos artísticos, como por ejemplo la *Tauromachia* (1852) de William Frederick Lake Price
(1810-1896).

Notas

[1] Según De Thou, el verdadero obstáculo fue la retirada de las tropas inglesas, asqueadas por la arrogancia y mala fe de los españoles. En cuanto se retiraron, la victoria se fue con ellas. (Compárese con Navarrete). < <

[2] Todas las historias que corren sobre el amor de este príncipe por la esposa de su padre y sobre su asesinato, en consecuencia, son puras imaginaciones de los poetas, los Schiller, los Alfieri, etc. Raumur ha demostrado que Carlos, débil de nacimiento, tanto en mente como en cuerpo, resultó muy maltrecho como consecuencia de una caída el 15 de mayo de 1562. Estaba sujeto a ataques y fiebres y odiaba a su padre, sin esforzarse demasiado en ocultarlo. Fue detenido, muy justificadamente, el 18 de enero de 1568, y para el 13 de abril, según observa alguien que escribía desde allí, «se habla ahora tan poco sobre este tema como si [el príncipe] llevara ya muerto diez años». Tanto él como la reina murieron de muerte natural, y jamás tuvo lugar entre ellos ni sombra siquiera de una relación amorosa. (*Nota del autor*). < <

[3] La fácil derrota de la *Armada Invencible* de Felipe fue anunciada a Isabel cuando estaba comiendo un ave, manjar siempre favorito de los britanos, y, ciertamente, plato más adecuado para nuestra ahorrativa Bess que la olla de su ayunador y arruinado rival, porque «aquel que come ganso por San Miguel nunca se verá sin dinero para pagar sus deudas». < <

[4] Algunas obras sobre estos concilios han sido ya mencionadas. La mejor edición hasta ahora es «*Collectio Maxima*», José Sáenz de Aguirre, folio, cuatro volúmenes, Roma,
1693-94;
o bien la nueva edición, folio, seis volúmenes, José Catalani, 1653. (*Nota del autor*). < <

[5] *Orgaz* está situada a unas cinco leguas al sur de Toledo, cerca de las faldas de los *Montes*, su población es de 2500 almas. La iglesia parroquial. Santo Tomé, aunque sin terminar, es una soberbia muestra de los diseños y la construcción de Herrera. El arruinado castillo de los Condes es pintoresco. (*Nota del autor*). < <

[6] Los godos españoles usaban esta *dulcem vim* para forzar a sus jefes a tomar el mando, no a abandonarlo. De esta manera, Wamba fue informado de que «nisi consensurum te nobís modo promittas, gladii modo mucrone truncandum te scias», «*España Sagrada*», VI, 535. < <